Orsai

A REMARKABLE MAN
A REMARKABLE STORY
H A W K I N G
"AN ENGAGING BIO-DOC"

BOLIGÁN

LA **PENÚLTIMA**

El año próximo ya no habrá revista Orsai. Le di muchas vueltas a las primeras palabras de este párrafo, pero supongo que es la mejor manera de decirlo. Este número de Orsai, el quince, es el penúltimo de una aventura que —cuando concluya, en noviembre de 2013— habrá durado dieciséis ediciones únicas y, para nosotros, irrepetibles. Tomamos esta decisión durante mi último viaje a Buenos Aires, mientras Chiri preparaba el mate en su cocina y, al revés de lo que pudiera parecer, no fue una charla meditada, ni mucho menos prevista. Fue un impulso parecido al que tuvimos hace tres años, cuando soñamos por primera vez empezar una revista sin publicidad, arbitraria y antojadiza. Entre las muchas promesas internas que nos hicimos entonces, hubo una que siempre nos resultó fundamental: en el exacto momento en que el juego se nos hiciera costumbre, teníamos que pegar un volantazo y correr hacia otra parte. No aburrirnos nosotros, si no queríamos aburrir al lector. No convertir todo este juego en un trabajo sacrificado. Hubo una frase de Chiri, en medio de la charla, que me pareció una síntesis perfecta: «Justo ahora, que habíamos aprendido a hacerla», dijo. Nos reímos entonces, y sonrío ahora mientras lo escribo. Es verdad: en estos últimos meses casi aprendimos a hacer Orsai, a estabilizar los contenidos, a conseguir un producto homogéneo. Y esa es, seguramente, una de las razones del cambio. Le tenemos pánico a la costumbre. Y lo peor que le puede pasar a una revista imposible es que, con el tiempo, se vuelva posible, esperable o rutinaria. Nos dio un vuelco el corazón cuando nos descubrimos hablando del asunto, cuando vimos que estábamos tomando la decisión en serio, porque para nosotros estos tres años no fueron únicamente la concepción de un medio gráfico: fue una época increíble de nuestras vidas. Todos los números de Orsai, incluido este en donde conseguimos entrevistar a Stephen Hawking, y sobre todo el próximo, que será el epílogo, habrán tenido un porqué. Ninguno se parece al anterior, y en todos los casos sentimos que mejorábamos, que subíamos la apuesta. Que conseguíamos algo nuevo que nos emocionaba. Hoy, si nos vendan los ojos, todavía podemos reconocer cada edición por el olor; cada número tiene una historia, una anécdota y una magia que lo hace único. Tenemos la sensación de que eternizar ese noviazgo lo convertiría en un matrimonio. Sospechamos que si existiera una Orsai N17, y después una Orsai N28, dejaríamos de reconocer cada una de forma individual. Llegaría un día en que las confundiríamos: no sabríamos en qué mes publicamos qué. Y eso sería tan grave como confundir los nombres de nuestros propios hijos; en un punto esa desmemoria no sería muy diferente a fabricar chorizos. La decisión es impulsiva pero tiene una raíz de preservación: queremos mantener intacto el objeto. Que Orsai no sea una revista interminable, sino una colección única, surgida en un tiempo único. Lo repito, más que nada para que yo mismo me lo crea: el año próximo ya no habrá revista Orsai. Y en el exacto momento en que lo escribo miro el anaquel de mi derecha, donde están las catorce ediciones pasadas (en breve estarán también las dos últimas) y sé que todas juntas habrán contado una historia con inicio y con final. En general las revistas tienen dos destinos: si fracasan es por falta de auspicios y el lector se entera en el último número. Si funcionan, son eternas. Inauguremos hoy una tercera fórmula: las revistas que duran lo que sus autores quieren. Es un placer poder decir, en la edición penúltima de Orsai, que la próxima será la mejor, y que será la última porque tenemos ganas de hacer nuevas cosas imposibles.

Hernán Casciari

La Orsai 15 viene con pedidos artísticos y literarios —que le metamos música, teatro, y que hablemos de Tagore—; dudan de la existencia del Chiri y de que Casciari viva en Sant Celoni; nos confiesan una mentira etílica, se secan las penas con Montt, se identifican con el pibe que arruinaba las fotos y nos obligan a poner un vivero en el bar Orsai.

Gente inspirada

¡Hola Hernán! ¡Qué fuerte poder escribirte! No quiero robarte mucho tiempo. Primero te digo que tu trabajo, llámense escritos, libros, ensayos, cuentos, etcétera, son inspiradores para mí... O sea que lo que vos estuviste pregonando todos estos últimos años movilizó muchas cosas creativas dentro de mí. Dudo que debas sentirte orgulloso de eso, pero está bueno saberlo. Soy de la ciudad de Firmat, en Santa Fe, un pueblo de hamacas que se mueven solas. Vivo en la más absoluta tranquilidad de un pueblo en el que, si agarrás la bici, en cinco minutos estás dentro de un campo de soja. Soy diseñador gráfico y dibujante. O al revés. Y también me gusta escribir. Hace un par de meses, en una reunión de amigos porreros, surgió un puterío fuerte sobre los contenidos en internet, de que no hay nada que valga la pena, que Facebook es una mierda, que todo es chatura, etcétera. Jóvenes hablando como viejos. Y obviamente salió, para reivindicar nuestra raza, el tema de Orsai. Se resolvió que el tema cultural debe ser una construcción colectiva y que en la Argentina de hoy es necesario dar esa lucha. Durante años nos privatizaron la cultura y quisimos ser cualquier cosa menos nosotros mismos. Ahora la cosa está cambiando para bien. ¿Entonces qué hicimos? Primero armar un colectivo cultural de humanos, juntamos a doce tipos y tipas que pensamos parecido. Hicimos *Humanario-Colectivo Cultural*. Lo encontrás en facebook.com/humanario, en donde vamos subiendo cosas interesantes. Mientras, yo me puse a diseñar y programar el sitio más hermoso del mundo (a mi criterio, obvio) y salió humanario.com.ar. Nuestra idea es dejar el sitio abierto para publicar sobre cine, diseño, fotografía, arte, diseño social, literatura, psicología, sociología y un largo etcétera. Un repositorio de cosas interesantes. Nos dimos cuenta de que el sitio no debía ser tan abierto, sino que tenía que tener una ideología de fondo, no partidista ni política, sino una concepción de la vida. Por lo que solo se publicaría lo que esté dentro de esa línea. Acá la cosa se acotó bastante, mucha gente quería decir otras cosas, hacer catarsis, cagar odio, publicitarse, abstraerse demasiado, putear a los K y otras cosas. Los artículos que juntamos como buenos son pocos. Vamos a arrancar siendo tres los que hacemos todo. Y vamos a hablar hasta que no nos queden temas. Somos gente muy terca y muy porfiada. Mi propuesta es simple, si te interesa la estética y la propuesta quisiera que uses el sitio para lo que vos quieras. ¿Querés promocionar Orsai? ¿Querés publicar algo? Lo que sea, posta. Nosotros ni queremos figurar en ningún lado, solo queremos que este proyecto salga adelante y que podamos dormir tranquilos, que acá las cosas se hacen con buen gusto, a puro huevo y que la cultura no es el suplemento Ñ de *Clarín*. Demostrar que quedan sitios culturales que no se convierten en sitios de tendencias y te terminan vendiendo bandoleras de cuero. Que hay gente con buen rollo dispuesta a dar la batalla por los cambios profundos que acá hacen falta. ¡Un abrazo!

Leonardo Correa
Rosario, Argentina
Suscriptor Nº 08134

Toronto, cuna del Torrontés

Y hete aquí, en Toronto, Canadá, que me encuentro en un banquete de casamiento. Sentado al lado de una pareja de veteranos, que son familiares del novio llegados para el evento hace apenas dos semanas. Don Mariano, mendocino, me cuenta que es la primera vez que salen de la Argentina; parece un contador o un bancario, nunca lo supe ya que de entrada se dedicó a criticar todo lo que veía. «El otro día mi cuñado me convidó con un mate, yerba argentina de la buena, eh! pero el azúcar, por Dios, no es muy dulce por acá, tuve que echarle ocho cucharaditas…». La señora se mantenía callada, como preocupada, pero cuando abría la boca, atajáte. «Esa antipasta o ese antipasto era una mezcolanza horrible. En la Argentina se la damos a los chanchos...». Don Mariano seguía: «la carne no tiene gusto, ¿ustedes no conocen la soda?, a este postre le hace falta dulce de leche...». Menos mal que terminamos de comer, porque me hice humo de la mesa. Unos días más tarde mi amigo me pidió, por favor, que los llevara al aeropuerto ya que no podía faltar al trabajo y allí fui yo, bastante a regañadientes. Ya en el trayecto Don Mariano observó en voz alta que los autos entrando a la rampa de subida a la autopista parecían manejados por maricones, en orden, uno desde la izquierda otro desde la derecha como en un ballet. «Hombre, en la Argentina entra primero el vehículo más grande...». Siguió luego criticando los vinos que probó. Sobre los vinos argentinos de la fiesta dijo que tenían un sabor diferente... «debe ser que se ma-

rean en la bodega de los barcos, apuntó. Espero llegar pronto para disfrutar de un buen malbec o de un torrontés, auténticamente argentino, del que ahora salen unos buenísimos en el Valle de Uco». Y mientras saboreaba soñando, me dio un respiro para que abriera la boca. «Momentito Don Mariano, que el torrontés es un varietal canadiense». Se puso rojo y disparó «Es argentino, los mejores son los de Salta, ¡qué joder!». Escúcheme Mariano, tranquilo, piense un poquito: Se llama torrontés porque viene de Toronto, Toronto-Torrontés, ¿estamos? La linda cara de amargura que puso me llenó de satisfacción. Nunca hubiera creído que una mentira piadosa serviría de dulce venganza a un visitante irritante. Y así llegamos al aeropuerto, se fueron silbando bajito y yo volví a casa pensando cuánto tiempo le durará la duda y la bronca...

Américo Scheftsik
Ontario, Canadá
Suscriptor Nº 20304

Risa necesaria

Ahí estaba yo, en la esquina de Santa Fe y Callao esperando, bajo la amenaza de una tormenta inminente. Saco del morral la Número 6, la primera Orsai de mi propiedad. Arranco por el prólogo, miro los detalles, la manejo como si fuera un recién nacido de cinco días y me sumerjo en ella. No hubo tránsito, bocinazo o puteada porteña de la calle que me despeje la concentración. Sigo mirando la hora, ya pasaron cuarenta minutos que estoy ahí y decido que llegó el momento de tomar algo. No sé si habrá sido la cadena multinacional y su café saborizado con adornos o el ambiente pseudocool, que hicieron de esa primera nota del volumen 6 una experiencia no programada para un lunes que avisaba de fondo, que el día estaba empezando a terminar. Todo estaba como tenía que estar, en una intranquila calma, hasta que llegó ella. Se sentó, se disculpó por la tardanza, acomodó su café con azúcar negra como le gustaba. Culpó al indefendible tránsito, se quejó de lo caro que está vivir en Buenos Aires y se dejó llevar por una civilizada conversación, de esas que se notan forzadas pero que todos disimulan con comodidad; hasta que decidió, así de la nada, decir lo necesario. En ese lunes lento, ella eligió ser cruel, y decir una de las frases más dolorosas que un hombre puede escuchar: «yo te quiero como amigo». Si tan solo la televisión hubiera podido alguna vez transmitir el dolor que trae esa frase, para de esa manera en el momento de ser alcanzados uno supiera qué hacer o cómo cubrirse. Pero no. Y ahí yo, sentado, con un café en la mano. Después de eso: el fin, el vacío mental, la molestia en el pecho, la vergüenza en las orejas coloradas. Algún romántico hubiera rogado por amor, algún retobado la hubiera mandado a cagar, algún orgulloso se hubiera ido sin pagar. Yo, en cambio, la mire a los ojos, le sonreí, me disculpé por sentirme triste y la saludé con un beso. Caminé por Callao mirando para abajo, el volumen 6 hizo sentir su real kilo de peso. Fue así que encontré un banco de plaza, me senté viendo cómo el día se estaba terminando, abrí mi Orsai y seguí leyendo, sabía que a pocas páginas se venía Montt, y las risas de esa viñeta eran necesarias.

José Carranza
Capital Federal, Argentina
Suscriptor Nº 20220

Clon finlandés

Señor Director: Vivo en la nuca del mundo, sobre la costa sur de Finlandia, zona suecohablante. Estudio, escribo en el baño para no molestar a mi compañera y trabajo en un restaurante (hago muchas más cosas, no se vaya usté a creer); Bossa Nova se llama, aunque la mayoría de los que en él trabajan no saben que el nombre se refiere a un género musical, pero eso da igual para lo que venía a contarle. Es un sitio muy bonito a orillas del mar, rodeado de verde y con islas de bosques frondosos salpicando el horizonte. Hace unas semanas lo vi llegar por primera vez, a usted sí: su cara, su misma barba, su tamaño, su tabaco de liar... Le dije a la persona que vive conmigo, que también conoce la aventura Orsai y su imagen, que se fijase bien. Sí, me dijo, se parece. ¿Cómo que se parece?, ¡es él! le espeté. Acertadamente me respondió que había pocas probabilidades de que usted hablara sueco de una manera tan fluida, tenía razón, pero quizás habiendo vivido tantos años aquí, en el destierro, después de atropellar a un familiar infante... Y tener la desfachatez de contárnoslo como ficción en un cuento gráfico en la mismísima Orsai, y además hacernos creer a todos que vive en un pueblo «bucólico» llamado Sant Celoni, las historias de la pizzería y todo eso, los matasellos en los sobres. Sí, mi fantasía parecía muy compleja para ser verdad. Vaya con la verdad por delante, después de caerme simpático por parecerse a usted, ahora lo tengo cruzado y le puedo asegurar que es el único cliente regular que me cae rematadamente mal. En el restaurante servimos pizzas, en vez de sentarse pacientemente en una mesa a que lo atendamos, viene a la barra y te espeta lo que desea. El día que más veneno se metió en el cuerpo fue cuando pidió una de jamón, bacon, pepperoni, pollo, jalapeño, mozzarella, extra queso, dos extras de ajo y mucho tabasco, ¡puaj! Es el único que se niega a hablar conmigo en inglés, todo lo que pide lo unta en ajo, así que imagínese el gusto que ha de dar atenderle. Pero lo que le he contado hasta ahora, si bien convertido en desagradable por mi aversión hacia su persona, no es censurable en sí mismo. El problema viene cuando piensa que estás solamente para él y te grita que quiere otra cerveza, se desespera si no se la das al instante, te mira con mala cara, es desagradable, paga la factura con billetes, ¡y no deja propina! Yo sí sé por qué le cuento esto. Sigo fantaseando a veces que esa

persona es usted, que a mí no puede ocultármelo y me fascina la contraposición de dos sentimientos que se dan en la misma persona: el de admiración y el de asco. El otro día me sorprendió este pensamiento como un golpe en la nariz: nadie ha dicho que, porque Casciari haga una revista literaria idealista, publique textos simpáticos en su blog, nos haga reír, llorar y soñar tenga que ser simpático. La verdad es que cada vez más me lo imagino como un tipo refunfuñón que come pizzas rebosantes de calorías, siendo desagradable con los camareros, tacaño, y al mismo tiempo llegando a casa y desatando el alter ego más simpático solamente por el marketing que ese personaje le supone a la Orsai. Todo ello haciéndonos creer la fantasía de que usted vive en un pueblo en las montañas de Cataluña con una hija hermosa y una mujer que cuida de usted. Si no es usted ese tipo desagradable, si es un tío simpático, haga una señal y me suscribiré a la del año que viene (si la hace) y seguiré dejándome la plata en un proyecto en el que creo. Postdata: La sección más llena de ficción de toda la revista me parece la de cartas al director. Postdata dos: Menos esta carta, claro está, todo verdad verdadera, si a los pensamientos podemos atribuirles esta característica. Postdata tres: Yo no he escrito ni un solo comentario cagándome en usted porque no me ha llegado una cajita deluxe, ni porque hiciera la suscripción anual, ni por el lomo de la revista, ni por el cambio de portadas, ni porque la única revista que tienen agotada es la única que presté y nunca me ha sido devuelta... siempre le he dejado hacer depositando toda mi confianza en usted sin poner una sola pega. Creo que nosotros, que no dejamos comentarios denostando los cambios, también nos debemos hacer notar. Atentamente,

Aarón Blanco
Uusimaa, Finlandia
Suscriptor Nº 01268

Puro teatro

Señor Director: El otro día me retaba un amigo a citar un dramaturgo, solo uno, de cualquier nacionalidad y cualquier lengua de creación literaria, que estuviera vivo. Silencio. Rascadura de sien. Mente en blanco. Tic tac, tic tac. Salí de mi mutismo y pensé: ¿quién me tiene a mí al tanto de lo que pasa en el mundo literario hispano, en este desierto cultural en el que vivo? Respuesta: Orsai. Gracias a su revista, tengo un update literario cada dos meses. Leo Orsai de cabo a rabo y luego googleo a los autores e ilustradores a ver si tienen algo que me distraiga cuando, para evitar el calor o la lluvia, toca encerrarse en casa con un buen libro. De paso, me entero de qué se lee en otros puntos del planeta. Pero no tengo manera de leer lo que allí se cuece en esas salas llenas de polvo, sillones desvencijados y personajes tales como los actores o los tramoyistas. Así que me pregunto: cultiva usted el género periodístico y el narrativo, en muchas variantes; incluso nos ha ofrecido un poco de poesía... pero digo yo, ¿no le falta algo a su literaria revista? Atentamente,

Cecilia Caruncho Llaguno
París, Francia
Suscriptora Nº 05876

Se rifa una planta

Estimado Hernán: Hace algunas horas pasé a conocer la nueva casa, club, editorial o garito de Orsai, junto a mi mujer y el menor de mis hijos, con la excusa de retirar mi revista número 14. De más está decir que fuimos amablemente atendidos por Silvia, Karina y Paola, quien tuvo la gentileza de darnos un tour por las instalaciones. La verdad que la casa es hermosa y el ceibo en el medio del patio trasero es sorprendente. Me dijeron que esas paredes guardan muchas historias y saber a qué se dedicaban los dueños anteriores no hace más que aumentar la mística de ese lugar. Ante la necesidad que todos tenemos de sentirnos parte de aquello que nos gusta y nos hace bien, le pedí a mi madre que preparase una planta del jardín que comparte con mi abuela, para llevar de regalo a la nueva casa. Además, es bueno no llegar con las manos vacías y cuando un amigo se muda, siempre acostumbro a regalarle una planta. Debo confesarte que me sentí un poco pelotudo cuando junto a mi esposa, a Silvia y a Paola, descubrimos que había dos plantas iguales. Una en cada patio. Pero como Silvia y Paola le restaron importancia a tener la misma planta por triplicado, disimulé mi vergüenza conversando con Silvia sobre diferentes temas. En fin, la planta quedó allí, en alguno de los patios y junto a ella los mejores deseos de mi familia para que Orsai, nuestro Orsai, siga creciendo. ¡Abrazo!

Leo Menéndez
Capital Federal, Argentina
Suscriptor Nº 17301

Lectura silenciosa

Señor Director: Buenas tardes. Le escribo con el motivo de denunciar discriminación por parte de su revista. Debo aclarar que me gusta mucho (usted no, zonzo, la revista). Conocí Orsai por un link que me pasaron de su presentación en TED, luego de una charla que tuve acerca de la basura que era efectivamente la publicidad (yo exestudiante de publicidad). Me pareció interesante el proyecto. Orsai, ya sabemos, es estar adelantado en el fútbol, pero fuera de la cancha eso generalmente suele ser una virtud. Compré una. Después, la suscripción completa (regalando a un amigo la que ya había comprado, con la intención de evangelizar digamos). Y le quiero agradecer por la revista. Encontrar algo genuino en internet (con su lógica de censura por abundancia) o en los

medios en general es bastante difícil (la última vez que me pasó fue con la desaparecida *TXT*). Y se lo agradezco. Con respecto al tema principal del mail, el temita de la discriminación. La cuestión es que cuando me llega la revista no puedo hacer otra cosa que leerla lo más rápido posible como un angurriento, dejando de lado otras lecturas que son prioritarias en mi estudio (estudio música). Y la sensación al terminar de leer es que no me ha hecho escuchar nada. En su revista hay ilustradores, periodistas, etcétera, pero nada con respecto a la música. Bueno... en la última hubo un cuento sobre el tarareador, pero no es suficiente. Y cuando lo invitó al Flaco... lo puso a ilustrar. Ya sé que las revistas no tienen música, pero usted está en Orsai. Es un adelantado. Sorprenda. Por favor hágame sentir menos culpable la próxima vez, por priorizar su revista a mis estudios. Por último, una duda. Temo por su salud mental. Yo suelo ver Columbo y soy de pensar que en realidad él no tiene esposa. Que él vive para el trabajo, y que su casa es un monoambiente sucio. Su esposa es la excusa, una herramienta para desarrollar su personaje distraído. Y tengo la misma idea acerca de usted y Chiri. No puede ser que tenga un amigo de la infancia que lo acompañe toda su vida, que trabajen juntos, que sepa todo de usted y hagan esas sobremesas. Mi duda es la siguiente: ¿Existe realmente Chiri o usted tiene psicosis?

José Luis Rodríguez
Ramos Mejía, Argentina
Suscriptor Nº 25003

Medios soberbios
Hola. Soy un lector de la revista, pero no soy suscriptor en el sentido de los diarios y revistas de antes. Un miembro de la familia —mi hermana— es quien compra, y el resto de nosotros nos vamos aprovechando de su bondad. Solo quería apuntar cómo la crónica «Escupir el asado» de la Orsai N14 confirma el tema de portada de la Orsai N13: que lo que llevó a la decadencia a la prensa es la soberbia. O si no, ¿cómo se explica que todos estos medios, que dos semanas antes no sabían ni que existía un mundial de asado, de repente, se dediquen a burlarse del equipo argentino? Atentamente,

Alejo Ares Abalde
Barcelona, España
Suscriptor Nº 10193

Traducciones
Hola Hernán: me alegra mucho que hayan vuelto a ti todos los derechos sobre el libro *Más respeto que soy tu madre*. Recuerdo que cuando salió tenía ganas de comprarlo y que algo que me pareció absurdo es que en España lo hubieran modificado para que pareciera local (algo que odio también de los doblajes españoles de películas norteamericanas). Me parece excelente que la actual edición publicada por tu editorial tenga los «doscientos episodios intactos, en su jerga original de Mercedes, provincia de Buenos Aires». Siempre serán mejores los libros o las películas en su versión original (habrá excepciones, pero serán sin duda muy pocas). Alguna vez leí, lastimosamente no recuerdo dónde por lo que no sé si era una buena fuente, que a Rabindranath Tagore le dieron el Nobel de Literatura basándose en sus traducciones al inglés, pero que él mismo afirmaba que sus versos eran mucho mejores en su versión original en bengalí. Debe ser una maravilla poder leer a este poeta en su lengua original (y en la misma variante de la lengua bengalí en la que efectivamente escribió el autor), pero también es clara la necesidad de que haya buenas traducciones hacia otras lenguas (como ojalá también las haya en el caso de tus escritos). Hoy acabo de enterarme en la Wikipedia de que Tagore estuvo en Argentina, tema sobre el cual ojalá algún día la revista Orsai pueda ilustrarnos. Muchos saludos,

Mauricio Carrera
Hesse, Alemania
Suscriptor Nº 06990

El pibe
Hernán, quería darte las gracias por el maravilloso disfrute que he pasado con tu libro *El pibe que arruinaba las fotos*. Deliciosa palabra «pibe», que mi padre usaba muy a menudo, siendo andaluz y gaditano, no sé de dónde le llegó. Aunque no pude disfrutarlo a pleno gozo en la edición en papel, queda a la espera de poder «capturarlo» en un futuro no lejano para regalar o regalármelo, que a lo mejor me lo merezco. Algún día te escribiré relatándote las sensaciones tan complejas y variopintas que me surgieron durante la lectura, porque también fui, y soy, un gordito con tetas que siempre soñó con ser escritor. Tal vez cuando me coja prosaico o tal vez poético. Mi jodido cerebro solo se muestra espontáneo y deliciosamente literario cuando recién me meto en la cama para intentar dormir unas pocas horas y claro en ese momento se vuelve activo y ni me deja escribir ni me deja dormir.
¡Será una cortocircuitada electrocerebral! Bueno, ya está. Mi más sincera veneración y gratitud por tu trabajo en favor de la literatura hispánica y por demostrar que cuando se quiere, aunque duela durante el camino, se puede. Saludos y espero seguir disfrutando con tus escritos durante mucho tiempo, ahora mejor, de forma libre y espero que relajada. Un gaditanito que se encuentra orgulloso y dichoso de pertenecer al Club Orsai.

José Antonio Sánchez
Cádiz, España
Suscriptor Nº 00240

Mi Década Perdida

Mi nombre es Asdrúbal Benomi Pinker, y detesto la década del setenta. Quizás ellos tuvieron el sabor de la aventura, el olfato de la sangre, como si la sociedad y la lucha de clases menstruaran. Pero yo ni sabía, no era un vampiro. La única sangre que conocía era la de mi deficiente sistema dental. Un croquis de mi boca por dentro, un escaneo de mi lengua me demostraba el amenazante afluente hemoglobínico en alguno de mis volcanes que dejan los Molares ausentes. Pero ¿qué decía? Ah, sí, de los setentas. Todos andaban con discos bajo el brazo y chicas en el sobaco. Yo hacía como que no me interesaba todo eso: la militancia, la música, las mujeres. Mis amigos del club de ajedrez no me exigían. Sabían de mi rareza. Ellos también lo eran. Pero es que todos tenían sus

intereses: Carmelo, por el fútbol (le atraía el funcionamiento del teórico Toto Lorenzo); Bruno, con el rock sinfónico (tenía, antes que nadie, las novedades de Yes, Génesis; y Premiata Forneria Marconi!), discutía con el Marcelo, que seguía de manera enfermiza el mundo clásico, de la Ópera, iba al Colón, hablaba de Wagner, y compraba los soldaditos nazis de plomo en la calle Lavalle. Estaba Vallejo, que con sus ojos claros encandilaba chicas en Tarot y en Mussicat y otros antros, y

hablaba de un mundo lujurioso de tapados de leopardo y revistas Killing, y canciones italianas pajeras. Y Yaco, hijo de escultores, que amaba las plantas y las películas, y yo que no sé con qué los deslumbraba, quizás era por ingenuidad, austero y provinciano, resentido como una caverna ante el sol, lector de la serie Minotauro y virgen. Un boludo. Yo, un boludo. La cuestión es que quedaba afuera de todo, del Mundial, de la contraofensiva, de Jethro Tull, de la new wave, de Bo Derek, de Pescado Rabioso, de la Máquina y de Zappa, del amor, y del destornillador y el gin tonic pero ahí estaban los amigos, resolviendo las jugadas de Fisher-Spassky, de Korchnoi y Karpov en el Torneo Clarín, y, como si la vida se jugara toda en un T5CR jaque, me alimentaban, me estimulaban el fútbol, me hacían sentir virtualmente los pliegues de las vaginas, me revelaban las novedades de Peter Gabriel, y los casetes, y a matar al Tacho Somoza, y la Quilmes con manises, y me fumaban todos juntos y mi pulóver setentista apestaba a Parisiennes. Hasta que llegaron los ochenta y me salvé. Ese número, 8, dos redondeles al lado de un gran óvalo, abrió sus piernas de incertezas, cinismo y humor para siempre. Y sentí, para siempre, que hubo diez años enterrados en 64 escaques y 32 trebejos, una década llena de cálculos y razones, sin olores a sangre, sin sangre, como yo mismo.

RJP

PEPS

GAUSSIAN BLUR

ESCRIBE **HERNÁN CASCIARI**

Estoy en San José de Costa Rica y llueve. Acabo de pedir un café y abro la portátil. De repente aparezco etiquetado en una foto de Facebook y pienso que se trata de un error, porque a primera vista no me veo en la imagen. Es nomás un segundo, menos incluso de un segundo, hasta que entiendo. Me quedo mirando la foto con los ojos abiertos y sin pestañear; pasa un rato, después otro rato, y mi gesto sigue congelado. Me defiendo de la inminencia con la inmovilidad ridícula de las liebres, que se quedan quietas en el medio de la ruta cuando ven venir un camión de frente. El camarero del hotel debe pensar que estoy viendo porno en tres dimensiones, un porno nuevo y genial, porque ni siquiera reacciono cuando llega con el café. Hago un esfuerzo tremendo para que no se me note ninguna reacción, porque estamos en un espacio público y no quiero que nadie me vea así. El asunto es que desde que murió, en julio de 2008, esta es la primera vez que miro una foto de Roberto sin desenfocar los ojos. Puto Facebook y las etiquetas intrusivas. No hubo tiempo para armar el *gaussian blur*; no me lo esperaba.

Un segundo golpe me subraya el desconcierto. Yo creía conocer todas mis fotos familiares, pero esta no estuvo nunca en los álbumes de la infancia, ni en los portarretratos de la casa donde crecí. En la foto hay un cielo limpio de verano, con una nube inofensiva recortada por un edificio que recuerdo bien, frente a la playa más famosa de Mar del Plata. ¿Dónde había estado esa foto todo el tiempo? La respuesta es simple: en ninguna parte. Más tarde sabré que no es realmente una foto, sino una diapositiva. Mi abuelo Marcos hacía diapositivas y las guardaba en cajones que nadie vio desde su muerte. Mi tía Ingrid decidió, este mes,

digitalizarlas a todas antes de que el tiempo las volviera inservibles. Cuando encontró esta foto se la mandó por mail a mi mamá, y mi mamá la subió a su Facebook por la mañana de Argentina. Dos horas después estoy en este bar, con la guardia baja, pensando en cuánto nos gusta a los gordos el buffet libre de los hoteles, y entonces la imagen me asalta sin que me pueda defender. Por eso estos párrafos, desordenados y sin estructura, se arman en mi cabeza contra toda lógica, y por eso me acuerdo instantáneamente de Fernando y de León. Y de otra foto marplatense. Pero eso será después, cuando el llanto haya arrasado. Ahora contengo las lágrimas y me dejo invadir por estas ideas inconexas. No las escribo, las veo pasar como vagones de un tren lechero. Son frases sin gramática interna que se redactan solas y que pasaré en limpio un poco más tarde, en la habitación 1010, cuando ya no sea necesario fingir serenidad. Pero ahora estoy todavía en el bar y la foto ocupa tres cuartos del monitor, y la miro fijo. Y busco un mail que hace cinco años me mandó Fernando Luna. Busco ese mail como antídoto del llanto.

Antes de eso tengo que explicar que no es exacto que nunca he visto una foto de mi papá después de su muerte. En realidad, cuando no hay más remedio entreveo alguna —en la entrada de la casa de mi hermana hay dos retratos—, pero antes de pasar a la cocina preparo muy bien el Photoshop mental y desenfoco los ojos a un sesenta y cinco por ciento. Si hay que mirar fotos de Roberto, me digo, por lo menos que sea con filtro. Ojo: no me da miedo verlo ni es que tema ponerme a hacer puchero. Es más parecido a una superstición. Una noche Dolina dijo algo en la radio que me quedó grabado. Dijo que en las fotos donde aparecen muertos queridos, los muertos saben que están muertos y te miran, desde el papel, con un gesto cómplice y triste, como diciendo «qué le vamos a hacer». No sé si será verdad —en el fondo creo que sí— pero cuando andan dando vueltas fotos de Roberto las esquivo por las dudas. Es un artilugio cobarde, supongo, pero también es una forma de preservación. El mismo mecanismo me impidió, durante todos estos años, pisar la casa de Mercedes donde nací y en la que él murió. Las muchas veces que fui a Argentina pasé de largo por casa, porque quiero mantener en la memoria otras imágenes de esas habitaciones, unas imágenes más inofensivas y cotidianas en las que nadie se muere en el sillón del comedor. No sabría qué hacer en esa casa, si la recorriera hoy, del mismo modo que ahora no sé qué hacer con esta foto de Facebook que se aparece sin preaviso en Costa Rica, cuando estoy tan sin filtro y todavía no desayuné. Busco en Gmail el correo de Fernando, con desesperación, y no lo encuentro. Pero como sé qué día me lo envió, la asociación de ideas me lleva a un recuerdo peor.

Me acuerdo, esta vez sí con pánico, de otra foto que sé que existe y que no veré jamás, ni que me pongan un revolver en la cabeza. Cuando se murió Roberto, en julio de 2008, yo tenía las valijas hechas para viajar a Buenos Aires a presentar mi segundo libro. Al conocer la noticia intenté adelantar el vuelo unos días pero fue imposible, por lo que no llegué a tiempo para estar en el velorio, ni tampoco en el entierro. Es raro decir *no llegué a tiempo* cuando el objetivo no es ver a tu padre vivo por última vez, sino verlo por primera vez muerto. Chiri fue mi corresponsal de guerra. Él estaba en el cementerio de Mercedes y me llamó por teléfono a Barcelona. Me fue relatando todo, me dijo que había muchísima gente, que mi mamá se mantenía firme, y también me contó detalles del velorio, que la vigilia había durado una noche entera, etcétera. Fue una conversación telefónica extraña, porque hablamos como si fuéramos grandes. Me acuerdo de eso y de casi nada más. No teníamos planeado hablar así; nadie tiene planeado hablar así. Por suerte —a veces la distancia sirve para algo— nunca vi por primera vez a mi padre muerto. Sin embargo una semana más tarde, cuando al final presenté mi libro, estaba mi tío Toto en la platea del teatro. Al terminar la charla se acercó, ojeroso, porque la muerte de su hermano mayor lo había afectado, y me susurró en la oreja algo que me dejó sin palabras:

—Como no pudiste llegar al velorio —me dijo—, le saqué una foto en el cajón. Estaba tranquilo, estaba en paz. No sé si querés tener la foto ahora, o si la querés después. Yo la tengo acá en el auto. Pedímela cuando te parezca, yo te la guardo.

No se la pedí, ni entonces ni después. Pero desde aquel día el solo hecho de saber que existe esa imagen, y que además me está esperando en alguna parte, me hace sentir una zozobra parecida al vértigo. No hay *gaussian blur* que valga con esa imagen. Papelera de reciclaje urgente. Prefiero esta que acaba de asaltarme en Facebook, donde hay un cielo y unas nubes y una Pepsi. Esta foto de cielo marplatense es nueva, además. Mucho más flamante que la foto

de mi padre muerto. Es nueva, quiero decir, en un sentido muy amplio, porque yo nunca había visto, ni antes ni ahora, una imagen en la que estuviéramos los dos tan cerca, tan al principio de nuestra historia. Puede ser enero o febrero de 1973, supongo, no más que eso, y mi papá me tiene en sus brazos. En la foto yo estoy a punto de cumplir dos años y nos estamos mirando. Él de frente, yo un poco de reojo. ¿Yo ya sé que es mi padre?, me pregunto, mientras se enfría el café de Costa Rica. Supongo que sí; a los dos años uno ya intuye relaciones intensas. ¿Y él ya sabe que soy su hijo, quiero decir, en el sentido más profundo y absoluto? Su sonrisa pareciera indicar que no. Todavía no sabe que nunca seré un buen tenista. No tiene la menor idea de que en el futuro se quedará muchas noches en vela, sin saber a dónde estoy ni a qué hora volveré, si es que vuelvo. No sabe que un día me iré a vivir lejos y que no estaré cerca cuando se muera. Es verano, es Mar del Plata, no tiene por qué saber nada de eso. ¿Qué sabe de mí, entonces? ¿Qué quiere de mí esa tarde? ¿Fantasea, en ese momento, en cómo serán nuestras charlas del futuro, como yo pienso en mis charlas futuras con Nina? ¿Entiende, o por lo menos se imagina, que mi mano derecha, regordeta y flexible, ya está en posición dactilográfica? ¿Sabe ya que escribiré a veces sobre él, cuando crezca, y que cuando se muera tardaré cinco años en llorarlo de verdad, y que lo haré en un hotel de Costa Rica y no en su entierro, ni siquiera en nuestra casa, a la que no puedo volver?

El tren lechero de las preguntas pasa veloz por encima de la mesa y hace que tiemblen todas las cucharas. No soy yo quien llora, todavía, es un tren sin ventanillas y nocturno que se percibe más de lo que se ve. Por eso nunca he querido ver sus fotos ni entrar de nuevo al comedor de casa. Porque no me gustan las preguntas que aparecen cuando estoy con la guardia baja. ¿Qué pensará el camarero costarricense al ver a un gordo que empieza a llorar en silencio mientras mira porno en tres dimensiones? Trato de calmarme, pero no puedo. Ahora pienso que voy a cumplir dos años en la foto, pero me llama más la atención su edad que la mía. Roberto está a punto de cumplir veintinueve, tiene catorce menos que yo ahora. Es un chico joven con su primer hijo en brazos. Conozco esa sensación, la de tener a tu primer hijo en brazos y creer en la eternidad. Tengo que llorar. Alguna vez tenía que hacerlo, pienso, lo jodido es que sea en Costa Rica, tan lejos de todo, y que haya una pareja de holandeses viejos mirándome de reojo. Lo jodido es que se me haya cerrado el estómago justo en un buffet libre. Ojalá sea verdad que Facebook quiebra en dos o tres años. No era acá, ni ahora, donde había que llorar.

Había que llorar la noche que llamó mi hermana para avisar que Roberto se había muerto, pero no pude. Yo estaba jugando con Nina y con Cristina en el estudio de casa. Las ventanas del verano estaban abiertas. Cuando supe lo que estaba pasando mi primera reacción fue hacerle señas a Cris para que se llevara a Nina a otra parte. En ese momento tuve miedo de quebrarme y que ella, con cuatro años, se asustara. Ese llanto no resuelto me duró media década. También lo postergué una semana más tarde, la noche de la presentación del libro, en Buenos Aires, cuando salimos con Chiri al escenario y Roberto no estaba en la primera fila. Pasó algo más esa noche, un rato después de que mi tío Toto me ofreciera la fotografía que nunca acepté. En un momento, antes de empezar a firmar libros en el hall del teatro, Fernando Luna me llamó aparte. Fernando es un viejo amigo de Mercedes que había ido a ver la presentación del libro. Pero tengo que contar algo antes, por eso digo que estos párrafos no tienen estructura ni lógica.

Tengo que contar que hace muchos años, en 1993, yo trabajaba en una revista de Mercedes y viajé a Mar del Plata a hacerle una entrevista a Fernando Luna. Él hacía un programa de televisión, muy visto en la ciudad, en donde interceptaba mercedinos en la playa y les hacía notas. Su esposa era la camarógrafa, y sus hijos los tiracables. Fernando tenía dos hijos. El menor, León, había cumplido o estaba por cumplir diez años. Esos días que estuve con la familia Luna en la costa pude ver de cerca la relación de Fernando con su hijo: tenían una complicidad brutal, sobre todo en temas futbolísticos, y los dos me hicieron acordar a la mía con Roberto. Una mañana Fernando me estaba contando, para el reportaje que yo le hacía, que había ido con León a ver un Boca-Independiente por la copa de verano, y que se perdieron con el auto, se pasaron de la cancha y llegaron para el segundo tiempo, cuando Independiente ya ganaba uno a cero. Después hubo un gol de Boca y lo anularon. «No sabés qué bronca», me decía Fernando, «nos perdimos el primer gol y el único que sí pudimos ver ni siquiera fue gol... Había un tipo que puteaba en la platea, que le tiró una botella al árbitro, ¿te

acordás, León?». Y entonces León lo miró y le dijo, muy serio: «Eras vos, papá». Me acuerdo de muchos pimpones verbales así entre los dos, como si los hubieran planeado de antemano. Y yo pensaba que si esos pasos de comedia eran espontáneos estaba muy bien, pero que si los habían preparado para hacerme reír, entonces era todavía mejor.

Un tiempo después, creo que un año más tarde, León murió de repente, a los once años, de una enfermedad fulminante. Yo vivía entonces en Buenos Aires y el que me avisó de la desgracia fue mi papá, por teléfono. Esa mañana, cuando colgué, lloré de una manera descomunal, muy parecida a la de Costa Rica. Me dio un ataque de espasmos cortos, como hipos gigantes, y creí que no iba a poder parar nunca. El modo en que Roberto me dio la noticia por teléfono fue demoledora, creo que la causa del llanto fue esa. No dijo nada especial, porque era muy tímido para las situaciones graves, pero había algo en su voz que intentaba decir: «Estoy asustado», había una inflexión en el teléfono que decía: «Nunca me hagas eso».

Pasó otro año, y con Fernando Luna fundamos un periódico en Mercedes que se llamó *El Domingo*. Charlamos mucho en esa época, y un día me contó que la foto que está en la tumba de León la había sacado yo, aquellos días en Mar del Plata. Y me preguntó si quería ir a verla. Le dije que no, aunque recordaba la foto perfectamente. Es una donde León está con una cámara VHS, filmándome mientras yo lo fotografío. Fernando también me dijo, esa tarde, que podían cicatrizar ciertas heridas menores después de la muerte de un hijo, pero que nunca se podía volver a ser feliz.

Hacía muchos años que no veía a Fernando, cuando lo vi aparecer en el hall del teatro esa noche de 2008, una semana después de la muerte de Roberto. Me llamó aparte. Sospeché que me daría el pésame, como ya habían hecho otros mercedinos durante esos días, pero solamente me saludó y me dijo: «Esta mañana te mandé un mail, ¿lo leíste?». Le dije que no, que había estado todo el día de un lado para el otro. Y me dijo «Leélo.» Releer ese mail, que es una especie de foto verbal, me serviría mucho tiempo después, en una habitación de Costa Rica, para calmar el borbotón.

—La semana pasada —me decía Fernando en el correo, con fecha dieciséis de julio de 2008—, yo salía de lo de Magadán con un CD de Sabina y me crucé a la librería Chelén para ver si ya había llegado tu libro, y en el cordón de la vereda estaba tu viejo con tu libro en la mano. El tipo estaba mirando la vidriera, porque Andrecito Monferrand había puesto un montón de libros tuyos apilados, como si fueran bestseller. Un día Nina va a ser grande y vas a entender mejor esto que te cuento. Te lo escribo y se me pone la piel de gallina como si estuviera en la Bombonera. Nos pusimos a hablar, con tu viejo, creo que me dijo que Chichita me estaba buscando para ver si yo quería venir a la presentación en la Combi, y en un momento se hizo un silencio. Ahora me doy cuenta de que yo quise decirle algo y no encontré las palabras. Yo quería decirle que siempre te vi como un gordito terrible. Yo quería decirle que siento un placer enorme cuando en Boca aparece un jugador nuevo y en la tercera jugada vaticino: «¡este va a ser un crack, este en Boca la va a romper!». Me pasó con Riquelme, con Bati y con Márcico. Y hace unos años con tu hijo. Eso le quise decir, pero no le dije nada. Igual él debe haber entendido algo, porque las personas también somos instinto, por eso me miró a los ojos, como hacía tu viejo, medio de costado, y me dijo: «Bueno, nos encontramos allá en el teatro y charlamos». Creéme que nunca hablé tanto con él de cosas importantes. Esa noche —y esto lo sé ahora que creo en Dios y que no tengo hijo que escriba libros, porque el mío se fue antes— confirmé que tu viejo era un gran tipo, y eso, gordo, es mucho más difícil que escribir libros. Cuando me fui él se quedó ahí, enfrente de la plaza, con tu libro en la mano y mirando la vidriera. Al otro día me dieron la noticia y no lo podía creer. Te lo tenía que contar porque es la verdad, no es una frase... Lo hiciste feliz hasta el último día de su vida, no sabés cómo estaba ese hombre ahí parado, mirando tus libros».

Ya está, era eso. Había que llorar. Y llorar hace bien. En esta habitación de Costa Rica, cuando por fin llega la calma, cuando ya no queda agua en la represa que ha estado contenida cinco años, y cuando terminan de pasar —por fin— los vagones del tren lechero a la velocidad de la luz, entiendo que la foto entre Roberto y yo, la de Mar del Plata, es la primera de una historia que duró casi cuarenta años. La quiero elegir como la primera. Y elijo como la última foto de esa historia la que me regaló sin querer Fernando en ese mail, la que me sirve ahora para cerrar el duelo. Desde hoy, supongo, podré mirar a mi viejo otra vez de frente, sin desenfocar. ◣

DOWN
BUENAS TARDES, ¿QUÉ LE TRAIGO?
POR G.SALA
EL CAIRO
AY, DISCULPAME, ¿PERO NO ME PUEDE ATENDER EL CHICO DOWN?
BUENO, YA SE LO MANDO
¡FERNI, VENÍ A ATENDER A LA SEÑORA, POR FAVOR!
ME ENCANTA
¡VIEJA PUTA!
HOLAAA, SEÑOOORA, ¿QUÉ LEEEE TRAIGOOO?
¡NO! ¡A MÍ ATENDEME, QUERIDO!
LA PUTA QUE LOS PARIÓ, TODOS QUIEREN QUE LOS ATIENDA EL DOWN. ESTAMOS AL RE PEDO ACÁ
PONGAMOS UN RESTORÁN SOLO ATENDIDO POR DOWNS NOS LLENAMOS DE PLATA
¡EL DOWN ES MÍO, CARAJO!
¡¿EH?!
¡NO, ES MÍO! ¡BUSCATE OTRO CAMARERO, VIEJA CHOTA!
¡NO! QUIERO AL DOWN
¡SOLTALO, PUTA!
¡SOLTALO VOS, TROLA!
¡¡LO ROMPIMOS!!
¡CARAJO!
¡RAC!
¡ERA VERDAD EL MITO!
¡SÍ, LOS DOWNS ESTÁN LLENOS DE MONEDAS DE ORO!
¡SOMOS RICAS!
VAMOS YA MISMO A CAMBIAR EL ORO POR DINERO
COMPRO ORO
ESTE ORO ES DOWN, NO VALE NADA.

LO ÚNICO QUE LES PUEDO DAR ES ESTA RANA MUERTA.
¡ES MÍA!
¡NO, MÍA!
¡¡LA ROMPIMOS!!
SAK
¡ERA VERDAD EL MITO!
¡SÍ, LAS RANAS MUERTAS ESTÁN LLENAS DE PERUANOS!
HOLA SEÑORA
HOLA
VAMOS YA MISMO A CAMBIARLOS POR DINERO
¡SOMOS RICAS!
COMPRO PERUANOS
HOLA SEÑORA
ESTOS PERUANOS SON MUY CHIQUITITOS, NO VALEN NADA.
HOLA, SEÑORA
LO ÚNICO QUE LES PUEDO DAR ES LA MANO IZQUIERDA DE PERÓN
¡ES MÍA!
¡NO, MÍA!
¡¡LA ROMPIMOS!!
¡CARAJO!
¡ERA VERDAD EL MITO!
¡SÍ, EL FIN DEL MUNDO ESTÁ ADENTRO DE LA MANO IZQUIERDA DE PERÓN
¡AH, PONER EL RESTORANTE ATENDIDO POR DOWNS FUE UNA GRAN IDEA, ES UN ÉXITO!
¡SÍ, SOMOS MILLONARIOS!
¡LA PUTA MADRE, VIENE EL FIN DEL MUNDO!
¿¿QUÉ?! ¿DÓNDE?
¡AHÍ, ESTÁ ENTRANDO!
UN PUCHERO Y UNA COCA ZERO, PLEASE...
PUEEEDE SER PEPSI?
¿HAY PEPSI EN VEZ DE COCA? ¡¡ESTO ES EL FIN DEL MUNDO!!
G.SALA

MARK TWAIN ESTÁ MUERTO

Qué bárbaro, cómo soltaste la noticia en el editorial —me dice Chiri—. Así de repente, como los dentistas de antes, que te arrancaban la muela sin avisar.

—Al contrario —le digo—. Lo que hice fue avisar con dos o tres meses de anticipación, y no en el último momento. Para que el lector lo vaya masticando... Yo tengo un trauma con las cosas que se acaban de repente y nadie te avisa antes.

—Vos tenés varios traumas —me dice Chiri—. Pero a este que me decís no lo conocía. ¿Qué te pasó?

—Cuando empecé a leer las *Aventuras de Tom Sawyer* tenía nueve o diez años, y casi me muero de la alegría. Era el primer libro gordo que leí, y me encantó el ritmo.

—¿Fue de esos libros que te regaló tu tía Ingrid?

—Claro. Lo leí con voracidad. Y después vi que en la misma bolsa estaba el segundo libro de la saga, *Huckleberry Finn*, y yo dije «buenísimo, hay muchos libros con estos personajes».

—Error.

—¡Error gravísimo! Pero a los diez años uno se piensa que todo es fácil. Así que cuando terminé Huckleberry fui al librero y le dije «deme otro de estos libros». Y el librero me dio *Tom Sawyer detective*. Y me fui a mi casa y me lo comí con manteca. A la semana otra vez fui a la librería y le dije al librero «deme otro». Y me dio *Tom Sawyer en el extranjero*. Y otra vez me fui a mi casa supertranquilo.

—Ni te imaginabas que era el último.

—¡Ni idea! Ni siquiera sabía que Mark Twain estaba muerto...

—Qué bajón. ¿Y lo leíste rápido?

—En dos patadas —le digo a Chiri—. El lunes temprano, antes de que abriera, yo ya estaba otra vez en la librería.

—¿De dónde sacabas la plata?

—No sé.

—¿Ibas solo a la librería, o te acompañaba alguien?

—¡Qué sé yo! No me desconcentres que te estoy contando un trauma muy grave.

—Es que ya me lo contaste mil veces —me dice Chiri.

—¿Ya te lo conté?

—Ochenta millones de veces. Fuiste y le dijiste al librero «deme otro» y el librero te dijo que no había más. Y te pusiste a llorar como si se te hubiera muerto Totín. Y te quedó el trauma para toda la vida.

—¿Y si lo sabías por qué me dejás que te lo cuente de nuevo? —le digo.

—Porque ponés cara de drama, y te queda gracioso. Además de grande te pasó de nuevo lo mismo, con dos revistas. Y ahí me pasó a mí también, ¿te acordás con cuáles?

—Con el último número de *El Péndulo* —le digo—, en 1987, que Marcial Souto la dejó de editar sin previo aviso. Y con el último número de la *Puro Cuento*, en 1992, que Mempo Giardinelli avisó que la revista no se hacía más en el último editorial.

—¡Qué bajón! Yo me acuerdo de eso también.

—¿Ves? Por eso quise contar con tiempo que dejábamos de hacer Orsai. Para que al lector asiduo no le resulte tan abrupto.

—Yo la verdad no sé si es mejor decirlo antes —me dice Chiri—, pero respeto tu decisión porque sos el director.

—¿Lo hubieras dicho en el número final?

—Creo que sí. Es como cuando te tienen que operar. Es mejor que te operen ya, y no que te digan «en dos meses tenés que entrar al quirófano». Son meses de mucha angustia.

—No me vas a comparar una operación con dejar de hacer una revistita.

—Lo que quieras —me dice—. ¿Pero no la vas a extrañar un poco cuando terminemos, el número que viene?

—Sí, claro.

—Cuando pongas el último punto en el último párrafo del último editorial de la dieciséis —me dice, con tono melodramático—, ¿no vas a sentir un cosquilleo?

—¿Vos me querés hacer llorar?

—Obvio. Como estás medio sensible desde que volviste de Costa Rica, me gustaría que llores un poco acá en el Skype, así me río.

—No te voy a dar el gusto.

—Llorá, no te cuesta nada. Los gordos que lloran son muy graciosos...

—No pienso llorar para que te diviertas.

—Escuchá: tu papá se murió, Mark Twain también, tenés los ojos juntos, no hacemos más Orsai, Racing va último. Tenés mucha pena... mucha tristeza...

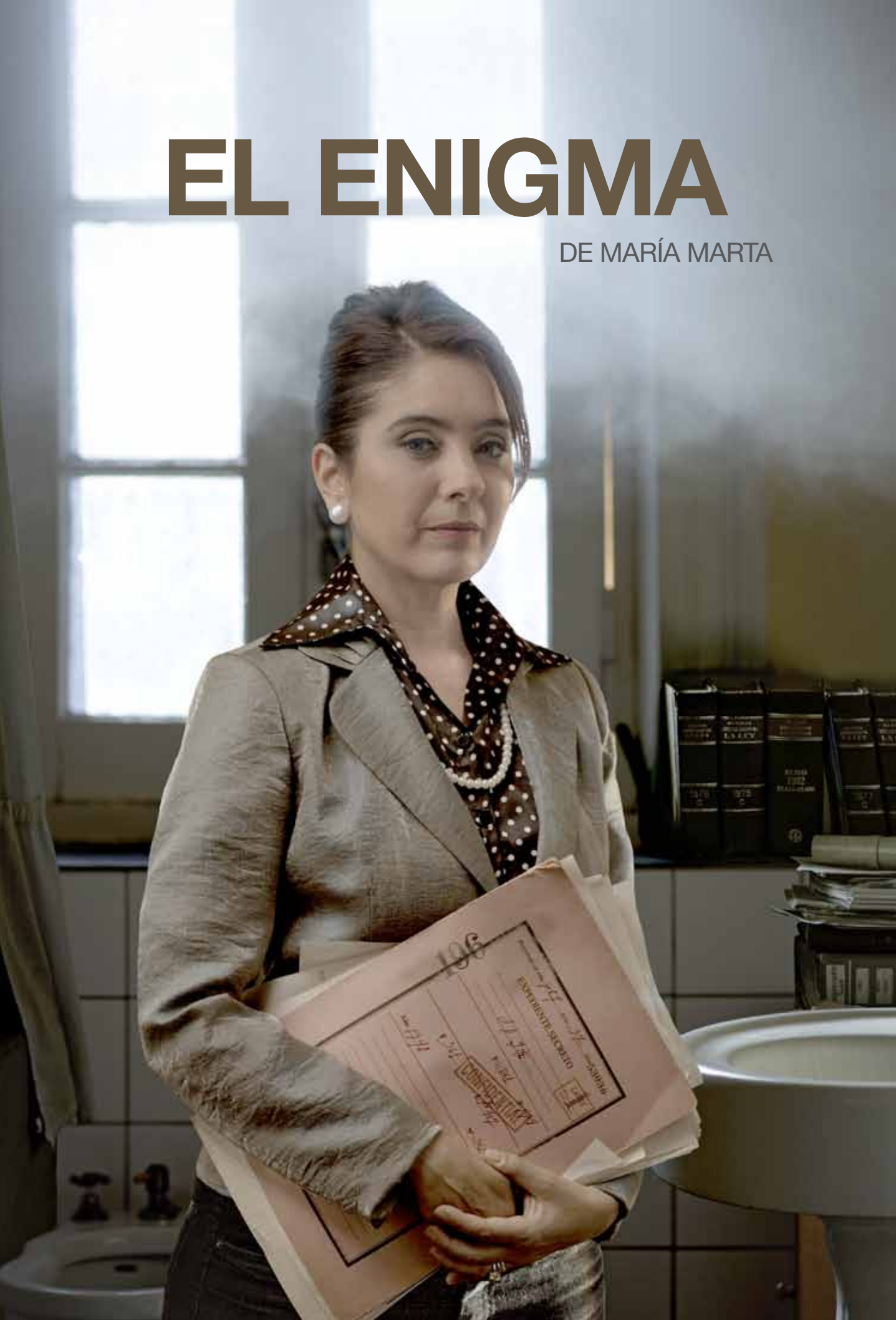
—Salí —le digo, tapándome la cara con las dos manos—. Dejáme solo. No me mires.

—...Y sos lágrima fácil: todo mal. ◣

YO NO TENGO CORAZÓN.
YO NO TENGO CEREBRO.
Y YO NO TENGO VALOR.
TRANQUILOS CHICOS, AHORA ESO YA NO ES UN PROBLEMA.
EDUARDO SALLES

EL ENIGMA

DE MARÍA MARTA



De accidente doméstico a cinco disparos en la cabeza. Uno de los hechos policiales argentinos más enigmáticos contado por la mejor alumna del maestro Enrique Sdrech.

ESCRIBE **FLORENCIA ETCHEVES**

FOTO DE APERTURA **MARCOS LÓPEZ**

FOTOS INTERIOR **ENRIQUE GARCÍA MEDINA**

FLORENCIA ETCHEVES
Buenos Aires, 1971

Periodista especializada en la crónica policial. Se desempeña desde hace veinte años en Canal 13 y Todo Noticias. Comenzó su carrera en la televisión formando parte de los programas del ya fallecido periodista Enrique Sdrech, quien también se encargaba de los temas policiales en los noticieros de El Trece. Fue productora del programa *Telenoche Investiga* y columnista de policiales del noticiero del 13, *Telenoche* y Radio Mitre. Coautora de dos libros en la materia *No somos Ángeles* (editorial Marea), *Mía o de la tumba fría* (editorial Long Seller). En noviembre de 2012 publicó su primera novela *La virgen en tus ojos* (editorial Planeta). Es conductora del espacio de 9 a 12 de la señal de noticias *Todo Noticias*. En 2011 y en 2012 ganó el premio Martín Fierro en el rubro «Labor periodística femenina».

Los dedos largos y finos tocaban las teclas del piano de cola. La música se mezclaba con el ruido de la lluvia al otro lado del ventanal. Era domingo veintisiete de octubre de 2002 y todo parecía suceder afuera: se jugaba el superclásico River-Boca; muchos estaban en la cancha bajo un agua torrencial y otros se empezaban a acomodar en los sillones de distintas casas.

Pero adentro, el hombre seguía tocando el piano poseído por una fuerza que salía quién sabe de dónde. Tenía la espalda encorvada sobre el instrumento, un mechón de pelo entrecano cayendo sobre los ojos, ninguna partitura en el atril.

—¿Te acordás qué estabas haciendo el día del crimen, a la hora del crimen? —le preguntaría yo tiempo después con curiosidad casi poética.

Y él, Diego Molina Pico, tal vez el fiscal más famoso de la Argentina, respondería con esta escena: estaba tocando el piano. Ni siquiera sospechaba que mientras acunaba acordes clásicos, María Marta García Belsunce estaba siendo asesinada.

——Che, ¿te enteraste? —me preguntó una voz al otro lado del teléfono—. Se murió la hermana del periodista Horacio García Belsunce, parece que se patinó en el baño de su casa.

Levanté los ojos de la computadora de la redacción.

—No te puedo creer, pobre mina —contesté—. Qué mala suerte.

—Tremendo, laburaba en Missing Children con Susan Murray. Se llamaba María Marta, un bajón.

De inmediato mi cabeza empezó a recorrer rostros, voces y casos de la ONG que se dedicaba a buscar chicos perdidos. A Susan la conocía bien, ella era la que tenía un contacto fluido con los medios. Pero no recordaba a ninguna María Marta. Hasta que días después vi su foto en los diarios y ahí se me aceleró el corazón. Los periodistas de policiales conocemos a los protagonistas de nuestras historias demasiado tarde. Pero con la imagen impresa supe que —a diferencia de todas las otras veces— yo había conocido a María Marta viva.

Tal vez fue eso lo primero que me impresionó del caso. Había visto a María Marta en Missing Children. Era una mujer de aspecto simple, pero elegante. Bastante parca, pero muy educada. Tengo otras imágenes de ella, pero no confío tanto en mi memoria. En los diez años que duró la investigación incorporé una cantidad apabullante de datos. Hablé con amigos y detractores. Pude armarme una María Marta a la medida de todos y cada uno de los relatos. Tal vez por eso, dudo si María Marta es la que tengo en mis recuerdos o la que me contaron. Aunque sé lo que pasó con su caso.

Fue único.

Ese verano de 2003 empezó una montaña rusa emocional para la crónica policial. La razón: a poco más de un mes de la noticia de la muerte de María Marta, supimos que ese no había sido un accidente. La primera denuncia la había hecho un médico que había visto el cuerpo de María Marta, y luego una autopsia confirmaría el testimonio. Cinco balas en la cabeza de la mujer les cerraría la boca a los familiares que sostenían la teoría de un traspié doméstico.

Con ese dato, varios periodistas seríamos relegados de nuestras tareas cotidianas para dedicarnos exclusivamente al «caso Belsunce», como ya se lo conocía. Nos meteríamos en una trama oscura, rebuscada, llena de mentiras y de verdades a medias. Tendríamos que espiar por la cerradura de la vida de los ricos y encontrarnos con las fichas del tablero de ajedrez cambiadas: los familiares de la víctima confiarían en Carlos Carrascosa, el marido de María Marta, sospechoso de haberla matado. Mientras que en un hecho casi inédito, se defenderían entre ellos y negarían haber ocultado el crimen.

Durante todo ese tiempo no habría en quién confiar. No tendríamos un último reducto. Solo sabríamos que la verdad había sido borrada con un trapito verde, un balde, un lampazo, una rejilla y lavandina: así de mundanos fueron los elementos que se llevaron las huellas de los asesinos de María Marta. Con esos artículos de limpieza, una masajista y dos mucamas habían dejado impecable la escena del crimen con el beneplácito de los patrones que lloraban o, como dijeron muchos, fingían llorar esa muerte inquietante.

Pero hubo un comienzo para todo ese caos. Y ese inicio sucedió a un mes y pocos días del crimen, cuando un diario zonal de Pilar tiró la bomba: «No habría sido accidente la muerte de la hermana de García Belsunce». El artículo periodístico citaba a un médico, el primero que había llegado a la casa. El hombre decía que la cabeza de María Marta tenía agujeros y que no creía en el famoso golpe en la bañera.

Cuando leí ese testimonio quedé pasmada. El médico se llamaba Santiago Biassi y vivía en La Plata; fui a verlo. Aunque no fui sola: el gran

Portarretrato. María Marta García Belsunce.

Minuto a minuto. El caso, en todos los televisores del país.

Enrique Sdrech encabezó la caravana por la autopista Buenos Aires-La Plata. El Turco, con cincuenta años de periodismo policial sobre sus espaldas, estaba entusiasmado como un nene. Supe que el caso Belsunce se iba a convertir en el más paradigmático de la crónica policial argentina. ¿Cómo lo supe? Mirando al Turco. Le brillaban los ojos. Se había negado a leer el archivo del caso que con esmero yo le había preparado.

—No nos contaminemos con información ajena —me dijo—, en un rato vamos a tener al tipo clave, nena.

Llegamos de noche a una casa en las afueras de La Plata. Un lugar sencillo en un barrio común, casi desangelado. Antes de que pudiéramos tocar el timbre, un hombre alto y fornido abrió la puerta.

—Cómo le va, Sdrech —saludó extendiendo la mano—. Soy el doctor Biassi.

Entramos a una sala amplia y limpia. Unos sillones rodeaban una mesita ratona. Nos sentamos, nos ofrecieron café. El doctor no paraba de hablar, se lo notaba ansioso por contar lo que había callado durante demasiado tiempo.

—Yo la vi llena de sangre, Sdrech. Tenía agujeros en la cabeza, pude meter los dedos en los huecos. Eso no fue un accidente. A esa mujer la mataron.

Miré las manos de Santiago Biassi. Eran enormes. «Los agujeros deben haber sido grandes», pensé.

—¿Y usted qué supone que pudo haber provocado esas heridas, doctor? —pregunté.

El viejo Sdrech me miró con su clásica media sonrisa.

—Balas —sentenció.

El Turco, como tantas otras veces, estaba en lo cierto.

El fiscal Diego Molina Pico, el hombre del piano, en esos días escuchaba testigos en la fiscalía de Pilar. Lo que había declarado el médico había fortalecido sus sospechas. Aquella mañana del veintiocho de octubre en el velatorio de María Marta, él ya había sentido que no le habían contado todo lo que había pasado unas horas antes. Y con el testimonio del doctor Biassi tuvo lo que necesitaba para avanzar en el caso. Citó a Horacio García Belsunce, el hermano periodista de la mujer muerta, para hacerle una advertencia.

—Me engañaron, no me contaron todo, pero pienso seguir adelante —le dijo.

—Diego, te juro que nadie te mintió. No sé qué estás buscando.

—La verdad. Quiero saber lo que no me contaron.

—¿Qué buscás? —Horacio empezó a llorar—. Es mi hermana la que está muerta, tengo mucho dolor.

—Entiendo el dolor —le dijo—, pero acá hay otra cosa.

El fiscal Molina Pico quería el certificado de defunción, necesitaba incorporarlo a la causa. La respuesta de Horacio García Belsunce lo descolocó.

—Qué certificado te voy a traer. El que tenemos es trucho.

Molina Pico se quedó helado. En ese papel estaba la primera mentira escrita, que siempre tiene más valor probatorio que las mentiras dichas. El certificado decía que María Marta había muerto en Capital Federal de un paro cardiorrespiratorio no traumático. Un delirio. Todos sabían que había sucedido en su casa del country Carmel de Pilar, provincia de Buenos Aires. Y sabían, también, que en ese baño había habido una sangría indecible.

El Turco. Enrique Sdrech, un prócer del policial.

Fiscal. Molina Pico, el hombre del piano.

En una caja llena de papeles, en el fondo de un placard, tengo una copia de ese certificado trucho. Muchas veces haciendo limpieza pensé en tirarlo, pero no pude. Los periodistas solemos ser abducidos por ciertas historias que nos toca contar, y a veces esos fantasmas no te largan. El caso Belsunce nunca me largó, o soy yo la que lo retiene. No lo sé. María Marta siempre está ahí, rondando.

En ese sentido, una tarde de primavera me ocurrió algo que en su momento no supe leer. Aún no me queda claro cómo hacerlo.

Inés Ongay era la amiga de la infancia de María Marta, la mujer que había sido testigo del inicio de la historia de amor con Carrascosa. Inés vive en Bariloche y ella insiste en que cuando la llamaron para contarle que su amiga había tenido un accidente supo que la habían matado.

—¿Cómo lo supiste? —le pregunté mientras almorzábamos en la terraza de un bar de la Recoleta.

—No sé —me dijo, mientras sus ojos tremendamente claros miraban la nada—, lo sentí. No te lo puedo explicar.

Inés jamás me habló mal de Carlos Carrascosa; simplemente no le creía. Incluso cuando en el juicio oral declarara como testigo y los jueces le preguntaran si ella creía que Carrascosa había matado a su amiga, contestó:

—La justicia me tiene que decir a mí quién mató a María Marta. Lo que yo pienso de Carrascosa es muy íntimo. Me lo guardo para mí.

En Recoleta, el sol nos entibiaba mientras Inés hablaba de su amiga. Recordó anécdotas deliciosas de María Marta. Me ayudó a humanizarla. Habíamos pedido unas botellas de agua y en algún momento el mozo nos acercó el menú. No lo abrí. De repente sentí unas ganas tremendas de comer un plato en especial.

—¿Qué vas a pedir, Inés? —le pregunté mientras le alcanzaba el menú—. Yo tengo antojo de comer revuelto gramajo.

Inés levantó la cabeza y me clavó la mirada.

—¿Estás bien? —pregunté. Los ojos de Inés tenían lágrimas, pero sonrió de inmediato.

—Sí, estoy bien —contestó—, el revuelto gramajo era la comida favorita de María Marta. Hace mucho que no lo como.

Ese día, Inés y yo comimos la comida preferida de María Marta. Fue, para mí, un pequeño homenaje a esa persona que estaría merodeándonos durante todo el almuerzo. A esa presencia sutil que aún hoy, después de casi once años, viene a recordarme su existencia en cada nueva mujer asesinada.

Mi encuentro con Inés ocurrió mucho tiempo después de que Enrique Sdrech decidiera escribir un libro sobre el caso. Seguramente él habría entendido el mensaje —el de ese almuerzo— mejor que yo. Pero no llegó a enterarse de mi reunión; el trabajo del Turco tenía tiempos más cortos. Su libro —que se llamaría *Seis balas para María Marta*— debía cerrarse a velocidad récord. Aunque no era su primer trabajo rápido o de largo aliento, el Turco destilaba adrenalina y ansiedad. El motivo: estaba enfermo. Escribía a contra reloj. Sabía que los tiempos no los ponía la editorial ni la escritura. Encaprichado tipiaba, poseído por la historia. A veces se olvidaba de guardar el archivo en la máquina y perdía horas de trabajo. Entonces se enojaba, gritaba, maldecía; hasta que se sentaba y volvía a domesticar las teclas que de a poco iban armando ese, su último texto.

Inés Ongay. Amiga de la infancia de María Marta.

Investigación ardua. Todos los cuerpos del expediente.

Nosotros, sus productores, le acercábamos datos, partes de la causa, testimonios. Sin levantar los ojos del monitor —porque el Turco no miraba el teclado, sus dedos corrían mágicamente sobre las letras— nos pedía sensaciones, información que hablara de los sentimientos de los protagonistas de la historia. Yo trabajaba teniendo eso en cuenta.

—¿El caso Belsunce te hizo llorar alguna vez? —le pregunté entonces al hombre del piano.

Molina Pico, habituado a responder con el expediente en la mano, me miró sorprendido. Respiró hondo.

—Sí, un poco sí —dijo.

El fiscal sabía mucho. Antes de pedir la exhumación del cuerpo de María Marta —y después de la declaración del doctor Biassi— un desfile de familiares había circulado por su despacho. El fiscal se había ido enterando de detalles que no le habían sido revelados en su momento. Y, de todos ellos, hubo uno imposible de pasar por alto. John Hurtig, el medio hermano de María Marta, había declarado en la fiscalía que había encontrado un elemento metálico bajo el cadáver de María Marta y que, suponiendo que era un «pituto» —una pieza para sostener estanterías— lo había arrojado al inodoro por decisión familiar. La aparición del «pituto», que en realidad —se sabría después— era una bala, había sido suficiente para tomar la siguiente decisión.

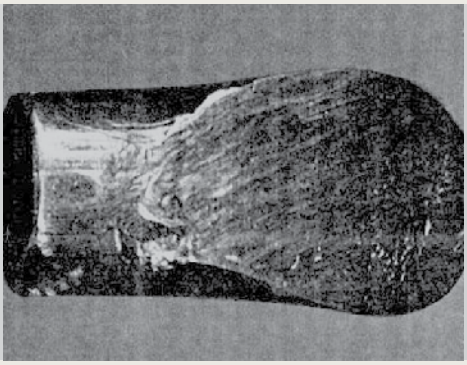
Molina Pico firmó un papel que quemaba. En él pedía la exhumación del cuerpo, una autopsia y peritajes a la casa del hasta ese momento «accidente». Así fue como el muro que protege a los ricos de miradas ajenas —y para ellos vulgares— empezó a quebrarse. Un Molina Pico, un doble apellido como ellos, se animaba a romper con la cofradía de la élite de San Isidro. Y a pagar el precio alto de la traición de clase.

En cuestión de días, Molina Pico pasaría de ser «Dieguito» a ser el «Doctor Molina», a secas. Y ese no sería el único cambio. Unos años después lo mandarían a una oficina oscura en el subsuelo de los tribunales de zona Norte; un espacio pequeño que en otros tiempos había sido el depósito en el que se metían los artículos de limpieza. En ese lugar, el fiscal recibiría denuncias relacionadas con excesos policiales y presos que aseguraban haber sufrido torturas por parte de los guardiacárceles.

En los inicios del caso García Belsunce, sin embargo, Molina Pico aún conservaba su despacho de siempre. Desde allí dio la orden para que la policía científica avanzara sobre la casa de María Marta. No quedó lugar que no fuera tocado por el Luminol, un reactivo químico que actúa sobre las enzimas de la sangre y que, en caso positivo, emite una fluorescencia de color azul. La grifería del baño, los azulejos que se ubican al costado del inodoro, la alfombra del dormitorio, un sector de la chimenea y una parte de la pared de una antesala se tiñeron, entonces, de azul. La escena era dantesca.

No era la única que derribaba la hipótesis del «accidente». El castillo de arena construido a base de mentiras se terminó de caer el dos de diciembre de 2002, poco más de un mes después de la muerte. Ese día, en la morgue judicial, se le empezó a practicar la autopsia tardía al cadáver de María Marta García Belsunce. Los forenses tenían indicaciones precisas: con el resultado de los peritajes de la casa en la mano, Molina Pico había llamado a los miembros del cuerpo médico forense y les había pedido que buscaran alguna herida compatible con un ati-

John Hurtig. El medio hermano de María Marta.



El "pituto". El plomo calibre 32 que fue hallado por los peritos.

POR LA CREDIBILIDAD
EN LA JUSTICIA
POLICIA

zador. La sangre encontrada en ese elemento de hierro y un agujero en una puerta de madera le habían llamado la atención.

Los médicos le obedecieron, pero se hicieron esperar con la respuesta. Molina Pico no se movió de su despacho. Repasó declaraciones para calmar los nervios, se sentó, se puso de pie, recorrió incontables veces los pasillos de la fiscalía y se dedicó a mirar el teléfono con ansiedad.

Hasta que llegó el llamado.

—Doctor, lo molesto de la morgue.

—Sí, lo escucho… ¿tiene algo para adelantarme? —preguntó con un hilo de voz.

—Encontramos cinco plomos en la cabeza de la víctima. Son proyectiles. No hay dudas, esto fue un homicidio.

Molina Pico no llegó a despedirse del forense. Cortó la comunicación con un golpe. Se le secó la garganta. Se sacó los anteojos y se agarró la cabeza. Ese día, me contaría después, el hombre del piano lloró.

Con la noticia en la tapa de todos los diarios la cobertura se volvió imparable. La historia tenía todos los ingredientes de la crónica policial: un homicidio enmascarado como accidente, un marido en la mira, un derrotero de familias de clase alta clamando inocencia ante las cámaras de televisión, y una certeza popular: «Si en lugar de los García Belsunce de Pilar fueran los García de Lanús ya estarían todos presos».

Pero, a pesar de las especulaciones, no hubo impunidad en el mundo de los García Belsunce. Tres meses después del crimen, varias personas del entorno de María Marta —Carrascosa incluido— fueron imputadas por «encubrimiento agravado», y siete meses después Carrascosa fue procesado y detenido por el asesinato de su mujer, aun cuando a los pocos días sería excarcelado y esperaría el juicio oral en libertad. ¿Por qué solo Carrascosa? El fiscal y también el juez creyeron que había montado la escena del accidente. El viudo había declarado que en el momento en el que mataban a María Marta él estaba viendo un partido de fútbol en la casa de sus cuñados. Pero la empleada doméstica de esa casa lo desmintió y los empleados del club house del Carmel aseguraron que le habían servido un café y un limoncello esa misma tarde, por lo que Carrascosa estaba dentro del country. Para la justicia, Carrascosa había intentado montar una coartada fallida. Había mentido y ese principio de mendacidad lo llevó tras las rejas.

Lo insólito fue que buena parte del entorno de María Marta lo defendía. Para los periodistas de policiales aquella situación era inédita: los familiares de la mujer asesinada —muchos de ellos, imputados por encubrimiento— respaldaban al supuesto asesino. Padres, padrastros, hermanos, hermanastros, cuñados, cuñadas, vecinos y amigos clamaban por la inocencia de Carrascosa. Y entendían a la perfección que debían hacerlo no solo en los tribunales: los medios eran el lugar a conquistar.

Así fue que algunos periodistas fueron invitados por mail a reunirse con familiares de María Marta. Querían dar su versión ante la prensa, aunque a mí no me llamaron: mi cobertura crítica en la pantalla de Canal 13 hacia la familia García Belsunce me había dejado afuera de esa cadena de mails.

«Un periodista no va adonde lo invitan, un periodista va adonde quiere», recordé que siempre decía el gran Sdrech. Así que le hice caso y le mandé un mail a John Hurtig, hermanastro

El viudo. Carlos Carrascosa.

Carmel. El country de María Marta.

de María Marta, imputado por encubrimiento y uno de los familiares que habían convocado a la prensa. Le pedí reunirme con ellos a pesar de no haber sido invitada. Me respondió casi al instante: dio una dirección, un día y un horario.

El día llegó, compré un cuaderno nuevo para tomar notas y con las fotocopias del expediente fui hasta la oficina en la que me habían citado. Era un edificio antiguo y bello del centro. Un encargado me abrió el portón de hierro y subí por un ascensor impecable. Cuando llegué, Irene Hurtig, la hermana de María Marta, me esperaba con la puerta abierta. Estaba ansiosa. Yo también.

La habitación —convertida en oficina— era chica. Un escritorio grande y algunas sillas eran el único mobiliario. Me llamó la atención una pared llena de fotos familiares: un reguero de momentos felices. Todos los personajes que conocíamos por televisión estaban allí. Intenté, con disimulo, encontrar a María Marta en esas fotos. No lo conseguí.

John Hurtig, el hermanastro, estaba sentado detrás del escritorio. De pie, a un costado, estaba Guillermo Bártoli, el cuñado —también imputado en la causa—. Irene me ofreció sentarme frente a John. Acepté. Ella se ubicó a mi lado.

En ese momento la vi. Entre los papeles y las carpetas del escritorio había un portarretratos con una única foto: María Marta sonreía en el medio de todos nosotros. Durante la charla, que duró horas, me costó sacarle los ojos de encima. Si mi pálpito era correcto, yo estaba sola en un departamento tomando café con los asesinos de esa mujer. Así que lo mejor era dudar. Tal vez la equivocada era yo. A lo largo de la entrevista los tres intentaron explicarme que mis críticas hacia sus conductas eran infundadas, y lo hicieron de manera amable. Tuvieron respuesta para todas mis preguntas. Me mostraron las partes del expediente que los beneficiaba y yo les mostré las otras. Los noté enojados, dolidos, expuestos. Pero la foto de María Marta me recordaba que la única víctima era ella.

—¿Puedo pasar al baño? —pregunté finalmente antes de irme, y después de horas y litros de café.

—Por supuesto —contestó Irene señalando una puerta a nuestras espaldas.

Mientras me levantaba de la silla, no pude evitar un comentario.

—Espero que el baño no tenga bañera.

Ellos se rieron del mal chiste. Yo, avergonzada, también.

El tiempo fue pasando pero el interés por el crimen de María Marta no cedía. En la calle, en los bares y en las reuniones sociales todos pedían más. Y el caso seguía dando más.

Cuando parecía que todas las cartas estaban echadas —con la familia de María Marta imputada y Carrascosa detenido— apareció un personaje que, a la manera de las puestas teatrales, pareció llegar para devolverle el dinamismo al caso. Poco después de que Carrascosa fuera a la cárcel, sus abogados defensores consiguieron la excarcelación sumando un nuevo sospechoso. El flamante personaje calzaba perfecto con la necesidad de dar con un homicida por afuera del círculo familiar. No fue difícil encontrar a quién apuntar: el objetivo era Nicolás Pachelo, la oveja negra del Carmel.

Pachelo vivía en el country. Nadie allí lo quería demasiado y por lo bajo murmuraban que andaba «en algo raro».

—Vieja concheta de mierda dejáme de joder —solía gritarle a cualquier mujer que le

Irene Hurtig. La hermana de María Marta.

El cuñado. Guillermo Bártoli, otro de los imputados.

pidiera, por favor, que le pusiera un bozal a su perro rottweiler. Y eso había tenido consecuencias —por llamarlas de algún modo— «judiciales». A Pachelo lo habían sancionado dentro del country. Y es que en un lugar donde la seguridad es privada, la vida social es privada y hasta las diversiones son privadas, ¿por qué la justicia debería ser pública? La mayoría de los countries tiene un comité de disciplina formado por abogados —socios del club— que hace las veces de fiscalía: allí reciben la denuncia, buscan testigos y, con las pruebas en la mano, sancionan al vecino díscolo. Algunos meses sin poder usar las instalaciones comunes o la prohibición de usar las canchas de golf suelen ser las medidas más dramáticas; una especie de pena de muerte social que deja al condenado en el limbo de las callecitas arboladas del country, con la ñata contra el vidrio del club house.

Algo de esto le había pasado a Nicolás Pachelo mucho antes del crimen de su vecina María Marta. La desaparición de unos palos de golf lo había puesto en el banquillo de la Justicia Carmelita —así la denominaban los miembros del Carmel— y sus inconductas, insultos y gritos no habían ayudado demasiado. El reo había sido condenado a una desopilante guardia estilo «Gran Hermano». Un vigilante privado tenía la tarea de controlar sus movimientos y, con una jerga inventada para la ocasión, modulaba por su handy: «ROMEO salió de su casa y se dirige hacia el golf».

Lo cierto es que este castigo ridículo finalmente le serviría de mucho a Pachelo. Cuando en el primer juicio oral contra Carrascosa —en el año 2007— la defensa del viudo señalara como culpable al vecino díscolo, los abogados de Pachelo argumentarían que el día del crimen de María Marta, Pachelo estaba siendo custodiado por un guardia del club que, de haber notado algo raro —ni hablar de un asesinato—, habría dado la voz de alerta.

A pesar de esto —que quedaría asentado en el juicio pero había sido expuesto mucho antes—, la familia de María Marta repetía la hipótesis sobre Pachelo a quien quisiera escuchar. Para terminar de «construir» al enemigo, los García Belsunce sacaron a la luz el suicidio de su padre, dejando entrever que Pachelo podría haberlo asesinado; hablaron de sus travesuras en el colegio secundario y hasta le achacaron un pasado pirómano: sostenían que de chico, por celos, había incendiado la cuna de su hermanito menor.

«Es mi asesino favorito», decía ante los medios uno de los abogados de los García Belsunce. Pero el prontuario privado de Pachelo no tendría incidencia en la justicia, que es pública. El primer cachetazo estaba por venir.

El Turco Sdrech siempre sospechó de Carrascosa. Mucho antes, incluso, de que lo hiciera el fiscal. Su mirada de sabueso les aportaba una simpleza a veces pasmosa a los policiales.

—Si en una casa matan a una mujer y el marido no puede probar que estuvo en ningún otro lugar, estaba allí con ella. Todo lo demás es para la gilada —solía decir, y remataba su concepto recordándonos sus orígenes libaneses:— *Asalam aleikum.*

«La paz sea contigo», en árabe.

El Turco pudo terminar y publicar su libro. La historia de María Marta estaba, para él, dentro de la misma línea que el misterio de Cecilia Enriqueta Giubileo o el crimen de Oriel Briant, dos casos que lo habían obsesionado en

Nicolás Pachelo. El vecino díscolo.

Rodeado. Carrascosa abandona los Tribunales.

la juventud. Cuando pensaba en ellas, el Turco hablaba con cariño de sus «chicas». María Marta fue la última de las tres.

El día que murió el Turco se armó un inmenso vacío. No solo en su familia y en nosotros, sus compañeros, sino en una infinidad de gente que necesitó decir algo. En esos días mi celular no paró de sonar: policías duros con la voz quebrada, familiares de víctimas que querían despedirlo, presos que usaban su crédito de los teléfonos públicos de los penales para mandar su saludo, fiscales, jueces, abogados, médicos forenses. Todos, o casi todos, decían lo mismo: «El Turquito ya debe estar con María Marta. Ya debe tener toda la historia».

—Sdrech, qué personaje. Qué mal me la hizo pasar —recordaría tiempo después el fiscal Molina Pico—. Desde la pantalla del televisor me retaba, me decía que tenía que meter preso a Carrascosa. Lo más increíble es que mi madre me llamaba y me decía que Sdrech tenía razón.

En esos tiempos de retos y llamados, poco después de la muerte de María Marta, el hombre del piano aún no tenía indicios para pedir el procesamiento del viudo. Pero el Turco ya tenía sus certezas, que tiempo después confirmaría la justicia.

El veinte de febrero de 2007 —el día de inicio del juicio oral contra Carlos Carrascosa— amaneció caluroso y soleado. Pero en los tribunales de San Isidro, en la calle Ituzaingó al trescientos, se vivía un microclima: los árboles que cubrían la calle impedían que llegara el sol. Había un aire fresco.

Llegué a los tribunales sumida en un estado raro. La noche anterior no había podido dormir. La ansiedad me había tenido inquieta. Todos los protagonistas de la historia iban a estar ahí, interactuando, mostrando todo. O casi.

La justicia de San Isidro había dispuesto la sala más grande del edificio. Más de cien periodistas estábamos acreditados para cubrir el juicio del año. Los abogados defensores no lo tenían fácil. El fiscal del caso, Diego Molina Pico, tenía una imagen impecable. Cada cosa que hacía era avalada por una sociedad que presentía una verdad: Carrascosa era el asesino de su mujer, y el resto de la familia lo había encubierto.

Los primeros días del juicio —que duraría cinco meses— fueron tediosos. Las horas de lectura de pruebas recolectadas durante años se mezclaban con el sopor de las tardes de verano. Hasta que dos semanas después de haber empezado todo, el taciturno Carrascosa abrió la boca.

—Perdón, señores jueces, quiero declarar.

—Por supuesto, señor Carrascosa, es su derecho ——respondió la presidenta del tribunal oral, la doctora María Angélica Etcheverry.

Carrascosa se levantó y, con una tranquilidad notable, dedicó veinte minutos a desmentir todo lo que publicaban los medios.

—Carrascosa, para usted qué fue lo que le pasó a su mujer —preguntó otro de los jueces del tribunal.

—Para mí fue un robo —contestó el viudo.

—¿Y sospecha de alguien?

En la sala hubo un silencio expectante.

—No sé, puede ser el vecino.

—¿Qué vecino?

—Pachelo —contestó sin dudar.

A partir de ese momento todo cambió. Aunque ya se había hablado de eso ante la prensa, era la primera vez que, desde el banquillo de los acusados, Carrascosa le ponía nombre y apellido al asesino de su mujer.

Pachelo, dijo, era malvado. Pachelo le ha-

Sala. El escenario del juicio contra Carrascosa.

María Angélica Etcheverry. Presidenta del tribunal oral.

bía robado un perro a María Marta. Pachelo era odiado en el country. Pachelo era ladrón.

Pachelo, el actor secundario que habían posicionado los García Belsunce, estaba empezando a convertirse en el protagonista de la historia. Y, de un modo inesperado, le dio al fiscal Molina Pico una doble tarea: demostrar que Pachelo era inocente, básicamente para argumentar que Carrascosa era culpable.

Para eso Molina Pico planeó una jugada brillante: citó a declarar como testigo de la fiscalía al ya famoso Nicolás Pachelo. De esa forma se garantizaba ser él quien le preguntara primero al testigo, agotando así todas las preguntas que los defensores del viudo tuvieran preparadas.

La capacidad de convocatoria de Nicolás Pachelo fue descomunal. En los cinco meses que duró el juicio ningún testigo tuvo tanto público. Estudiantes de derecho y de periodismo, vecinos de San Isidro y hasta los mozos de un bar del barrio hicieron fila para acreditarse. Todos querían conocer al chico malo de Carmel.

Y el chico apareció dos meses después de iniciado el juicio, puntual, sin hacer declaraciones, con la barba a medio crecer y vestido con una camisa blanca y un impecable traje a rayas. Pachelo parecía un galán de telenovela.

Así y todo, no me detuve tanto en él. Sentada en la punta de la primera fila destinada a los periodistas, muy cerca de donde estaba Carrascosa, cuando Pachelo entró a la sala solo tuve ojos para el viudo. Pude sentir su tensión corporal. Durante las dos horas que duró la declaración del vecino, el viudo no le sacó la mirada de encima.

—Buenos días, señor Pachelo —saludó la presidenta del Tribunal—, ¿nos podría decir qué hizo el veintisiete de octubre de 2002, día en el que fue asesinada la señora María Marta?

—En primer lugar les quiero decir que yo no me levanté con un cronómetro en la mano. Para mí ese fue un domingo cualquiera.

Los periodistas nos miramos de reojo. Con ese arranque supimos que el vecino no iba a ser un hueso fácil de roer. Durante un rato largo contó lo que, según su recuerdo, había hecho el día del crimen. Carrascosa lo miraba casi sin pestañear.

—Pachelo —intervino Molina Pico—, usted sabe que el señor Carrascosa dice que usted mató a María Marta.

—Estoy harto de todo esto, me saqué sangre de manera voluntaria para acallar rumores, no fue suficiente; yo entiendo que el señor Carrascosa haga cualquier cosa para zafar pero todo tiene un límite —empezó a gritar—. Esta gente me tiene hinchadas las pelotas.

Mientras el fiscal tranquilizaba a un Pachelo desatado, Carrascosa asistía a la escena con la mirada clavada en su asesino favorito.

La salida de Nicolás Pachelo de los tribunales fue tumultuosa. Todos los periodistas queríamos hacerle una nota, pero el chico rebelde del Carmel, como lo llamábamos entre nosotros, no quería saber nada con los micrófonos. La camioneta de su abogado, el doctor Roberto Ribas, lo esperaba en el estacionamiento del edificio y lo ayudó a salir por la puerta destinada a los camiones de traslado del Servicio Penitenciario.

De esa partida, las cámaras de televisión y los fotógrafos de medios gráficos pudieron obtener una única imagen bizarra: para evitar los flashes, Nicolás Pachelo se había tapado la cara con un enorme calendario de San Lorenzo de Almagro, el club del que su abogado era fanáti-

Mirada. El viudo, atento a las declaraciones.

Flashes. Pachelo y el calendario de San Lorenzo.

co. De la manera más insólita, el Ciclón se había ganado la tapa de los diarios del día siguiente.

Luego de este episodio siguieron las horas, los días y los meses. Arrancamos el juicio en verano y terminamos en invierno. Más de doscientos testigos desfilaron por los tribunales de San Isidro. Algunos dijeron la verdad; otros mintieron y se notó. Muchos demostraron una habilidad increíble: llorar sin lágrimas. Y todos construyeron, de un modo coral, un relato social: los testigos de dos o más apellidos llegaban en camionetas último modelo; y las mucamas, los jardineros, los mozos y las cocineras lo hacían en colectivo. Pero esa vez fueron los humildes quienes pusieron en jaque a los poderosos. El personal de servicio se sentó a declarar sin miedo, defendiendo el único capital que tenía: la verdad.

El once de julio de 2007 amaneció helado. Dos días antes había nevado en la Capital Federal y en el conurbano. Todos seguían hablando fascinados de ese hecho tan inédito como feliz. Pero la atención periodística no estaba puesta en la nieve. Ese día íbamos a saber, finalmente, si para la justicia Carrascosa había matado o no a María Marta.

La lectura del veredicto y la sentencia estaba pautada para las tres de la tarde, pero se retrasó hasta las seis. Esas tres horas de espera fueron demenciales. Solo, el fiscal Molina Pico tomaba café en un bar que solía usar como refugio a la vuelta de los tribunales. La gente se le acercaba y le deseaba suerte. Para muchos se había convertido en un cruzado contra la injusticia. Mientras tanto, los familiares de María Marta y del viudo se reunían alrededor de la mesa de otro bar. Los periodistas íbamos de un bar a otro intentando una declaración que no llegaba.

Pasadas las diez de la noche supimos que dos de los jueces del tribunal habían decidido condenar a Carrascosa, y que el tercero lo había considerado inocente.

A la hora señalada nos fuimos acomodando en las sillas de la sala. La lectura del fallo empezó, y fue eterna. Pasadas las diez de la noche supimos que dos de los jueces del tribunal habían decidido condenar a Carrascosa, y que el tercero lo había considerado inocente. En cualquier caso, ninguno de los tres había visto en Carrascosa al asesino de María Marta.

Molina Pico. Para muchos, un paladín de la justicia.

En el bar. Familiares de María Marta y del viudo.

Amor y lágrimas. El pedido de justicia por el asesinato de María Marta sigue vigente.

Bóveda familiar. Los restos de María Marta descansan en el cementerio de la Recoleta.

El hombre fue absuelto por el homicidio pero condenado a cinco años y medio de prisión por el encubrimiento del crimen, y fue señalado como el primero de una lista familiar que involucraba al clan García Belsunce. «Los elementos de prueba colectados demuestran que los rastros del delito principal fueron literalmente borrados por Carlos Carrascosa y su séquito de acompañantes circunstanciales y habituales. Algunos por conveniencia y otros por ignorancia», decía un tramo del fallo.

Esa parte fue un baldazo de agua fría para la familia: todos estaban adentro; los García Belsunce eran los siguientes en la fila.

Terminada la lectura del fallo, Carlos Carrascosa no se inmutó. Enfrentó la condena con una dignidad admirable, mientras los sollozos ahogados de los familiares y amigos inundaban la sala. «Este tribunal ordena la inmediata detención de Carlos Carrascosa», se leyó.

Sentada en la primera fila fui testigo privilegiada de lo que estaba sucediendo. Los jueces del tribunal se levantaron y se fueron de la sala. El fiscal Molina Pico los siguió. Carlos Carrascosa le clavó la mirada al policía que se preparaba para detenerlo. Esa noche helada de 2007 sería recordada en los tribunales de San Isidro como la noche en la que el viudo se fue con dos esposas.

Tanto el fiscal —que insistía con que Carrascosa era el asesino— como los abogados defensores —que querían al viudo libre de culpa y cargo— apelaron la decisión del Tribunal Oral Nº6 de San Isidro. Así fue que dos años después, en el 2009, el Tribunal de Casación dio como vencedor a Molina Pico y Carrascosa fue sentenciado a prisión perpetua por el crimen de su mujer, condena que sigue cumpliendo en el penal de Campana.

Pero la historia no terminó ahí. En mayo de 2011 empezó el juicio por encubrimiento calificado del crimen de María Marta. En ese caso había mucha más gente en el banquillo de los acusados, y lo curioso —entre tantas cosas que llamaban la atención— era que todos lucían distinto. Algunos familiares estaban más flacos, otros más gordos, casi todos tenían más canas, algunos habían muerto, otros simplemente habían crecido. Los sobrinos de María Marta, que en el momento del crimen era nenes, ahora asistían al juicio como universitarios.

En esa segunda etapa mi relación con los García Belsunce fue amable. Yo, a fuerza de horas y horas de aire, había aprendido a escuchar más y cuestionar menos. Ellos, a fuerza de golpes judiciales, habían aprendido a tolerar las críticas y habían eliminado esa soberbia de clase que ostentaban en los comienzos de todo. Horacio García Belsunce, hermano de María Marta, mostraba con su historia la parábola familiar: había pasado de ser el periodista y abogado que se quejaba por televisión de que la justicia no le permitía salir del país para ir a Punta de Este, a ser un hombre que ofrecía a los cronistas su nuevo servicio: el de remisero.

Así las cosas, la única que había evolucionado de un modo positivo dentro del clan García Belsunce era Irene Hurtig, la hermanastra de María Marta. Irene no estaba en el banquillo —aun cuando el fiscal Molina Pico la había señalado como parte fundamental en el homicidio de su hermana, la justicia no avanzó

Perpetua. Carrascosa cumple su condena en Campana.

Defensa propia. Irene Hurtig ahora es abogada.

Entre la muerte de María Marta y el momento en el que escribo pasaron once años y muchos crímenes. Sin embargo sé que ningún caso se quedó conmigo tanto como este.

demasiado en esa hipótesis— y había usado los años de juicio para recibirse de abogada. Irene —bajita, menuda— se había transformado en una mujer arrolladora y con fuerza suficiente para convertirse en la mejor vocera del clan Belsunce. Ella conocía la causa como nadie; entendía que su marido, sus hermanos y su padre podían terminar presos, y había desarrollado una capacidad descomunal para medirse con los pocos que, al igual que ella, nos sabíamos la causa de memoria.

El día que se leyó el fallo, Irene no quiso estar en la sala —colmada— sino que eligió quedarse con los periodistas. Estábamos todos en un pasillo de los tribunales de San Isidro, en torno a un televisor enorme, cuando escuchamos la sentencia. Ese cuatro de noviembre de 2011, los familiares directos y amigos de María Marta fueron condenados por encubrir el crimen. Ante la noticia, Irene Hurtig gritó. Se agarró la cabeza con las manos, clavó la mirada en la pantalla: así recuerdo a Irene en el momento exacto en el que su familia estaba siendo esposada.

Quince días después serían todos excarcelados y ahora esperan un fallo en segunda instancia que confirme o revoque la pena. Los Belsunce saben que pueden volver a la cárcel en cualquier momento, y así viven: libres, pero con la espada de Damocles en la cabeza.

Entre la muerte de María Marta y el momento en el que escribo pasaron once años y muchos crímenes. Sin embargo sé que ningún caso se quedó conmigo tanto como este. Lo empecé de la mano del maestro Enrique Sdrech y lo tuve que terminar sola. Sin estar preparada, probablemente, para tomar semejante posta. ¿Hice bien mi trabajo? Es algo que me pregunto a menudo.

Lo raro es que mis dudas —que a veces también son angustias— fueron aclaradas por la persona menos pensada.

En el año 2011 gané mi primer Martín Fierro por labor periodística femenina. Durante veinticuatro horas no paré de recibir llamados amorosos de amigos, familiares y colegas. De todos esos contactos, sin embargo, hubo uno que no estaba en mis planes. Dos días después, en el contestador automático de mi celular, una voz gruesa y reconocible me dejó un mensaje:

—Florencia, me alegré mucho por tu premio. Lo tenés más que merecido. Soy Carlos Carrascosa.

Me sorprendí. Durante los años que había durado la cobertura yo no había tenido relación con Carrascosa. Jamás me había dado una nota y nunca había respondido mis llamados. Pero ahora, desde el penal de Campana y usando su crédito permitido del teléfono público al que tienen acceso los presos, el viudo me felicitaba.

Guardé el mensaje y sonreí en paz. Ese día sentí que había cumplido con el maestro Sdrech y le dije mentalmente —como escribo ahora— *salam aleikum*, Turco. ◣

SOBRE LAS IMÁGENES.
La foto de apertura es de **Marcos López** (más información en página 146).
La mayoría de fotos de interior pertenecen a **Enrique García Medina** que siguió el caso Belsunce desde sus inicios.

DECISIONES POLICIALES

¿Vos pensás —le pregunto a Chiri— que las mujeres asesinadas son más interesantes que los hombres asesinados?

—¿Para los medios?

—No —le digo—, para vos.

—No... Yo no hago diferencias entre el femicidio y el homicidio.

—¡Mentira! Este año pediste cinco crónicas policiales y ya van seis mujeres muertas. La gemela de Pico Truncado, las cuatro asesinadas de La Plata y esta chica María Marta del country —le enumero.

—Es verdad, sos un gordito matemático muy detallista... Pero no las pedí yo solo a esas crónicas. Las pedimos entre los dos. Vos sos el director de esta afamada publicación internacional.

—En todo caso yo te dije siempre que sí, que no es lo mismo. A mí me chupa un huevo si el muerto es un hombre, un perro o una vieja. Vos sos el jefe de redacción, y a los policiales los propusiste siempre vos, con tu amiguita nueva.

—¿Estás celoso de Josefina?

—En absoluto. Podés hacer lo que quieras, es tu vida.

—¿Y qué te pareció la elección de Florencia Etcheves?

—Me sorprendió un montón, me gusta cómo escribe esa chica —le digo—. Fue una gran elección, te felicito mucho.

—La sugirió Josefina.

—Bueno, tan tan bien no escribe —matizo—, pero para ser una chica que trabaja en la televisión, estuvo muy bien.

—Qué hombre imbécil que sos, diría tu señor padre.

—Y al final, ¿encontraron el pituto famoso?

—Sí.

—¿Dónde estaba?

—En el pozo ciego de la casa del country, ¿te acordás que un familiar lo vio y lo tiró por el inodoro? La policía y los peritos lo buscaron durante dos días con un detector de metales. Los tipos tuvieron que vaciar el pozo, y después tuvieron que pasar el barro y los excrementos a distintos baldes. Al final volcaron todo sobre sábanas y comenzaron a buscar, con el detector de metales pero también con las manos. Hasta que sonó la chicharra y apareció el pituto.

—¿Y por qué me contás eso tan espantoso?

—Porque lo leí el otro día y me quedé muy impresionado.

—¿Y el marido, Carrascosa? ¿Dónde estaba cuando mataron a su mujer?

—Esa es la pregunta del millón —me dice Chiri—. Según él, entre las seis y las siete de la tarde estuvo en la casa de su cuñado viendo fútbol. Pero siempre quedaron dudas sobre esa coartada.

—Una de las mejores coartadas de un esposo que asesina a su mujer la inventó Abelardo Castillo, ¿te acordás de ese cuento?

—¡Claro! «La cuestión de la dama en la Max Lange». Qué buen cuento, hijo de puta, qué ganas me dieron de leerlo otra vez.

—En medio de un torneo de ajedrez —digo, con voz de trailer de Cinemax—, cuando sabe que su contrincante va a pensar su jugada mucho tiempo, el ajedrecista finge ir al baño, llega a su casa y mata a la esposa.

—Después vuelve haciéndose el boludo y sigue jugando —concluye Chiri—. En ese mundo donde lo único que cuenta es el tablero y el movimiento de las piezas, nadie se da cuenta de que falta un jugador. Para todos los testigos del torneo, el asesino nunca abandona su lugar. Una coartada perfecta.

—Y muy literaria. Si Enrique Sdrech hubiera estado de espectador en ese torneo, el detalle no se le habría escapado...

—¿Ves? Una cosa que me alegra es haberle hecho un homenaje al Turco Sdrech antes del fin de la revista. La crónica fue casi una excusa para hablar de él.

—Hay una historia famosa de Sdrech cuando murió Yabrán —le digo—. ¿La conocés?

—No.

—Habían encontrado el cuerpo de Yabrán justo ese día. Todos los canales estaban diciendo que había sido suicidio. El Turco, en vivo por la tele, le hacía una entrevista a un comisario que acababa de ver el cadáver. «Comisario, ¿Yabrán estaba descalzo...?», le preguntó. «No», dijo el comisario, «¿por qué?». «Porque es imposible que pueda haberse suicidado poniéndosela en la boca la escopeta que usted dice que usó para suicidarse... Porque con el brazo no llega al gatillo». Qué maestro, Sdrech.

—Si estuviera vivo —me dice Chiri—, lo habríamos invitado a escribir en la revista, ¿no?

—No sé —le digo—, a mí a las reuniones sobre los policiales nunca me llamaste. Preguntále a Josefina. ◣

(*) Esta carta es para Thomas Alan Waits (California, 1949), más conocido como **Tom Waits**.

DOS HORAS CON STEPHEN HAWKING

ESCRIBE **JOSÉ EDELSTEIN**

FOTOS DE **JAIME TRAVEZÁN**

Stephen Hawking es una de las personalidades más grandes del siglo veinte. El físico teórico argentino José Edelstein fue enviado por Orsai para que dialogue con él cara a cara. El nuevo Papa argentino y el conflicto entre Israel y Palestina son algunos de los temas de este perfil imposible.

JOSÉ EDELSTEIN
Buenos Aires, 1968

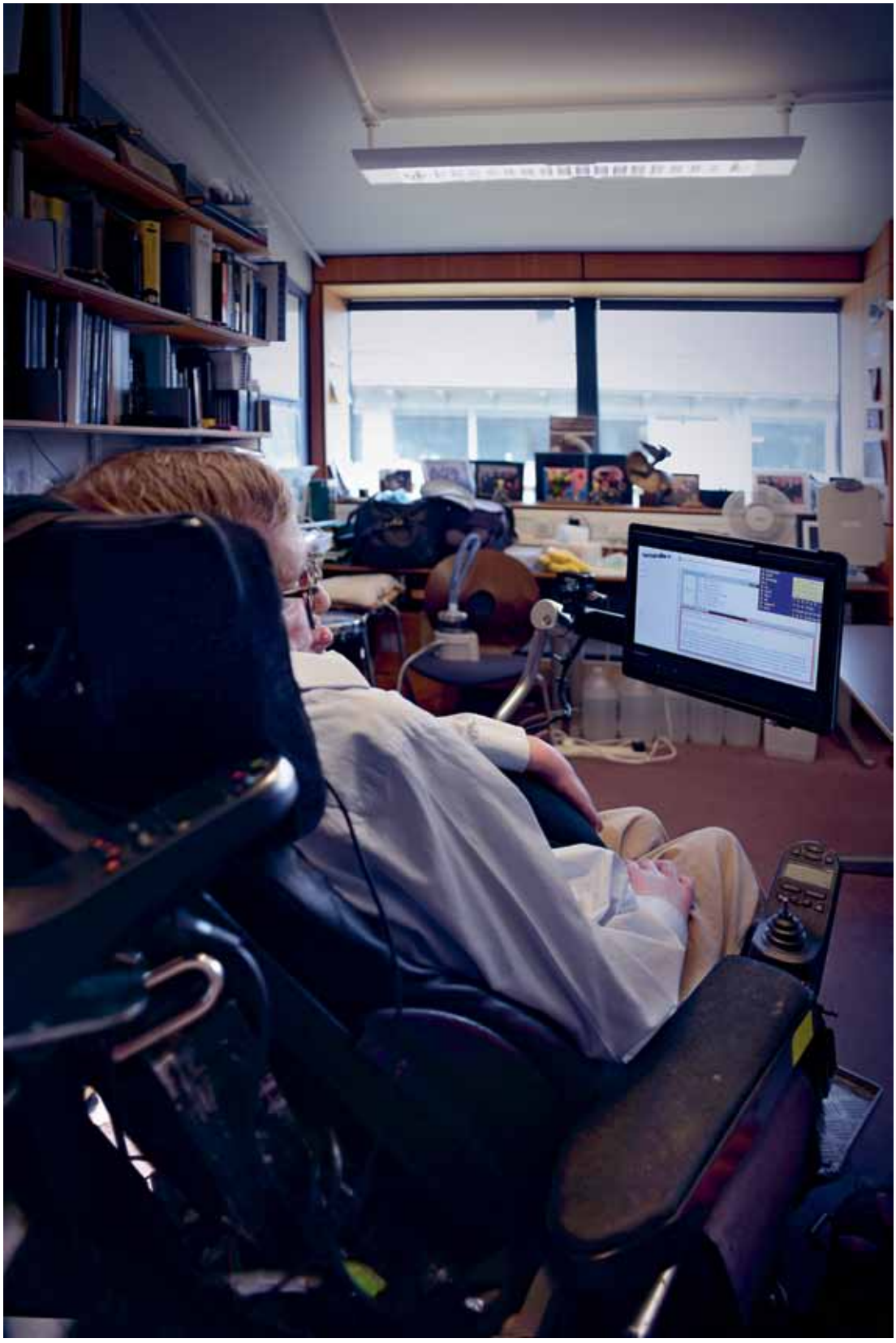
Físico teórico. Licenciado en el Instituto Balseiro y Doctorado en la Universidad Nacional de La Plata, realizó posdoctorados en la Universidad de Santiago de Compostela (en la que actualmente es profesor), Harvard University y el Instituto Superior Técnico de Lisboa. Fue investigador Ramón y Cajal en España y es investigador asociado del Centro de Estudios Científicos de Chile. Su campo es la física teórica de altas energías, en el que ha publicado más de medio centenar de artículos científicos y ha impartido conferencias en una veintena de países. Como escritor, es autor de veinticinco textos publicados en diarios y revistas de Argentina, Chile y España. Por ellos obtuvo el premio de divulgación científica del CPAN en 2010 y 2011, el Premio de Comunicación Científica de la Fundación Española para la Ciencia y la Tecnología en 2012 y una mención de honor en el concurso internacional Ciencia En Acción, 2013.

Los pasillos de las modernas pagodas que conforman el Centro para las Ciencias Matemáticas de la Universidad de Cambridge convocan al desconcierto. Una indescifrable estructura de anillos enlazados, con varias puertas exteriores en la planta baja, contribuyen a incrementar la desorientación del visitante. En el primer piso, una puerta sobresale de la confusa coreografía representada por el sinfín de oficinas idénticas. Es la única que carece de picaporte. Se abre con un código numérico y aún se aprecian en ella cuatro pequeños agujeros en los que, hasta hace poco, otros tantos tornillos sostenían una discreta placa dorada con diecisiete caracteres negros grabados en tipografía clásica, en letras mayúsculas, que decían «LUCASIAN PROFESSOR». La chapa tuvo un corto recorrido, a lo largo del pasillo, hasta ir a parar a la puerta de Michael Green, uno de los padres de la Teoría de Cuerdas. El mismo rótulo había sido atornillado en 1669 en la puerta del despacho de un joven profesor, de tan solo veintiséis años, que respondía al nombre de Isaac Newton. Desde entonces, ser el titular de la Cátedra Lucasiana se ha convertido en una distinción superlativa, legendaria, que han compartido gigantes de la historia de la ciencia como George Stokes, Paul Dirac y quien me espera al otro lado de la puerta de la oficina B1.07, Stephen William Hawking.

Si un encuentro con Hawking es un acontecimiento esperado con la máxima ansiedad, este lo fue por partida doble tras un primer intento fallido, unas semanas atrás. El jueves veintiuno de junio la cita era en su casa, pero un problema literalmente de última hora llevó a su cancelación. Debí armarme de paciencia, comprar un segundo pasaje a Cambridge, elegir una nueva botella de vino con la que siempre acompaño mis visitas, y cambiar el ambiente cálido y sobrio de su casa por el de su luminoso y moderno despacho. En su casa lo habría encontrado, como hace unos años, más relajado, frente a una pared cubierta por una biblioteca de madera en la que los libros conviven con decenas de dibujos que le envían chicos de todo el mundo y algunas primeras ediciones que le gusta coleccionar, escuchando a Wagner. «Nadie como él, ni antes ni después, ha logrado transmitir emoción con la música». Algo más se perdió con el cambio de planes. La posibilidad de comentar en su casa la película *Mundo Alas*, que le hice llegar a pedido de León Gieco, poder conocer y compartir sus impresiones al verla.

Stephen Hawking sufre, como todos conocen, una enfermedad neurodegenerativa que ha inmovilizado casi totalmente su cuerpo. A pesar de esta severa discapacidad, cuyos primeros síntomas aparecieron en la etapa de su tesis doctoral, al cumplir veintiún años, ha podido desarrollar una carrera científica que lo coloca

Ser el titular de la Cátedra Lucasiana se ha convertido en una distinción superlativa que han compartido gigantes de la historia de la ciencia como George Stokes, Paul Dirac y quien me espera al otro lado de la puerta de la oficina B1.07, Stephen William Hawking.



en el parnaso de los más grandes físicos teóricos de la segunda mitad del siglo veinte.

Para calibrar su importancia como científico seré categórico: una buena parte de los aspectos teóricos más importantes que conocemos sobre el origen del Universo y sus más misteriosos y monstruosos habitantes, los agujeros negros, ha sido obra suya. Si bien toda su carrera ha estado marcada por las limitaciones que conlleva su enfermedad, el progreso de esta última fue particularmente acuciante en los primeros años. El joven Stephen tenía grandes aspiraciones al llegar a Cambridge y muy pronto se encontró con la posibilidad cierta de no acabar vivo el doctorado. El pronóstico habitual para los pacientes que sufren de esclerosis lateral amiotrófica es de dos o tres años de vida. A punto de tirar la toalla, hundido ante semejante fatalidad, encontró tres pilares en los que apoyarse. El amor de su primera esposa Jane Wilde, el incentivo intelectual que representó para él conocer al físico matemático Roger Penrose y, no menos importante, un aspecto de su personalidad que reaparecerá en este encuentro: su impetuosa, obstinada y a veces presuntuosa rebeldía. La de alguien que ve a la ciencia «no solo como una disciplina racional, sino también romántica y pasional». Su carácter indómito lo llevó a enfrentarse a Fred Hoyle, la autoridad académica de ese momento, y a su Teoría del Estado Estacionario (un Universo en permanente expansión que, sin embargo, no se diluye por la creación continua de materia), que se veía como una promisoria alternativa a la entonces denostada Teoría del Big Bang (cuyo nombre, paradójicamente, fue acuñado por el propio Hoyle).

Pese a sus crecientes dificultades para escribir o caminar, Stephen Hawking publicó una serie de trabajos cuyo punto cúlmine fue uno que firmó junto a Penrose en enero de 1970. En ese artículo, realizado casi íntegramente por teléfono, demostraron matemáticamente que eventos en los que el espacio y el tiempo nacen o mueren, como el Big Bang y los agujeros negros, no solo son probables en la Teoría de la Relatividad General, sino que son sencillamente inevitables. Se vieron las caras una sola vez durante el proceso de escritura de lo que hoy se conoce como el teorema de la singularidad. Poco tiempo antes, Arno Penzias y Robert Wilson habían descubierto accidentalmente que el Universo emitía, desde todas las direcciones, una radiación térmica que indicaba que, teniendo en cuenta que la expansión produce enfriamiento, en el pasado tendría que haber sido más pequeño y más caliente. Si viajáramos hacia atrás en el tiempo todo lo que nuestra imaginación nos permitiera, llegaría un momento en que todo el Universo cabría en el interior de una cáscara de nuez y su temperatura sería elevadísima. El Big Bang, como fruto de este teorema y estas observaciones, adquirió el estatus de teoría científica desde entonces.

Si viajáramos hacia atrás en el tiempo todo lo que nuestra imaginación nos permitiera, llegaría un momento en que todo el Universo cabría en el interior de una cáscara de nuez y su temperatura sería elevadísima.

El trabajo realizado con Penrose sería suficiente para ganarse un lugar en la historia de la Física. Pero las contribuciones más características de Stephen Hawking tienen que ver con los agujeros negros, criaturas fantásticas del bestiario universal que encierran una historia fascinante desde su descubrimiento matemático a manos de Karl Schwarzschild, quien apuró los cálculos en las trincheras del frente ruso, poco después de que Einstein publicara la Teoría de la Relatividad General. Schwarzschild ni siquiera llegaría a ver que, durante un cuarto de

siglo, sus resultados serían recibidos como una curiosidad matemática que no podía ser cierta. Una rareza patológica, el pénfigo paraneoplásico acabó con su vida apenas unos meses más tarde. En 1939 Robert Oppenheimer y Hartland Snyder demostraron que una estrella suficientemente pesada podía implosionar debido a la atracción gravitatoria, colapsando hasta llegar al estado descrito por Schwarzschild. Poco después, Oppenheimer sería el principal responsable del proyecto que alumbró las bombas atómicas que Estados Unidos arrojó en Hiroshima y Nagasaki. Muchos otros físicos aportaron pistas de gran relevancia. Sin embargo, el cambio de estatus de estos seres mitológicos a entes posiblemente reales, cuya fuerza de gravedad es tan intensa que ni siquiera la luz puede escapar, debe mucho a John Archibald Wheeler, quien los bautizó con el nombre de agujeros negros en 1967. Por aquellos años, el flamante doctor Hawking comenzaba a domesticarlos, armado de papel y lápiz, al tiempo que su esposa Jane se ocupaba de Robert, el primogénito recién nacido.

Ya confinado en una silla de ruedas, Stephen Hawking vio nacer a su hija Lucy, quien trajo algo más que un pan debajo del brazo. Pocas semanas después de su inspiradora llegada al mundo, Hawking descubrió que los agujeros negros debían tener entropía, un concepto estadístico asociado a sistemas compuestos. No obstante, a diferencia de todos los sistemas naturales conocidos, la entropía del agujero negro parecía residir en su frontera y no en el agujero negro en sí. De este modo, toda la información de un agujero negro se encontraría en la superficie, como si se tratara de una lata de conservas que no se puede abrir y a cuyos detalles podemos acceder solo leyendo la etiqueta. Los agujeros negros, según Stephen Hawking, son hologramas en sí mismos.

Pero cómo era posible que, por así decirlo, los restos de toda la materia engullida por este monstruo voraz quedara codificada en la superficie imaginaria que la rodea. Este resultado, encontrado paralelamente por Jacob Bekenstein, un estudiante de doctorado de Wheeler, llevaba de inmediato a la conclusión de que los agujeros negros debían tener también temperatura y, por lo tanto, como todo sistema caliente, emitir radiación. Así, los agujeros no serían negros. Las aportaciones teóricas de Hawking dieron entidad física a estas misteriosas criaturas que, al emitir radiación, eventualmente se evaporarían llevándose consigo todo lo deglutido. Esto lleva a un sinfín de paradojas y problemas conceptuales que han tenido y aún tienen a mal traer a los más grandes físicos. Y que, todo indica, encierran la llave que abriría las puertas para una comprensión más amplia y profunda de las leyes de la Naturaleza.

Ninguna de las predicciones de Hawking ha podido ser comprobada. La temperatura de los agujeros negros que, nadie duda, pueblan el Universo y, en particular, están en el centro de todas o la mayoría de las galaxias, es extremadamente baja. Están más fríos que el espacio exterior. Es imposible, por lo tanto, detectar su emisión térmica. Esto no quiere decir que no haya sólidas evidencias de su existencia: la prolongada observación de las estrellas que habitan en las inmediaciones del centro de la Vía Láctea, por ejemplo, describen órbitas muy pronunciadas alrededor de un punto en el que los telescopios no ven nada. Esta es la razón por la que Hawking no ha ganado el premio Nobel. Sin embargo, todo hay que decirlo, ha sido galardonado con una distinción mucho más prestigiosa. Se trata de la medalla Copley, el premio científico más antiguo del mundo que entrega la Royal Society de Londres desde 1731. Hawking lo recibió en 2006, dos años antes que su amigo Penrose. Mientras que el Nobel, entre la física, la química y la fisiología, premia habitualmente a entre seis y nueve científicos, la Copley se concede a una sola persona por año. La han ganado Charles Darwin, Benjamin Franklin, Albert Einstein o Louis Pasteur. Y cuando en alguna rara ocasión, como en 1838, fue difícil inclinarse por un solo candidato y debió ser compartida, quienes lo hicieron fueron Michael Faraday, uno de los diez físicos más importantes de la Historia, y Carl Friedrich Gauss, el rey de la matemática. En 1989, por cierto, la Copley fue otorgada a un egresado de la Universidad de Buenos Aires, un tal César Milstein.

A principios de los ochenta Hawking se propuso escribir un libro en el que pretendía explicar los conceptos de frontera de la física fundamental al gran público. Sin dudarlo, rechazó hacerlo con editoriales académicas, con la idea de que el texto pudiera llegar a cualquier lector. Habituado al uso de un lenguaje metafórico y cargado de imágenes en sus charlas, lo que le ocasionó algún que otro disgusto en su paso por

El primer contacto visual tuvo un ingrediente inesperado. Sorprendente. El científico más famoso del planeta tenía enfundados unos anteojos oscuros que bien podrían haber sido los de Caiga quien Caiga.

la Unión Soviética, Stephen Hawking se sentía preparado para solventar la enorme distancia que separa a las sofisticadas teorías de la física moderna, cuya expresión natural requiere del idioma universal que brindan las matemáticas, del ciudadano de a pie. El proceso de escritura y, sobre todo, de correcciones, fue lento y se vio dificultado por un enorme contratiempo. A mediados de 1985, en una visita que realizaba al CERN (Organización Europea para la Investigación Nuclear), una neumonía lo puso al borde de la muerte y fue necesaria una traqueotomía para salvarlo. Desde entonces quedó mudo. A pesar de ello, en 1988 salió finalmente *Una breve historia del tiempo*, que catapultó la divulgación científica a la categoría de best seller. El impacto que tuvo el libro como acicate para que miles de jóvenes se inclinaran por el estudio de las ciencias es incalculable. Por ello, veinte años después, cuando la Universidad de Santiago de Compostela decidió conceder el premio Fonseca de divulgación científica, no hubo mayores dudas sobre quién debía ser el ganador de la primera edición.

Tras la cancelación in extremis de nuestro encuentro de junio, la ansiedad por que pudiera repetirse esta situación era difícil de ocultar. Y ahora, después de largos meses de espera, finalmente estaba frente a la puerta de su despacho, abierta de par en par. Y al otro lado, junto a su escritorio, se encontraba él. El primer contacto visual tuvo un ingrediente inesperado. Sorprendente. El científico más famoso del planeta tenía enfundados unos anteojos oscuros que bien podrían haber sido los de *Caiga quien Caiga*. De hecho, esta era una posibilidad cierta ya que, recordé en el momento, cuando visitó Santiago de Compostela participó en la versión española del programa, en la cadena de favores. Ante la inocultable extrañeza de mi mirada, Jonathan Wood, el asistente técnico que monitoriza su sistema de comunicación con extremo celo, señalando la cegadora claridad que se colaba por los amplios ventanales del despacho en un inusual día soleado, se apresuró a aclarar: «necesita los anteojos de sol para poder utilizar el sistema de comunicación».

Desde hace casi tres décadas, Stephen Hawking se comunica con el mundo exterior a través de una computadora integrada a su silla de ruedas y un programa especial con el que arma sus frases, las que finalmente son emitidas por un sintetizador de voz. Pese al progreso tecnológico de los últimos años, no ha querido saber nada con la posibilidad de mejorar la voz metálica y con acento estadounidense que emite el sintetizador: hecho que podría hacer sonrojar a cualquier profesor de una universidad tan británica como Cambridge. «Esta es mi voz», sostiene con una lógica aplastante.

Hasta comienzos de la década pasada era capaz de mover los dedos de su mano derecha con suficiente agilidad como para manipular un mouse. Pero al perder la movilidad en su mano, hubo que recurrir al reconocimiento de sus movimientos faciales. Su anterior asistente, Sam Blackburn, diseñó un detector que sobresale de sus anteojos como un minúsculo flexo, registrando los movimientos de su mejilla. Este nuevo sistema, al depender de una única forma de hacer «clic», impedía que Hawking navegara en la pantalla como lo hacía hasta entonces. Y la velocidad con la que podía comunicarse cayó en picada, hasta llegar a una palabra por minuto. Para mejorarlo han explorado y están explorando toda clase de alternativas, desde el escaneo cerebral hasta el seguimiento de ojos o *eye tracking*, pasando por un sofisticado arreglo que monitoriza su rostro aprovechando toda la complejidad de movimientos que está a su alcance. Pero, de momento, sigue utilizando este sistema.

A pesar de haber estado con él durante una semana en Santiago de Compostela, hace cinco años, la perspectiva de enfrentarme a una conversación tan llena de prolongados silencios resultaba perturbadora. Lo saludé, me senté a su lado y le mostré el número catorce de Orsai, explicándole de qué se trata el proyecto. Miró la revista con interés y luego me observó con atención. Sobre todo cuando, a continuación, le comenté que María, una hermosa niña que se acercó a él cuando vino a Galicia y a quien se le había diagnosticado una enfermedad similar a la suya, estaba muy bien y regularmente me escribía para hacérmelo saber y recordar ese momento que para ella había sido inolvidable.

Lo saludé, me senté a su lado y le mostré el número 14 de Orsai, explicándole de qué se trata el proyecto. Miró la revista con interés y luego me observó con atención.

(...)

El efecto que produce la mirada de Stephen Hawking cuando sus ojos claros se posan sobre los nuestros, sin duda potenciado por la inmovilidad del resto de su cuerpo, es sobrecogedor.

El efecto que produce la mirada de Stephen Hawking cuando sus ojos claros se posan sobre los nuestros, sin duda potenciado por la inmovilidad del resto de su cuerpo, es sobrecogedor. En ese momento uno tiene la certeza de estar con él, de que él está con uno. Es un breve instante de comunión, de comunicación intensa, que deja un registro indeleble.

Durante el primer almuerzo que tuvimos juntos cuando visitó Galicia salió a colación su exquisito gusto por la buena carne. La inmovilidad de su rostro convierte el momento de la comida en una situación difícil y allí asoma su proverbial y obstinada determinación. Jamás parece tomar una decisión culinaria en función de la comodidad o buscando simplificar el trámite. No se priva de nada. En Galicia no dejó marisco sin probar y se aseguró de comer pulpo y percebes hasta la extenuación. Al hablar de carne, fue inevitable derivar hacia la calidad de la carne argentina. Y de allí, por asociación directa, al tango. En Santiago de Compostela se entretuvo una de las noches con un número de tango, con cantor y pareja de bailarines incluidos, que siguió con enorme atención. Tanta que, para mi alivio, declinó mi ofrecimiento de ejercer la empresa imposible de traducir las letras del lunfardo al inglés. Se lo recordé al entrar en su despacho. Le pregunté si había algún otro aspecto de Argentina que resonara en él, y al enumerar los elementos anteriores me respondió de la manera más inesperada, completando la lista «... y el Papa. Soy miembro de la Academia Pontificia de Ciencias y espero verlo en la próxima reunión».

No sé si me sorprendió más que tuviera presente la nacionalidad del nuevo Papa o el hecho de que un agnóstico como él hubiera optado por esta referencia, pudiendo recurrir a tantas otras. De hecho, la física teórica de las últimas dos décadas ha estado marcada por la irrupción de una nueva figura que ha revolucionado el que quizás sea el terreno más árido del último siglo: la búsqueda de un formalismo que haga compatibles las dos grandes teorías del siglo veinte, la Física Cuántica y la Teoría de la Relatividad General. Se trata del argentino Juan Martín Maldacena, que es en la actualidad miembro del prestigiosísimo Instituto de Estudios Avanzados de Princeton, en el que

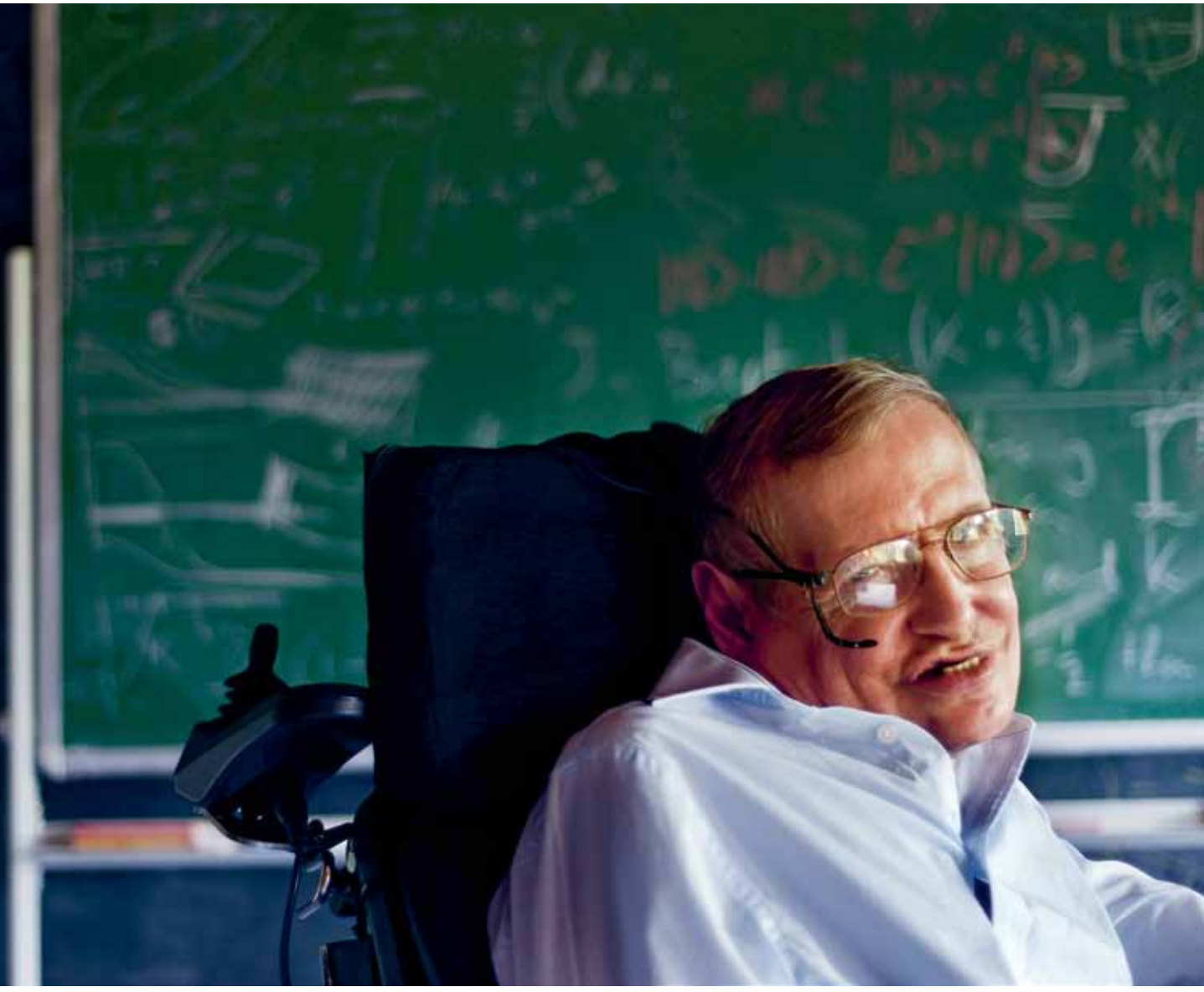
trabajó Albert Einstein. Hawking lo conoce bien, porque realizaron juntos un trabajo en 2003 en el que conviven la noción de entropía gravitacional introducida por él, con la llamada conjetura de Maldacena.

Podría haberse referido a Maldacena, en lugar de al Papa. Me pareció interesante preguntarle a alguien que vivió la condición de estrella emergente de la física teórica, sobre otro joven que está pasando por la misma situación. Su respuesta fue tan escueta como contundente: «Él es brillante. Muy original». No me atreví a contarle que en 1999, en la conferencia anual de Teoría de Cuerdas que tuvo lugar en Potsdam, a las afueras de Berlín, Juan Martín y yo estuvimos a punto de llevárnoslo por delante, cuando regresábamos apurados al banquete de la conferencia y nos lo encontramos en un pasillo del hotel, justo al abrir una puerta. Esquivamos su silla de ruedas casi milagrosamente.

Su celo por escribir correctamente, sin saltarse ni una letra ni un signo de puntuación, es conmovedor. Y no puedo evitar oponerlo a la pereza habitual que personas sin ninguna discapacidad ponen de manifiesto en el uso que hacen del lenguaje en los mensajes de texto o en las redes sociales.

Había transcurrido más de media hora desde mi llegada, y hasta el momento llevábamos dos sucintas respuestas. El sistema de comunicación de Hawking requiere paciencia. En un ángulo de la pantalla de su computadora se abren dos cuadrados pequeños. Uno de ellos muestra las letras del alfabeto en cuatro grupos de siete. El otro, los números y algunas teclas de función. Cuando él comienza a escribir emerge una ventana rectangular, pegada a las anteriores, con diez palabras sugeridas, numeradas del cero al nueve.

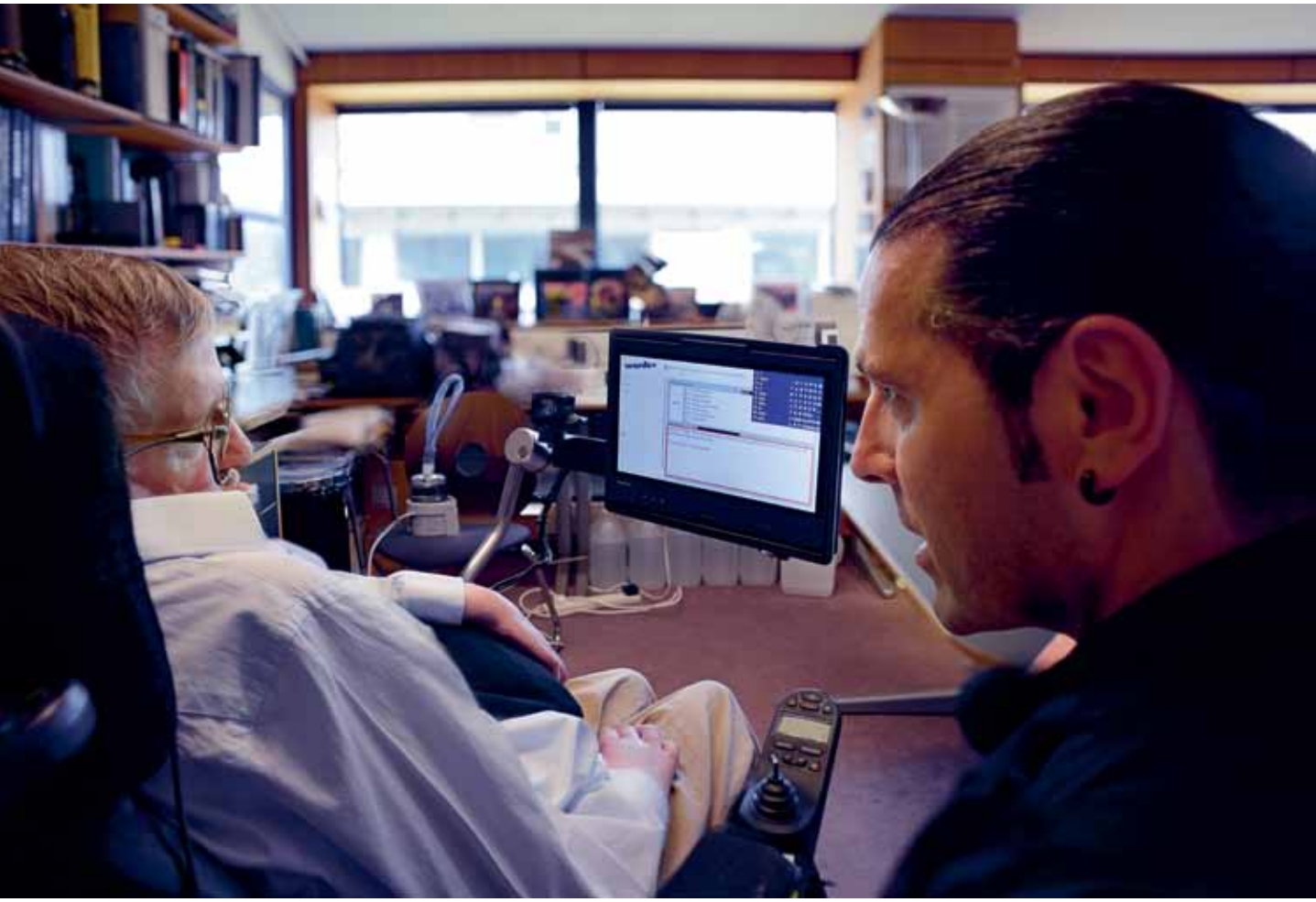
El único gesto con el que Hawking controla su sistema es un movimiento facial que hace con el maxilar y que repercute en su mejilla. El sensor que cuelga de sus anteojos lo detecta y activa un clic. Como no puede incorporar señales distintas que codifiquen el movimiento vertical u horizontal en la pantalla, un cursor pestañea realizando una danza perpetua sobre esos cuadrados: arriba, abajo, arriba, abajo... Con otro clic, el cursor se queda en el cuadrado seleccionado y empieza a recorrer, acompasadamente, las distintas líneas. Una vez elegida una línea, recorre cada letra y cada símbolo. Si se equivoca, Hawking debe esperar a que el cursor reinicie su danza para dirigirlo pacientemente hacia el ícono que representa la función de borrado. Su celo por escribir correctamente, sin saltarse ni una letra ni un signo de puntuación, es conmovedor. Quizá por un tema de degeneración muscular o de cansancio, se le entrecierran los párpados con frecuencia, en un movimiento que probablemente no pueda controlar y que en muchas ocasiones interfiere con su sistema de comunicación y le induce al error. Si bien tiene alguna libertad de movimiento facial, arqueando las cejas, su gestualidad es limitada. Sin embargo, aprovecha estos sutiles movimientos, casi imperceptibles para quien no está habituado a ellos, para comunicarse con su gente. Para poder asentir o disentir rápidamente. O para expresar algo cuando no está en su silla de ruedas. Por ejemplo, en la cama. Allí recurre también al método que utilizaba antes de disponer de una computadora, agotador de solo imaginarlo: el reconocimiento de las palabras, letra por letra,



en una cartulina. Hay un momento en el cual se borra la impresión de rigidez en su rostro, de manera repentina y explosiva. Es cuando dibuja una risa amplia. Su equipo de cuidadores, sobre todo los más veteranos, conoce a la perfección su sentido del humor y logra su carcajada con inusitada facilidad. En esos momentos, al igual que al sostener la mirada, asoma en toda su plenitud el ser humano que yace en las profundidades de su cuerpo inmóvil. Su postración le confiere, por otra parte, cierto aire atemporal. Uno se olvida con facilidad de que está frente a un hombre de setenta y un años.

Galileo Galilei ocupa, junto a Albert Einstein, el altar personal de Stephen Hawking. En lo que probablemente sea la única concesión que hace al pensamiento mágico, Hawking intuye alguna forma de causalidad en el hecho de haber nacido exactamente trescientos años después del ocho de enero de 1642, último día en la vida de Galileo. El año pasado, el hombre que debió morir antes de los veinticinco años, celebró su cumpleaños número setenta. Cerca de doscientas cincuenta personas recibimos la tarjeta de invitación a la cena que se realizó en el imponente comedor del Trinity College, el más distinguido de la Universidad de Cambridge, que tuvo entre sus antiguos miembros a treinta y dos premios Nobel y figuras legendarias como Lord Byron, Vladimir Nabokov, Bertrand Russel y Ludwig Wittgenstein. El único de los invitados al que el riguroso esmo-

Mientras esperaba que respondiera a mis preguntas, contemplaba con la respiración contenida su titánico esfuerzo. Cuando uno habla con él, lo habitual es ponerse a su lado, viendo la pantalla de la computadora. Así, muchas veces, la lectura de la primera mitad de una frase ya preanuncia inequívocamente el final.



quin le quedaba como pintado era al actor Daniel Craig, ataviado como su alter ego, James Bond. Pero el principal ausente de la cena fue el propio Hawking, quien no pudo asistir por problemas de salud. Estuvo su madre, Isobel, con quien mantuvo una relación muy cercana hasta que falleciera, hace pocos meses, a los noventa y ocho años.

Stephen Hawking ha convertido en un hábito apostar con sus colegas por alguna predicción científica. Con una particularidad: si no me fallan los cálculos, jamás ha ganado una apuesta. La última de ellas ocurrió hace dos años: apostó que el bosón de Higgs jamás sería encontrado. El cuatro de julio de 2012 el laboratorio europeo CERN anunció su descubrimiento en el Gran Colisionador de Hadrones (LHC). Hawking se apresuró a declararse perdedor y a pedir el premio Nobel para Peter Higgs. Siempre tuve la impresión de que tenía por sistema apostar contra lo que él verdaderamente pensaba que era más probable. Como si desafiara a la naturaleza a tomar una senda inesperada, empujado irresistiblemente por su obstinada rebeldía y su espíritu juguetón y provocador. En el caso del bosón de Higgs, por ejemplo, me parece claro que él, como muchos físicos teóricos, deseaba que nadie lo encontrara para así poder abrir el juego a nuevas teorías. Le comento mi hipótesis acerca de su llamativa estrategia de apostador-perdedor y, si bien no me responde, una muda carcajada que se dibuja al instante en su rostro parece darme la razón.

El espíritu lúdico de Stephen Hawking es extraordinario. Parece muy orgulloso de su presencia en varios capítulos de *Los Simpson*, a juzgar por los muñequitos de Springfield que tiene en su despacho ubicados en los lugares más visibles. Tampoco reniega de su participación en *Star Trek* y, más recientemente, en *The Big Bang Theory*. Hace pocas semanas participó por videoconferencia en la Comic-Con de San Diego, anunciando que no podía estar de cuerpo presente porque de camino había pinchado una rueda. Su presencia en la cultura popular es inusual para un científico y creo que sería aún mayor si Hawking tuviera unos años menos. Sus charlas siempre contienen momentos llenos de gracia que él disfruta demorando el silencio entre una frase y otra para escuchar las risas del público. Cuando hace unos años fue recibido por el alcalde de Santiago de Compostela en el centro de la monumental Plaza del Obradoiro, tras realizar el fragmento final del milenario Camino de Santiago, aceptó sin pensárselo dos veces mi sugerencia de saludarlo por su nombre, con el único objeto de ver la cara de sorpresa que ponía.

Mientras esperaba que respondiera a mis preguntas, contemplaba con la respiración contenida su titánico esfuerzo. Cuando uno habla con él, lo habitual es ponerse a su lado, viendo la pantalla de la computadora. Así, muchas veces, la lectura de la primera mitad de una frase ya preanuncia inequívocamente el final. Y sin embargo, Stephen Hawking continúa luchando contra la adversidad para acabarla. Sin errores de ortografía ni signos de puntuación faltantes. Recordaba las palabras que me había dicho su hija Lucy: «La gente a veces se olvida de que mi padre tiene una discapacidad severa. Están tan acostumbrados a verlo funcionar con la silla de ruedas y el sintetizador de voz, a dar charlas en forma fluida con un lenguaje pulido, que se olvidan de la magnitud de la tremenda lucha y esfuerzo que hay detrás». Y no puedo estar más de acuerdo. El denominador común en su vida ha sido el tiempo. El escaso, que le diagnosticaron a los veintiún años. El principio y el final de todos los tiempos, a los cuales dedicó apasionadamente su carrera científica. El tiempo que no transcurre y que solo se puede experimentar en el punto de no retorno de los agujeros negros. Y el tiempo de la breve historia, que revolucionó el concepto de la divulgación científica. Los primeros versos de «Augurios de la inocencia» de William Blake parecen escritos para él: «Ver el mundo en un grano de arena, y un cielo en una flor salvaje, tomar el infinito en la palma de tu mano y la eternidad en una hora».

La relación de Hawking con la discapacidad ha cambiado significativamente con los años. Durante mucho tiempo fue reacio a que se lo identificara con ella. Una vez tomada la decisión de terminar su doctorado, se diría que le dio la espalda a la enfermedad y optó por vivir ignorándola. O por desafiarla. Cuando comenzó a utilizar la silla de ruedas, se desplazaba por las callejuelas empedradas de Cambridge a velocidades temerarias. En numerosas ocasiones acababa despatarrado sobre

el césped perfectamente cortado de los Colleges, obligando a los transeúntes ocasionales a transgredir las normas que impiden pisarlo a quienes no son sus miembros, para ayudarlo a subirse a la silla. «Nunca he querido sentir pena de mí mismo. La discapacidad solía ser vista como algo vergonzante y debía ser escondida». Era tal la negación de su enfermedad que no quería ni escuchar hablar de las organizaciones que en los ochenta, al calor del Informe Warnock, trabajaban en favor de la integración de las personas con alguna discapacidad.

La primera vez que estuve con él fue en Santiago de Chile, en 1997. Un viaje muy especial porque la última jornada de la conferencia tuvo lugar en la Antártida. Como a todo el que lo ve por primera vez, me impresionó la dignidad y fuerza de voluntad con la que llevaba adelante su vida. «Quiero hacer las cosas de la mejor manera posible. Obviamente, debido a mi discapacidad, necesito asistencia, pero siempre he intentado sobreponerme a las limitaciones de mi condición y llevar una vida lo más plena posible. He recorrido el mundo, desde la Antártida hasta experimentar la ausencia de gravedad. Quizá pueda algún día viajar al espacio. Soy más feliz ahora que antes de desarrollar la enfermedad». He vuelto a estar con él en Chile, una década más tarde, esta vez navegando por los ríos Calle Calle y Valdivia, en un viaje que luego él continuó hasta la Isla de Pascua. Y más tarde en el faro de Finisterre, todo un símbolo de haber llegado hasta el fin del mundo, según sus propias palabras.

Con los años, la creciente dependencia hacia su equipo de cuidadores y enfermeras y la conciencia de su posición privilegiada, se terminó convirtiendo en una voz de referencia en la lucha por la integración de las personas discapacitadas. Así, el año pasado aceptó con orgullo la invitación a participar en la ceremonia de inauguración de los Juegos Paralímpicos de Londres. «El gran éxito de los Juegos Paralímpicos ha mostrado que los atletas discapacitados son como cualquier otro atleta y deberían ayudar a que la gente que tiene alguna discapacidad sea aceptada por la sociedad. Creo que la ciencia debe hacer todo lo posible para prevenir o curar las discapacidades. Nadie quiere ser discapacitado, si puede evitarse. Espero que mi ejemplo dé ánimo y esperanza a otros que estén en situaciones similares para que nunca se rindan».

«El futuro de la humanidad y de la vida en la Tierra es muy incierto. Estamos en peligro de destruirnos a nosotros mismos por nuestra codicia y estupidez»

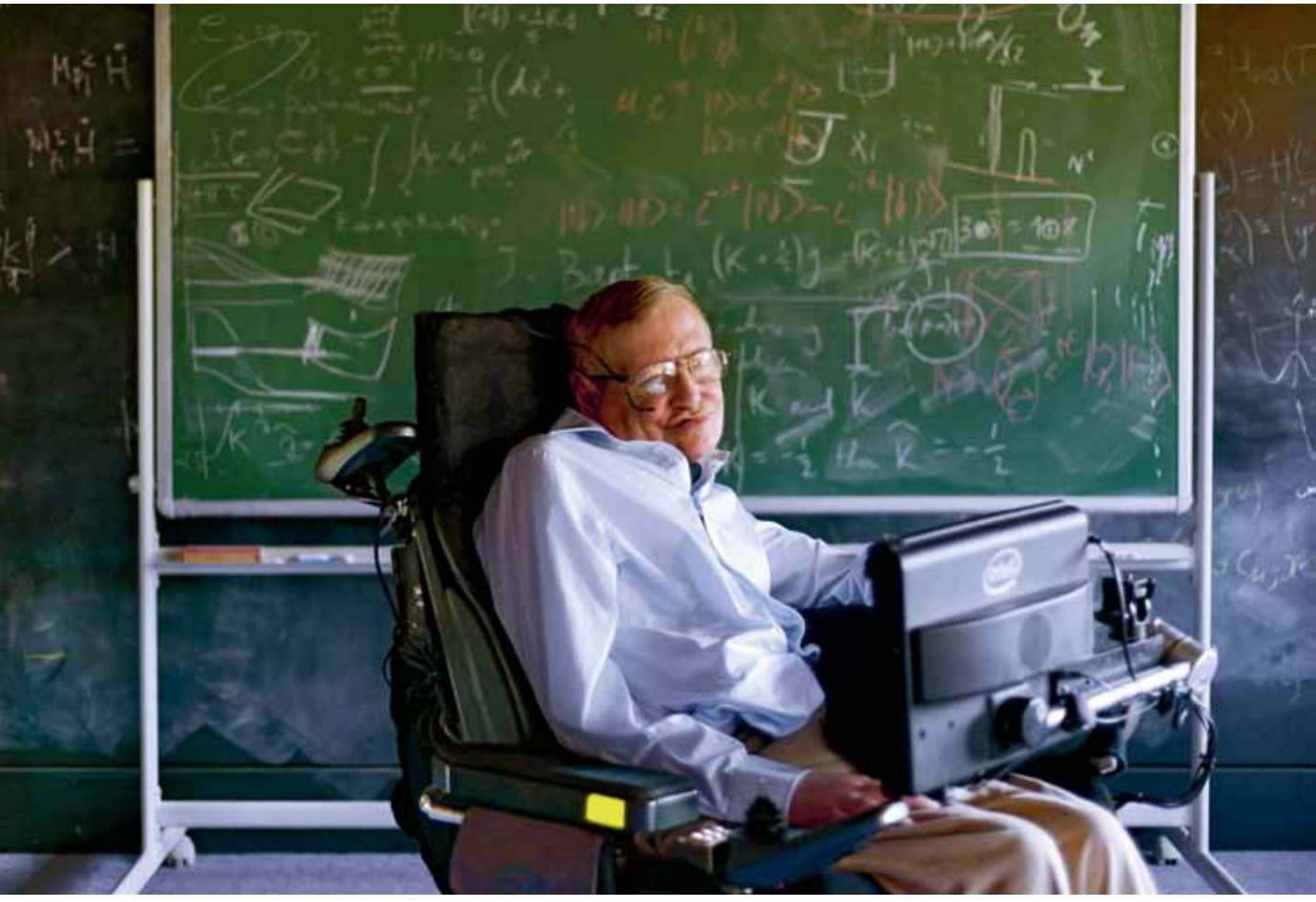
(S. H.)

El compromiso social y político de Stephen Hawking puede apreciarse en algunas de sus declaraciones públicas y también en sus elegidos silencios. Siempre ha sido un férreo defensor de la sanidad pública y de la necesidad de invertir en investigación científica. Se define ideológicamente como socialista, lo que no le impidió manifestar su firme rechazo a la guerra de Irak impulsada por Tony Blair, a quien no parece tener en mucha estima. «El futuro de la humanidad y de la vida en la Tierra es muy incierto. Estamos en peligro de destruirnos a nosotros mismos por nuestra codicia y estupidez». Su sensibilidad ideológica se transparenta aun cuando aborda temas dispares y en apariencia exóticos: «El descubrimiento de vida extraterrestre inteligente sería el hallazgo científico

más importante de la Historia. Pero sería riesgoso intentar comunicarse con civilizaciones extraterrestres. Si decidieran visitarnos, el resultado podría ser similar a lo ocurrido cuando los europeos llegaron a América, un asunto que no acabó muy bien para los nativos».

A principios de mayo de 2013 Hawking se vio envuelto en una polémica. Había aceptado una invitación para participar de la conferencia «Enfrentando el mañana: el factor humano en el moldeado del porvenir», organizada bajo el auspicio del presidente de Israel, Shimon Peres, en Jerusalén. A un mes y medio de que tuviera lugar, envió una breve y discreta carta a los organizadores anunciando que declinaba su participación, tras consultar a científicos palestinos que había conocido en su viaje a Ramala, en 2006. La carta llegó de alguna manera al Comité Británico para las Universidades de Palestina (BRICUP), de allí trascendió a la prensa y la plataforma Boicot, Desinversión y Sanciones (BDS) se apresuró a señalar que Stephen Hawking había adherido a su causa. La breve y respetuosa misiva de Hawking terminaba diciendo «Si hubiera participado, habría expresado mi opinión de que la política del gobierno actual de Israel presumiblemente conducirá al desastre».

En un tema sensible para la opinión pública internacional, las críticas arreciaron de inmediato. Para peor, la Universidad de Cambridge declaró inicialmente que Hawking no viajaría a Israel por temas de salud y tuvo que desdecirse horas más tarde, dejando en el aire la sensación de que habían intentado ocultar la



«Siempre he intentado sobreponerme a las limitaciones de mi condición y llevar una vida lo más plena posible. Soy más feliz ahora que antes de desarrollar la enfermedad». (S. H.)

realidad. Nadie se detuvo a leer su declaración y enmarcarla en el contexto que supone el pacifismo militante de alguien que ha visitado Israel en diversas ocasiones, ha recibido su máxima distinción científica (el premio Wolf) y mantiene estrechos vínculos con sus investigadores. Alguien que de ninguna manera adheriría a boicots como los promovidos por la BDS, que son la sencilla negación del diálogo. Hawking dedicó, con un esmero conmovedor, tres cuartos de hora a explicarme su posición que, en definitiva, buscaba aportar un granito de arena para contribuir a que se restablezca el diálogo entre las partes. «Yo iba a ir a Israel con la condición de poder dar una conferencia en Cisjordania, porque siento que las universidades palestinas necesitan contactos con el mundo exterior, pero todos los académicos palestinos me dijeron que debía respaldar el boicot. Sentí mucho no haber ido. Si lo hubiera hecho, habría dicho que Israel necesita hablar con los palestinos y con Hamas, como Gran Bretaña hizo con el IRA. No haces la paz hablando con los amigos sino con los enemigos. Estoy feliz de que las conversaciones de paz estén ahora retomándose. Si esto hubiera ocurrido antes, yo habría ido a Israel».

Resulta extraño que un inglés de la envergadura académica de Stephen Hawking aún no haya sido nombrado caballero. Todos los científicos británicos de su nivel lo han sido, incluyendo a Roger Penrose, con quien ha compartido muchos honores. Hay otra notable excepción: Peter Higgs. Es inimaginable que no se les haya ofrecido. No creo que en ninguno de los dos casos se trate de una posición antimonárquica, ya que ambos fueron ordenados Caballeros de Honor por parte de Elizabeth II y aceptaron la distinción. La oferta de la orden de caballería suele ser llevada a los candidatos por un intermediario, quien a su vez debe argumentar las razones que la motivan. Hawking y Higgs son dos hombres de principios, que no vacilarían en rechazar una distinción si les pareciera que se no ajusta a sus méritos personales o si la oferta les llegara a través de un emisario al que no considerasen apropiado. Si la reina de Inglaterra lee Orsai, la animo a volver a intentarlo.

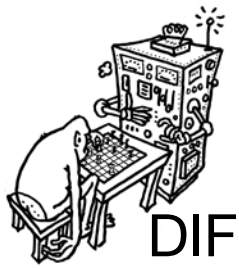
Mucho se ha escrito ya sobre su vida y su obra. Pero ahora Stephen Hawking decidió, por así decirlo, matar al intermediario y hacerlo él mismo. Escribió sus memorias y, como no podía ser de otro modo, las tituló *Mi breve historia*. Su aparición es inminente. La edición inglesa que editó Random House se presentará el doce de septiembre, casi al mismo tiempo que la publicación de este perfil en esta revista. A un mes de su salida, ya ha vendido miles de ejemplares solo en la India. Una semana después, con su presencia en la sala, se proyectará en el Festival de Cine de Cambridge la película-documental *Hawking*, un biopic que trata sobre su vida y cuenta con su colaboración en el guion. Y al día siguiente tendrá lugar el estreno comercial, simultáneamente, en todo el Reino Unido.

Antes de despedirnos, nos mudamos al Potter Room para hacer las últimas fotos. Se trata de un salón que es el punto neurálgico del Departamento de Matemática Aplicada y Física Teórica, donde tienen lugar las discusiones, los seminarios, las conferencias y hasta el obligatorio five o'clock tea. Allí tuve el privilegio de dar una charla hace pocos años y contar con mi entrevistado en la audiencia. Su presencia en ese salón, de hecho, ya ha quedado inmortalizada en un busto que fue la última obra del escultor inglés Ian Walters, famoso por la estatua de Nelson Mandela en la Parliament Square londinense, situada a un costado del Palacio de Westminster. Las lámparas están apagadas y las ventanas laterales producen un juego de luces y sombras que confieren realidad a la estatua e irrealidad al Hawking verdadero, quien parece estar muy a gusto posando y dejándose llevar por los comentarios risueños que convocan su risa franca y su atenta mirada. Luego las voces se apagan, las miradas se cruzan por última vez y el desconcierto de los corredores y su laberinto vuelve a adueñarse de nuestros pasos. ◣

Jaime Travezán

Lima, 1963

Comenzó su carrera como reportero gráfico, más tarde incorporó moda y retrato. Como fotoperiodista cubrió la guerra de Kosovo. En cuanto a moda y retrato su trabajo ha sido publicado en numerosas revistas, entre ellas *Vogue* y *Elle*. Ha ganado numerosos premios internacionales además de ser galardonado como fotógrafo del año de 2012 por la revista británica *Professional Photographer*. Su trabajo se puede ver en www.jaimetravezan.com.



LAS COSAS DIFÍCILES

Si el mono más inteligente del mundo juega al ajedrez contra la computadora 286 que teníamos en el departamento de Congreso, ¿quién gana?

—Tablas —me dice Chiri.

—Es increíble lo poco que entiendo de cosas difíciles —le confieso—, y a la vez cuánto alivio me da saber que hay gente que está en eso.

—¿Que está en qué?

—En ver si se puede viajar al futuro, si los monos y las computadoras aprenden a jugar al ajedrez, si hay universos paralelos, todas esas boludeces que salen en la sección «ciencia» de los diarios.

—Te alivia que existan científicos, eso querés decir. Me preocupa tu falta de claridad últimamente.

—Claro, me deja tranquilo que existan. Hay gente que está buscando la partícula de Dios mientras nosotros estamos procrastinando. ¿No te parece un alivio?

—Me contó José Edelstein que a la partícula de Dios también le dicen «la partícula de la botella de champán».

—¿Y te dijo por qué?

—Porque parece que en 1993 el ministro de ciencia británico ofreció una botella de champán como premio a quien fuera capaz de explicarle el bosón de Higgs.

—¿Quién es Higgs, qué es un bosón?

—No tengo idea —me dice Chiri.

—¿Y quién ganó la apuesta, era plata?

—No había plata. Había una botella de champán de premio. ¿Por qué no prestás atención cuando te hablo? La ganó un físico que se llama David J. Miller.

—¡Cómo apuestan los científicos! ¿Y viste que a Stephen Hawking también le gusta apostar?

—Es cierto.

—En eso soy un poco científico, ¿no?

—Es verdad —me dice—. Cuando vas al casino te transformás. Hacés cálculos, pensás martingalas y se te pone cara de científico, muy diferente a la que tenés ahora, que es más bien de pelotudo.

—A vos en cambio no te gusta mucho el casino, ni apostar, ni nada. Siempre fuiste muy católico en eso.

—La cosa más rara por la que aposté en mi vida —me dice Chiri— fue el nombre de la película en la que Gabriela Toscano mostraba las tetas.

—¿Y qué apostaste?

—Un pollo.

—¿Ganaste?

—Perdí. Yo creía que había sido en *Sur* pero fue en *El exilio de Gardel*. Todavía no me explico esa laguna.

—¿Te fijaste en la Wikipedia que carajo es el bolsón de Higgs?

—Me da fiaca. De todos modos ya lo encontraron y no le cambió la vida a nadie. Y no se llama bolsón. Se llama bosón.

—Bosón es una palabra confusa. Parece un género musical colombiano. «¡Mueve tus partículas al ritmo de este bosón!» —Chiri no se ríe, se me queda mirando a través del Skype—. ¿Sabés qué me da miedo?

—Qué.

—Que un día Stephen Hawking, o los del CERN, todos estos inteligentes, descubran que hay un universo paralelo, como en *Fringe*, y que en el otro universo yo sea flaco porque tuve fuerza de voluntad.

—No creo que tengamos tecnología para descubrir un universo paralelo y poder verlo.

—Mejor. No quiero que el otro yo sea mejor que yo.

—Hasta ahora, si te lo ponés a pensar, lo más importante que han hecho los señores que trabajan en el CERN es haber creado internet.

—Yo creía que internet la habían inventado los yanquis a finales de los sesenta, cuando se creó el primer enlace entre las universidades de UCLA y Stanford.

—Eso se llamó ARPANET. Los que dieron el paso real para la revolución de internet fueron los científicos del CERN. Ellos crearon el primer sistema de documentos de hipertexto enlazados y accesibles. Parece que estaban cansados porque tenían que caminar mucho cada vez que querían hablar con alguien o buscar información. Entonces inventaron una cosa para que, más allá del sistema, todas las máquinas del lugar pudiesen compartir documentos con las demás.

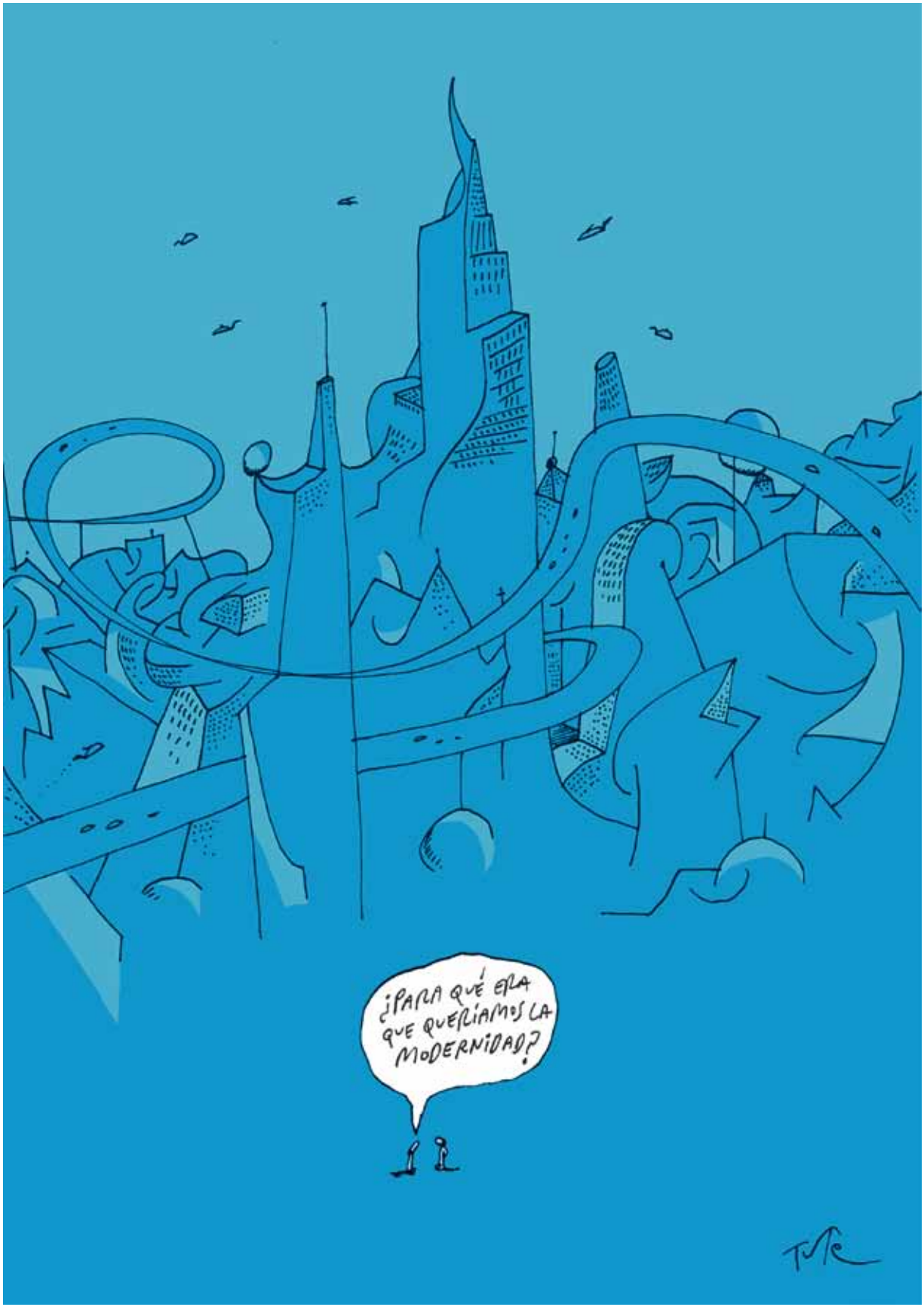
—Es decir que el origen de internet está en la pereza, en la fiaca, ¡en la apatía! —grito con fuerza, contentísimo.

—Claro: cero ganas de caminar, de tomar sol, de hablar con la gente...

—Eso quiere decir que la falta de ejercicio, la procrastinación, comer cualquier cosa a cualquier hora, hablar boludeces por Skype, etcétera, es algo natural de internet, no es culpa mía.

—Por supuesto, querido amigo gordo.

—Entonces estoy salvado. Por lo menos en este universo. ◣


¿PARA QUÉ ERA QUE QUERÍAMOS LA MODERNIDAD?

COSA DE MACHOS

ESCRIBE **PABLO SCIOSCIA**

ILUSTRA DAVID PUGLIESE

¿Es posible que un perro desplace al dueño de casa y se convierta en macho alfa? ¿Puede un simple chucho interponerse entre el amor de una joven pareja? En esta crónica, las claves para dejar de ser esclavo de tu mascota.

PABLO SCIOSCIA
Buenos Aires, 1983

Estudió Ciencias de la Comunicación en la Universidad de Buenos Aires. En la actualidad trabaja en comunicación institucional, pero antes pasó por empleos de todo tipo: repartió comida, hizo encuestas, fue cadete y data entry. A principios de este año entró en el área de comunicación de Ciudad Cultural Konex. Además colabora con la revista *Brando* y con algunos otros medios gráficos argentinos. En sus ratos libres asiste a talleres de crónica periodística y, por razones de fuerza mayor, está aprendiendo a adiestrar perros. Odia que le dejen mensajes en el contestador automático. Su lugar preferido para perder el tiempo es la platea de la cancha de San Lorenzo.

Mi perro y yo competimos por una mujer. Eso dicen los especialistas que consulté: que me ataca porque me quiere robar la novia. Según me explican él no puede evitarlo, algo en su esencia lo obliga a competir por el liderazgo de la manada y, como líder, considera que Lucía —mi pareja— le pertenece. Y que no hay mucho que conversar al respecto. En el mundo canino la democracia es imposible: la organización del grupo es jerárquica y los machos se disputan las hembras como si fueran un churrasco. Hay un líder que come, coge y manda y otros que miran, esperan y obedecen. Y lo curioso es que estas reglas ni siquiera se ciñen al mundo animal. Para un perro su entorno doméstico es su manada. Para el mío, entonces, Lucía y yo también somos parte de su clan y nos tenemos que regir por sus reglas. Romeo —mi perro— es dominante por naturaleza. Por eso —y porque yo no supe ser su líder— me disputa los recursos: la comida, la cama y, principalmente, la hembra.

Lo reconozco: no tengo —ni me interesa tener— alma de caudillo. Siempre preferí acompañar en lugar de dirigir, y decir sí o no en vez de proponer, ordenar o —sobre todo— trabajar. Eso parece que inquieta a Romeo. El etólogo Claudio Gerzovich Lis —un veterinario especializado en comportamiento, lo que vulgarmente se conoce como «psicólogo de perros»— me explicó que, en las jaurías, el líder —casi siempre un macho— no suele ser el que mejor la pasa: siente la obligación genética, pero también aprendida, de hacer todo el traba-

jo mientras los demás descansan. Nunca hice nada por disputarle a Romeo ese rol. Si yo fuese un perro estoy seguro de que sería de los que esperan echados a que les traigan la comida. Pero no lo soy, y ahora necesito cambiar esto. Tengo que conseguir que Romeo entienda que no puede ni debe agredirme, que no es necesario, que yo puedo hacerme cargo de satisfacer las necesidades del grupo. Tengo que demostrarle que soy el líder de su manada. De eso depende que podamos seguir viviendo juntos.

Los tres —Lucía, Romeo y yo— vivimos en la misma casa y hasta hace un tiempo dormíamos en la misma cama. Ya no. Ahora él no puede compartir el lecho con nosotros: según Gerzovich Lis —a quien consultamos hace unos días— metí a un tipo a dormir en mi cama, entre mi mujer y yo. Y no era cualquier tipo: era «el Jefe del Estado Mayor Conjunto».

Eso lo sé ahora, pero cuando todo comenzó era imposible sospecharlo. La primera vez que vi a Romeo estaba dormido adentro de una mochila negra, temblando de miedo en los brazos de Lucía. Estaba viviendo los primeros minutos de su vida separado de su madre —una perra desnutrida que lo había amamantado como había podido— y esos momentos iniciales los vivía en brazos de mi novia. Lucía había visto en internet —en una página de animales rescatados de la calle— una foto del cachorro marrón, mirando de costado con sus ojos celestes, y se había enamorado. Lo fue a buscar y lo metió en su mochila para que no tuviera frío. Vino a buscarme al trabajo y nos subimos a un taxi para llevarlo a casa, que entonces era un departamento de dos ambientes. Sin patio ni balcón. No estuve seguro de querer hacerme cargo de una vida hasta el momento en que lo tuve en mis manos. El perrito tenía la panza hinchada por los parásitos y parte de la cola pelada por estar mal nutrido, y cuando lo abrazaba dejaba de temblar.

La primera noche el perro durmió en una caja. Y cada veinte minutos me despertaban sus aullidos. Cuando me levantaba, él movía la cola. Entonces me acercaba, lo acostaba y lo acariciaba hasta que cerraba los ojos y se relajaba. Luego regresaba a mi cama. Pero en cuanto el perro se daba cuenta de que yo ya no estaba a su lado, volvía a aullar como la sirena de un camión de bomberos. Al amanecer le dije a Lucía que no iba a soportar otra noche así: si seguía llorando se tendría que ir.

Pero la segunda noche no lloró. Así que tuvimos que pensar un nombre. Después de algunos intentos fallidos, decidimos que se llamaría Romeo.

El veterinario nos dijo que durante los primeros tres meses el perro no podía salir a la calle porque no tenía todas las vacunas, así que pasaba las veinticuatro horas entre el comedor y la cocina. Su presencia se notaba. Desde el principio supimos que sería un perro mediano, algo más pequeño que un labrador. Con el tiempo además se convirtió en un perro lindo, fuerte y atlético. Era un animal hermoso que nos alteraba la vida: cuando se quedaba solo, Romeo comía madera de las sillas, la cagaba y después se la volvía a comer. Hacía pis en el parqué. A los seis meses era evidente que el departamento nos quedaba chico. Cada día, al llegar de trabajar, encontrába-

mos un tajo nuevo en el sillón y a Romeo reposando en un lecho de pedacitos de goma espuma. Hacía todo mal pero siempre lo justificábamos. No podíamos enojarnos con él. Algunos días, Lucía y yo salíamos de trabajar más tarde para evitar llegar antes que el otro y enfrentarse al desastre. Entonces decidimos buscar un lugar mejor para vivir: rescindimos el contrato y alquilamos una pequeña casa con patio, donde el perro podría estar más cómodo y no mearía en el piso de madera cuando nos fuéramos a trabajar.

En esa época Romeo dormía en nuestra cama, subía al sillón, comía lo mismo que nosotros, recibía caricias cuando él quería y jugábamos cuando él lo decidía. La enumeración de sus privilegios es también la suma de nuestros errores. Dejamos que él tomara todas las decisiones: quién subía a la cama y quién no. Quién entraba a la pieza y quién no. Quién podía subir al sillón y quién no. Entre los que sí, siempre estaban Lucía y él. El que no, solía ser yo. Lo raro es que esa diferencia no me molestaba demasiado. Porque a esa altura yo ya tenía un afecto desmedido hacia el perro, y porque no creo en la organización de la familia a la vieja usanza, con el hombre que decide y la mujer que acompaña. Yo creo en una convivencia horizontal y eso incluye a las mascotas —nunca entendí el concepto «mascota»—, por lo que me negaba a ver en Romeo un ser inferior que me debía obediencia a cambio de casa y comida. Yo quería compartir todo, ser una familia posmoderna. Y eso empezó a confundirnos a los tres, especialmente a Romeo.

Al principio el perro manejaba ciertas situaciones con gruñidos y yo me reía. Hasta que pasó a morderme y —aunque yo lo corría a chancletazos por la casa— Lucía y yo empezamos a notar que había algo raro. No era normal que un perro mordiera a su amo.

Nos recomendaron una etóloga. El método de trabajo sería así: ella vendría a casa, analizaría el hábitat del perro y nos daría un diagnóstico y unas pautas de comportamiento. La llamamos. La mujer llegó y empezó a contar que acababa de rescatar a un gato y lo tenía en el auto, y que su perro siempre le mordía la cara a su madre, que era bipolar. En cuanto a nosotros, nos dijo que el problema no era grave, que se podía corregir. Y enumeró unas pautas de comportamiento que coincidían con todo lo que yo ya había leído en internet. La mujer hablaba a la vez que Romeo le lamía la cara, y parecía pasada de psicofármacos. No la volví a llamar.

Yo creo en una convivencia horizontal y eso incluye a las mascotas —nunca entendí el concepto «mascota»—, por lo que me negaba a ver en Romeo un ser inferior que me debía obediencia a cambio de casa y comida.

Buscamos otro etólogo. Una tarde de calor angustiante, vino a casa Claudio Gerzovich Lis, quien también es un reconocido adiestrador. A diferencia de la anterior, Gerzovich Lis pidió que Romeo estuviera encerrado cuando él entrara. Le hicimos caso. Charlamos con él en el comedor más de una hora. Tomamos jugo Tang mientras le confesábamos todo lo que habíamos hecho mal: que el perro dormía en la cama, que comía de nuestro plato y que cuando gruñía pensábamos que era una gracia de nene. En un momento Lucía quiso decir algo y yo la interrumpí.

—A ver, a ver, eso me interesa. ¿Ustedes discuten por el perro, chicos?

Por un momento temí verme inmerso en un talk show sin cámaras. Supe que debía ser cauteloso: el tal Gerzovich Lis era un tipo demasiado curioso para mi gusto. Después de un rato de charla me pidió que dejara entrar al perro. En cuanto le abrí la puerta de la cocina, Romeo cruzó el patio corriendo y fue a olfatear al visitante. Pero cometió un error: se le subió encima. El etólogo lo sacó de un manotazo y gritó ¡salí de ahí! Eso despertó la fiera. Los quince minutos siguientes Romeo estuvo

agazapado, mostrando los colmillos, ladrando y gruñéndole al intruso que le venía a decir, en su propia casa, qué cosas podía hacer y cuáles no. Aunque el etólogo intentó demostrarle que no lo iba a agredir, el perro no pudo salir de la emoción violenta. El diagnóstico fue mucho más pesimista que el anterior: vivir con Romeo suponía un riesgo importante para los tres. Debíamos decidir si estábamos dispuestos a asumirlo. Gerzovich Lis dijo que entre las posibilidades que se abrían, si el tema no se resolvía, estaba la eutanasia. Lucía lloró. Yo lo frené en seco: si no creo en la pena de muerte para los hombres que no conozco, mucho menos para los perros que viven en mi casa. Lo medicó con Fluoxetina y nos prohibió de manera terminante que Romeo se subiera a cualquier mueble. Desde ese día, el lugar del perro tenía que ser el piso.

A Romeo le costó un poco la adaptación a las nuevas reglas. Algunas veces volvió a amagar con agredirme y aceptaba a regañadientes salir del comedor cuando se lo ordenaba. Yo lo notaba más tenso que de costumbre y algunas veces volvió a enfrentarme. Pero el método de Gerzovich Lis parecía funcionar: si yo me quedaba quieto y le hablaba relajado, la agresión cesaba y cada uno volvía a lo suyo.

Hasta que una mañana todo cambió para siempre.

Romeo estaba en el patio —parado al lado de Lucía, que cargaba el lavarropas— y yo me iba a trabajar. Soy periodista, pero hasta hace poco trabajaba en el área de comunicación de una empresa que fabrica electrodomésticos y computadoras. Una de las peores cosas que tenía ese empleo era que me obligaba a vestirme como un yuppie: cada mañana, después de bañarme, tenía que plancharme una camisa y entregarme a un acto que agudizaba mi mal humor habitual. Así que esa mañana —como todas— yo salía de mi casa apurado, con la cabeza gacha y con cara de muy pocos amigos. Entonces algo pasó. Cuando me acerqué a la puerta vi que al perro se le habían parado las orejas. Vino corriendo hacia mí y me miró fijo a los ojos. Tenía las patas delanteras tiesas, todo el pelaje erizado y las pupilas dilatadas. Empezó a gruñir y a mostrarme los dientes. Hice lo que me había dicho Gerzovich Lis: me quedé parado, respiré hondo y le hablé con calma. Romeo dejó de gruñir y se dio vuelta para lamerse la cola,

así que di por terminado el episodio. Retomé el paso y fue entonces cuando me hizo entender que lo suyo no era una travesura de cachorro consentido: se prendió de mi mano y antes de soltarla, la masticó tres veces. Grité de dolor. Me lo saqué de encima con una patada instintiva. Fui al baño a lavarme la mano, que chorreaba sangre. Tenía los dos colmillos marcados a la altura de la muñeca y algunas heridas más que me había provocado al intentar sacar la mano. Las marcas eran profundas, así que decidí ir al hospital. Cuando miré el patio vi una mancha rojiza: el perro había hecho pis con sangre. Lucía se cambiaba y lloraba desesperada. Me decía que seguro no sería nada, que fuéramos al hospital y después nos ocuparíamos del él. Antes de salir tiró un baldazo de agua sobre la sangre de Romeo, que se escurrió por la rejilla.

Mientras viajábamos en colectivo yo pensaba en el perro, creía que le había roto los riñones o la vejiga, deseaba profundamente que no se muriera, que me diera tiempo de llevarlo al veterinario. En el hospital me hicieron unas curaciones rápidas, me dieron la vacuna antitetánica y me dijeron que pensara bien qué iba a hacer con el perro. Mi viejo, que trabaja ahí, me repitió varias veces que tenía que buscar una solución definitiva al tema y que Romeo no podía vivir más con nosotros.

Cuando volví a casa, imaginé que encontraríamos un gran charco rojo y el perro desahuciado por la herida mortal, mirándome con cara de «¿qué me hiciste?». Pero llegué, abrí la puerta de un empujón, recorrí el piso con la mirada y vi que el patio estaba intacto y que Romeo estaba arriba de una silla, con cara de recién levantado. Me pregunté si ya habría olvidado todo o guardaría en su memoria el recuerdo de mi reacción animal. Enseguida lo saqué a la calle a que meara en un árbol para controlar el color de la orina. Era amarilla. La culpa, que pudo haber sido eterna, me duró dos días. En ese lapso entendí que, de verdad, Romeo y yo estábamos en peligro. Conversamos con Lucía. Y decidimos que el perro se tenía que ir de casa.

En los tres días siguientes lloré más que en toda la infancia. Lloré en casa, en el colectivo y, lo peor de todo, lloré en el trabajo. No podía asimilar la idea de que mi perro se hubiera convertido en una fiera que me agredía sin motivos. Pero, sobre todo, no podía pensar que en poco tiempo iba a llegar a casa y no habría pelos por todos lados, ni pelotas mordidas, ni estaría él esperándome para ir a pasear. Cuando la angustia menguaba, me detenía en las cosas positivas: que íbamos a viajar sin tener que buscarle cuidador al perro, que iba a tener más tiempo para leer y escribir, que mi sobrino podría venir a casa y jugar en libertad. Pero después volvía a llorar porque no es fácil conseguirle hogar a un perro que mordió a su amo. Las opciones eran un pensionado canino, donde el perro viviría encerrado en una jaula y saldría de a ratos a caminar al parque —como una cárcel para perros— o un campo donde pudiera correr e interactuar con casi nadie. Y no conocemos gente que tenga campo, así que el pronóstico no era alentador. En estos días me di cuenta de que la casa está llena de cosas suyas. En el patio están sus juguetes, en el comedor hay un portarretratos con una foto de su época de cachorro y en el baño hay un cuadro con cuatro imágenes: dos fotos individuales de Romeo, una en la que está besando a Lucía y otra en la que yo lo estoy besando a él. Una noche, mientras llorábamos en silencio mirando el techo de la pieza, supe que Lucía y yo estábamos pensando en la misma perversión:

—¿Sabés qué? —me dijo—. Preferiría que se muriera de algo natural. No sé: que le pasara algo, que esta separación no dependiera

Estábamos destrozados, no veíamos futuro. Algunos amigos trataban de convencernos de que la cosa no sería tan grave. Fracasaban. Entonces trataban de consolarnos. Y volvían a fracasar.

de nosotros. Para mí es muy triste pensar que otra persona le va a decir que se siente, le va a dar su comida o le va a tirar la pelota. Ojalá nunca se olvide de nosotros.

Estábamos destrozados, no veíamos futuro. Algunos amigos trataban de convencernos de que la cosa no sería tan grave. Fracasaban. Entonces trataban de consolarnos. Y volvían a fracasar. Yo sentía que lo único que me interesaba era que alguien me dijera que se hacía cargo de Romeo. Pero no sucedía. Hasta que Verónica, quien hasta hace poco fue mi jefa —yo hablaba de esto con mi jefa— me aconsejó un día que consultara a Majo, una proteccionista que trabaja en la misma empresa. No sabía quién era Majo, pero hice caso. Bajé dos pisos hasta su escritorio y terminé hablando con una completa desconocida como si fuera mi hermana. Le dije que yo quería llevarlo a un lugar que se llama El Campito, donde —según se ve en su página de Facebook— hay cientos de voluntarios que se ponen remeras naranjas y se ocupan con alegría de perros rescatados de la calle. Pero Majo me dijo que el lugar estaba superpoblado y, en cambio, me recomendó un adiestrador.

—Andá a verlo a Maxi Aráoz. Trabaja con perros dogo, con pitbull, tiene mucha experiencia tratando agresividad con perros complicados. Lo he visto cazar a un león furioso. Y tiene pensionado: le vas a poder dejar el perro para que te lo reeduque y después, capaz que puede volver a vivir con vos. Y si no, le buscamos otra familia.

Recién entonces Lucía y yo dejamos de llorar. Al fin había aparecido una chance de salvar nuestra relación con el perro. Así que llamé al adiestrador, y acordamos esta cita.

——Tu perro hizo recurso de tu mujer —es lo primero que me dice Maximiliano Aráoz—. Por eso te mordió: ella estaba entre vos y él. Lo que tenés que entender es que él está respondiendo a un instinto, el líder tiene que garantizar la reproducción para que la manada sobreviva, ¿entendés? Con eso que hace de alguna forma también te está cuidando a vos. Ahora él es el líder. Eso es lo que tiene que cambiar.

Esta primera vez en la escuela de adiestramiento, no trajimos a Romeo. Nos acompaña mi cuñado Rodo. Queremos conocer el lugar, hablar con el adiestrador y ver cuál es su propuesta: saber si nos puede convencer.

—Si yo tengo al perro un par de meses y aprende otra forma de vida pero cuando se va a su casa todo vuelve a ser igual, en diez días van a tener el mismo perro. Romeo tiene que aprender normas. Miren esto.

Maxi Aráoz entra a la casa y vuelve con un tarro lleno de comida para perros. Lo agita. Todos los perros se acercan y se sientan a su alrededor. Lo miran embobados. Tira un puñado de comida al suelo y grita «¡Fuera!». Todos los perros se hacen a un lado y forman un círculo alrededor de la comida. Todos excepto un golden, que intenta reprimirse pero no puede aguantar y se roba un bocado. En ese momento se escucha un gruñido, el perro agacha la cabeza y se escapa hacia atrás. Maxi Aráoz está agazapado y tiene el labio superior levantado: se le ven todos los dientes.

—¿El del gruñido fue… él? —me pregunta Lucía en voz baja. Asiento con la cabeza.

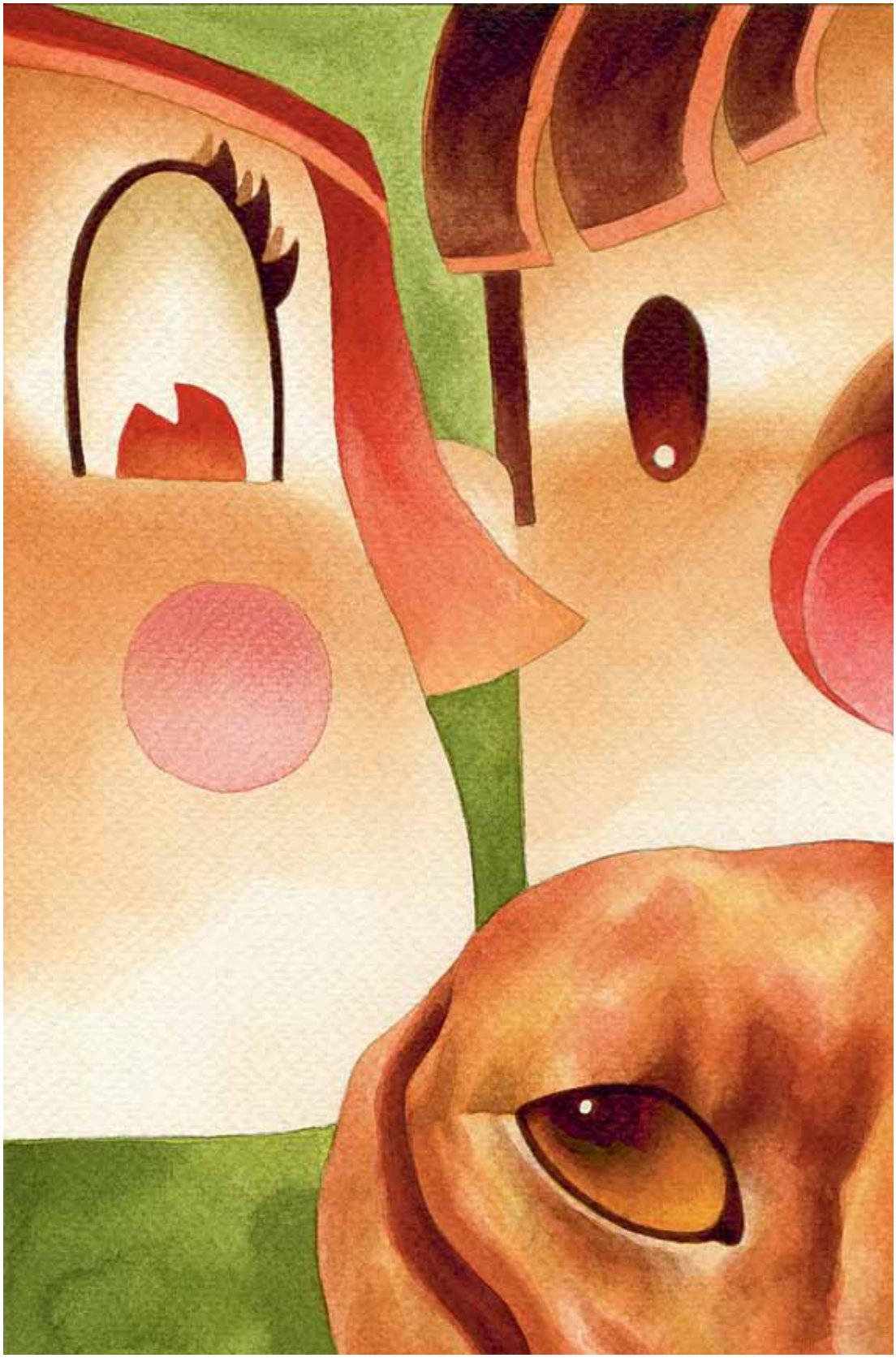
—Este no vive acá —dice Maxi Aráoz—. Es de un estudiante. ¿Pero te diste cuenta de lo que hacen? El espacio de comida para los perros es de dos metros de diámetro.

Mientras habla, el alimento balanceado sigue en el suelo y los perros siguen mirándolo absolutamente idiotizados, segregando baba.

—Ellos entendieron que es mi comida. Ahora que lo entendieron y que lo respetaron, pueden comer. Coman —dice y tira un manojo de alimento balanceado. Entonces sí, los perros se abalanzan sobre las galletas.

A Rodo y a Lucía les brillan los ojos. Supongo que a mí también.

Maxi Aráoz nos convenció de que es el hombre que puede solucionar la cuestión canina. Lo que sigue es una semana de preparativos para que Romeo se vaya a vivir un tiempo a la escuela. El primer paso —y el más importante— es la castración, un momento acaso más difícil para mí que para el perro. Soy el encargado de llevarlo a la veterinaria y tengo que verlo luchar contra la anestesia. Primero le inyectan un calmante. Mientras la sustancia hace efecto, mi perro me mira con los ojos vidriosos y tiembla de miedo. Lo subo a la camilla y, una vez anestesiado, siento cómo se convierte en peso muerto en mis brazos. Lo dejo en manos del veterinario con la sensación de haberlo traicionado. Una hora después, cuando el perro se despierta, paso a buscarlo para volver a casa. Cuando llegamos pongo su cama al lado de la computadora para que esté a mi lado



mientras yo escribo. Romeo, todavía adormecido, se lame la herida y me mira con los ojos achinados. Veo el escroto vacío y suturado de mi perro. Siento el peso de haber tomado una decisión irreversible sobre un cuerpo ajeno.

Días después, el lunes siguiente al de ese episodio, traemos a Romeo a lo de Maxi Aráoz. Si todo va bien, el perro se quedará para comenzar el tratamiento. Cuando llegamos Aráoz sale a la vereda y nos pide que le dejemos al perro y nos vayamos a dar una vuelta. Romeo tiene puesto un bozal, pero en cuanto el adiestrador se acerca le tira un tarascón. Él ni se mosquea. Después el perro se deja llevar y, cuando el portón gris se cierra, nosotros nos vamos a esperar a la esquina. Son casi las once de la mañana de un lunes cálido. La calle está desierta, excepto por dos vecinos que charlan bajo la sombra de un árbol. Uno es un viejo con pocos dientes. El otro es un tipo de unos cuarenta años, con pelo largo, cara de recién levantado y un tatuaje enorme en el brazo derecho. Viste solamente un pantalón corto: no usa remera ni ojotas. Los miro. Tengo calor y estoy vestido para ir a trabajar; cuando llegue a los cuarenta quiero tener la vida de ese hombre: levantarme a media mañana, tomar mate en cuero con el viejo de al lado. Mientras pienso en eso Maxi Aráoz abre el portón y nos hace señas para que nos acerquemos. Estamos ansiosos por saber las novedades. El adiestrador enciende un cigarrillo y dice:

—Bueno, ahora vamos a entrar. Dejé libres a los dos capos de la manada para que empiecen a conocerlo y lo aceptaron sin problemas. Cuando entren, es posible que se les empiece a frotar por las piernas. No se lo permitan: va a hacer eso para dejarles su olor y demostrarnos que ustedes le pertenecen.

Adentro, además de los dos perros, hay un hombre gordo tomando mate. Tiene una remera con su nombre —Daniel— y el logo de Gulliver Dog Team, la escuela de adiestramiento. En cuanto nos ve entrar, Romeo viene, moviendo la cola, a frotarse contra mi pierna y la de Lucía.

—Sacátelo, no le permitas —dice Aráoz.

Yo le digo «fuera» y le doy pequeños empujones. El perro me mira confundido y después va a pararse al lado de Lucía y a frotarse contra ella. Daniel mira la escena:

—A vos te ignora absolutamente —le dice a ella. Todos vemos que es cierto: cuando Lucía le da una orden, el perro parece sordo.

Maxi Aráoz ofrece mate y comienza a contarnos el diagnóstico:

—Chicos: tengo una noticia buena y una mala para darles. La buena es que Romeo no es un perro agresivo. La mala es que es un perro dominante e inseguro. Por eso ataca. Él cree que debe tomar las decisiones pero tiene miedo y no sabe ser líder sin recurrir a la violencia. Además, hizo recurso de ustedes, conformó un círculo insano. Miren esto.

Maxi se aleja con Romeo y le acaricia la cabeza. El perro no hace absolutamente nada. Después se acerca a nosotros e intenta hacer lo mismo y Romeo se convierte en una fiera durante cinco segundos. Como si fuese un mago que muestra que no hay trampa en el truco, Maxi repite la escena una, dos, tres veces más. Parece René Lavand haciendo su acto más famoso: «no se puede hacer más lento».

—El perro me ataca cuando estoy al lado de ustedes, pero si estamos los dos solos no me hace nada. Es la demostración de las dos cosas que les dije: que no es agresivo y que, cuando está con ustedes, cree que tiene que proteger a la manada. Además, lo dejé con los otros dos perros, que son súper dominantes y no tuvo conflicto: incluso Charly lo montó y él no lo atacó. Yo creo que no va a tener problemas, que va a aprender bien, pero es un perro con el que van a tener que ser firmes toda la vida.

No tengo dudas de que el perro va a aprender, pero no estoy seguro de poder ser el líder que Romeo está necesitando. Maxi Aráoz dijo hace un rato que la clave está en las cuatro «p»: pasión, paz, perseverancia y paciencia. Con la primera puedo cumplir, pero con las otras tres sé que la voy a tener más difícil. Las cosas me aburren rápido y me frustro fácilmente. Mi mamá siempre recuerda un episodio de mi infancia: yo tenía cinco años, había dibujado a un Pato Donald y se lo mostré para saber qué le parecía. Cuando me dijo que estaba muy lindo, lo rompí en cien pedazos y le grité que el dibujo era una mierda. Ahora suelo hacer lo mismo con las cosas que escribo, pero me salteo el paso de pedir la opinión de los demás. Odio fracasar. Además puteo al televisor cuando miro fútbol. No soy un espíritu armonioso y no pienso hacer nada para alcanzar un equilibrio que se me antoja falaz. Con los años aprendí a convivir con mi propio carácter y Lucía también: ya casi no se preocupa cuando me escucha gritar. Simplemente me deja solo y sabe que a los diez minutos todo habrá vuelto a la normalidad.

Le digo a Maxi Aráoz que no creo cumplir con los requisitos de un líder equilibrado y

El triángulo amoroso y posesivo en el que convivíamos estuvo socavando los cimientos de nuestra vida social: nos convertimos en un par de obsesivos que aburrían a todos sus amigos hablando constantemente de los problemas del mundo canino.

entonces noto que los adiestradores de perros tienen mucho en común con los psicoanalistas. La experiencia les permite saber cuáles son los dolores y las vergüenzas de una persona, aun a partir de una breve insinuación. Y usan esa información para demostrar su superioridad, para hacerle saber al otro que van a construir una relación de dependencia durante el tiempo que dure la terapia; tal vez la vida entera. Cuando logran su cometido, finalmente, cuando el otro se reconoce inferior, muestran que pueden ser compasivos.

—Mirá, yo he tenido casos graves de verdad —dice ahora Maxi Aráoz—. ¿Te conté la historia de la señora del shar pei? Una vez me llamó una mina, me dijo que tenía un problema muy grave con su perro, que atacaba a todo el mundo y no sabía qué más hacer. El shar pei es un perro con una mordida complicada, además. Le dije que me lo trajera y le pregunté por dónde lo tenía que pasar a buscar. Le pedí a Dani que fuera. Para que veas que no te miento, vamos a preguntarle a él adónde tuvo que ir a buscar al perro.

—A un departamento en San Juan y Jujuy —dice Daniel, mientras camina con Romeo y le marca el paso—. La señora le había alquilado un dos ambientes abajo del suyo, para que el perro viviera solo.

—Pero eso no es lo peor —dice Maxi—. Lo peor es que la mina estaba evaluando operarle la mandíbula, sacarle todos los dientes. El perro iba a tener que comer papilla toda su vida. Además, al segundo día que el perro estuvo acá la mujer ya me había llamado cuatro veces. Sutilmente, le aconsejé que hiciera terapia.

Con Lucía lo escuchamos y reímos. Ahora nos sabemos peores amos que Maxi Aráoz, pero mejores que la señora del shar pei. Después nos vamos y Romeo se queda. Mientras el auto arranca veo que en la hendija que hay entre el portón y el suelo se asoma el hocico marrón de mi perro.

Con el paso de los días me siento libre. Sé que, al menos por un tiempo, antes de entrar a casa no voy a tener que fijarme que Lucía y Romeo no estén en el mismo ambiente. Extrañaba vivir sin necesidad de tomar recaudos. Además, tengo la certeza de que el perro está en un buen lugar. A Lucía, sin embargo, se le está haciendo más difícil. Durante la primera semana vuelve de trabajar con los ojos rojos e hinchados de llorar en el colectivo.

Pero eso ocurre solo al comienzo.

Conforme las semanas van pasando, la relación de pareja mejora mucho. Al evitar todas las discusiones sobre el «tema perro» casi no discutimos. En algún momento incluso empezamos a poder conversar sobre nuestras sensaciones en torno a la ausencia de Romeo sin dramatizar. Estamos de acuerdo en que el triángulo amoroso y posesivo en el que convivíamos estuvo socavando los cimientos de nuestra vida social: nos convertimos en un par de obsesivos que aburrían a todos sus amigos hablando constantemente de los problemas del mundo canino.

Con lentitud nos vamos transformando en algo parecido a lo que fuimos cuando empezamos a salir. Lucía y yo nos conocimos hace siete años en el call center donde ambos trabajábamos como encuestadores. Durante los primeros meses ni nos hablábamos: teníamos distintos amigos, nos sentábamos lejos. Pero tiempo después nos tocó sentarnos juntos y empezamos a conocernos. Ahí los dos nos relacionamos con la misma gente y coincidimos en algunas salidas. Después comenzamos a acercarnos por otras vías. Todas las noches nos encontrábamos en el chat y hablábamos, nos pasábamos

videos de YouTube y nos reíamos mucho. Pero yo no me animaba a invitarla a salir por miedo a quedar en ridículo ante ella, una compañera de trabajo. Como sabía que yo no iba a durar mucho más tiempo en ese lugar planeaba invitarla a salir justo después de renunciar. Pero Lucía se aburrió de esperar y un día me dijo que quería ir conmigo a una fiesta.

—Eras un pelotudo. Si fuera por vos, todavía no habría pasado nada —solía decirme en los primeros tiempos de nuestra relación. Desde el principio, además de novios, fuimos amigos. Siempre nos hablamos con la franqueza que permite la amistad y nunca nos celamos más que lo necesario. Pasábamos muchas horas juntos así que al poco tiempo de estar en pareja alquilamos un departamento de dos ambientes y nos fuimos a convivir. Teníamos una vida tranquila, placentera. Pero un año después de mudarnos, metimos a Romeo a vivir en casa.

Ahora que el perro no está, esos primeros tiempos de libertad volvieron. Disfrutamos de dormir hasta tarde sin sentir la culpa de que alguien nos está esperando para salir a cagar a la vereda, y comemos en el patio sin preocuparnos porque Romeo nos robe la comida ante la menor distracción. Además, acabo de cambiar de trabajo —ahora me ocupo de la comunicación de un centro cultural, un empleo que me gusta mucho más que el anterior— y finalmente me animo a publicar una nota que, seguramente, será leída por más de quince personas. Todo es positivo. Las visitas a Romeo también lo son.

Cuando lo dejamos en la escuela, tuvimos prohibido ir a verlo durante los primeros diez días. El perro tenía que hacer un desapego y cortar los hilos de la relación perversa. Pero pasado ese lapso empezamos a visitarlo cada sábado, semana tras semana. Ahí vemos los avances en su comportamiento. Nosotros también aprendemos. Tenemos que concentrarnos para administrarle el afecto al perro y para evitar el apego. Aunque de algún modo logro hacerlo, todavía me pregunto si es posible dosificar el amor: algo tan distinto al dentífrico o la mayonesa. Con el tiempo, las visitas de los sábados pasan a ser un contacto suficiente. Tenemos la tranquilidad de que el perro está bien cuidado, aprendiendo, conviviendo con una manada de perros equilibrados que lo muerden para enseñarle; algo que nosotros no pudimos hacer.

Cada vez que llegamos, Romeo corre en círculos, jadea, gime, ladra pidiendo atención hasta que se cansa y se echa. Después de un rato, empieza a mostrar signos de relajación. Recién entonces Maxi Aráoz nos permite saludarlo.

—Es el método NELVEG. Significa Nada En La Vida Es Gratis —nos explica el adiestrador. En síntesis, se trata de no acudir a ningún pedido del perro: si pide comida, no hay; si quiere entrar a la pieza, está prohibido; si quiere jugar, no se puede. Solo hay que dejar pasar cinco minutos, tomar la iniciativa y, en lo posible, hacerlo trabajar para conseguir lo que desea. Para salir a pasear, tiene que sentarse y dar la pata; si tiene hambre, debe esperar la orden para comer. Siento que nos estamos convirtiendo en seres autoritarios e histéricos. Pero ni siquiera eso es lo peor.

—Hacete respetar la comida —me ordena ahora el adiestrador.

Tomo un puñado de alimento balanceado y se lo muestro a Romeo. El perro se relame y se sienta frente a mí. Llevo la mano a mi boca y empiezo a imitar el ruido de la masticación. El perro me mira fijo.

—Gruñile, tiene que irse para atrás y dejarte dos metros de espacio.

Me pregunto si de verdad quiero hacer esto. Me imagino a mi papá mirándome y negando con la cabeza, como hace cada vez que hago una boludez delante de él. Sé que no hay vuelta atrás: uno empieza gruñendo una vez y después lo hace todos los días. No me gusta competir y mucho menos con un perro. ¿Para qué hacerlo, si hay suficiente balanceado para los dos? Miro a Romeo y al adiestrador. Me siento acorralado entre mi viejo y Maxi Aráoz. Entonces frunzo el labio y muestro los dientes. Gruño. Romeo inclina la cabeza y se queda inmóvil. Vuelvo a gruñir, más fuerte: nada. Maxi Aráoz me corre a un lado, agarra un poco de comida, deja que el perro se acerque y le gruñe. Romeo retrocede dos pasos y mira hacia otro lado. Un perro que mira a los ojos es un perro que desafía. Un perro que desvía la mirada, es un perro que respeta. El adiestrador me mira y sonríe, triunfal.

A medida que pasan los días y las demostraciones infalibles, Lucía y yo confirmamos nuestra dependencia de Maxi Aráoz. Y no nos molesta. Estamos adaptados a nuestra nueva vida. Ya casi ni me acuerdo de por qué lloré tanto hace dos meses. Además de las visitas de los sábados, llamo por teléfono una o dos veces por semana a la escuela para saber cuáles son los avances.

Cuando ya pasó un mes de educación de

Romeo, Maxi Aráoz me da la noticia de que el perro puede volver a casa.

—Yo te podría decir que se quede un mes más, pero te estaría robando —dice—. El gordo ya está para seguir con educación allá.

Confío en su criterio; Maxi dice que hicimos un buen trabajo. Eso me pone contento, aunque también me genera bastante incertidumbre. Hago mis esfuerzos por imaginar una vida placentera de a tres, una vida en la que mi perro sea mi compañero inseparable, mi alma gemela y mi hermano con cuatro patas, pero mi recuerdo me dice otra cosa. Con cierto temor, coordino con el adiestrador para pasar a buscarlo el sábado siguiente. Cuando corto el teléfono camino hasta el comedor y miro las fotos de Romeo. Pienso en lo feliz que estaría si supiera que en apenas tres días estará de vuelta en casa. Se estaría despidiendo de sus compañeros de pensión, algunos de ellos le dirían que no se olvide de pasar a visitarlos, le mandarían cartas para sus familiares y le pedirían favores: cigarrillos, revistas, tarjetas de teléfono. Pienso que él les diría que sí, y que al salir se olvidaría de todo.

Compramos una cucha de plástico blanco con techo azul a dos aguas. La ponemos en el patio, al lado de la puerta del comedor, donde antes estaban la parrilla y las bicicletas. La parrilla ahora está en otro costado y las bicicletas, en el medio del patio. Lucía junta sábanas y almohadas viejas —y no tan viejas— y hace un colchón mullido. Preparamos el regreso del perro como se prepara el nacimiento de un bebé. Cuando todo está listo, vamos a buscarlo con mi cuñado. Romeo nos ve llegar y hace lo mismo de siempre: corre en círculos, da saltos, gime y toma agua. Y después se sienta. Lo acaricio un poco, le pongo la correa y subimos al auto. Arrancamos. Después de un mes en el reformatorio canino, mi perro vuelve a mi casa.

Ahora estamos en la plaza. Desde que Romeo volvió, todos los días, cuando llego de trabajar, me cambio y lo traigo para que corra y juegue con otros perros. La plaza tiene dos caniles —dos cuadrados enrejados donde el pasto ya no crece— en los que lo suelto sin problemas. Como vengo siempre a la misma hora, ya conozco a mis vecinos y a sus perros: el pelado que trae a Lila, el gordo que viene con las dos bóxer, la señora que trae a Apolo, el pibe que está con Olaf y Mateo, y el viejo que trae a Wanda. Ellos también nos conocen. Algunas veces, todos eligen el otro canil porque Romeo juega a correr y gruñir, y a algunos perros —y, sobre todo, a algunos dueños— la parte del gruñido no les gusta. Hoy, por ejemplo, en el canil de al lado hay cinco perros y tres personas, pero Romeo y yo estamos solos. No importa, traje una pelota, así que nos divertimos entre nosotros. Yo la tiro y le pido que me la traiga. Él cumple.

—Soltá —le ordeno.

Romeo duda, amaga con volver a salir corriendo, pero al final la deja caer.

—Muy bien, Romeo —digo en voz alta. Desde el otro lado del canil, dos mujeres me escuchan y sonríen. El nombre de mi perro suele provocar confusiones: no es un homenaje a un maricón que se suicidó por error porque el padre no lo dejaba coger con la vecina. El nombre completo de mi perro es Bernardo Romeo y honra al último ídolo de San Lorenzo, el club del que soy hincha. Romeo no fue un gran jugador, no tenía una técnica vistosa ni un físico privilegiado. No brilló en las grandes ligas ni hacía declaraciones rutilantes a la prensa. Era, más bien, un antihéroe, un bicho raro al que el periodista Eduardo Bejuk describió como «un gnomo terrible, habitante del área, que corre como un pibe, que define como un viejo y se besa la camiseta sin un ápice de especulación ni teatralidad». Fue un goleador que se retiró con noventa y nueve goles en el club, después de varios partidos de intentar fallidamente convertir el gol número cien. Pero Bernardo Romeo no entró en el panteón de los ídolos azulgranas por sus goles sino por sus actitudes. La leyenda dice que en el año 2001 el Hamburgo S.V., que estaba a punto de comprarlo, le propuso esperar seis meses más para que el jugador quedara libre. Así, el club se ahorraba la plata del pase, le daba una comisión a Romeo y San Lorenzo se quedaba sin nada: sin goleador y sin el dinero de la venta. Todos ganaban, menos el club.

Romeo pudo aceptar. Y, sin embargo, dijo que no. A ese hombre homenajea el nombre de mi perro.

—¡Romeo, vení para acá! —Ahora le gruñe a Olaf, el pitbull que acaba de entrar al canil. El problema más grave del carácter de Romeo —el que hace que les gruña a los otros perros— no es la dominancia sino la inseguridad. Es extremadamente desconfiado: nunca se deja tocar por ningún extraño ni permite que nadie le huela el culo así como así. En esto Romeo y yo

nos parecemos. Algunos dicen que nadie puede considerarse mi amigo si nunca lo mandé a la puta que lo parió. Es cierto: yo insulto a la gente solo cuando estoy seguro de que no se van a ofender ni van a querer cagarme a trompadas. Nunca me agarré a piñas ni mandé a la mierda a ningún jefe ni a ningún policía. En eso también nos parecemos: Romeo gruñe y ladra, pero nunca muerde. Bueno, casi nunca.

El perro también heredó parte del carácter de Lucía. Ella le teme a casi todo. Se dice a sí misma «Lucía Miedo» y antes de tener a Romeo nunca se acercaba a ningún animal. Ahora ama a los perros, aunque su mayor enemigo vive a la vuelta de mi casa: un perro que pasea solo. Todos los días sus dueños le abren la puerta y él sale a caminar por el barrio. Es muy parecido a un lobo —pelo blanco y gris, ojos claros— y no le gusta que Romeo camine por su cuadra. Varias veces, al verlo, vino corriendo a enfrentarlo y se trenzaron en una maraña de ladridos y tarascones. Así que ahora Lucía evita pasar cerca de su casa y, cuando se lo encuentra, dice «vamos Romeo» y cruza de vereda. Antes yo hacía lo mismo, pero ahora estoy haciendo el curso de instrucción canina en la escuela de Maxi Aráoz y tengo prohibido evadir las situaciones que le generen miedo o conflicto al perro; los dos tenemos que aprender a enfrentarlas. Y de a poco lo vamos logrando.

Ahora, por ejemplo, acaba de entrar al canil una mujer con tres perras. Romeo va a olerlas. Se ve que algo no le gusta y le empieza a ladrar a la más grande, una perra gris que viene corriendo y se refugia entre las piernas de su dueña, que está sentada a mi lado. Hace unos meses yo le hubiera puesto la correa al perro y me lo habría llevado. Ahora no: dejo que se haga cargo de las consecuencias de sus actos.

La perra tiembla. La mujer la acaricia y le dice que no pasa nada, que no tenga miedo.

—¿Te puedo dar un consejo? —pregunto; aunque me diga que no, igual se lo voy a dar—. Cuando entra en pánico no la acaricies, porque le reforzás el miedo. Quedate tranquila que el perro le va a ladrar pero no le va a hacer nada.

La mujer sonríe y deja de acariciar la perra.

—¿Te molesta si la llamo con un poco de comida a ver si entra en confianza? —pregunto. La mujer me agradece todo lo que pueda hacer para ayudarla a salir del pánico. Agarro algunos granos de alimento balanceado de mi bolsillo y la llamo. La perra mira, olfatea y finalmente se acerca. Come de mi mano.

—¡Qué bien! ¿Qué le das? ¿Galletitas?

—No, alimento balanceado.

—Ay, no me digas… —se horroriza—, ¿el común?

—Sí, ¿le hace mal?

—No, es que las perras y yo somos veganas. Yo soy vegana por elección, pero ellas por obligación.

Le pido disculpas y pienso que, al final de cuentas, lo que nos tocó a Romeo y a mí no es tan malo. Aunque todavía sigue teniendo sus matices.

Desde que mi perro volvió a casa tengo un sentimiento ambiguo: por un lado estoy feliz porque puedo verlo, tocarlo y hablarle todos los días, y porque disfruto los paseos como nunca antes. Pero a veces después de trabajar desearía estar solo y en paz, y comer facturas sin tener que gruñir para demostrar que son mías. Convivir con un perro debería ser algo mucho más sencillo. Sin embargo desde que Romeo volvió a casa vivo en una tensión permanente entre lo que soy y lo que debería ser; entre mi liderazgo fingido y su obediencia provisoria.

A veces me pregunto cuánto más difícil que esto será tener hijos. Estoy a punto de cumplir treinta años. Todavía no tengo planes de ser padre en el corto plazo y en el fondo no sé si esté capacitado para que otra vida dependa de mí. Mirando hacia atrás la historia con Romeo, supongo que todo esto que pasó fue una forma de crecer y de hacerme cargo de las responsabilidades del mundo adulto. Pero ahora, mientras juego con él sumido en ese pacto de madurez que armamos, no puedo evitar el deseo de aflojar y prolongar la adolescencia un poco más. Quizás a Romeo le pase lo mismo. ◣

David Pugliese

Buenos Aires, 1978

Como ilustrador colaboró en diversos medios, entre ellos *SQP* (USA), *Reader´s Digest*, *BAVOICE*, *Arlequín*, *Gerbera*. Realizó exposiciones individuales en Buenos Aires y en Madrid. En 2013 publicó su primer libro de caricaturas en la editorial Cartoon Ark de Grecia. Desde el 2002 dicta un taller de caricatura y técnicas de ilustración.

LOS PERROS PEREGRINOS

¿Te acordás esa vez que el colorado Ulmer se tiró a leer boca abajo en el pasto, creo que estábamos en Plaza Francia, y vino un perro grandote de atrás y lo empezó a bombear?

—Me acuerdo patente —le digo a Chiri—. No se lo podíamos desabrochar. Alguien les tiró agua caliente del termo para desabotonarlos, pero el perro se excitó más y fue peor.

—Debe ser horrible que te sodomice un can, y además en público. Fue un momento muy humillante para la raza humana.

—El gran César Millán dice que para que un perro no te doblegue tenés que hablarle con autoridad. No importa lo que le digas, porque el perro no entiende. Importa la intensidad del tono. Así te hablo a vos cuando estamos de cierre con la revista.

—¿Vos me hablás así?

—Sí. «¡Chiri, Chiri, levante la pata y haga una entradilla en la página treinta!». Y vos vas, generalmente contento.

—Según María, mi mujer, César Millán no solo te enseña a educar perros. Si mirás sus programas con atención también te enseña a educar hijos. Sobre todo a Lucio, que ya es casi adolescente. Ella sostiene que una temporada de César Millán te instruye más que muchos libros sobre educación infantil.

—Puede ser —le digo—. Hay un montón de pibes que hacen lo que quieren con los padres.

—Y con los perros pasa lo mismo, pero el problema siempre está en uno. Lo que hace César, justamente, es marcarte qué cosas estás haciendo mal, en qué fallás, cuáles son los puntos flojos en la educación que le das a tu mascota.

—Cuando leía la crónica de Pablo Scioscia no podía dejar de imaginar al perro Romeo como *Wilfred*, el perro de la serie esa tan buena, que es remake de otra serie australiana.

— Yo la dejé de ver en la segunda temporada —me dice Chiri, poniendo gesto de que no le gusta tanto.

—A mí me encanta Wilfred. Es como Romeo, manipulador, egoísta, perverso. La antítesis de Lassie. Mi perro Totín también era así.

—Siempre te gustaron los perros a vos...

—Siempre no. En una época yo andaba de mochilero por el Norte, haciendo reportajes para el diario *Protagonistas*. Y me bañaba poco. Entonces me seguían unos quince perros, se creían que yo era el amo. Y me daba mucha vergüenza entrar a las ciudades a dejar en el correo mi artículo para el diario. Me costaba reconocer que era un vagabundo... Sacando esa época, siempre me gustaron los perros.

—¿Entonces por qué ahora no tenés un perrito? —me pregunta.

—Nina y yo queremos tener uno, pero Cristina no nos deja. Dice que los tres primeros días voy a limpiar la caca yo porque es la novedad, y los siguiente quince años la va a tener que limpiar ella.

—A esta altura ya te conoce del todo tu santa mujer —dice Chiri—. ¿Alguna vez te conté del fenómeno de los perros, acá en Luján?

—¿Qué les pasa?

—Viste que Luján es un centro de peregrinación católico muy importante...

—No me expliques qué es Luján. No hace tanto que me fui de Argentina.

—No te lo explico a vos, sino a los lectores de otros países —me dice Chiri—. A veces te olvidás que estamos grabando esto para las sobremesas. No sos un buen director de esta revista.

—¿Qué pasa con los perros en Luján?

—Que cada año viene muchísima gente a la Basílica a pie, desde muy lejos, para cumplir una promesa.

—Los peregrinos.

—Claro. El fenómeno que se da es que, a lo largo del camino, a los peregrinos se les suman perros callejeros de las ciudades por donde van pasando. Y entran con ellos a Luján, lo más chotos. Después los peregrinos se vuelven a sus casas en tren, en micro, en camioneta, pero los perros se quedan en la ciudad.

—¿Y no se van más?

—¡Y no se van más, es un flagelo! Se agrupan, forman comunidades, se mueven en manadas por toda la ciudad. Los ves deambulando por la calle San Martín o por la avenida de entrada a la Basílica. Yo pienso que nos están invadiendo en secreto.

—Con razón —le digo— cada vez que voy a Luján me llama muchísimo la atención la cantidad de perros que hay. Los veo por todos lados, como los caminantes de *The Walking Dead*. Incluso adentro de tu casa hay uno. Tené cuidado.

—Pero esa es mi perra Paca, pelotudo.

—No, yo digo el blanquito, el que no para de comer y de saltar.

—Ese es Lucio. Mi hijo.

—Ah, mirá vos. ◣

¡ATENCIÓN!
DOS ESPEJOS
LOS JUNTAMOS
INTENTANDO VER QUÉ REFLEJAN...
... CUANDO NO HAY NADA QUE REFLEJAR
CUANDO SÓLO QUEDA...
¡LA NADA!
¡EL ECO INFINITO!
¡EL VACÍO REVERBERADO!
¡EXPLOSIÓN!
¡LA MALDICIÓN ABSOLUTA!
OH MIERDA...
¡JAMÁS ME ATREVERÉ A HACERLO!
Próximo Capítulo
UNA...
DOS...
Y...
¿QUÉ REFLEJA UN ESPEJO EN LA OSCURIDAD?
MANEL FONTDEVILA

EL SEXO DE LOS ÁNGELES

David Bravo deja el traje de abogado para calzarse un cómodo piyama y escribir como más le gusta. Aunque no eligió un tema sencillo: la pederastia en tiempos modernos.

ESCRIBE **DAVID BRAVO**

ILUSTRA **STELLA MARIS SANTIAGO**

DAVID BRAVO
Sevilla, 1978

Abogado especializado en Derecho Informático y Propiedad Intelectual. Es conocido por defender públicamente y en los tribunales la necesidad de adaptar los patrones clásicos de la propiedad intelectual a los nuevos usos que los ciudadanos hacen de ella con el advenimiento de las nuevas tecnologías. En junio de 2005 publicó *Copia este libro* bajo licencia Creative Commons. En las ediciones de 2010, 2011 y 2012 fue elegido por el periódico *El Mundo* como uno de los quinientos españoles más influyentes, en 2011 fue elegido por los lectores de *El Economista* como el personaje más relevante de internet y en 2013 como el abogado más influyente de las redes sociales según *Expansión*. Colaboró en Orsai N2 con "El botón que copia los tomates".

ADVERTENCIA

Aunque los siguientes tres relatos y sus personajes son ficticios, el hilo conductor está basado en hechos reales que tienen que ver con las nuevas formas de la pederastia en tiempos modernos. El caso de los estudiantes detenidos y su posterior puesta en libertad se basa en una historia sucedida en España en 1996. Las citas de periódicos y las del fiscal y el juez del caso son auténticas, así como las leyes citadas en la historia y su evolución. El llamado «Código Penal de Gallardón», que criminaliza la representación visual de sexo simulado entre menores, es un anteproyecto de ley real aunque todavía no está en vigor.

RAMÓN SANDOVAL, 2013

Me llamo Ramón Sandoval. Soy un abogado con diecisiete años de ejercicio y mi especialidad —si es que puede llamarse así— es la de llevar los casos que nadie quiere. Ya saben, me refiero a los casos desagradables, los que te obligan a entrar en el fango. Esos son los míos. Mis compañeros, fingiendo escrúpulos donde solo hay miedo al qué dirán, me suelen derivar los asuntos que dejan mancha.

Los casos que a mis compañeros les resultan viscosos, y que alejan de su lado de una patada, son los relacionados con delitos sexuales contra menores. Si tienes una imagen pública y eres de esos que son mitad abogados y mitad políticos, son estos asuntos los que pueden ensuciarte. El caso que les quiero contar me llegó rebotado de uno de estos abogados estrella con miedo a dejar de ser impolutos ante sus fans. Este compañero —que me merece el mismo respeto que un cirujano al que le marea la sangre— me llamó para desembarazarse de dos clientes a los que no quería ni estrechar la mano. La excusa fue que su especialidad eran los casos sobre libertad de expresión e información, pero no puedo evitar pensar que lo que le sucedía era que simplemente se consideraba moralmente superior a mí.

Comprendo que mi actividad no les resultará agradable a muchos de ustedes. Estoy acostumbrado. Es más fácil culpar al que juega sus cartas que cuestionar a la banca, que es la que da opciones de ganar a quienes no deberíamos hacerlo.

El caso que me llegó gracias a los reparos de mi compañero fue el de dos jóvenes acusados de distribuir pornografía infantil. Viendo las actuaciones ya se podía deducir que el caso no iba a ser fácil de defender. Tenían los correos electrónicos de los imputados, sus conversaciones, sus agendas de contactos y lo fundamental: un disco duro con la mayor cantidad de pornografía infantil hallada hasta la fecha en toda Europa.

En aquellos días, leyeras el periódico que leyeras, ellos estaban allí. Se pueden imaginar además que en las noticias no es que salieran muy bien parados. Según contaba *El País*, uno de los estudiantes «admitió que la montaña de pornografía infantil era para satisfacer sus deseos libidinosos malsanos» y que «el otro reconoció que se hallaban en fase de acumulación de material para posteriormente venderlo por España y Europa». Por si yo no lo tenía ya lo suficientemente complicado, la policía dio varias ruedas de prensa en las que informaba que las imágenes eran repugnantes y que en ellas aparecían niños de tres y cuatro años practicando la «sodomía y el masoquismo». El periódico *La Vanguardia* decía que una niña de unos nueve años aparecía en una de las fotos «sujeta de unas argollas colgadas del techo». Mi compañero me entregaba dos cadáveres y era muy evidente que lo que quería era evitar que su historial de victorias tuviera un tachón. Me hice cargo de un asunto imposible de ganar porque acababa de empezar a ejercer y en esas circunstancias se coge todo lo que cae.

Sucedió en 1996 y era el primer caso de

este tipo en España. Pueden ustedes hacerse una idea de la expectación mediática que originó un asunto así, con una sociedad todavía virgen en este tipo de delitos y a esta escala. En poco tiempo yo, que era un abogado joven y desconocido, pasé a ser una de las personas más reclamadas por la prensa. Recuerdo las ganas y el esfuerzo que derrochaba por aquel entonces ante los medios. Cómo me exponía en el plató ante toda esa gente que clavaba sus ojos en mí. Eran por supuesto miradas de desprecio, pero que se dirigían con mucha atención a mí, solo a mí. Yo, el abogado de las dos personas más odiadas de España durante todo un mes.

No sé cómo decir esto sin que parezca presuntuoso, pero los dos estudiantes ni siquiera tuvieron que sentarse en el banquillo para enfrentarse al juicio. Encontré una grieta por la que colarnos. El Código Penal español de 1995 castigaba utilizar a menores para crear material pornográfico, pero no poseerlo ni difundirlo entre adultos sin haber participado en su producción. Como en este caso los estudiantes se limitaron a recopilar fotografías que no habían hecho ellos, su actividad no era delictiva. Era un fallo en la ley, un error. Y era también mi puerta de salida.

El juzgado no tuvo más remedio que archivar el caso. Haciendo una profesional diferencia entre el mundo del reproche jurídico y el del reproche moral, la fiscal dijo que «ni los fiscales pedimos penas ni los jueces imponen condenas en base a conductas reprobables moralmente». El periódico *ABC* recogió las palabras del juez, que declaró que la puesta en libertad de mis clientes «fue correcta» y que «ante la ausencia de estudios de filmación de menores, se desmonta todo».

Vino a echar cemento en el agujero por el que se colaba mi ahora abundante clientela la Ley Orgánica 11/1999, que modificaba el Código Penal para que se castigara al que difundía o ayudaba a difundir pornografía infantil, siendo irrelevante si se había participado o no en la creación de ese material. La reforma era lógica, necesaria y una patada en el estómago para mí.

Pese a mis esfuerzos en su defensa, algunos de mis clientes vieron frustrada su escapada por culpa de ese tapón, pero otros todavía lograron colarse por las rendijas. La reforma solo castigaba la posesión de pornografía infantil para su difusión, lo que quería decir que se podía alegar que las imágenes se tenían para uso particular. La Ley Orgánica 15/2003 cerró el círculo y desde entonces se castiga la posesión de pornografía infantil incluso para uso propio. Antes de que ocurriera eso, yo era un abogado de éxito.

ALEJANDRO ESPÓSITO, 2018

Cuando Nabokov quiso publicar su novela *Lolita*, se encontró con varios portazos en la cara. Las editoriales no tenían ninguna intención de obtener publicidad negativa lanzando un libro contado desde la perspectiva de un pedófilo que se siente atraído sexualmente por una niña de doce años. La sociedad de la época —en mi opinión, no de forma muy distinta a la que podría hacer la actual— armó el previsible revuelo con la publicación del libro. Mientras aguardaba en su celda para ser ahorcado por crímenes contra la Humanidad, Adolf Eichmann —el que fuera Teniente Coronel de las SS nazi— recibió una copia de *Lolita* para aligerarle un poco la espera. Lo devolvió a los dos días, muy ofendido, porque ese era un libro «peligroso».

Siete años después de la publicación del libro de Nabokov, Stanley Kubrick lo llevó al cine y, para evitar el escándalo, esa Lolita pasó de tener doce años a catorce y fue interpretada por una actriz de quince que aparentaba veinte. Culpándose a sí mismo de haber suavizado la historia, Kubrick explicó que no dramatizó lo suficiente «el aspecto erótico de la relación de Humbert con Lolita» por culpa de «las presiones que en aquel tiempo ejercieron el Código de Producción y la Legión Católica de Decencia». El código de producción al que se refiere Kubrick es el código Hays, creado por la Asociación de Productores Cinematográficos de Estados Unidos (MPAA) y que fue sustituido en 1967 por el —tampoco exento de problemas— sistema de clasificación por edades de la MPAA.

Les cuento esto para que entiendan por qué últimamente ha llamado mi atención como abogado el estudio del obstáculo que supone la representación del sexo entre o con menores para la creatividad, de forma incluso mayor que la que existía en la época de Nabokov y Kubrick.

Mi primer caso sobre esta cuestión me llegó en 2016. En febrero de ese año, Ramón Sandoval, un abogado conocido por llevar la defensa de casos de delitos contra la libertad sexual, acudió a mi despacho para que le defendiera de una acusación de un delito de pornografía infantil.

Conocí a Ramón veinte años antes, cuando él apenas acababa de terminar la carrera. Un compañero me dijo que en su despacho había un recién licenciado con poca experiencia y muchas ganas que estaría encantado de recibir un caso en el que yo me sentía muy perdido. El caso era un asunto desagradable: dos estudiantes habían sido detenidos con el mayor repertorio de pornografía infantil de toda Europa.

El Ramón Sandoval que se sentó en mi despacho aquel mes de febrero no era ni parecido al que yo conocí. Estaba en silla de ruedas, con su higiene personal desatendida y con esa forma de hablar lenta y esforzada tan propia de quien está permanentemente cansado.

Ramón me contó aquella mañana que había dirigido un documental en el que se contaban algunos de los casos que había llevado como abogado. La película no tardó en ser retirada de la venta por orden de un juzgado de instrucción. Poco después detuvieron a Sandoval por un delito de pornografía infantil. La razón se encontraba en algunas de las escenas de la cinta, en las que se podían ver a actores menores de edad simulando tener sexo en recreaciones de algunos de los delitos que se documentaban. La portada también llamó la atención de las autoridades. En ella aparecían dibujados un niño y una niña abrazados. La lengua del niño tocaba la lengua de ella y su pene su vagina.

Él, que se comportó como uno de esos clientes sin ninguna experiencia en el trato con abogados, se defendió ante mí como si yo fuera el que le juzgaba y no el que le defendía. Me dijo que solo era una película, que las escenas fueron rodadas con actores y que nada de lo que sucedía era real. Me dijo incluso que los padres de los menores estaban presentes en la grabación para que nada se fuera de las manos y para asegurarse de que en las imágenes no se veía más de lo necesario. Me intentó convencer —estando yo ya plenamente convencido— de cómo habíamos pasado de un extremo a otro, de considerar impune la difusión de pornografía infantil a convertir en delictiva hasta la difusión de material de ficción donde no se había abusado de ningún menor. Aunque vi la película y estaba claro que Sandoval no era Kubrick, resultaba difícil no acordarse ahora de él, de Nabokov y de Adolf Eichmann leyendo *Lolita* en su celda.

No piensen que este caso era una mera equivocación de un fiscal y un juez que creyeron ver en la cinta sexo real entre menores en lugar de simulado. Eso era algo de lo que todos eran conscientes. El problema de este asunto era que ahora este tipo de obras de ficción que representaban escenas de sexo fingido entre menores tenían tratamiento de pornografía infantil.

La primera semilla de esta regulación se plantó en 2013 con la aparición del Anteproyecto de Ley de Reforma del Código Penal —popularmente conocido como Código Penal de Gallardón— que definía la pornografía infantil como «todo material que represente de manera visual a un menor participando en una conducta sexualmente explícita, real o simulada». Tal y como advirtió en aquella época el abogado Carlos Sánchez Almeida en la revista *JotDown*, era necesario reparar en que esa definición «no limita la pornografía infantil a la representación gráfica de actos reales de abuso de menores, sino a toda representación, incluso simulada. Ello incluye (...) a cualquier representación figurativa, sea esta fotográfica o pictórica, real, simulada o digital. Es decir, a toda manifestación creativa que represente a menores en actividades sexuales».

El año en el que salió este anteproyecto de ley transcurría de forma convulsa, y la reforma del Código Penal terminó aprobándose y entrando en vigor en 2014, pasando desapercibida entre noticias sobre crisis económica y corrupción política. El juicio se celebró en 2017. Mientras escribo estas líneas el caso sigue visto para sentencia, aunque el documental y el propio Ramón ya llevan años condenados.

IRENE MENÉNDEZ, 2013

¿Saben lo que es el Grooming? Es algo así como la mutación de un viejo delito. Se trata de acoso sexual a menores usando nuevas tecnologías. El sistema es sencillo: un adulto contacta con un menor por internet fingiendo ser otro menor, se gana su confianza, su amistad y algo más. Después le pide fotografías en las que aparezca desnudo o realizando alguna práctica sexual. Si cree que le ha persuadido lo suficiente, le pide que conecte la webcam y se grabe, generalmente masturbándose. A veces el menor se niega y desaparece para siempre, a veces consiguen las imágenes y a veces se topan con alguien como yo.

Mi trabajo consiste en fingir ser un menor, entrar en redes sociales o chats frecuentados por estos tipos y ganarme su confianza. Es un poco extraño si imaginan la escena: dos

adultos tras una pantalla simulando ser niños y queriendo cazarse mutuamente. Si gano yo y logro que confíe en mí, terminará diciéndome quién es o dónde vive. Después lo denuncio. Cuando la policía se presenta en su casa, a veces descubre que la dirección es falsa, a veces les abre un niño que creía haber encontrado a la chica de su vida en internet y a veces les recibe un idiota con cara de sorprendido que termina esposado.

Cuando llega el juicio, nos encontramos con que el problema legal en España es que el artículo 183 bis del Código Penal solo castiga contactar a través de internet con un menor de trece años si es con objeto de concertar una cita con él para cometer un delito de carácter sexual. Si el acosador se contenta con arrancarle algunas fotos y no pretende sacar al niño del mundo virtual al mundo físico para abusar de él, queda fuera del delito previsto en este artículo. Quejándose de la deficiente redacción del precepto, el Fiscal Delegado de Girona dijo que «en muchas ocasiones el autor de los hechos no pretende un encuentro físico con el menor sino un encuentro virtual a los fines de lograr de este material pornográfico fabricado por él mismo». Esta falta de previsión de nuestro Código Penal hace que muchas veces nuestras denuncias inicien procedimientos que tendrán que buscar su encaje en otros artículos menos específicos.

Cuando yo tenía doce años —la época en la que sufrí este tipo de acoso—, las leyes eran aún más imprecisas. Internet comenzaba a andar y la legislación sobre abuso, agresión sexual y corrupción de menores tenía todavía una mentalidad analógica.

En mi caso supe que Isidoro me había estado engañando durante meses cuando me dijo en el chat de IRC que publicaría en internet mis fotografías desnuda si no le mandaba más. Accedí varias veces, pero cuando la presión del chantaje superó a la de mi vergüenza, se lo conté a mis padres.

Pudimos hacer muy poco. Isidoro, si es que se llamaba así, se dio cuenta de que mis preguntas para descubrir quién era se volvieron demasiado insistentes, y desapareció.

Poco después nos enteramos de que habían detenido a dos estudiantes que tenían un disco duro con miles de imágenes de pornografía infantil que habían recopilado por internet. Cuando salieron absueltos por una laguna legal, el abogado que llevó el caso, Ramón Sandoval, salió varias veces en televisión pavoneándose.

Mis fotos dedicadas a Isidoro también estaban en el disco duro de esos dos estudiantes. Todavía guardo algunas de ellas. La primera que me hice, cuando creía que Isidoro era Isidoro, era muy distinta a la última, la que mandaba ya a mi acosador. Es extraño, pero viendo esas imágenes siento nostalgia de mí. Me veo en esa primera fotografía, desnuda, de pie, riéndome de vergüenza con los brazos abiertos, y me añoro. Me miro ahora a los ojos en esa fotografía y comprendo que esa persona ya no estará más. Era hermosa. Era otra. Parecía un ángel. ◣

Stella Maris Santiago

Buenos Aires, 1978

Comenzó en el camino de las artes plásticas de la mano del dibujo y la pintura. Luego vino la escultura, ilustración, escenografía y más tarde el cine de animación. Buscando aplicar estas herramientas participa en obras de teatro, discos, cortometrajes y animados. Sus trabajos se pueden ver aquí: www.stellamarissantiago.com.

DIFERENCIAS DE EDAD

La ley no sabe bien qué hacer con el tema de la pederastia —le digo a Chiri—, porque cada vez hay más adolescentes que se sacan ellos mismos fotos en bolas para mostrarles a sus amigos.

—¿Y a quién meten preso? ¿Al propio adolescente?

—Así parece... En algunos países de Europa dos menores se pueden casar, por ejemplo, pero no pueden coger entre ellos porque van presos.

—¿Y por qué se pueden casar entonces? —me pregunta Chiri.

—Porque las leyes están superpuestas. Las hay de todas las épocas, y ahora es un quilombo muy grande ordenarlas. Hay mucha sensibilidad flamante, mezclada con épocas mas permisivas.

—Las épocas *Mad Men* donde el médico podía fumar en el consultorio —ejemplifica Chiri—. Las épocas de Cacho Castaña donde se podía cantar «si te encuentro con otro te mato», las épocas de Nabokov y su libro *Lolita*...

—Ojo, que en su momento a ese libro se lo consideró «peligroso».

—El nazi Adolf Eichmann dijo que era eso: «un libro peligroso». Que, dicho sea de paso, estaba lo más choto viviendo en Argentina cuando lo agarraron.

—¿Ah sí? —me sorprendo—. ¿Cómo fue?

—Parece que lo descubrió un vecino suyo a través de su hija adolescente, que era amiga de uno de los hijos del alemán. El tipo lo denunció y vino el Mossad y se lo llevó, todo en sin levantar la perdiz. Y antes de que se lo llevaran Eichmann dijo una frase memorable: «Larga vida a Alemania, larga vida a Austria y larga vida a Argentina».

—Ay, no sé si ponerme orgulloso o avergonzarme. ¿De dónde sacaste esa información tan divertida?

—Creo que lo escribió Uki Goñi en *La auténtica Odessa*. O lo saqué de algún otro lado. Pero es cierto.

—Uki Goñi, qué nombre más raro.

—¿Vos sabés que Uki Goñi también oculta un pasado secreto, no?

—Ni idea —le digo.

—Era el cantante de Los Helicópteros, esa banda pop que cada dos por tres aparecía en *Badía y Compañía* los sábados a la tarde.

—¿Los de «Radio Venus»? ¿Los de «Novia con guita»? ¿El flaco de rulitos?

—Claro.

—¿Pero ese no era Willy Ruano?

—Nada que ver. A Willy Ruano lo tengo de amigo en Facebook —me dice Chiri—. Le pedí amistad porque desde que dejó la tele lo extraño mucho. Si lo vieras ahora, un señor de saco y corbata.

—A veces me da miedo los amigos que tenés en Facebook —le digo—, pero prefiero no preguntarte más porque nos vamos de tema. ¿Te gustó el cuento de David Bravo?

—Mucho, y me trajo a la cabeza el documental sobre la causa contra Roman Polanski en los Estados Unidos por haberse acostado con una menor de trece años, Te lo recomiendo de todo corazón. Se llama *Roman Polanski: Wanted and Desired*.

—A mí siempre me dio lástima Polanski, me cae muy bien.

—En el documental habla la nena, que ahora es una mujer grande —me dice Chiri—: la célebre Samantha Geimer. Ella lo perdonó públicamente.

—Sí, pero igual él no puede volver a Estados Unidos, porque si vuelve lo meten preso.

—Durísima la vida de Roman: su madre fue asesinada por los nazis en el Holocausto, y después está lo que le pasó con Sharon Tate. Qué feo que se lo acuse de pederasta.

—Edgar Allan Poe fue más allá —le digo—, porque se casó con una nena de trece años: Virginia Clemm. Que encima, como si fuera poco, era su primita.

—Es muy raro saber cuándo es delito y cuándo no lo es. ¿Tienen que meter preso a un chico de diecisiete que se coge a una chica de trece, por ejemplo?

—Yo creo que no deberían medir la edad del menor, sino la diferencia de edad con el mayor. Si la diferencia es menor a cuatro, todo vale.

—O sea que para vos, gordo degenerado, un nene de ocho puede cogerse a una nena de cuatro.

—No, tenés razón —reconozco—. Mi teoría, entonces, falla.

—Tampoco tiene sentido que un señor de ochenta años se coja a una señora de ochenta y cuatro.

—¿Por?

—No importa qué edad tengas, pero si te cogés a una vieja tenés que ir preso. Sí o sí. ◣

—¿Ateos? Por la otra puerta.

TODO LO QUE
NECESITÁS
SABER SOBRE
LA VIDA

ESCRIBE **GONZALO GARCÉS**

Hijo, por el momento tengo buena salud, pero como nunca se sabe, te voy a decir todo lo que necesitás saber de la vida, a través de una serie de televisión que se emitió cuando yo tenía entre veintisiete y treinta y un años, en una época en la que el mundo estaba muy mal, pero la televisión era mejor que leer a Shakespeare, y que se llamaba «Six feet under».

GONZALO GARCÉS
Buenos Aires, 1974

Escritor. Estudió Letras Modernas en La Sorbona. Colabora en medios de España y América Latina como *La Nación*, *Clarín, El Mercurio*, *Reforma*, *Brecha* o *Quimera*. Ganó el premio Biblioteca Breve con su novela *Los impacientes* (2000). También publicó las novelas *Diciembre* (1997), *El futuro* (2003) y *El miedo* (2012). Fue profesor de escritura creativa en la Universidad Católica de Santiago de Chile, donde ideó y desarrolló el programa cultural *La ciudad y las palabras*, que en 2011 recibió el Premio Ciudad. En 2007, el Suplemento ADN del diario argentino *La Nación* lo señaló como el autor más destacado de su generación. Ese mismo año fue incluido por el jurado de Bogotá 39 entre los mejores escritores jóvenes latinoamericanos. En 2010 fue seleccionado por el International Writers Program para ser escritor residente en Iowa. Es colaborador de Orsai desde la primera hora y actualmente dicta el Master de Periodismo cultural en la flamante Club Orsai.

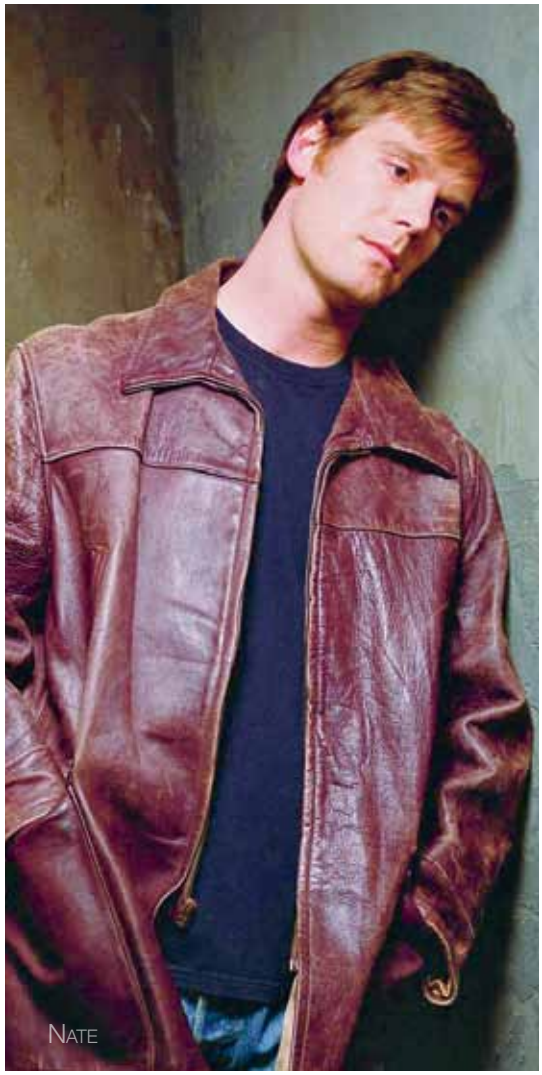
SOBRE LOS ENIGMAS

El protagonista de la historia se llama Nate Fisher. Algunos dicen que es un tipazo. Que es encantador, carismático, comprensivo. Siempre en busca de un significado que se le escapa. Siempre haciendo esfuerzos para ser mejor. Otros dicen que es un canalla: infiel, egoísta, indiferente a los desastres que provoca a su alrededor, mientras él está ocupado en quedar siempre como el bueno de la película.

La verdad es que Nate es todas esas cosas y algunas más. Viene de una familia donde nadie dice lo que piensa y nadie hace lo que quiere. Blancos anglosajones de clase media alta de Los Ángeles, con su reserva, su práctica cotidiana de la compasión, en la que siempre se nota la educación religiosa, su agudo sentido de los límites que rodean la vida privada de cada uno. El padre tiene una funeraria. La madre vive para limpiar partículas imperceptibles de polvo en el placard de las tazas de porcelana. La hija es una grunge que sabe ponerle cara de ofuscada a todo y sabe que tiene ciertas aspiraciones artísticas, pero no sabe mucho más. El hermano es un puto que tiene vergüenza de ser puto. Nate se fue lejos, hacia el norte, a Seattle, para hacer su propio camino. Para ser diferente de todos ellos. Trabaja en uno de esos mercaditos de productos bio que en Estados Unidos se llaman co-ops. Se coge a muchas mujeres, es *cool*, sin dejar de tener un costado sensible. Aunque solo una vez, al final de la serie, se referirá a Kurt Cobain, también él es uno de esos jóvenes de los noventa a los

que Nirvana les cambió la forma de pararse en el mundo. Como Cobain, él también tiene una especie de aire expectante, una especie de pregunta muda dirigida al universo que es quizá lo que más gusta a las mujeres, porque las mujeres aman en los varones, sobre todo los varones lindos como Nate, al niño curioso, capaz de escribir los sonetos de Petrarca a Laura o de inventar la bomba atómica.

Bien: el padre muere. Muere justo el día que empieza la serie. Saca un segundo los ojos del volante para prender un cigarrillo y un bus californiano se lo lleva puesto. Ese día, toda la familia tenía que reunirse para pasarla mal juntos en Navidad. Así que Nate venía en avión a Los Ángeles. Está cogiendo con una desconocida en el cuartito del aeropuerto donde guardan los escobillones cuando le llega la noticia. Al poco tiempo decide asumir junto a su hermano, David, el negocio de la funeraria. También empieza a salir con la desconocida del cuartito, que se llama Brenda Chenowith. A esta altura, hijo, habrás visto las cinco temporadas, así que no será un espoiler si te digo que Nate no será feliz con su trabajo. Ni con su familia. Ni con Brenda. Ni más tarde con Lisa, con quien se casará y tendrá una hija. Ni después de nuevo con Brenda. Tampoco hará felices a quienes trabajan con él, ni a ninguna de sus mujeres, ni a su familia. Este hombre que lo tiene todo: facha, encanto, empuje, buenas intenciones, razonable inteligencia, humor, gentileza, hará un verdadero desastre de su paso por el mundo. ¿Cómo se explica esto?



NATE

SOBRE EL ARTE

Antes de seguir, hijo, aprovecho para decirte que hay gente que piensa que el arte no sirve para ganar conocimiento sobre la vida. Dirán que para eso están los libros de autoayuda y que el arte, el verdadero arte, es perfectamente inútil. De la literatura dirán que es «un trabajo sobre el lenguaje» y del cine que es «un trabajo sobre las imágenes». Televisor ni siquiera tendrán. No pierdas un segundo con esas estupideces. Son consecuencias de haber leído poco y mal o de cursar la carrera de Letras. En su origen todo el arte, y en particular la narrativa, son fábulas cautelares. Mirá lo que te puede pasar si robás el fuego del cielo como Prometeo. Mirá lo que te puede pasar si mirás atrás como la mujer de Lot. Que no te pase como a Gilgamesh, que rechaza los encantos de Ishtar y por eso la diosa despechada envía contra él al Toro de los Cielos.

Con el tiempo, ese elemento didáctico se refina hasta volverse imperceptible. Pero sigue siendo el núcleo que late en la ficción. Con el pasaje a la civilización industrial, *Qué debo hacer* se metamorfosea en *Cómo funcionan las cosas*. El monólogo de Molly Bloom en el *Ulises* de Joyce, las descripciones de muebles en *Las Cosas* de Perec, el discurso irónico del cura en *Nocturno de Chile* de Bolaño, participan de ese proyecto: poner al día nuestra idea de lo verdadero y lo falso. Por otro lado: desde la antropología hay quienes sostienen que, como especie social avanzada, con un grado de interdependencia tan variado que apenas podemos medirlo, somos muy vulnerables a la mentira. Vivimos rodeados de signos, traficamos en signos, dependemos de los signos, pero los signos son muy fáciles de falsificar. Así que una parte importante de la vida la empleamos en aprender a distinguir los signos verdaderos de los falsos. A eso, en el país donde nació tu padre, se lo llamaba tener calle. También, como la especie ingeniosa que somos, desarrollamos tecnologías para aprender a descifrar los signos correctamente; una de esas tecnologías es la novela.

En el período de entresiglos esa tecnología empezó a presentar signos de obsolescencia. Producida en serie, la novela comercial repetía situaciones y figuras sociales definidos siglos antes. Producida por solteros desmonetizados, que no sabían nada sobre las mutaciones de la familia, el devenir de la economía, el mundo del trabajo o el estado de la ciencia, la novela «seria» repetía informaciones ya conocidas, y de relevancia nula, sobre tal o cual detalle del proceso de escritura o la perspectiva alienada del propio autor. De manera comprensible, el público se fue alejando. Entonces apareció la llamada televisión de calidad. Este mote según la ocasión podía usarse de modo condescendiente; en realidad, era la forma de arte que ofrecía la representación más rica, más compleja, más profunda, de la forma en que vivimos.

SOBRE LA HIPOCRESÍA

Hijo: la capacidad humana para la hipocresía, la inautenticidad, el remilgo, la agresión pasiva, el histeriqueo, las representaciones que ofrece el arte occidental moderno son tan toscas como las pijas y los mamuts en las cuevas de Altami-

Hijo: la capacidad humana para la hipocresía, la inautenticidad, el remilgo, la agresión pasiva, el histeriqueo, las representaciones que ofrece el arte occidental moderno son tan toscas como las pijas y los mamuts en las cuevas de Altamira.

ra. Entra en escena James Spader en la película *True Colors* y enseguida sabemos que es un hipócrita porque tiene una sonrisa de foto carnet y porque habla con una vocecita zalamera. Vemos a Tom Cruise en *Magnolia* y sabemos que es un enamorado de sí mismo, todo labia y nada de sustancia, porque, bueno, es Tom Cruise. Eso por no decir nada de la novela moderna, donde el carácter de los personajes, cuando existe, el autor se siente obligado a machacarlo como un jingle hasta que toda ambigüedad quede aniquilada.

Sin embargo la hipocresía, el remilgo, la inautenticidad, la agresión pasiva, el histeriqueo son cosas que los occidentales hemos refinado en un grado vertiginoso, quizá porque nunca antes nos presionaron tanto para ser simpáticos. Para empezar, entonces, es preciso comprender que no son los rasgos que definen al malvado, sino más bien la condición en la que todos, en alguna medida, estamos obligados a vivir. Nate Fisher es uno de los que mejor lo hacen: quiero decir con más disimulo, con tanto disimulo que se confunde con la verdadera virtud. Fue un golpe de genio tomar para el papel a Peter Krause. Con su mirada limpia, con su aire de franqueza, Krause canaliza de manera inmediata nuestra necesidad como espectadores de identificar al héroe. ¿Quién puede ser salvo él? Como George Clooney (que con diez años menos podría haber interpretado igual de bien el papel), es el amigo de todos los varones y el novio de todas las chicas.

SOBRE LOS DRAGONES

Nada de aspavientos, nada de voces aflautadas. Nada de ojos desorbitados por la codicia como el *Tartufo* de Molière. Nate tiene swing. Nate tiene humor. En uno de los primeros episodios, cuando se cruza a su hermano David vestido con la ropa del día anterior, sonríe canchero (pero con afecto) y le dice, imitando la voz de la computadora de *2001, odisea del espacio:* «Buenos días, Dave... Noto que llevás la misma ropa de ayer, Dave». «No es lo que pensás», dice David. Y Nate, siempre con la voz de la computadora: «Siento que no estás siendo franco conmigo, Dave». Y David: «Sí, ya entendí el chiste. Ahora, si me disculpás, algunos tenemos que trabajar en esta casa». Y Nate, amigable: «Creéme, si de algo estoy a favor, es de que la pongas».

Nate tiene un anhelo genuino: hacer algo

Sin embargo la hipocresía, el remilgo, la inautenticidad, la agresión pasiva, el histeriqueo son cosas que los occidentales hemos refinado en un grado vertiginoso, quizá porque nunca antes nos presionaron tanto para ser simpáticos.

David

con su vida. Tolerante, sin prejuicios de género, orientación sexual o raza. Cuando Brenda le pide que le hable de él, Nate sonríe: «¿Te referís al resumen de mi vida, contado de esa manera humorística y autodenigratoria que siempre hace que las mujeres me abran las piernas? No. Porque no quiero ser esa persona con vos». Quiere ser auténtico, quiere decir. Así habla el narcisista moderno. El narcisista sofisticado. Por un desdoblamiento hábil, va a denunciar su propio discurso para mejor establecer su credibilidad. ¿Manipula con forma consciente o busca sinceramente un nudo de autenticidad bajo las capas de impostura? En Nate hay un manipulador y un buscador sincero: y el manipulador va a servirse del buscador sincero para sus propios fines. Nos va a llevar un tiempo sospechar que «ser auténtico», para Nate, en las recámaras de su corrupto corazón, significa ser amado en forma incondicional; significa escuchar en boca de su amante ciertas palabras de las que tiene un hambre que nada puede saciar: «Mi salvador, mi héroe, mi santo». Brenda, que tiene pavor a la intimidad con un hombre, se escabulle siempre del abrazo sofocante de Nate. «Pasé mi vida siendo escrutada», se disculpa esta hija de psicoanalistas. «Claro que te amo. Pero me asusta. No puedo entregarme. Uso el sarcasmo para ocultar cuán absurdamente vulnerable soy».

Nada como una princesa en peligro para excitar el ardor del niño-caballero andante. Desde la infancia, cuando se juró proteger a su madre de todas las penas, ha estado preparándose para esto. Las mujeres a las que la felicidad les viene fácil lo aburren. Brenda, con su mente hipercrítica y su profunda incapacidad para confiar en nadie, es un desafío a su altura. Le arrancará las palabras *«mi salvador»* aunque sea lo último que haga. Si para eso debe aguantar que un australiano peludo duerma a veces en su cama («¡Es solo un amigo, Nate!»), sea. Si para eso tiene que fumarse a su hermano psicótico y a sus insoportables padres, sea. Las periódicas ausencias, las mentiras, las infidelidades, las fases de inapetencia sexual, las complicadas pruebas a las que lo somete lo hacen despotricar («¡Basta de cogerte a mi mente!»), pero Nate siempre a fin de cuentas permanece al pie del cañón, porque renunciar sería admitir que no es el campeón que matará al dragón que custodia a esta dama. Que no es el más comprensivo. Que no es el más paciente.

Brenda

Lisa

SOBRE LA GENTE QUE TE CAGA LA VIDA

Para comprender una perversidad tan hondamente oculta debajo de la simpatía, la buena voluntad, la *inocencia*, hace falta ver al hombre en escenarios diferentes. El *affaire* con Brenda abarca un par de años de psicodrama tortuoso y podría ser tema de una novela de extensión respetable o de un largometraje. Pero —y es una de las ventajas que tiene sobre una novela o un largometraje una serie de TV, que puede durar años y abarcar vidas enteras, como los doce tomos de la novela pastoral *La Astrea,* de Honoré d'Urfé, o los siete de *En busca del tiempo perdido,* de Proust— cuando esa relación termina, *Six feet under* nos muestra el matrimonio de Nate con una mujer muy distinta. Lisa Kimmel es el opuesto de Brenda. Después de Brenda la irónica, Lisa la seria. Donde Brenda era inasible, Lisa invade la vida de Nate. Hippie tardía, adoradora de la madre tierra, obsesiva de los alimentos *bio*, encarna la corrección política hasta la caricatura. En una charla de fogón habla con amargura de «la imagen tipo Brad Pitt que el establishment ha impuesto de Jesús». Jesús —aclara por si hay dudas— era negro; pero «todo el mundo era negro entonces».

Para comprender una perversidad tan hondamente oculta debajo de la simpatía, la buena voluntad, la inocencia, hace falta ver al hombre en escenarios diferentes.

Con Lisa, el desventurado hijo mayor de los Fisher encuentra la horma de su zapato. Para el caballero en busca de pruebas, esta mujer representa el desafío más alto. Aburrite en un matrimonio sin alegría. Levantáte cada mañana preguntándote qué error al poner el lavarropas te echarán en cara hoy. Hay una clase de mujer que nunca hace una escena. Romper un plato, qué horror, eso es para mujeres groseras. Lo que Lisa hace es mostrarse *discretamente* agraviada. No lavaste la ropa con el detergente ecológico, amor, pero no importa, estoy agotada y me paso el día trabajando, pero ya me levanto a lavarla toda de nuevo. Viví con una mujer así, sele fiel. Cuando te pregunten decí que sos feliz. Decí que esta es tu primera relación *adulta*. Entonces y solo entonces serás un hombre. O eso cree Nate. Pero la recompensa por empujar esa piedra hasta lo alto de la montaña ¿dónde está? ¿Cuándo llega?

Entonces el caballero se resiente. Sí, Lisa está loca. Pero vos también estás loco, Nate. ¿Creés que una mujer, incluso una mujer como Lisa, quiere tu sacrificio? ¿Imaginás que fue puesta en tu camino como una especie de máquina expendedora, en cuya ranura le podés insertar monedas de virtud y que a cambio soltará por allá abajo botellas de salvación? En tu cara quiere ver amor, deslumbramiento, deseo; no este aire de perpleja decepción existencial. En una ocasión Lisa se encuentra con Brenda en un baño público. «No me ama», lloriquea Lisa. «No como te amaba a vos. Pero cuando le pregunto, me dice que todo está bien». Y Brenda: «¿Te hace sentir como una loca? Nate es muy bueno haciendo eso». Y antes de irse: «No me amaba de verdad, sabés. Solo quería algo que no podía tener». Bastante después, cuando Lisa muere, Nate confiesa: «Siempre supe que no íbamos a terminar juntos. Solo que no quería ser yo el que la cagara. Cada mañana me despertaba pensando: Dios mío, que no sea yo el que la cague».

SOBRE LA FÍSICA CUÁNTICA

La muerte. El tema de la serie. Aunque como nadie, realmente, sabe nada sobre la muerte, el tema de la serie es la vida. Nathaniel Fisher padre muere. Lisa muere. Al final, Nate muere también. En realidad, muere dos veces. Nate

tiene una malformación arteriovenosa en el cerebro. Sobre el final de la segunda temporada, lo operan. Despierta en la tercera temporada preocupado por una pregunta de peso: «¿Estoy muerto?». Está en la casa donde creció: en la funeraria. En una habitación están velando su cuerpo. En otra hay un Nate con daño cerebral que intenta volver a aprender a leer. En otra está Nate en una cena familiar; su padre no ha muerto. En otra más, su padre está casado con otra mujer y Nate tiene rasgos diferentes. «¿Qué está pasando?». El fantasma de su padre, en una parodia de la casuística, le dice que antes de que se aclare nada deberá contestar algunas preguntas:

—¿Creés que tu conciencia afecta el comportamiento de las partículas subatómicas? ¡Respondé rápido!

—¿Estoy vivo o muerto?

—Otra vez. ¿Creés que las partículas se mueven hacia atrás y hacia adelante en el tiempo y aparecen en todos los lugares posibles a la vez?

—¿Esto es el cielo o el infierno?

—¿Creés que el universo se divide en forma continua en cientos de millones de universos paralelos?

—¡Qué carajo me importa!

—Tenés una sola oportunidad, muchacho; yo que vos pensaría antes de contestar.

—Solo quiero saber esto: ¿estoy muerto?

—Sí... y no.

Un poco antes, una voz ha preguntado si llegó el doctor Schrödinger. Esta es solo la manera más juguetona en que la serie alude a conceptos de la física cuántica. A decir verdad, la escena tiene algo de charla de estudiantes fumados, estilo: «¡Guau, si una partícula puede estar en más de un lugar a la vez, entonces en otra dimensión estamos muertos!». Eso no quita que las preguntas han sido planteadas en serio por los científicos. Erwin Schrödinger fue, junto a Werner Heisenberg, Niels Bohr y John von Neumann, uno de los impulsores de la física cuántica. Uno de los planteos más perturbadores de la teoría se expresa en un experimento mental ideado por Schrödinger. Supongamos que tenemos un gato encerrado en una caja. Un dispositivo capaz de liberar veneno tiene un cincuenta por ciento de posibilidades de matar al gato. Según la mecánica clásica, el gato ya está muerto o vivo antes de que abramos la caja; pero según la mecánica cuántica, antes de que intervengamos como observadores el gato se encuentra en una «superposición de estados»; como Nate, está vivo y también está muerto. Según el físico Hugh Everett, el estado del gato, o su función de onda, experimenta una bifurcación cuando interviene el observador. El gato está vivo y está muerto en diferentes ramas del universo, que no pueden interactuar.

Pregunta: si Nate —como sucede en este episodio— termina por estar vivo, ¿quién es el observador que definió en este sentido su función de onda? O dicho con más rigor: ¿por qué a nosotros, el público, nos toca asistir a la función de onda en la que Nate sigue vivo por treinta y seis episodios más? Aquí podemos formular nuestra modesta contribución a la mecánica cuántica: de una pluralidad de estados posibles, el observador se encontrará siempre con aquel que mida el rating más alto de HBO.

SOBRE LA PSICOLOGÍA EVOLUTIVA

Si la vida sentimental de Nate parece discurrir de acuerdo con las leyes de la tragedia, las otras parejas de la serie están vistas desde la psicología de la evolución. Federico Díaz, el embalsamador, tiene quizás el matrimonio más simple. Como latinos, es decir como miembros de una comunidad con valores más tradicionales, forman una familia con menos vueltas: las alegrías

Federico

de Federico y Vanessa consisten en comprobar que sus hijos están sanos y tienen buenas notas en el colegio, en coger, en ganar más dinero y en mirar televisión; cabría agregar, en el caso de Federico, una fuente de satisfacción que lo diferencia de todos los demás personajes y que lo conecta con una forma de masculinidad que remite también a una época anterior: hace bien su trabajo y disfruta de hacerlo. Su calidad como embalsamador es, junto con su familia, lo que define su identidad. Federico puede decir del cadáver de una mujer que recibió una viga de acero en la cara y a cuya cara él supo devolverle aspecto humano: «Es mi Capilla Sixtina». Y aunque nos haga reír un chicano de patas cortas diciendo eso, lo cierto es que ninguno de los otros personajes podría hablar con ese aire de satisfacción de nada que hayan producido. La serie no explora ese tema en toda su profundidad —para eso habrá que esperar a *Mad Men*— pero harás bien, hijo, en observar muchas veces y con mucho cuidado este hecho: los personajes de *Six feet under* son sofisticados, retorcidos, con un hambre insaciable de encontrar un sentido a la vida en el amor, llenos de palpitantes aspiraciones existenciales, y fenomenalmente infelices; Federico Díaz es un

Si la vida sentimental de Nate parece discurrir de acuerdo con las leyes de la tragedia, las otras parejas de la serie están vistas desde la psicología de la evolución.

hombre entero porque es un hombre que hace bien su trabajo.

Por culpa de una infidelidad, Vanessa echa a Federico de la casa. «Extraño ver despertarse a los chicos», se queja él. «Ver pijamas, cabezas despeinadas. Las caras con sueño. Esas cosas». Hará todo, absolutamente todo para convencer a su mujer de que lo deje volver, pero Vanessa no lo perdona. Entre los organismos unicelulares, como la ameba, la reproducción se realiza por mitosis, sin intervención de órganos sexuales diferenciados o gametos. En organismos más complejos, como la *Phoneutria Nigriventer,* o araña bananera, el macho suelta su esperma sin especial romanticismo, sobre el lomo de la hembra, y esta lo coloca dentro de su cuerpo; si no ha sido devorado por ella, se aleja con rapidez. Hace falta llegar a animales más complejos, como los albatros y las nutrias gigantes, para encontrar una vida de pareja satisfactoria. La elección de un compañero estable se explica por la división de tareas en el cuidado de las crías. Vanessa necesita a alguien que la ayude a descargar del auto los bidones de agua mineral cuando llega con las compras. Una tarde le pregunta a Federico:

—Ok. ¿Querés volver a casa?

—Caramba, sí, gracias, Vanessa.

—Bueno, qué tal si le preparás el baño a los chicos mientras cocino, y cenamos en veinte minutos.

Y nunca vuelven a separarse. No es *Love Story,* pero es lo que hay.

Este hombre que lo tiene todo: facha, encanto, empuje, buenas intenciones, razonable inteligencia, humor, gentileza, hará un verdadero desastre de su paso por el mundo. ¿Cómo se explica esto?

SOBRE EL MIEDO

¿Y los demás personajes de *Six feet under?* ¿Qué se puede aprender de ellos? David Fisher es el hombre del miedo a los demás. Claire Fisher es la mujer del miedo al fracaso. En el arco narrativo de la serie, sus destinos son algo menos complejos que el de Nate, porque mientras que Nate es su propio enemigo y en cierta forma lucha consigo mismo durante toda su vida, sin que podamos decidir si el resultado es una victoria o una derrota, David y Claire tienen que luchar, de un modo un poco más simple, con el mundo.

Claire es artista plástica. En el tiempo que abarca la serie, su mundo es el mundo colorido, melodramático, pero finalmente inocuo, de la impostura de los artistas jóvenes. Un novio drogadicto y ladrón. Un novio gay reprimido. Un novio psicótico. Es curioso que la serie se limite a mostrar la vida sentimental de Claire y sus turbulencias emotivas ligadas a la búsqueda de identidad, dejando afuera lo que suponemos debe ser el desarrollo de sus destrezas artísticas. Solo al final, muy al final, en los famosos últimos seis minutos de la serie, Claire crece hasta hacernos sospechar que es la protagonista secreta. Esperaba una beca para estudiar arte en la universidad de Nueva York, pero se la niegan. Su tía, la aborrecible Sarah, le dice a quemarropa:

—Tal vez no seas una artista.

—¿Por qué me decís una cosa así?

—¿Te dolió cuando lo dije?

—Claro.

—Entonces quizá no seas una artista. Si me hubieras dicho que soy de color púrpura, me habría reído, porque sé que no soy púrpura. Si me dijeras que no soy una artista, también me reiría, porque soy una artista. Así que quizá no seas una artista.

Hijo, cito este diálogo con la esperanza de que extraigas la obvia lección: nunca escuches lo que dice tu tía, sobre todo si es drogadicta.

Y Claire no la escucha. Y decide partir de cualquier manera rumbo a Nueva York. Entonces, mientras suena esa canción acojonante, *Breathe me,* de Sia, Claire imagina o ve con antelación cómo serán las muertes de todos los otros: la muerte de Ruth rodeada de los suyos, la muerte de Brenda en medio de una charla con su hermano, la muerte de David en una fiesta de casamiento, la muerte de Federico en un crucero de lujo (cada personaje, misericordiosamente, parece tener la muerte que habría deseado) y por fin la propia Claire, los ojos velados por cataratas, pero rodeada de sus fotos, rodeada de imágenes, porque todo a fin de cuentas ha sido mirado y entendido primero por los ojos de Claire.

SOBRE LA ESTÁTICA

Cuando Nate muere por segunda y definitiva vez, Claire no tiene consuelo. Sola, en el bosque, alucina el fantasma deseado de su hermano.

—Claire —le dice con suavidad—. Tenés que dejar de escuchar la estática.

—¿Qué carajo significa eso?

—Nada, solo que todas las cosas en el mundo son transmisiones que se abren camino en la oscuridad. Pero todo, absolutamente todo, la vida, la muerte, está inmerso en la estática. Una especie de: psshhhzzzzzzsssshhhsssszzhjh hhhhsssshhzzzz».

—Nate, ¿estás fumado?

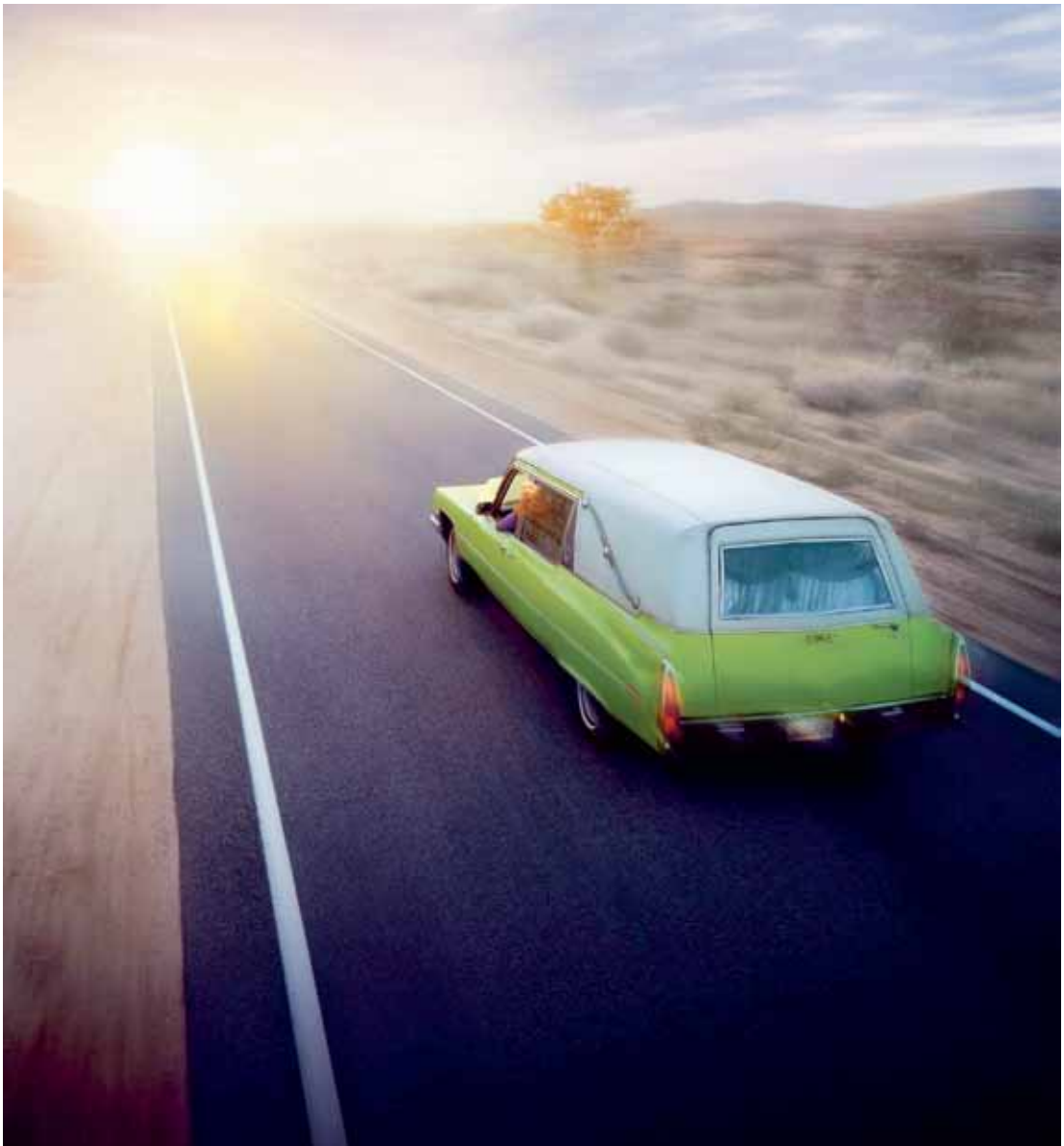
—Sí.

Claire

Si Mefistófeles, en lugar de tentar a Dios para que ponga a prueba la fe de su siervo, le hubiera sugerido que quizá todas las cosas buenas que Job hizo fueron por vanidad, nos habríamos ahorrado todos los tormentos que el Creador le impone.

SOBRE LOS LIBROS

A veces me parece que Nate Fisher es algo así como el Job moderno. El hombre virtuoso al que sin embargo le pasan cosas muy malas. Entonces pienso que si Mefistófeles, en lugar de tentar a Dios para que ponga a prueba la fe de su siervo, le hubiera sugerido que quizá todas las cosas buenas que Job hizo fueron por vanidad, nos habríamos ahorrado todos los tormentos que el Creador le impone. Dios habría empezado por decir asombrado: «¡Qué trucho!». Y después no habría podido evitar decir también, como decimos nosotros de Nate: «Pero qué tipo simpático. Lo extraño». Y pensando así en la Biblia, en lo bien escrita que está, pienso que quizá me apresuré en mis recomendaciones, hijo, y te ruego que apagues el televisor y agarres un poco los libros, que no muerden. ◣



TIERRA ADENTRO

Ya encontré una solución para la muerte —me dice Chiri—. Que pongan televisor individual en las tumbas, como hay ahora en los aviones.

—No sé si es una buena solución para la muerte, pero sí para que los zombis no anden por ahí comiendo cerebros. Se quedarían en los cementerios mirando series. En el top ten estarían *Dead like me*, *Six feet under* y *Dead set*.

—Además de estar en todos los top ten, *Six feet under*, para mi gusto, también tiene los mejores cierres de temporada.

—Sí, es muy probable —le digo—. ¿Cuál es el que más te gustó?

—Es una pregunta complicada. En este momento, me acuerdo de uno en particular: el cierre de la cuarta. ¿Te acordás?

—Creo que no.

—Es una escena en la que están David con su padre, el funebrero muerto.

—¿Vos te diste cuenta de que a Michael C. Hall siempre se le aparece el padre muerto? —le digo—. En *Dexter* le pasa eso todo el tiempo.

—Pero Dexter Morgan es una cosa y David Fisher es otra. Como si me dijeras que Joe Cartwright es Charles Ingalls en su juventud.

—Es cierto. ¿En qué estábamos?

—En el final de la cuarta de *Six feet under*: no sé si te acordás, pero el pobre David venía de pasar un momento de mierda. Un ladrón lo había secuestrado, lo había obligado a fumar crack, lo había cagado a trompadas y después lo había rociado con nafta y casi lo prende fuego…

—Ahora ya lo tengo más fresco, qué momento horrible... Por suerte zafó.

—Pero se quedó con ataques de pánico. Ahora lo entiendo más a David después de haber leído el libro de Ana Prieto.

—¿Ya salió? ¿Está bueno?

—Está buenísimo —me dice Chiri.

—¿El «panic attack» es una enfermedad moderna, no?

—Antes era «melancolía».

—¿Y qué te pasa cuando te agarra?

—Debe ser muy horrible, porque sentís que te morís, que se te para el corazón, que no vas a poder respirar. O que te vas a volver loco… Siempre te lo desencadena algo, un pico de estrés, un problemón que arrastrás desde la infancia, un robo violento, como le pasó a David, pero yo creo que en el fondo tiene que ver con un miedo muy antiguo, un chip ancestral que traemos en nuestros genes.

—El miedo a que te coma un animal horrible en la oscuridad de la cueva...

—Un depredador silencioso con dos colmillos enormes. Y desde entonces quedamos en estado de alerta permanente. Solo basta con que algo te detone la alarma. Uno de los entrevistados que aparecen en *Pánico, diez minutos con la muerte*, así se llama el libro de Ana, dice una cosa genial: «Siento que lo que se entiende por curación es también dejarte adaptado para los aviones, la velocidad, la sociedad, es decir dejarte fresquito y preparado para todo lo que, en rigor, siempre fue, sigue siendo y será el espanto de la civilización».

—¿Pero vos no me estabas contando algo de *Six feet under*?

—Eso, te estaba contando el final de la cuarta temporada.

—Bueno, dale, no te disperses.

—David sueña con su padre. Afuera llueve y los dos miran cómo cae el agua sobre el jardín de la casa. De pronto el muerto le dice: «Vos te aferrás a tu sufrimiento como si valiera la pena, y no vale la pena. Las posibilidades son infinitas y vos lo único que hacés es lamentarte». «¿Y qué es lo que tengo que hacer?», quiere saber David, que está desesperado justamente porque no sabe qué carajo hacer.

—¡Claro! —le digo—. ¡Yo le habría preguntado lo mismo!

—«Podés hacer lo que quieras, nabo —le dice el padre—. ¡Estás vivo! ¿Qué es un poco de sufrimiento comparado con eso?». David se queda pensando: «No puede ser tan simple», le dice. Entonces el finado padre, que siempre está con el mismo traje negro, lo abraza y le murmura al oído: «¿Y si lo es?». David apoya la cabeza sobre su hombro. Afuera sigue lloviendo. La cámara se aleja sobre el jardín. Fin de la cuarta temporada.

—...

—Qué.

—Nada. Es perfecto.

—¿Vas a llorar como en Costa Rica? No seas puto, por favor.

—Nada que ver —le digo—. Me entró una basurita en el ojo. ◣

ALLENDE
EL ÚLTIMO COMBATE

POR **OLIVIER BRAS** Y **JORGE GONZÁLEZ**

Es martes. El presidente Salvador Allende llega alrededor de las ocho de la mañana al palacio de La Moneda, en el centro de Santiago. Casi al mismo tiempo se produce una insurrección de la Marina en la provincia de Valparaíso. Las relaciones con los militares son tensas: muchos sospechan que Chile se está convirtiendo en una nueva Cuba. Estamos en plena guerra fría. En Washington, el presidente Nixon necesita derrocar a Allende, sin importar que haya llegado al poder a través de las urnas. Los comandantes en jefe de las diferentes ramas de las Fuerzas Armadas entran en acción el once de septiembre de 1973.

Lo que ocurre este día será relatado por un miembro del GAP; así se llamó al Grupo de Amigos Personales del Presidente Allende, que estaban a cargo de su protección. Aunque este personaje es de ficción, lo que dice busca ser lo más realista posible. El texto se apoya en numerosos testimonios, fotos y documentos sonoros. Cuarenta años después de estos acontecimientos, Chile lucha todavía por deshacerse de la herencia de la dictadura de Augusto Pinochet.

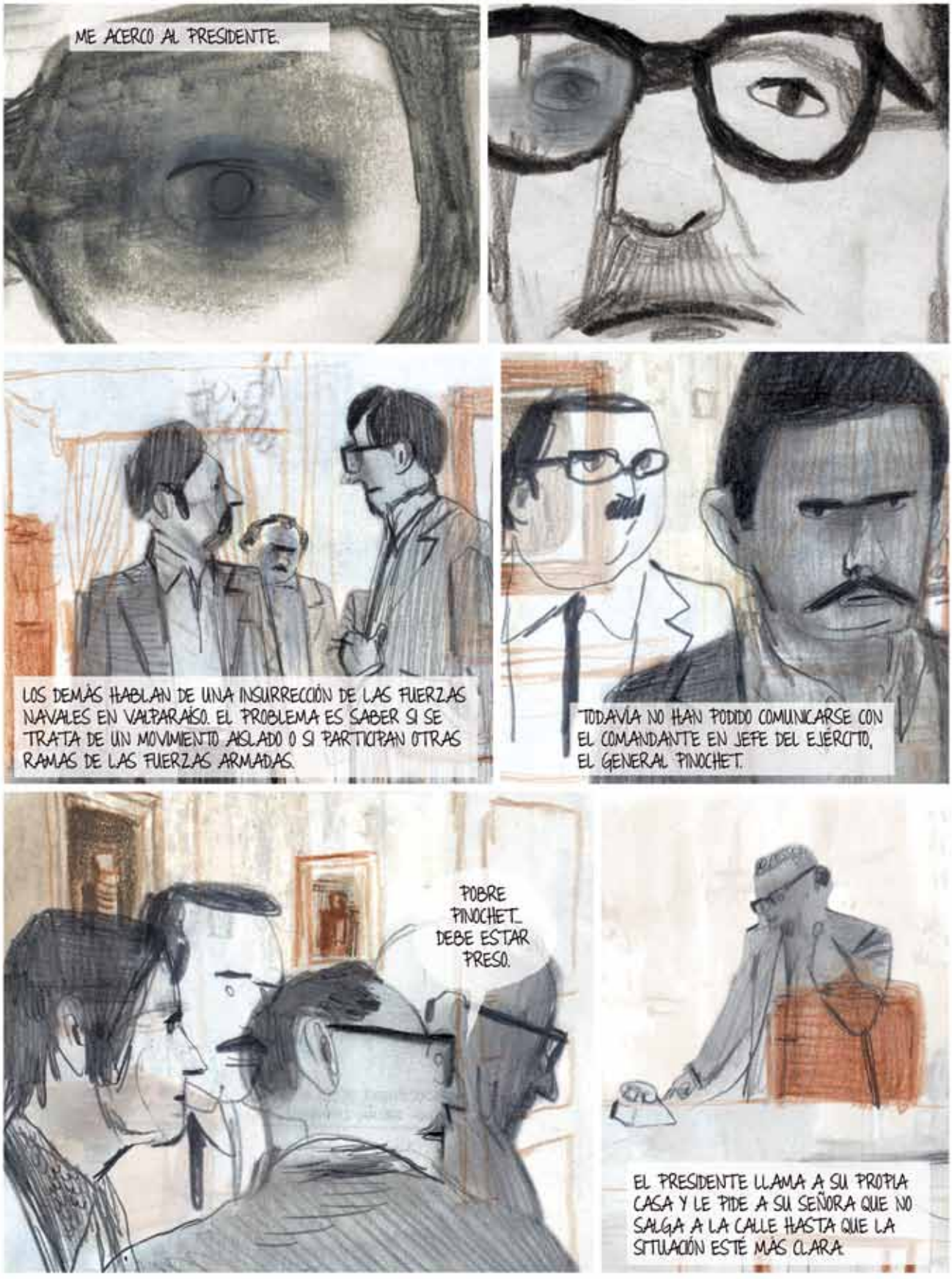
ESTA MAÑANA DECIDO NO PASAR POR LA SALA RESERVADA A LOS MIEMBROS DEL GAP. PREFIERO IR DIRECTAMENTE AL ESCRITORIO DE SALVADOR. NO SÉ POR QUÉ DECIDO ESTO.

ESCUCHO VOCES ARRIBA. SON APENAS LAS OCHO Y SE SIENTE MUCHA AGITACIÓN EN EL SEGUNDO PISO.

ME CUESTA MUCHO LLEGAR A LA MONEDA PORQUE ALGUNAS CALLES DEL CENTRO ESTÁN BLOQUEADAS. QUIERO ENTENDER LO QUE ESTÁ PASANDO.

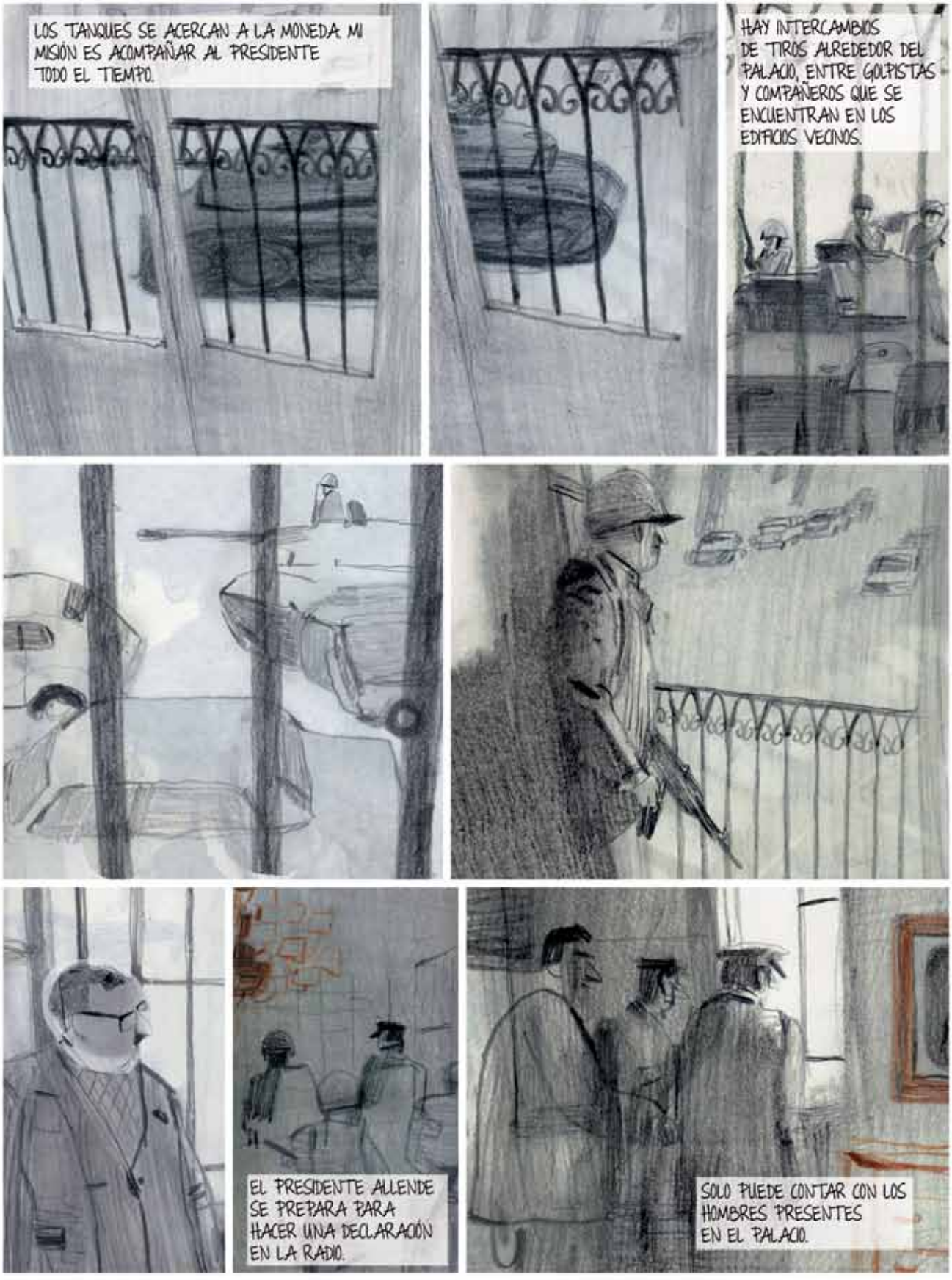
ME ENCUENTRO CON VARIOS CONSEJEROS DEL PRESIDENTE. INCLUSO CON LOS QUE NUNCA LLEGAN TAN TEMPRANO.

ENTRO EN LA OFICINA DE ALLENDE. TODO EL MUNDO TIENE ALGO QUE DECIR.


ME ACERCO AL PRESIDENTE.
LOS DEMÁS HABLAN DE UNA INSURRECCIÓN DE LAS FUERZAS NAVALES EN VALPARAÍSO. EL PROBLEMA ES SABER SI SE TRATA DE UN MOVIMIENTO AISLADO O SI PARTICIPAN OTRAS RAMAS DE LAS FUERZAS ARMADAS.
TODAVÍA NO HAN PODIDO COMUNICARSE CON EL COMANDANTE EN JEFE DEL EJÉRCITO, EL GENERAL PINOCHET.
POBRE PINOCHET. DEBE ESTAR PRESO.
EL PRESIDENTE LLAMA A SU PROPIA CASA Y LE PIDE A SU SEÑORA QUE NO SALGA A LA CALLE HASTA QUE LA SITUACIÓN ESTÉ MÁS CLARA.

EN LA RADIO EMPIEZA A SONAR EL HIMNO.
EL TENIENTE CORONEL ROBERTO GUILLARD TOMA LA PALABRA.
«SANTIAGO DE CHILE, ONCE DE SEPTIEMBRE DE 1973. TENIENDO PRESENTE LA GRAVÍSIMA CRISIS ECONÓMICA, SOCIAL Y MORAL QUE ESTÁ DESTRUYENDO EL PAÍS...
...Y LA INCAPACIDAD DEL GOBIERNO PARA ADOPTAR LAS MEDIDAS QUE PERMITAN DETENER EL PROCESO, LAS FUERZAS ARMADAS...
...Y CARABINEROS DE CHILE DECLARAN: QUE EL SEÑOR PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA DEBE PROCEDER A LA INMEDIATA ENTREGA DE SU ALTO CARGO A LAS FUERZAS ARMADAS Y CARABINEROS DE CHILE.
FIRMADO: AUGUSTO PINOCHET UGARTE, GENERAL DE EJÉRCITO, COMANDANTE EN JEFE DEL EJÉRCITO, TORIBIO MERINO CASTRO, ALMIRANTE... »

AUGUSTO PINOCHET LIDERA LA JUNTA MILITAR QUE QUIERE TOMAR EL PODER. SE BASA EN EL APOYO DE LAS FUERZAS DE LA MARINA DE GUERRA, AIRE Y CARABINEROS.
INCONCEBIBLE. LOS GOLPISTAS DEMANDAN A ALLENDE ABANDONAR SU MANDATO.
HACE ALGUNAS SEMANAS, ALLENDE HABÍA NOMBRADO A PINOCHET COMO JEFE DE LAS FUERZAS ARMADAS.
PINOCHET FUE ELEGIDO POR SU LEALTAD, EN UN MOMENTO DE FUERTE AGITACIÓN DONDE MUCHOS MILITARES NO DUDABAN EN OPONERSE ABIERTAMENTE AL PODER SOCIALISTA.
SIN EL APOYO DEL EJÉRCITO, NO PODÍAMOS IMAGINAR UN GOLPE DE ESTADO. LOS GOLPISTAS SUPIERON CONVENCER AL GENERAL PINOCHET.


LOS TANQUES SE ACERCAN A LA MONEDA. MI MISIÓN ES ACOMPAÑAR AL PRESIDENTE TODO EL TIEMPO.
HAY INTERCAMBIOS DE TIROS ALREDEDOR DEL PALACIO, ENTRE GOLPISTAS Y COMPAÑEROS QUE SE ENCUENTRAN EN LOS EDIFICIOS VECINOS.
EL PRESIDENTE ALLENDE SE PREPARA PARA HACER UNA DECLARACIÓN EN LA RADIO.
SOLO PUEDE CONTAR CON LOS HOMBRES PRESENTES EN EL PALACIO.

ALLENDE NO LE ESCONDE A LOS CIUDADANOS QUE LA SITUACIÓN ES CRÍTICA. EXPLICA QUE LOS MILITARES TRATAN DE DERROCARLO.

PERO ANUNCIA QUE PERMANECERÁ EN SU CARGO, INCLUSO A RIESGO DE SU PROPIA VIDA.

CUANDO HABLA, ALGUNOS AVIONES DE CAZA SOBREVUELAN EL EDIFICIO.

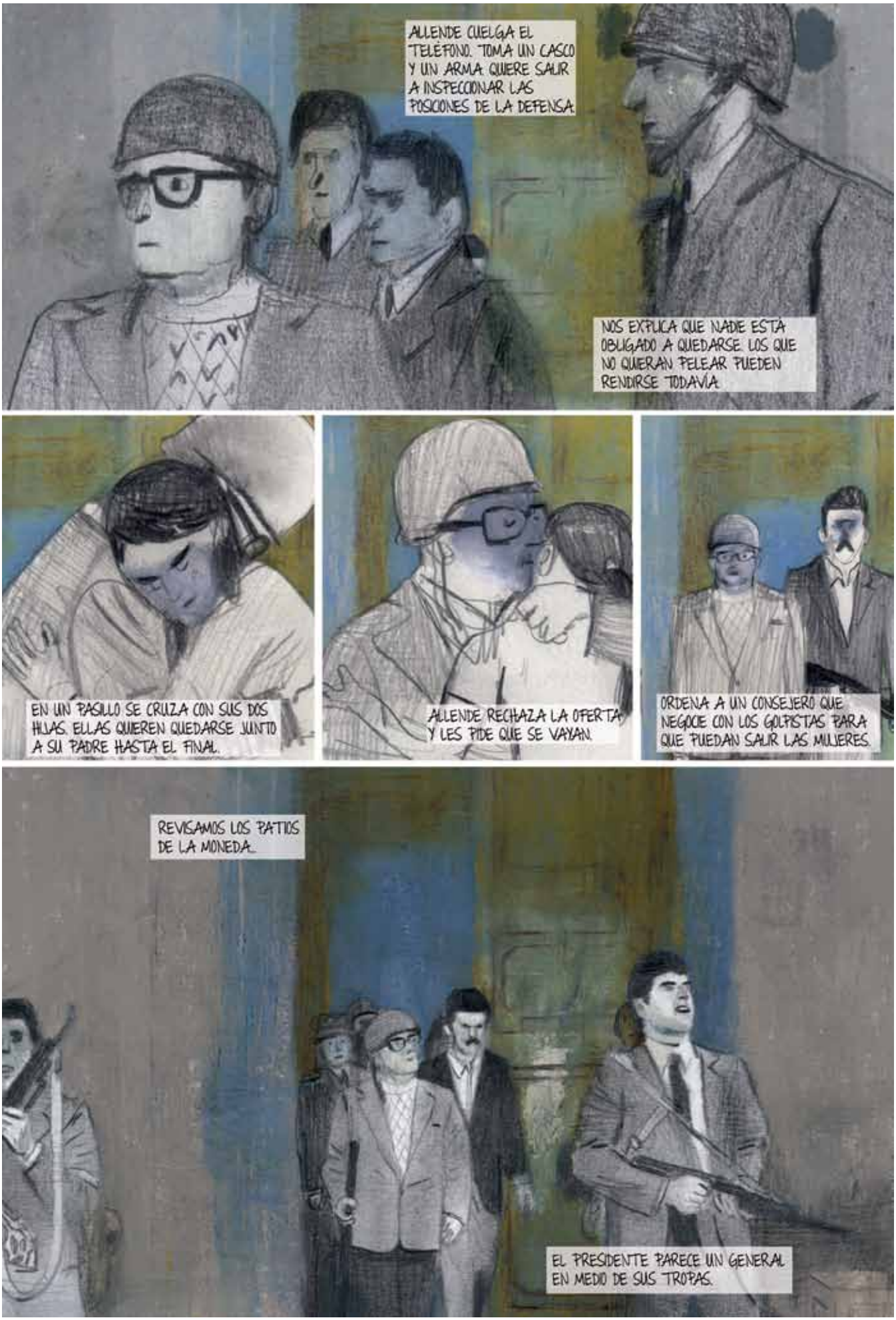
LOS MILITARES LE HAN DADO A ALLENDE HASTA LAS ONCE DE LA MAÑANA PARA DEJAR EL PODER.

SOMOS ALREDEDOR DE SESENTA PERSONAS LOS QUE ESTAMOS TODAVÍA EN LA MONEDA. TODOS SABEMOS QUE SALVADOR NO ACEPTARÁ RENDIRSE... GANÓ LA PRESIDENCIA DE MANERA DEMOCRÁTICA Y NO DEJARÁ LAS RIENDAS DEL PODER A LOS MILITARES.

MÁS Y MÁS SOLDADOS SE JUNTAN ALREDEDOR DE LA MONEDA.

ESTÁN MUY ARMADOS Y TIENEN EL APOYO DE VEHÍCULOS BLINDADOS.

UN CONSEJERO LE DICE AL PRESIDENTE QUE PUEDE HABLAR OTRA VEZ POR RADIO.
SON LAS DIEZ Y VEINTE. LAS ESTACIONES DE RADIO NO HAN CAÍDO AÚN BAJO EL CONTROL MILITAR.
ALLENDE TOMA EL TELÉFONO Y ESPERA UNOS SEGUNDOS... DIRÁ SU DISCURSO A TRAVÉS DE RADIO MAGALLANES.
A PESAR DE LA SITUACIÓN, SE VE SERENO.
SEGURAMENTE ESTA ES LA ÚLTIMA OPORTUNIDAD EN QUE ME PUEDA DIRIGIR A USTEDES.
¡...YO NO VOY A RENUNCIAR!
...PAGARÉ CON MI VIDA LA LEALTAD DEL PUEBLO...
...EL PUEBLO DEBE DEFENDERSE, PERO NO SACRIFICARSE...
...TENGO FE EN CHILE Y EN SU DESTINO...
...TENGO LA CERTEZA DE QUE MI SACRIFICIO NO SERÁ EN VANO...
...TENGO LA CERTEZA DE QUE, AL MENOS, UNA LECCIÓN MORAL CASTIGARÁ...
...LA FELONÍA, LA COBARDÍA Y LA TRAICIÓN.


ALLENDE CUELGA EL TELÉFONO. TOMA UN CASCO Y UN ARMA. QUIERE SALIR A INSPECCIONAR LAS POSICIONES DE LA DEFENSA.
NOS EXPLICA QUE NADIE ESTÁ OBLIGADO A QUEDARSE. LOS QUE NO QUIERAN PELEAR PUEDEN RENDIRSE TODAVÍA.
EN UN PASILLO SE CRUZA CON SUS DOS HIJAS. ELLAS QUIEREN QUEDARSE JUNTO A SU PADRE HASTA EL FINAL.
ALLENDE RECHAZA LA OFERTA Y LES PIDE QUE SE VAYAN.
ORDENA A UN CONSEJERO QUE NEGOCIE CON LOS GOLPISTAS PARA QUE PUEDAN SALIR LAS MUJERES.
REVISAMOS LOS PATIOS DE LA MONEDA.
EL PRESIDENTE PARECE UN GENERAL EN MEDIO DE SUS TROPAS.

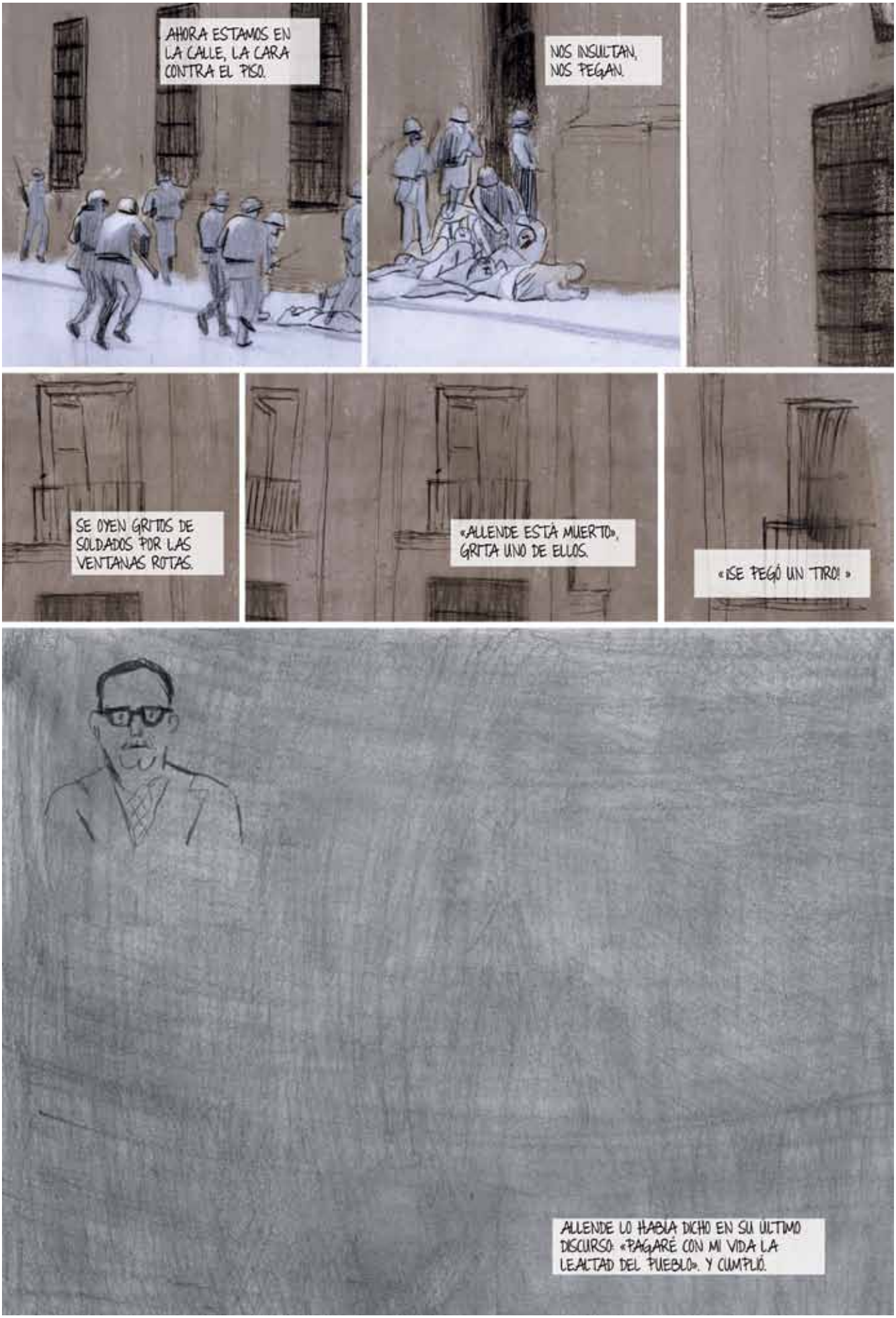
SE ACERCAN AVIONES DE COMBATE.
SE ESCUCHAN VARIAS EXPLOSIONES.
¡UN ATAQUE AÉREO! ¡LOS COHETES HACEN TEMBLAR LAS PAREDES!
LOS GOLPISTAS CUMPLEN CON SUS AMENAZAS. NOS QUIEREN DESTRUIR.
LAS ONDAS DE ATAQUE SE SUCEDEN, UNAS TRAS OTRAS.
NOS REFUGIAMOS EN EL SEGUNDO PISO DE LA MONEDA.
MÁS Y MÁS AVIONES AMETRALLAN EL PALACIO.

EL HUMO Y EL POLVO SE MEZCLAN EN TODAS LAS HABITACIONES. SE HACE MÁS Y MÁS DIFÍCIL RESPIRAR.

LOS MILITARES ECHAN ABAJO LA PUERTA DE LA CALLE MORANDÉ.

«¡RÍNDANSE! ¡DEJEN SUS ARMAS Y BAJEN!», GRITA ALLENDE.

EL PRESIDENTE SABE QUE EL COMBATE ESTÁ PERDIDO.
ENTRA EN SU ESCRITORIO Y CIERRA LA PUERTA TRAS DE SÍ.
SE TERMINÓ MI MISIÓN...
EN SILENCIO, NOS REUNIMOS EN LOS PASILLOS.
¿QUÉ VA A PASAR AFUERA?
¿QUÉ HARÁN LOS MILITARES? ¿MATARNOS?
LE OFRECEN AL PRESIDENTE SUBIRSE A UN AVIÓN Y SALIR AL EXILIO... ALLENDE LO RECHAZA.
¿QUÉ VAN A HACER CON ÉL?
HAY UNA ÚNICA SALIDA.
HAY QUE BAJAR POR LAS ESCALERAS DE LA CALLE MORANDÉ.
DE REPENTE SE ESCUCHA UNA RÁFAGA DE METRALLETA.
VEMOS A LOS SOLDADOS VENIR HACIA NOSOTROS.
ESTÁN ESCONDIDOS EN LAS ESCALERAS Y NOS APUNTAN CON SUS ARMAS.
NOS OBLIGAN A SALIR.


AHORA ESTAMOS EN LA CALLE, LA CARA CONTRA EL PISO.
NOS INSULTAN, NOS PEGAN.
SE OYEN GRITOS DE SOLDADOS POR LAS VENTANAS ROTAS.
«ALLENDE ESTÁ MUERTO», GRITA UNO DE ELLOS.
«¡SE PEGÓ UN TIRO!»
ALLENDE LO HABÍA DICHO EN SU ÚLTIMO DISCURSO: «PAGARÉ CON MI VIDA LA LEALTAD DEL PUEBLO». Y CUMPLIÓ.

DESPUÉS DE VARIAS HORAS EL CUERPO DE MI AMIGO SALE SOBRE UNA CAMILLA, BAJO UNA MANTA.

UNA AMBULANCIA MILITAR LO ESPERA EN LA CALLE.

UNOS SOLDADOS ENTRAN EL CUERPO AL VEHÍCULO Y CIERRAN LAS PUERTAS.

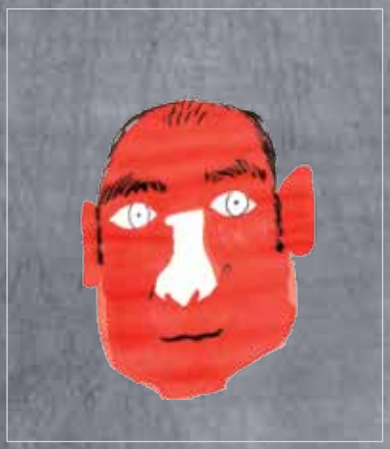
EN ESE CAMIÓN SE VA EL PRESIDENTE DE CHILE.

ALLENDE RECHAZÓ RENDIRSE, TAMBIÉN NOSOTROS. LOS MILITARES OBTUVIERON SU PODER PERO NO SU HONRA. Y A PESAR DE QUE SOMOS PRISIONEROS, VAMOS A DEFENDER LA HERENCIA DE ALLENDE Y SUS IDEAS. A PESAR DE SU MUERTE, ESTARÁ CON NOSOTROS. HOY Y SIEMPRE...

Retrato de los autores: HERVÉ BOURHIS

JORGE GONZÁLEZ
(Argentina, 1970)

Historietista. Realiza ilustraciones para diversos medios, entre ellos The New Yorker. En 2004 dibuja "Le Vagabond" (Mendigo), que se publica en Francia y luego en España. En 2005 publica "Lanza en Astillero". Otra vez con Altuna, publica "Hate Jazz". Más tarde "Fueye" y "Patagonia". Su último trabajo, junto a Pedro Mairal, es "El Gran surubí".



OLIVIER BRAS
(Francia, 1971)

Periodista. Corresponsal de prensa en Chile (entre 1998 y 2002) para Libération, RFI y Radio Canadá. Coautor, junto a Juan Guzmán, de "En el borde del mundo. Memorias del juez que procesó a Pinochet" (2005). Escribe para varios medios franceses sobre actualidad internacional, vino y rugby. Actualmente participa en La Revue Dessinée.

TRAUMAS CHILENOS

Hubo mucha polémica alrededor de la muerte de Allende —me cuenta Chiri—. La izquierda sostuvo durante años que lo habían asesinado.

—Pero hubo testigos del suicidio, ¿no?

—Sí, y además hace poco exhumaron el cadáver y no quedó ninguna duda.

—¿Tiene algún parentesco la escritora Isabel Allende con el presidente chileno?

—Por supuesto: el papá de Isabel era primo hermano de Salvador.

—¿Por qué sabés esos chusmeríos? —me sorprendo—. Y lo peor es que los sabés en serio, no tuviste tiempo de ir a la Wikipedia.

—Chile es un país vecino —me dice—, y me gusta chusmear a los vecinos, como le gusta hacer a todo el mundo.

—A mí me dan miedo los chilenos —le digo.

—Es un trauma que tenés desde el día en que el chileno ese nos robó en Bariloche, cuando estábamos de mochileros.

—Pero te cagó mucho más a trompadas a vos que a mí. ¿Por qué el trauma lo tengo yo? —le digo.

—Porque vos eras más chico que yo, tenías dieciséis. Yo ya tenía diecisiete.

—¿Ya habíamos hablado de eso en las sobremesas, no? —le pregunto—. ¿De la vez que nos robó ese chileno?

—No me acuerdo —me dice Chiri—. Habría que revisar. Esa es una de las razones por la que vamos a dejar de hacer la revista, para que no empecemos a repetir anécdotas, como los viejos. ¿De qué hablábamos?

—De Isabel Allende —le digo—. ¿Por qué la critican tanto? Me acuerdo que Bolaño dijo una vez que decirle escritora era darle mucha cancha. Y la llamó «escribidora». A mí me gustó *La casa de los espíritus*.

—¿Leíste esa novela?

—No, vi la peli —le digo.

—¿Por qué viste esa película?

—Todos vimos esa película, Christian Gustavo. No te hagás el macho intelectual.

—Es cierto, la vi —confiesa—. La alquilé por el título... Pensé que era una película de terror. Hace poco leí un texto que escribió Gabriela Wiener en una *Etiqueta Negra* que se llama «Isabel Allende seguirá escribiendo desde el más allá». Se encontraron las dos en México y Gabriela armó un perfil buenísimo.

—¿Le preguntó qué piensa sobre los escritores que la critican?

—Claro, le preguntó puntualmente sobre lo que dijeron de ella Elena Poniatowska y su compatriota Roberto Bolaño.

—¿Y qué respondió la señora?

—Que sobrelleva la mala crítica como sobrelleva el éxito. «Me doy cuenta de que Elena Poniatowska no opina sobre otros escritores. ¿Por qué opina sobre mí? Porque vendo libros», le dice a Gabriela, muy seria, mientras desayunan en un hotel. Y le dice también que Bolaño nunca habló bien de nadie. Que era un muy buen escritor pero una persona odiosa.

—Gonzalo Garcés lo conoció bastante a Bolaño y no me contó lo mismo. Para él era una persona entrañable —le digo.

—Estas rencillas pelotudas del mundillo literario me chupan un huevo. Por suerte, como dice Gabriela en ese hermoso perfil de *Etiqueta*, los libros no son para la gente lo que los críticos literarios dicen que son.

—Perdón, pero me quedé con una duda: ¿vos sabés quién es Elena Poniatowska?

—¡Por supuesto! —me dice—. Es una escritora, activista y periodista mexicana cuya obra literaria ha sido distinguida con numerosos premios.

—¿Estas leyendo la Wikipedia?

—Obvio. ¿Está mal que sepa quién es Isabel Allende pero no tenga idea de esta otra mujer, de la que ya me olvidé el apellido?

—¡Poniatowska, boludo! ¿No te enteraste lo que hizo esta señora el año pasado? Fue justo cuando estaba María Kodama en la Feria del Libro de México, que te mandé la foto donde miraba el reportaje que le hicimos en Orsai.

—No, no me enteré. ¿Qué hizo Poniatwska?

—Se mandó un moco muy gigantesco. Escribió un libro sobre la obra de Borges, que se llama *Borges y México*. Y puso partes del poema «Instantes» como si fuera de Jorge Luis. ¿Te acordás de ese poema apócrifo que dice las palabras helado, helicóptero, calesita...?

—¡Claro que me acuerdo de ese poema! —me dice Chiri—. Es el poema con el que se tropieza el que nunca leyó a Borges en su puta vida. ¿Eso hizo esta mujer? ¡Me muero!

—Sí, Christian Gustavo. Te lo juro. Hubo que frenar la tirada del libro. Un papelón. La que se dio cuenta fue María Kodama, que casi le salen canas verdes.

—Desde hoy Poniatowska es mi ídola —me dice Chiri—. Mi escritora preferida del mundo.

—Sí. Habría que pedirle algo para la Orsai diecisiete.

—No va a haber Orsai diecisiete.

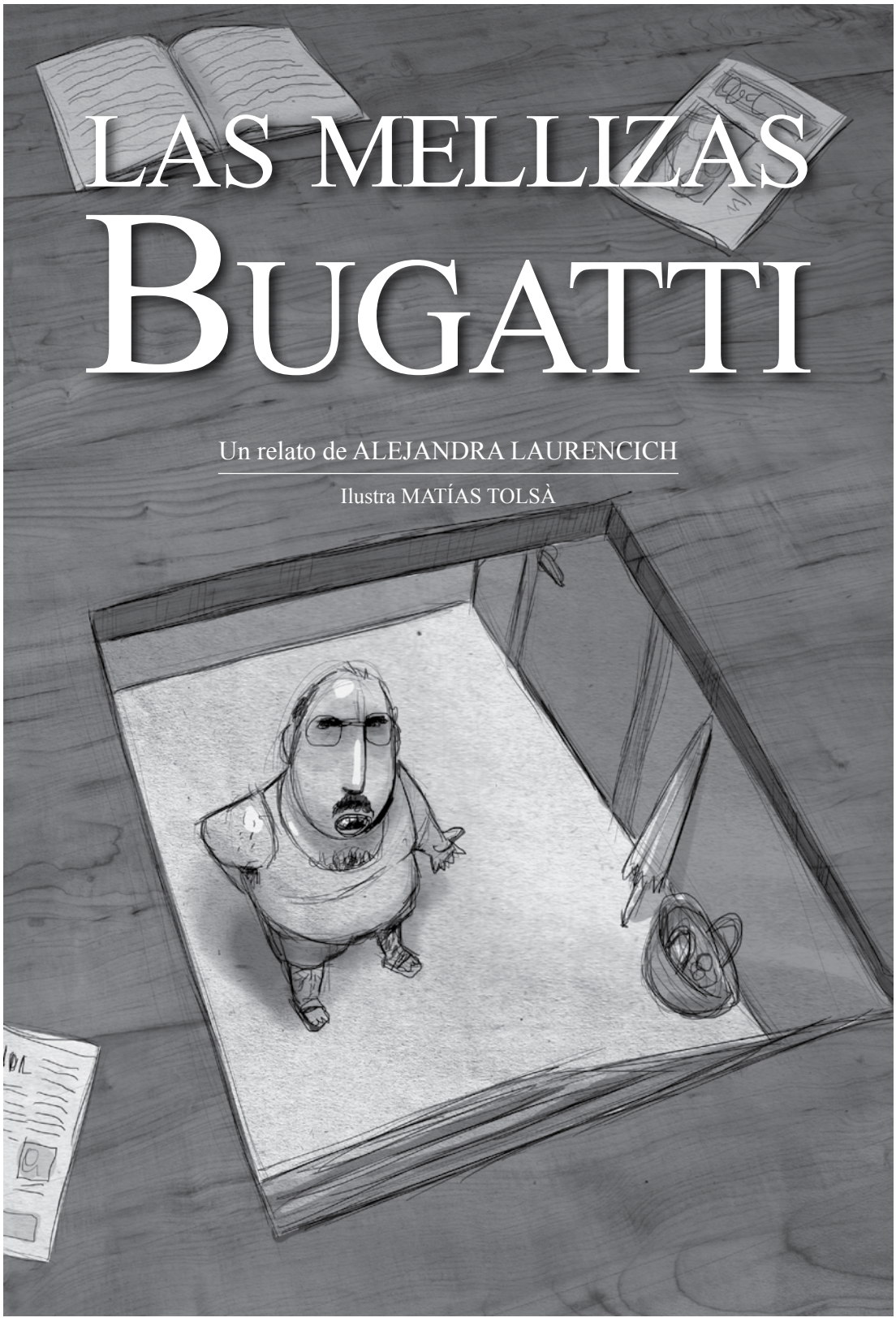
—Por eso. ◣

(cuento inédito)

LAS MELLIZAS BUGATTI

Un relato de ALEJANDRA LAURENCICH

Ilustra MATÍAS TOLSÀ



ALEJANDRA LAURENCICH
Buenos Aires, 1963

Escritora, guionista. Después de egresar de las escuelas de Bellas Artes Manuel Belgrano y Prilidiano Pueyrredón, estudió Cinematografía, carrera que abandonó para dedicarse a la narrativa. Publicó los libros *Coronadas de Gloria* (2002), por el que ganó el Tercer Premio del Fondo Nacional de las Artes, *Historias de mujeres oscuras* (2007), que obtuvo el Segundo Premio Municipal, la novela *Vete de mí* (2009) traducida al esloveno como *Pusti me pri miru* y el libro de cuentos *Lo que dicen cuando callan* (2013) que incluye además los dos volúmenes de cuentos anteriores. Desde hace veinte años coordina talleres literarios y hace tutoría de obra. Fue colaboradora habitual de varios medios especializados del ámbito literario. Es la fundadora y directora de la revista *La balandra –otra narrativa*— que acaba de ser premiada por el Fondo Nacional de las Artes como una de las tres mejores revistas culturales de Argentina. Actualmente está terminando de escribir su nueva novela.

Habían pasado apenas unos años desde el día en que todos los televisores del mundo mostraron las imágenes de un hombre caminando por la luna. El astronauta Neil Armstrong se había visto flotando, como en cámara lenta y sin más preocupación que la de desplazarse suavemente por un lugar vacío donde no se escuchaban ruidos, no había gente ni problemas.

Así se sentían las mellizas Bugatti cuatro o cinco años después, en las tardes de verano: como astronautas, flotando ingrávidas, lejos de la tierra. Solo que las hermanas Bugatti no estaban en la luna sino en el altillo de su casa de veraneo. Y no caminaban por ninguna parte, sino que leían, recostadas, bien cómodas y en silencio. Devoraban las aventuras de sus héroes y heroínas, que tanto podían ser *Mafalda* como *El principito*, Jo o Amy del libro *Mujercitas*, como Lucrecia Borgia, la envenenadora, o Paul Getty III, el hippie que había sido secuestrado por la mafia italiana, nieto del avaro millonario que se negaba a pagar el rescate y del que todas las revistas hablaban.

Era la hora de la siesta, y en la casa los grandes dormían. Qué armonía, qué placidez. Leer era para las mellizas estar en un espacio diferente al de todos los días, más cerca del sitio que prometía el cura los domingos: *el paraíso, premio de los redimidos*. Tiradas cada una en una cama, haciendo pendular los pies, sintiendo el viento caluroso que entraba por la pequeña ventana a ras del techo, eso sí podía llamarse un premio, y aunque las mellizas no entendían mucho qué significaba lo de los redimidos, se contentaban con disfrutar del paraíso.

Pero, como sucedía todos los santos días (así decía la mamá de las mellizas cuando algo le daba bronca, por ejemplo: ¿*todos los santos días* tengo que decirles que se laven sus propias mallas?), exactamente a las tres y media de la tarde, las mellizas escucharon, proveniente de la planta baja y subiendo por el hueco de la escalera, el inconfundible ruido a ojotas surcando las baldosas, y eso anunciaba una sola desgracia, la voz de su madre ordenándoles:

—¡Chicas! Pónganse la malla que vamos a la playa.

Horror. A las mellizas Bugatti les daba odio ese amontonamiento de sombrillas, lonas y familias al que sus padres las sometían cada día de sol, y a veces, cuando hacía mucho calor, hasta dos veces por día. A las mellizas les daba odio el sol, odio la gente que hacía deportes bajo el sol, los chicos que jugaban a la pelota o a la paleta, les daban odio los clubes y el movimiento. A las mellizas Bugatti les gustaba el frío y la lluvia, las tormentas y la luna, la noche y la oscuridad. Las mellizas Bugatti querían vivir así como estaban ahora, tiradas en las camas del altillo, leyendo revistas o libros, escuchando música o mirando los pósteres con grupos de rock que sus hermanos mayores habían pegado en las paredes. Porque el altillo no era el cuarto que les pertenecía a ellas, sino a ellos, los Bugatti adolescentes, que a esa hora estarían con sus amigas y sus amigos en playas a las que ellas jamás iban, porque sus padres decían que quedaban muy lejos y que no valía la pena semejante caminata hasta allá.

El cuarto donde las mellizas Bugatti dormían por la noche era el cuarto de la Nona, así le llamaban a su abuela, y en ese cuarto de la planta baja, que daba al porche delantero de la casa, dormían las tres. Tres camas ubicadas en paralelo: las mellizas a los costados y en el medio la cama de la Nona. Y la Nona roncaba. Su ronquido se parecía a la máquina que se usaba para cortar la ligustrina de la casa. Cuando se encendía esa máquina nadie en las cercanías podía hablar. Porque las palabras se perdían en el ruido infernal de ese motor. La Nona roncaba como esa máquina. Y las mellizas, por turno, se ocupaban de pinchar su brazo con algún elemento duro, un lápiz, un zapato, una aguja de tejer o, a falta de elementos disponibles, con el mismo dedo, para que por un momento el ruido se detuviera y volviese la calma. Pero unos minutos después, recomenzaba con más fuerza. Y así durante las dos primeras horas de la noche, hasta que las mellizas, por cansancio acumulado, quedaban dormidas.

A la siesta entonces tomaban prestado el cuarto de sus hermanos para leer. Adoraban estar ahí. En eso sí se parecían las mellizas Bugatti, y no en lo que decía toda la gente: *son dos gotas de agua*. Como si dos gotas de agua no fueran diferentes entre sí.

—¿Puedo terminar de leer que ya me falta una página? —gritó, para que se la oyera en la cocina, la osada de las mellizas.

El padre, que hasta ese entonces no había pronunciado palabra, pero que —la melliza sabía— cuando abría la boca era para dar por terminado un asunto o comenzar a repartir *bifes* —así llamaba la madre de las mellizas a los cachetazos— lanzó su respuesta rápido, como si hubiera disparado una flecha por el hueco de la escalera:

—¡A ver cómo les tengo que decir que se pongan la malla! ¿En qué idioma les tengo que hablar?

Se dirigía a las dos, como si el pedido de quedarse leyendo una página más hubiera sido expresado por ambas mellizas y no por la más osada. Era una costumbre familiar esa de hablarles a las dos como si fueran una sola persona con dos cuerpos. Parece que están apurados hoy, pensó la osada, abandonando su valentía para buscar rápidamente las ojotas. Sin embargo, antes de abandonar el altillo, tuvo coraje suficiente para enrollar la revista con la nota que estaba por terminar. La que contaba con lujo de detalles cómo habían sobrevivido —comiéndose partes de sus amigos y rezando— unos estudiantes jugadores de rugby cuyo avión había caído en la cordillera de Los Andes hacía unos meses. Habían estado setenta y dos días soportando temperaturas de treinta grados bajo cero por las noches, el hambre, y las amenazadoras avalanchas de nieve. Cómo los habrían rescatado. Metió la revista bajo la remera, podría seguir leyendo mientras se cambiaba.

Las mellizas Bugatti bajaron y vieron el deprimente espectáculo de todas las tardes: la vieja sombrilla pasada de moda apoyada contra la pared en su funda de lona desteñida, la canasta en la que su madre ponía ciruelas e higos que sacaba del jardín para comer en la merienda, algunas cremas como el Sapolán Ferrini, toalli-

tas más pequeñas y ya algo descoloridas —para sacudirse los pies y esa clase de cosas— y la silla playera apoyada contra la pata de la mesa. Sobre la mesa también estaban las dos mallas: una azul con estrellitas y círculos verdes y una verde con estrellitas y círculos azules. El mismo modelo pero de otro color. Porque a las mellizas Bugatti las vestían iguales. Total, tienen el mismo gusto, decían todos en la familia. Pero qué parecidas, son dos gotas de agua.

—¿Yo puedo ponerme la enteriza? —dijo la coqueta de las mellizas, que no era la que había intentado quedarse leyendo una página más.

La osada de las Bugatti que no soportaba las modas y que hubiera deseado ser varón, para andar vestida así nomás, y no tener que ponerse todas esas pavadas que a su hermana le encantaban, la miró con una mirada fulminante. Porque la «enteriza» a la que se refería su hermana era una de las dos mallas iguales que les había traído su tía Mary (debían pronunciar Mérui, poniendo la lengua como una rosca contra el paladar) de Miami. Las mallas eran blancas, con lo cual todo lo que se les metía entra la piel y la tela se traslucía, fuera arena, caracolitos, lunares y otras cosas peores como la raya de la cola o los redondelitos de las tetas. Y esto podían comprobarlo cada una mirando cómo lucía el modelo en el cuerpo de la otra. Ni hablar de cuando se metían en el mar. Parecían mallas transparentes. Pero eso no era todo, una banda roja cruzaba la blancura traicionera de la malla y con grandes letras cursivas decía: *Miss Universe*. Con esas mallas, y de a dos, eran el centro de atención de toda la playa. Otra de las cosas que compartían las mellizas Bugatti: la vergüenza cuando los demás las miraban. Ay qué rubias y pecosas, *son dos gotas de agua.*

—Está bien, pónganse las mallas blancas —dijo la madre.

La osada, la menos coqueta, chilló:

—Yo no pienso ponerme otra vez esa porquería.

—Que ella no se la ponga porque parecemos de un concurso —apoyó su hermana.

—Bueno basta, no den más vueltas y pónganse la malla de una vez —dijo el padre y les dio las mallas que estaban sobre la mesa, que no eran las blancas sino la azul con estrellitas verdes y la verde con estrellitas azules, y agregó:

—Rápido, que quiero llegar a la playa antes de que se vaya el sol.

Todos sabían que el sol, en verano, desaparecía del cielo a eso de las ocho de la noche pero esa frase parecía gustarle mucho al papá de las mellizas, y le daba un sentido dramático al tener que apurarse, como si el sol fuera alguien que se estuviera por tomar el tren de vuelta a la ciudad y pudiese llegar a quedar solo en la estación con las valijas, sin parientes que lo despidieran antes de la partida. Porque en los años que las mellizas Bugatti eran chicas, la gente iba a acompañar a los amigos o a los parientes a la estación de tren cuando se iban a la ciudad, o al aeropuerto cuando se iban a Europa.

Pero ninguna de las mellizas se apuró cuando el padre dijo esa frase. La coqueta agarró la malla con bronca y se fue al cuarto donde la Nona aún dormía la siesta con la boca abierta. La otra se encerró en el baño a cambiarse. Desenrolló la revista que llevaba bajo la remera y la desplegó sobre el inodoro. Retomó la parte en la que uno de los muchachos sobrevivientes, uno de los que más lindos le parecía, Fernando Parrado, contaba cómo habían encontrado al arriero que les salvó la vida, después de diez días de caminata. Diez días. Leyó la nota hasta el final y miró las fotografías con detenimiento. Otro de los lindos, Roberto Canessa, se veía acostado en una camilla, mientras era revisado por los médicos en Los Maitenes. La melliza se quedó mirando el cinturón sobre el vaquero. Ancho y con hebilla grande, como los que usaban sus hermanos. Cerró la revista con ansias. Terminar una lectura siempre la dejaba así, satisfecha por un lado pero, por otro, presa de un vacío muy grande que solo podía aliviarse con otra lectura. Quería seguir leyendo algo sobre el asunto, algo sobre rescates. Recordó el manual de primeros auxilios. Necesitaba tiempo, una treta que demorara la salida hacia la playa y le permitiera un rato más de lectura. Podría decir, como hacía a veces, que estaba descompuesta. Una excusa bárbara para que nadie la molestara. Antes de sentarse en el inodoro, escondió la revista detrás de la cortina del baño, abrió el botiquín y buscó el manual de primeros auxilios que su abuela guardaba allí por si ocurría una desgracia en la familia o en el barrio. La melliza se bajó la bombacha hasta los talones, se sentó, y se puso a leer el manual. Pasó las páginas, rápido, hasta la parte de la respiración boca a boca.

Aspire profundo, y ponga su boca sobre la boca de la víctima. Presione su boca firmemente contra la boca de la víctima para que no escape el aire.

La ilustración que acompañaba las instrucciones era más parecida a un beso en primer plano (como los que se daban las parejas en las novelas de la noche, las novelas que no les dejaban ver) que a una cuestión de vida o muerte. Se imaginó haciéndole esa respiración boca a boca a Roberto Canessa. Él acostado en la camilla y ella, vestida de enfermera, socorriéndolo.

—¡¿Qué pasa que no salís?!

La cabeza de su madre asomaba como una mancha borrosa por el vidrio esmerilado de la puerta del baño, el que estaba en la parte de arriba, y al que solo se llegaba poniéndose en puntas de pie. La más varonera de las mellizas Bugatti —que era la menos coqueta y la más osada también— advirtió ese fisgoneo maternal porque la cabeza de su madre apareció acompañada no solo por la pregunta sino por impacientes golpes en la puerta: pum, pum, pam.

—¿Qué pasa tanto tiempo, nena?

—¡Vamos que se va el sol! —se escuchó la voz del padre.

—Me duele la panza —gritó la melliza desde el baño.

Imaginó la cara de su madre del otro lado de la puerta, el gesto de pena y preocupación que coincidía con el tono desesperado:

—Ay, pero, che. Cómo puede ser. Todos los santos días tiene dolor de panza esta criatura —y agregó algo que asustó seriamente no a una sino a las dos mellizas Bugatti:—, va a haber que llevarlas al médico, así no podemos seguir.

—Pero no es un dolor de panza para médico. No me duele así de fuerte —la melliza pasó la página del manual y buscó rápido: *Lipotimias*, que era otra de las partes que le encantaban—. Me parece que pueden ser las ciruelas que me hiciste comer hoy. Demasiadas ¿viste? yo te dije. Pero si me quedo con la panza tapada en la cama, calentita, se me pasa seguro.

—Nadie les hizo comer *demasiadas* ciruelas —dijo su madre desde el pasillo—. Y ni se les ocurra que las vamos a dejar en casa con este día precioso. Mañana vamos a llevarlas al médico y se acabó el problema.

A través de la puerta la melliza escuchó a su hermana que salía del dormitorio de la Nona y decía:

—Llévenla a ella sola al médico, si yo no tengo ningún dolor y comí un montón de higos.

Las cosas habían llegado a un lugar peligroso:

—¡Ya se me pasó! —gritó la melliza que estaba en el baño y se cambió enseguida la malla mientras salteaba la lista de los síntomas que acompañaban a las lipotimias para leer las indicaciones de socorro, imaginando aún el cuerpo de Canessa sobre la camilla.

Afloje la ropa para facilitarle la respiración. Indique que respire profundamente, tomando aire por la nariz y exhalándolo por la...

—¡Si no salís ahora vamos a ir al médico esta misma tarde!

—¡Pero ya salgo, che!—gritó.

Cualquier sacrificio sería mejor que ir al médico. Porque esa era otra de las cosas que odiaba. Todos los médicos terminaban diciendo: —«Lo que necesitan estas chicas es vida social, deberían ir a algún club, hacer deportes. ¿Por qué no las anotan en una colonia de vacaciones?». Qué espantoso les parecía a las mellizas ese conjunto de palabras: colonia de vacaciones. Había algo escondido en ellas, algo que tenía que ver con el orfanato o el ser pupilo, algo sospechoso que no tenía nada de lo que ellas consideraban vacaciones: leer en el altillo, comer alfajores de nuez y chocolate blanco, jugar a la escoba de quince con la Nona o al truco con los hermanos, salir a comprar revistas y libros al kiosco de la vuelta los días de lluvia con su mamá, todas cosas que se podían hacer sin moverse casi nada. Odiaban los deportes de club como el vóley, el básquet, la natación. Era raro porque el mar les gustaba mucho, el agua, el sonido del agua cuando sumergían la cabeza y jugaban a buscarse a tientas bajo las olas. Pero para las Bugatti el mar era una cosa y la playa era otra. Ojalá no estuvieran uno al lado de la otra, pensaban. Porque en el mar podían ir a alguna zona donde no hubiera tantos chicos, pero en la playa había que pasar entre ellos, soportar sus miradas y a veces sus pelotazos a propósito, o sus bombitas de agua en la época de carnaval. Detestaban a todos esos chicos groseros y tontos que las señalaban cuando iban hacia el mar. Odiaban esos gritos de: Eh, mellizas, quién es quién. O peor aún, aquel de: ¿Dónde dejaron a la otra? que aludía a unas trillizas famosas de la época, que también tenían pelo rubio, flequillo y pecas como ellas, pero que ni por asomo po-

dían ser sus hermanas, ni siquiera sus amigas, porque las trillizas cantaban por la tele, haciendo muecas, mohines y sonrisas, y las mellizas Bugatti pensaban que era vergonzoso cantar delante de alguien, y eso sí lo conocían bien, porque en las reuniones familiares todos les pedían que cantaran una canción que a ellas les gustaba mucho y que decía así: *Estos son Nicola y Bart, con amor los recordarán, y su final es nuestro también, pues mueren por la libertad…,* y repetía la estrofa diecisiete veces. Sus hermanos la escuchaban en un disco de Joan Baez, una hippie pacifista que cantaba con una voz de ángel en inglés, y ellas la habían cantado a los gritos, en su versión al castellano, una tarde de sábado, cuando creían que estaban solas en toda la casa. Cuando terminaron de cantar dos o tres estrofas, se abrió la puerta y los aplausos de su madre las hicieron ponerse coloradas. Desde entonces, en cada fiesta familiar les llegaba el pedido: «¡Que-canten-que-canten!» y para alentarlas, siempre alguien decía la misma frase: ¡Pueden llegar a ser famosas como Las trillizas de oro! Las mellizas odiaban a Las trillizas de oro.

—¡Vamos que se va el sol! —gritó el padre golpeando la puerta del baño.

Antes de salir, la melliza tomó la precaución de guardar cuidadosamente el manual de primeros auxilios en el botiquín, no fuera a ser que descubrieran la lectura prohibida, y la trampa para ganar tiempo. Acomodó el librito detrás de la Carqueja Trop y de la Colonia Gelatti, que le gustaba usar a su abuela y que tenía un olor asqueroso, y salió.

Hasta el mar había que caminar ocho cuadras. Ocho cuadras con el solazo de las tres de la tarde partiendo la nuca. La melliza más vaga escuchaba el ruido de los cuatro pares de ojotas contra el asfalto y pensaba que así debía sonar el ruido de los pasos de los soldados que marcharon a morir en la guerra de Vietnam, o que habían marchado en la *güera*, como llamaba su abuela a la Primera Guerra Mundial, la que siempre recordaba con alguna anécdota triste en los almuerzos o las meriendas, y con la que seguramente soñaba cuando gritaba ¡Foira! ¡Zu!, algunas noches en las que había comido demasiadas anchoas, según su nuera, la mamá de las mellizas.

Ocho cuadras. La melliza más vaga que no era la más coqueta, miraba las pantorrillas fuertes de las piernas de su papá, el paso casi marcial que llevaba sobre el asfalto caliente de la calle. Porque la familia de las mellizas nunca iba a la playa por la vereda. Estaban de vacaciones y en vacaciones se puede hacer lo que uno quiere, decía el papá. Menos leer, pensaban las dos mellizas al mismo tiempo cuando le escuchaban decir esa frase, y en eso sí coincidían las dos hermanas. No entendían cómo podían interrumpirles tanto las lecturas. Ya fueran las novelas policiales de Agatha Christie, las revistas *Dartagnan* y *Patoruzú*, los libros de los hermanos Grimm adaptados en la colección Sigmar, las revistas *Gente* y *Siete días*, las *Selecciones del Reader´s Digest*, los cuentos de Poe y Lovecraft que les sacaban a sus hermanos, las poesías de Neruda, los libros de Hesse y hasta la revista del colegio Fray Mamerto Esquiú, que traía su abuela de la parroquia y que era lo más aburrido que pudiera leerse pero que salvaba en caso de emergencia. Los grandes siempre encontraban una excusa para quitarles su material de lectura, la savia vital que las transportaba al paraíso o a la luna. Las Bugatti no entendían cómo resultaba tan difícil concluir una lectura en una familia que se la pasaba diciendo que la lectura era una de la virtudes que había que inculcarle a los hijos, que la lectura hacía bien y alimentaba la inteligencia, que si los chicos leyeran más y vieran menos televisión no serían tan infelices como la juventud de ahora, que si en vez de repartir comida a los pobres se repartieran libros, entonces el mundo cambiaría de la noche a la mañana, y cosas por el estilo.

Cuando llegaron a la playa tuvieron que soportar el ritual de siempre antes de poder sentarse a leer. El padre clavó el eje de la sombrilla que era pesadísimo porque era de hierro y no de aluminio como los de las sombrillas nuevas, y lo fue hundiendo más y más en la arena con un movimiento de palanca exagerado que las tres mujeres miraban de pie, quietas y en silencio, como si, concentrándose, pudieran colaborar en la tarea; luego la madre le pasó al padre la lona familiar y la lona fue desplegada en toda su amplitud sobre la arena, después llegó el turno de abrir la silla de la madre (que era transportada hasta la playa no por la madre sino por las dos mellizas, a veces una de ida y la

otra de vuelta, según sus propios arreglos, o una cuadra una y otra la otra, o la que perdía alguna apuesta en algún juego), la madre acomodaba entonces la canasta sobre la lona, sacaba las cremas y esas cosas y todos se desvestían hasta quedar solo con la malla.

Se sentaron.

Una de las mellizas buscó el libro *Florecillas* de San Francisco de Asís que había llevado en un bolso. Se extendió boca abajo sobre la lona limpia y comenzó a imaginar al hermoso actor protagonista de la película *Hermano sol, Hermana Luna* —que habían visto en el colegio el año anterior sobre la vida de San Francisco— cuando decidía enfrentar a la bestia feroz que amenazaba con devorar a todo el pueblo. La melliza lo vio encaminarse resueltamente hacia el lugar donde estaba el lobo. Cuando he aquí que, a la vista de muchos de los habitantes que lo habían seguido para ver este milagro, el lobo avanzó al encuentro de San Francisco con la boca abierta; acercándose a él, San Francisco le hizo la señal de la cruz, lo llamó y le dijo: «¡Ven aquí, hermano lobo! Yo te mando, de parte de Cristo, que no hagas daño ni a mí ni a nadie». ¡Cosa admirable! Apenas trazó la cruz San Francisco, el terrible lobo cerró la boca, dejó de correr y, obedeciendo la orden, se acercó mansamente, como un cordero, y se echó a los pies de San Francisco. Entonces, San Francisco le habló en estos términos: «Hermano lobo, tú estás haciendo daño en esta comarca, has causado grandísimos males…»

—Corréte un poco así entra también tu hermana en la lona —dijo el padre de las mellizas.

La melliza obedeció sin protestar, para no perder el hilo de la lectura. Pero antes de poder continuar echó un vistazo al diario que abría su hermana. Vio la nota sobre Patty Hearst, una mujer norteamericana de diecinueve años que había sido secuestrada por el Ejército de Liberación Simbionés y quien pasó a convertirse de una estudiante aplicada a una ladrona de bancos.

—¿Puedo leer yo también? —preguntó haciéndole un doblez en la esquina de la página que tenía la historia del lobo, y su hermana, sin contestar, le dio permiso, centrando el diario entre las dos.

En la foto del diario se veía a Patty Hearst con una ametralladora y una boina fabulosas. Ambas comenzaron a leer el artículo. Pero no alcanzaron a terminar ni un párrafo. Su padre les quitó el diario y en la voz de su madre les llegó la orden de moverse:

—Vayan a moverse, chicas, hagan algo como los demás chicos de su edad, no ven cómo los otros se divierten, y ustedes están ahí tiradas, como dos bolsas de papas.

La madre continuaba hablándole al padre, criticándolas en voz bastante baja como para no ser oída por las demás familias pero en voz suficientemente alta como para que sus hijas pudieran escucharla.

—Si siguen tan apáticas hay que anotarlas en algún club o alguna colonia de vacaciones.

Oh no. Cómo podían ser tan insistentes con el tema, pensó una de las mellizas mientras escuchaba a su hermana que proponía con un murmullo vencido: «¿Vamos al agua?».

Las dos tomaron coraje y atravesaron el gentío aterrador, la playa cubierta de lonas, sombrillas, pelotas y perros, los chicos que dejaban de paletear y les gritaban: Eh, mellizas. O las madres, que les sonreían al pasar y exclamaban: Qué divinas. Son como dos gotas de agua.

Cuando salieron del mar, llamadas por las señas y amenazas que su papá les hacía desde la orilla, tenían los labios ya morados del agua y de la risa, porque a las mellizas el mar les gustaba tanto como les gustaba la lluvia, la noche y la luna. En el mar eran felices hundiéndose bajo las olas frías, tirándose de espalda en las lomadas de agua, o haciendo la plancha los días que se podía hacerla, los de bandera celeste, con el mar bueno. Y si bien, para llegar al mar, o salir de él, tenían que atravesar esa muchedumbre mirona, cuando estaban en él, pensaban que todo valía la pena.

Se sentaron en la lona a secarse, y el padre las tapó con un gran toallón suavecito que reservaba para ellas y la madre les dio los gorros que traía en la canasta porque dijo que se estaban poniendo coloradas. Pónganse Sapolán en la nariz. Cuando ya todo el revuelo de atenciones —que atraía las miradas de la gente, según el parecer de las mellizas— se estaba calmando y las mellizas volvieron a agarrar una el diario,

la otra el *Florecillas*, se escuchó el ruido de una bolsita de nylon a su espalda. La madre les dijo:

—Coman algo, chicas, tomen —y les repartió las ciruelas y los higos que había sacado del jardín.

El padre les retiró el diario y el libro para que no los mancharan con los jugos de las ciruelas y las semillas de los higos.

Cuando terminaron las frutas hubo que secarse las manos, y cuando se secaron las manos la madre dijo que ya era hora de irse porque había que ir al centro.

—¿Para qué al centro? —dijo la melliza más coqueta, que era también la más nerviosa (y cuyos nervios alarmaban a la Nona, que decía que no se podía tener nervios a esa edad), viendo peligrar el momento de lectura permitido antes de la cena.

—Ay por qué lo dicen en ese tono —reprochó la madre a las dos en general, y —sin atender a la protesta de la melliza que no había hablado y que dijo que ella no había usado ningún tono, porque no había abierto la boca— les explicó que habían sacado entradas para una obra de teatro.

Ocho cuadras arrastrando los pies, con el sol de las seis de la tarde pegando en los cachetes de la cara y en los ojos, que como eran de color claro, parecían absorber toda la luz. Luego la pelea con los hermanos por quién ocupaba el baño para ducharse, la protesta por la ropa que su madre les había elegido (igual, pero en diferentes colores), el beso, perfumado a colonia Gellatti, de la Nona que se iba a la misa vespertina, y caminar hasta la parada del colectivo que los llevaba al centro. Durante el viaje las mellizas leyeron sus boletos para ver si el número que les había tocado era capicúa, es decir, que pudiera leerse igual de atrás para adelante que de adelante para atrás. Era algo que muchas veces hacían. Cuando lo encontraban guardaban el boleto para que les diera suerte, como hacía mucha gente con los capicúas. La mayoría de las veces ellas pedían: «Que mañana llueva; que nos dejen leer todo el día».

Ya sentadas en la platea del teatro antes de que comenzara el espectáculo, las mellizas se repartieron el programa con la información sobre el elenco y el argumento de la obra. Apenas habían empezado a leer cuando las luces se apagaron y empezó la función.

A la salida del teatro ellas pidieron ir a una librería a ver libros pero los papás dijeron que era tarde ya, que mejor iban a comer algo por ahí antes de que cerrara todo. En el restaurante las mellizas tardaron unos quince minutos en discutir sobre quién de las dos iba a leer primero el menú que el mozo les había dejado en el medio, como si fueran una sola persona con dos cuerpos. Pero justo cuando habían logrado ponerse de acuerdo el papá les sacó la carta de las manos y les dijo:

—¿Ustedes quieren pollo con puré, no?

Ellas protestaron porque, si bien a ambas les gustaba bastante el pollo con puré, a la coqueta y nerviosa le gustaba muchísimo más el peceto, los chorizos o las milanesas de ternera, y la vaga, varonera y osada de las mellizas —que detestaba la carne roja hasta el punto de sentir arcadas cada vez que tenía un churrasco por delante— hubiera dado cualquier cosa por un plato de ñoquis o una tarta de atún.

Pero el papá acalló las protestas diciendo:

—Bueno, basta de escándalo que el señor está apurado —y dirigiéndose al mozo, ordenó con una sonrisa—: pollo con puré para las dos.

Volvían en el taxi y la más coqueta y nerviosa de las mellizas se puso a mirar los carteles que había en las calles, a descifrar los nombres y a compararlos con otros que imaginaba, pero sintió una mano que la agarraba del hombro y la tiraba contra el respaldo, era su papá:

—No apoyes la cabeza en la ventanilla que le ensuciás el vidrio al chofer.

La melliza sintió rabia por la diferencia del trato que su papá tenía hacia la humanidad. Para ellas empujones y bifes, para los demás, toda la amabilidad. Hay que ser amable con la gente, decía él. De tan amable ya parecés un lambón, le había escuchado decir la melliza a su madre en medio de una discusión. La pelea la habían suscitado las sonrisas de su padre hacia una cajera del supermercado que le había dado mal el vuelto sin que él se diera cuenta, tan ocupado estaba en sonreírle. Lambón, repi-

tió en el taxi la melliza. Lambón. Y se dijo que apenas llegaran a la casa buscaría la palabra en el diccionario.

Pero cuando llegaron a la casa, no hubo tiempo para ir hacia el diccionario porque la abuela las recibió, con el camisón ya puesto y todo el pelo despeinado. Protestaba, no a ellas sino a los padres, aunque les hablaba a ellas:

—Vayan dormir, que no es horra parra andar por ahí! —la Nona pronunciaba las rr como r y las r como rr—. Los chicos a esta horra tienen que estar durmiendo como Dios manda.

—Si yo no quería ir al teatro —dijo una de las mellizas, no la nerviosa sino la que tenía más paciencia frente a los retos de su abuela.

—Pero qué desagradecidas —dijo el padre.

—Vayan a dormir y obedezcan a papá —dijo la Nona cubriéndoles las espaldas a la vez que controlaba que no se desviaran en el camino hacia el cuarto.

Las mellizas se pusieron el piyama, no tanto por obedecer a su abuela sino porque sabían que ir a la cama representaba un tiempo para leer. Una agarró el libro *Florecillas* y la otra —a falta del diario que por las noches estaba reservado a su papá— agarró unas de las revistas *Selecciones* que su abuela coleccionaba. El papá les vino a decir:

—¿Se lavaron los dientes? Vamos, que en cualquier momento llegan las caries.

—¿De dónde llegan, de Estambul? ¿Traen valijas? —había dicho la melliza más osada una vez. Y la otra, riéndose por el chiste de su hermana, había estado a punto de contestarle con un versito que pasaban siempre de propaganda en la radio y que decía algo así como que si uno pensaba viajar a esa ciudad no llevara equipaje, porque la tienda Los gallegos tenía de todo, pero antes de decir nada había recibido un coscorrón traicionero dado por su padre en la cabeza y la orden de no burlarse.

—¡Si yo no dije nada!

Otro coscorrón, más fuerte.

—Ella no dijo nada —dijo la otra para defender a su hermana de lo que se veía claramente como una injusticia.

Un bife a cada una y a dormir sin leer. Las mellizas desde entonces sabían que no tenían que burlarse de su padre cuando decía que las caries estaban por llegar en cualquier momento.

Ya con los dientes limpios se metieron en la cama, se abrió la puerta y entró la mamá que venía a darles el beso de las buenas noches. La abuela aprovechó para discutir con la madre.

—Tienen que rezar estas chicas, no tanta salida.

Una de ellas se tapó la cabeza con la frazada para no oírlas, la otra melliza aprovechó la discusión para agarrar la linterna chiquita que tenía la abuela en el cajón de la mesa de luz, al lado del cuchillo que guardaba por si entraban ladrones.

La madre se fue y la Nona dijo:

—Recen conmigo, piccolinas, que mañana les voy dar plata para que se compren carramelos.

Cuando terminaron de rezar y se pusieron a leer, la Nona les dijo:

—Vamos pagar la luz que ya es tarde —así decía la Nona siempre «Vamos pagar» y ellas se burlaban.

—No tenemos plata, Nona.

—Mañana les doy, porque mañana cobro la jubilación.

Y apagó la luz del velador.

Entonces, cuando todos dormían, cuando la noche cubría las acciones, buenas y malas, de los hombres y las mujeres, de los padres y las madres, de los abuelos y de las vecinas, cuando la luna se filtraba entre las persianas y hacía dibujos raros sobre la colcha y se escuchaba el ronquido de la Nona invadiendo toda la habitación, una de las mellizas se pasaba a la cama de la que había agarrado la linterna, la luz mínima se encendía bajo la colcha e iluminaba las letras de cualquier palabra, de cualquier oración, de cualquier libro o revista que tuvieran a mano, y las mellizas Bugatti volvían a elevarse a ese cielo profundo en el que nadie las molestaba ni las confundía, volvían a sentir que el premio a los redimidos les correspondía, como el paisaje lunar al astronauta. Y ellas, ávidas, apuraban los párrafos, antes de que su último enemigo les impidiera la lectura. Porque en diez o quince minutos más —ya se anunciaba— un sueño profundo, lleno de olas de mar y páginas de libros que nadaban hasta el infinito, iba a venir a invadirlas. Y la linterna, como una madre agotada por el trajín cotidiano, se iba a ir apagando cómplice y lentamente, hasta quedarse sin pilas. ◣

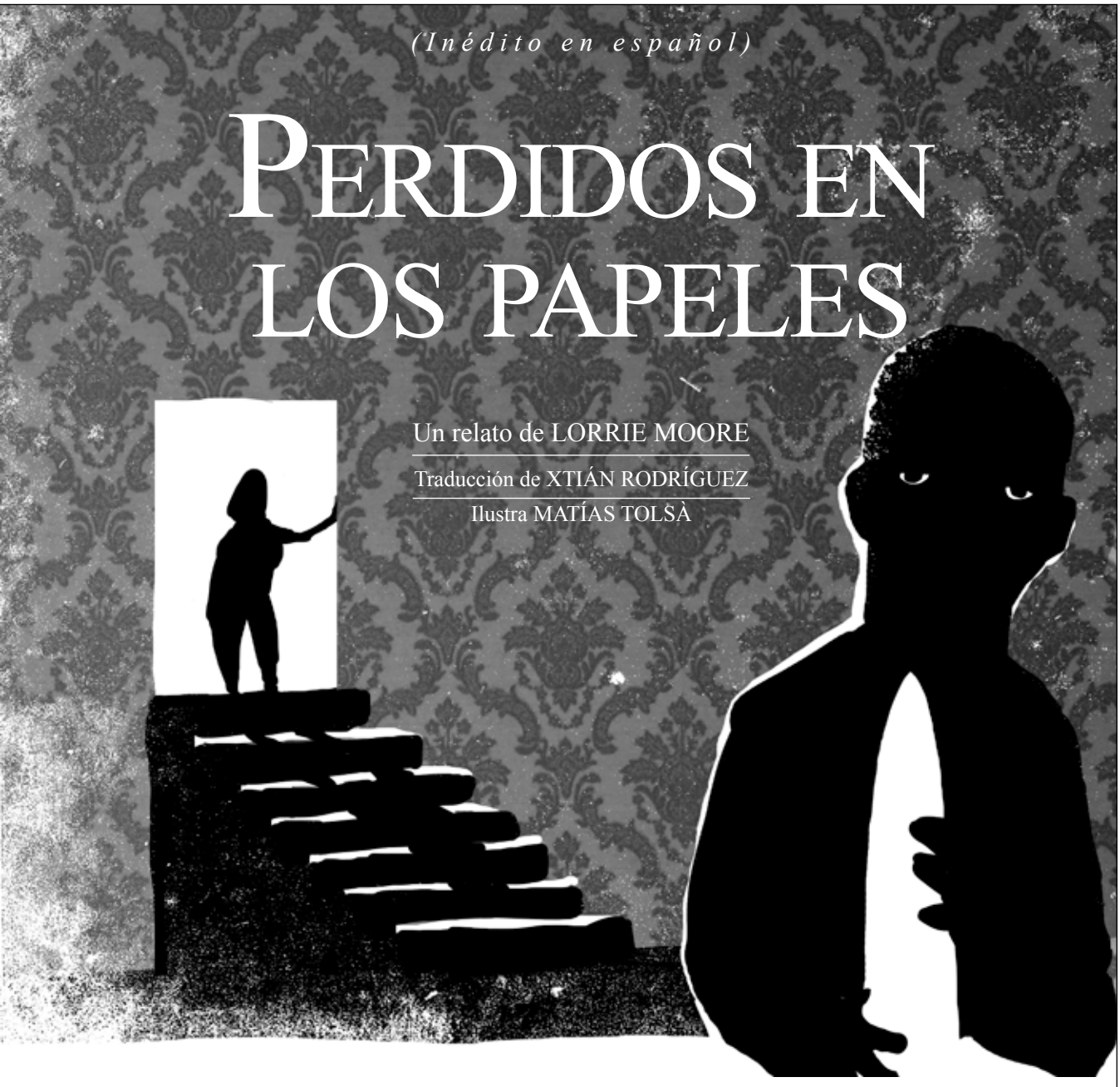
(Inédito en español)

PERDIDOS EN LOS PAPELES

Un relato de LORRIE MOORE

Traducción de XTIÁN RODRÍGUEZ

Ilustra MATÍAS TOLSÀ



LORRIE MOORE
Nueva York, 1957

Escritora y profesora de Lengua Inglesa en la Universidad de Wisconsin. Es autora de libros de cuentos y novelas. En 1989 fue becada por la fundación Rockefeller y dos años después ganó la beca Guggenheim. En 1998 su libro *Pájaros de América* fue elegido por el *New York Times* como «Libro del Año». Es integrante de la American Academy of Arts and Letters. Publicó su primer libro a los veintiséis años y es autora de *Anagramas* (1991), *El ayudante olvidado* (2001), *Autoayuda* (2002), *Como la vida misma* (2003), *El hospital de ranas* (2004) y *Al pie de la escalera* (2009). Algunos de sus cuentos, publicados en diferentes revistas, han sido elegidos para la colección «The Best American Short Stories of the Year» y uno de ellos fue elegido para «The Best American Short Stories of the Century». Sus historias se caracterizan por el humor irónico e inteligente.

Aunque Kit y Rafe se habían conocido en el movimiento por la paz, marchando, organizando, pintando carteles antinucleares, ahora querían matarse entre ellos. Se habían vuelto, además, un poco pronucleares. Llevaban casados dos décadas y habían vivido una vida preciosa preciosa, pero ella y Rafe parecían, ahora, socios solamente en la ira y el desprecio, y su viejo y lujurioso amor se había vuelto rabia. Era una vergüenza y una desgracia que el odio, como el amor, no pudiera vivir solo del aire. Y así, en este nuevo proyecto exitoso que compartían, eran cómplices y sinérgicos. Eran nutritivos, homeopáticos e inspiradores. Engendraron y criaron ese odio juntos, cardiovascular, espiritual, orgánicamente. En tándem, como un sistema, como una compañía de danza de los sentimientos amargos, habían empujado el odio al centro de la escena y lo habían iluminado con un spot para que ganara protagonismo. ¡Haz lo que sabes, muchacho! ¿Quién es el mejor? ¿Quién es el más grande?

—¿Pronuclear? ¿Eres pronuclear? ¿En serio? —eso era lo que le preguntaban sus amigos a Kit, con los que aprovechaba para quejarse indiscretamente.

—Bueno, no —suspiraba Kit—. Pero en cierta manera sí.

—Parece que necesitas alguien con quien hablar.

Eso hirió los sentimientos de Kit, porque sentía que era con ellos con quien estaba hablando.

—Simplemente estoy preocupada por los niños —dijo.

Rafe había cambiado. Su sonrisa era un bostezo descuidado, ¿o su sonrisa era un espeso simulacro? ¿Cuál de los dos era el verso correcto? Ella no lo sabía. Pero lo seguro era que él había cambiado. En Beersboro, una se expresaba así, de forma neutral. Estos cambios tenían un motivo. Nadie decía que un hombre se había vuelto loco. Decían: «Ese hombre está cambiado». Rafe había empezado a ensamblar modelos de cohetes en el sótano. Estaba un poco distinto. Como si se hubiera vuelto un personaje. Alguien descarado podría sugerir «está metido en cosas raras». Los cohetes eran unas cosas largas, de plástico, con forma de pene, a las que Rafe les adhería, cuidadosamente, calcomanías militares auténticas. ¿Qué había pasado con el hippie apuesto con el que se había casado? Ahora era irritable y remoto, vacío en su furia. La inexpresividad había penetrado en sus ojos azul-verdosos. Se le quedaban abiertos y brillantes, pero no funcionaban, como bijouterie de una tienda de baratijas. Ella se preguntó si se trataría de un colapso nervioso, de los de verdad. Pero duró varios meses y entonces empezó a sospechar, en cambio, de un tumor cerebral. De vez en cuando él silbaba o murmuraba a través de su muda enajenación, y su pantomima de odio se derrumbaba momentáneamente. «Ey, linda», la llamaba desde las escaleras, después de no haberla mirado a los ojos durante dos meses. Era como estar atrapada en una casa, aislada por la nieve, con el tío loco de alguien: ¿podía el matrimonio ser así? Ella no estaba segura.

Ahora rara vez lo veía cuando él se levantaba por la mañana y se iba corriendo a la oficina. Y cuando volvía a casa del trabajo desaparecía por las escaleras del sótano. Cada noche, en el ansioso crepúsculo conyugal que era ahora la única vida que compartían, después de que los niños se habían ido a dormir, la casa se llenaba de humo. Cuando le reclamaba por eso, él no respondía. Parecía haberse convertido en una especie de extraterrestre. Por supuesto, más tarde entendería que todo esto significaba que él estaba saliendo con otra mujer, pero en ese momento, protegiendo su propia vanidad y cordura, trabajaba solo con dos hipótesis: tumor cerebral o ser extraterrestre.

—Todos los maridos son extraterrestres —dijo su amiga Jan por teléfono.

—Dios me ayude, no tenía ni idea —Kit empezó a untar manteca de maní en un pretzel y se lo comió rápidamente—. Está tan desconectado. Y su sentido común no funciona.

—No en el planeta en el que vive. En su planeta, es un verdadero Rey Salomón. «¡Tráiganme a ese apestoso bebé ahora!».

—¿Tu crees que las personas pueden rehabilitarse y ser perdonadas?

—¡Claro! Mira a Ollie North.

—Él perdió la elección en el Senado. No lo perdonaron lo suficiente.

—Pero consiguió algunos votos.

—Sí, ¿y ahora qué está haciendo?

—Ahora está promocionando una línea de

piyamas ignífugos. ¡Eso es vida! —ella hizo una pausa—. ¿Discuten por eso?

—¿Por qué? —preguntó Kit.

—Por los cohetes que apuntan a su tierra patria.

Kit volvió a suspirar.

—Cierto, el tema del arte militar envenenando nuestro espacio vital. ¿Si discuto? No discuto, yo solamente, bueno, está bien… le pregunto algunas cosas de vez en cuando. Le pregunto: ¿qué demonios estás haciendo? Le pregunto: ¿estás tratando de asfixiar a toda tu familia? Le pregunto: ¿me escuchas? Y después le pregunto: ¿me escuchaste?, de nuevo. Y después le pregunto: ¿estás sordo? También le pregunto: ¿qué crees que es un matrimonio? Tengo mucha curiosidad por saberlo; y también: ¿es esta tu idea de un lugar bien ventilado? Una simple entrevista, la verdad. Yo no creo en la discusión. Yo creo en darle una oportunidad a la paz. También creo en la hemorragia interna —hizo una pausa para acomodar el teléfono más cómodamente contra su cara—. También estoy interesada —dijo Kit— en esas balas de plástico que se disuelven y resultan indetectables para los equipos forenses. ¿Oíste hablar de ellas?

—No.

—Bueno, tal vez escuché mal. Probablemente estoy equivocada. Ahí es donde el Misterioso Accidente Automovilístico sería de gran ayuda.

En el cromo del refrigerador captó el reflejo de su propio rostro, parte Shelley Winters morena, parte patata, y los filos y accidentes finamente grabados debajo de sus ojos, un interludio musical en medio de la hinchazón. En todas las películas que había visto con Shelley Winters, era Shelley Winters la que al final moría.

La mantequilla de maní estaba trabada en las encías de Kit. Sobre la mesada, una sandía grande y vieja había comenzado a ceder y a separarse en el centro siguiendo la curva de las semillas, como la sonrisa de un tiburón, y ella cortó una cuña y se frotó el interior de la boca con la punta tibia. Había pasado un año desde que Rafe la besó. A ella un poco le importaba y otro poco no. Una mujer tenía que elegir su propia infelicidad con especial cuidado. Esa era la única felicidad en la vida: la elección de la mejor infelicidad. Un movimiento imprudente y, Dios mío, podría arruinarlo todo.

La notificación la tomó por sorpresa. Llegó en el correo, dirigida a ella, y allí estaba, abrochada a los papeles de divorcio. La habían servido apropiadamente. La perra ahora tenía papeles. Como un hombre, un matrimonio era irreconocible en la muerte, incluso cuando se lo enterraba vestido con su traje favorito. Sobre los documentos había una carta de Rafe sugiriendo su aniversario de bodas, en la primavera, como la fecha final de divorcio. «¿Por qué no completar la simetría?», escribió, algo que ni siquiera sonaba a él, aunque la eficiencia desalmada se adaptaba a esta, su nueva vida como extraterrestre, y en general estaba en consonancia con los principios de la cultura extraterrestre.

Los documentos mencionaban a Kit y Rafe por sus nombres legales, Katherine y Rafael, como si las versiones más formales de ellos fueran las que se estuvieran divorciando, ¡sus certificados de nacimiento se estaban divorciando!, y no ellos mismos. Rafe seguía viviendo en la casa y aún no le había dicho que había comprado una nueva.

—Cariño —dijo ella, temblando—, hoy llegó algo muy interesante en el correo.

La furia tenía sus efectos medicinales, pero Kit no estaba cableada para sostenerla y, cuando se desprendió de ella, la soledad la envolvió, el dolor ardiendo en su centro con un calor frío y azul. Lloró durante los funerales de dos ancianos distintos que casi no conocía, en la última fila de la iglesia, como una amante secreta del fallecido. Se sentía mareada y enferma y no quería volver a ver a Rafe, o, más bien, Raphael, otra vez, pero les había prometido a los niños estas vacaciones en el Caribe. Ya estaba hecha la reserva, así que ¿qué podía hacer?

Esto por fin venía a darle sentido a todas esas clases de teatro del secundario: la actuación. Una vez había hecho el papel de reina en «Cuento de invierno», y otra vez, de niña sustituida por otra en «Quiéreme ahora mismo», escrito por uno de los profesores de lenguaje más perturbadores del secundario. En ambos papeles había aprendido que el tiempo era algo esencialmente cómico, y que solo los intentos por dominarlo lo convertían en tragedia o, por lo menos, en tristeza. Romeo y Julieta, Tristán e Isolda, ¡si solo hubiesen tenido más tiempo!

El matrimonio dejó de ser cómico cuando de repente se detuvo, y en ese momento se convirtió en divorcio, que el tiempo nunca perturbó y cuya comicidad resultó inagotable.

Sin embargo, Rafe habló durante treinta segundos para tratar de convencerla de que no se fuera con él y los niños de vacaciones.

—Creo que no deberías venir —anunció.

—Voy —dijo ella.

—Les daremos falsas esperanzas a los niños.

—La esperanza nunca es falsa. O es siempre falsa. Lo que sea. Es solo la esperanza —dijo. No hay nada malo en eso.

—Yo no creo que debas venir.

Ella se dio cuenta de que el divorcio sería como el matrimonio: una disputa de poder. ¿Quién sería el perro y quién el dueño del perro?

Ella se dio cuenta de que el divorcio sería como el matrimonio: una disputa de poder. ¿Quién sería el perro y quién el dueño del perro?

En ese momento, sin embargo, ella y Rafe todavía no habían firmado los papeles. Y aún quedaba la cuestión de su anillo de bodas, engarzado con pequeñas esmeraldas baratas, que a ella le gustaba mucho y que esperaba poder seguir usando porque no parecía un anillo de bodas típico. Él sí se había quitado su anillo, que sí parecía un anillo de bodas típico, un año antes, porque, dijo, «le molestaba». Ella pensó en aquel momento que quería decir que le apretaba. No se había alarmado mucho; él siempre tendía a sacarse cosas espontáneamente, cuando se conocieron era un poco nudista. Fue bueno salir con un nudista: las cosas avanzaban rápido. Pero no era bueno tratar de seguir casada con uno. Pronto empezaría a tener citas geriátricas y castas con otras personas cuyas ropas, como la suya, permanecerían pegadas al cuerpo.

—¿Qué hago si no logro sacarme el anillo? —le dijo ella a él, ya en el avión. Ella había ganado un poco de peso durante sus veinte años de matrimonio, pero no tanto en realidad. ¡Había sido prácticamente una niña novia!

—Mándame la factura del aserrador —dijo él. Oh, ¡el brillo en los ojos de él había desaparecido!

—¿Qué te pasa? —dijo ella. Por supuesto, Kit culpó a los padres de él, que lo habían criado, de alguna manera, hace mucho tiempo, por accidente o a propósito, como un extraterrestre, con valores extraterrestres, pensamientos extraterrestres, y con el carácter hueco, fluctuante, falsamente cándido y los secretos sociopáticos de un extraterrestre.

—¿Qué te pasa a ti? —gruñó él. Esta era la costumbre, el hábito extraterrestre, de limitarse a repetir lo que ella había dicho. Tenía que ver, sin duda, con su sistema nervioso central, un procesador de información construido a partir de partículas de silicio buscando incesantemente nuevas combinaciones lingüísticas, que posteriormente tenía que absorber y archivar. La repetición le permitía ganar algo de tiempo y ayudaba en el proceso de almacenamiento.

Estaba menos preocupada por las niñas, que eran simplemente niñas, que por Sam, un estudiante sensible de cuarto grado, que ahora estaba sentado del otro lado del pasillo del avión, malhumorado, mirando las nubes por la ventanilla. Pronto, a través de las maquinaciones de una legislación estatal extremadamente progresista, ¡un niño necesita a su padre!, dejaría de verlo todos los días. Se convertiría en un niño que ya no vería a su madre todos los días, se desprendería de ella y se iría flotando como papel arrastrado por el viento. Con el tiempo, él se endurecería: la miraría por encima de sus gafas, como un maitre examinando a la gentuza. La vería venir como un anfitrión mira a un invitado asustado que no trae su tarjeta de invitación. Pero en este, su último viaje como familia real, él se portó bastante bien y no se notó.

Todos dormían en la misma habitación, en camas distintas, y vieron a otras familias discutiendo a los gritos, así que por comparación, ellos, una familia a punto de separarse para siempre, no se veían tan mal. Ella no se dejó engañar por la brisa marina ecuatorial y por eso no se quemó en el sol colonial; compartió, con los administradores del complejo, su indignación

moral ante los guardias armados que impedían que los niños del lugar se colaran a través de la valla para entrar en esta blanca, blanca playa; y se pasó una especie de resina en la frente para congelar y minimizar las arrugas, para parecerle más joven a su marido saliente, aunque ni una sola vez la miró. No es que ella luciera tan bien: su maleta se extravió y tuvo que usar la ropa que consiguió en la tienda de regalos, con las palabras «La Caribe» estampadas en cada prenda.

En la playa, la gente leía libros sobre Ruanda y el genocidio en Yugoslavia. Era para darle al viaje una seriedad de la que carecía. Se suponía que uno no debía notar la presencia de los niños morenos del otro lado del alambre de púas, tirando piedras.

Había formas de hacer que las cosas desaparecieran temporalmente. Uno podía desaparecer de sí mismo en el movimiento y la repetición.

A Sam le gustaba solamente el trampolín. Había excursiones con delfines, pero él percibió su crueldad.

—Ellos hablan un lenguaje —dijo—. No deberíamos nadar con ellos.

—Se los ve felices —dijo Kit.

Sam la miró con seriedad desde un dulce más allá.

—Se muestran felices para que no los mates.

—¿Eso crees?

—Si los delfines fueran sabrosos —dijo—, ni siquiera nos hubiéramos enterado que hablan un lenguaje.

Que la inteligencia de algo podría socavar tu apetito por ese algo. Que ser delicioso puede oscurecer la mente de lo que es delicioso, así como la mente del que lo saborea. Que ser delicioso termina en decapitación. Que puedes entender algo solamente si no lo deseas. ¿Cómo sabía ya esas cosas? Por lo general, las niñas las aprendían primero. Pero no las hijas de Kit. Sus hijas, Beth y Dale, eran rudas más allá de su comprensión: gemelas, de cinco años, prácticas, autoindulgentes, independientes, un sistema en sí mismas. Tenían su propio mundo secreto hecho de palabras del código Montessori, de joyas de plástico y de ataques de risa provocados por la frase «M&Ms de canela» repetida seis veces, rápidamente. Llevaban alas de hadas brillantes donde sea que fueran, incluso sobre sus cardigans, y varitas mágicas. «Yo soy el hermano mayor ahora», le había repetido Sam a todo el mundo y con orgullo incierto el día que nacieron las niñas, y después de eso no volvió a decir una sola palabra sobre el asunto. A veces Kit se refería accidentalmente a Beth y Dale como Death y Bale, ya que, por ejemplo, enterraron sus Barbies en la arena, y luego las resucitaron con alegría. Una mujer recostada sobre una toalla, lectora de genocidios, se volvió y sonrió. En este refinado complejo frente al mar, las contradicciones de la vida eran grotescas e imposibles de sobrepasar.

Kit fue a la oficina central y se anotó para un masaje con piedras calientes.

—¿Le gustaría un hombre o una mujer? —preguntó la recepcionista.

—¿Perdón? —dijo Kit, aturdida. Después de todos estos años de matrimonio, ¿cuál quería? ¿Qué sabía ella de hombres o de mujeres? «No existen *los hombres*», solía decir Jan. «Cada hombre es diferente. La única cosa que tienen en común es, bueno, una aterradora capacidad para la violencia».

—Un hombre o una mujer, ¿para el masaje? —preguntó Kit. Pensó en el lento apareo de caracoles hermafroditas para los que todo es tan confuso: en el momento en que deciden quién va a ser la chica y quién el chico, alguien llega con un poco de pasta de ajo y los levanta con una pala.

—Oh, cualquiera de los dos —dijo, y entonces supo que le tocaría un hombre.

Que trató de no mirar, pero que podía oler en todos sus aromas ahumados: tabaco, incienso y cannabis girando en remolinos a su alrededor. Un típico norteamericano delgado y fumón. Su nombre era Daniel Handler, de acuerdo con la tarjeta que llevaba fijada a su camisa, como una insignia. Él no dijo nada. Colocó piedras calientes a lo largo de su espalda y las dejó ahí. ¿Creía ella que su piel hidratada era demasiado privada y preciosa para ser tocada por gente como él? ¿Estás loca? La alegría insólita de su cara presionó contra el cabezal de la mesa de masajes y al tocarlo sus ojos se llenaron de lágrimas agridulces, que después gotearon por su nariz. Se dio cuenta entonces de que su nariz había sido perfectamente diseñada por Dios como pequeño drenaje de llanto. Había un pequeño círculo húmedo en la triste alfombra de la cabina de masajes. Un corazón puede romperse, pero tal vez podrías pasar al siguiente, y al siguiente, como un gusano con sus varios corazones. Daniel dejó

las piedras calientes sobre ella hasta que se enfriaron. A medida que cada una perdía su calor, ya no podía sentirla en la espalda, y al retirarlas volvía a descubrir que habían estado allí todo ese tiempo: lo extraño de olvidar y luego volver a sentir algo solamente entonces, al final. Pero esto no era lo mismo que la rana en la olla que muere porque el agua aumenta de temperatura lentamente hasta que hierve. Aunque igualmente tenía significado, pensó ella, como suelen tenerlo las metáforas de naturaleza térmica. Después él quitó todas las piedras y presionó sus bordes duros profundamente contra la espalda, entre los huesos, de una manera que ella sintió cruel pero que probablemente no tenía ninguna intención.

—Eso estuvo muy bien —dijo ella, mientras él guardaba las piedras. Las había calentado en una pequeña olla eléctrica de plástico llena de agua, y ahora la desenchufó cansadamente.

—¿De dónde sacaste esas piedras? —preguntó ella. Eran suaves y grises, negras cuando estaban mojadas, según pudo ver.

—Son piedras de río —dijo él—. Hace años que las colecciono en Colorado.

Las colocó en una caja metálica de aparejos de pesca.

—¿Vives en Colorado? —preguntó ella.

—Solía —dijo él, y eso fue todo.

En la última noche de las vacaciones, llegó la maleta, como una broma. Ni siquiera la abrió. Sam puso la banderita en el picaporte que decía «Despiértennos para las tortugas marinas». La bandera estaba preimpresa para que los despertaran a las tres de la mañana, así podían ir a la playa y ver a las tortugas bebés romper el cascarón y correr hacia el océano, al amparo de la noche, para evitar a los depredadores. Pero aunque Sam había colgado la bandera con cuidado y antes de la hora límite de la medianoche, ningún miembro del personal les despertó. Y para cuando se levantaron y fueron a la playa ya eran las diez de la mañana. Extrañamente, las tortugas marinas seguían allí. Habían roto los cascarones durante la noche y luego el personal del hotel las había retenido, en una jaula en forma de canasta, para mostrárselas a los turistas que eran demasiado perezosos o sordos para despertar a la madrugada.

—¡Miren, ¡vengan a ver! —dijo un hombre con acento español que solía alquilar el equipo de buceo. Sam, Beth, Dale y Kit corrieron. (Rafe se había quedado en el complejo para tomar un café y leer el periódico). Las bebés empezaban a calentarse al sol y se retorcían; la piel dorada de sus piecitos palmeados aparecía ya bordeada por un marrón disecado—. Voy a tener que dejarlas salir ahora —dijo el hombre—. Ustedes son los últimos en ver a estas pequeñas bebés —las llevó a la orilla del agua y las dejó ir, varias horas más tarde, para que encontraran su propio camino hacia el mar. Y fue entonces cuando una gaviota se abalanzó, las capturó, una por una, sobre las olas plateadas, y se las comió como desayuno.

Kit se sentó en un sillón junto a Rafe. Se estaba bronceando, pudo ver, para el deseo de otra mujer. Cada una de sus posturas contenía una razón. ¿Con qué mujer tonta estaría saliendo? (Solo más tarde iba a averiguarlo. «Como feminista, no hay que culpar a la otra mujer», le diría un vecino. «Como feminista, le pido que no me vuelva a hablar», respondería Kit).

—Creo que necesito un trago —dijo ella. Los niños estaban nadando.

—No esperarás que te compre un trago —dijo él.

¿Se lo había siquiera pedido? ¿Debería ahora usar el apodo más ácido que se le ocurriera? ¿Debía ponerse de pie y pegarle una bofetada delante de los demás turistas? ¿Quién te dijo eso?

Cuando finalmente dejaron La Caribe, se alegró. En su estadía ahí había comenzado a odiar al mundo. En los aeropuertos y en los aviones de vuelta a casa ni siquiera intentó actuar de manera natural: actuar de manera natural era un delito grave. Le habló a sus hijos con calma, con un guion, con el diálogo y las directivas de escena de la más absoluta neutralidad. De vuelta a casa en Beersboro, desempacó los condones y las velas, su pequeño neceser amoroso, completamente sin uso, y lo tiró a la basura. ¿En qué había estado pensando? Más tarde, cuando aprendiera a contar esta historia de manera diferente, como una historia, construiría una escena de sexo vengativa y sentimental que contendría el centro inviolable de su amor, la dulce seguridad animal del «noche tras noche», el frágil corazón todavía latiente del matrimonio. Pero por ahora se volvería como sus hijas, imposibles de arruinar, e incluso como su hijo que, a medida que crecía estoicamente y lo olvidaba todo, apenas recordaría —¿estaba más allá de lo imaginable?— que ella y Rafe habían estado juntos una vez. ◣

(copia 1)

LUCAS Y ALEX

*

"PENAS DE AMOR"

----- x-------

DOS NIÑOS DE CINCO AÑOS JUEGAN EN EL ARENERO DEL JARDÍN N1 DE MERCEDES, UN MIÉRCOLES DE SEPTIEMBRE. ES EL SEGUNDO RECREO Y EL SOL ATRAVIESA LAS HOJAS DE LOS ÁRBOLES.

// LUCAS Y ALEX

LUCAS
Tengo un secreto atragantado acá...

ALEX
¿Es un secreto de romper algo y esconderlo, y después poner cara de pelotudo toda la tarde?

LUCAS
No.

ALEX
¿Es un secreto de sacar plata sin querer del monedero de tu abuela y comprarte sin querer medio kilo de chicles Jirafa?

LUCAS
No, tampoco.

ALEX
¡Ya sé! Es un secreto de tocarse la poronguita por abajo de la manta... No queda otro.

LUCAS
No, Alex. No es eso.

ALEX
Entonces es otra cosa. Si tu vieja no se angustia cuando lo sepa, no es un secreto.

LUCAS
Sí es un secreto, porque me da vergüenza que salga. Es un secreto volador no identificado. ¿Si te lo cuento no te vas a burlar?

ALEX
Estás enamorado de la chica nueva que entró la semana pasada, Lucía, la de las trenzas...

LUCAS
¿Qué? ¡No, boludo, nada que ver!
(BAJA LA VISTA; HACE UNA PAUSA.)
¿Cómo sabías?

ALEX
Porque te ponés colorado cuando la ves pasar...

Es como si te acercaran un termotanque a la cara. Igual que ahora, mirá cómo te ponés.

LUCAS
No me pongo nada, solamente tengo calor.

ALEX
A nuestra edad, los cachetes no son partes del cuerpo que te hacen caso, como los brazos o los dedos. Los cachetes no son de confianza, hacen lo que quieren... A mí también me dejan mal parado.

LUCAS
¿En serio me puse colorado?

ALEX
Del mismo color que el año pasado, cuando la señorita Adriana venía con el pelo suelto. Te ponías así, un poco cian magenta.

LUCAS
¿Sí?

ALEX
Lo comentábamos mucho con los otros pibes...

LUCAS
Con la señorita Adriana fue distinto, eso era un amor imposible.

ALEX
LUCAS, por favor, no pongás la voz con mermelada. O hablás normal o me voy...
(PAUSA.)
¿Por qué era distinto?

LUCAS
La vez que faltó por gripe, yo fantaseaba que iba a su casa a ponerle una inyección en la cola... Después pensaba que ella me subía a upa para agradecerme, y sin querer yo le rozaba una teta por arriba del delantal...

ALEX
Pará, boludo, que es primavera y me emputezco enseguida. ¿De dónde sacás esa imaginación?

// LUCAS Y ALEX

LUCAS
...pero yo sabía que nuestra relación no podía ser. Nos llevamos veintitrés años, Alex, y este es un pueblo chico... Pero con esta nena, Lucía, tenemos la misma edad...

ALEX
¿Y eso qué cambia?

LUCAS
Que a Lucía yo puedo ir y mostrarle el pito, por decirte algo. Así, sin decir nada. Y le puedo dejar un trauma para toda la vida... A las nenas de cinco les mostrás el pito y de grandes tienen que ir al sicólogo dos veces por semana.

ALEX
¿Y la señorita Adriana no?

LUCAS
¡Mil veces le mostré el pito a la señorita Adriana! No se le movía un pelo. Y después la ingrata se lo contaba a mi mamá... Pero no se lo contaba como algo de amor. Se lo contaba como un chiste...

ALEX
Mostrarle el pito a una mujer es lo mismo que tirarle serpentina. Lo ven como una gracia...

LUCAS
¡Qué putas que son las maestras jardineras cuando son lindas, Alex!

ALEX
Son lo peor que hay...

LUCAS
Peor que el flagelo de las caries.

ALEX
Se acercan para corregirte un dibujo, te dejan que les huelas el perfume, que les mires las pecas de cerca... No tienen perdón.

LUCAS
Y los viernes a la salida te dan besos y te dejan todo el fin de semana al palo... Cuando el lunes volvés y les mostrás el pito..., nada. Te miran con una sonrisa, no te lo chupan al pito, no te lo acarician, se piensan que es un impulso de la juventud... ¡Mi pito no es un chiste, señorita Adriana!

ALEX
Bajá la voz, Lucas, que te está mirando el portero.

LUCAS
Es que la señorita Adriana me destrozó la vida. Estuve las vacaciones de verano hecho una piltrafa. Por suerte apareció esta nena nueva...

ALEX
¿Pero qué le ves a la chica esta de las trenzas? No tiene tetas, no sabe mirar fijo, no tiene llave de la sala de juguetes...

LUCAS
No sé si serán sus ojos, que se parecen a los ojos del gato de angora de mi vecina. No sé si serán sus trenzas duritas, ¿viste que cuando salta al elástico las trenzas no se le doblan? ¿No te resulta adorable eso?

ALEX
¡No me hablés con mermelada en la boca! Es la última vez que te lo digo. Explicáme las cosas como un hombre.

LUCAS
(DE REPENTE, DECIDIDO.)
Me quiero casar con ella, Alex. Quiero dejar todo: los estudios, mi casa, mi antigua vida burguesa...

ALEX
¿Y a dónde vas a ir a vivir con esa nena? ¡Si todavía vos no sabés ni escribir, ni la tabla del dos, ni volver solo del centro!

LUCAS
A dos cuadras de mi casa hay una gente que tampoco sabe leer ni escribir, y tienen una casa buenísima de chapa, cartón y alambre... Hasta tienen un caballo viviendo con ellos. Mi mamá, cuando pasamos por ahí, me dice que no mire...

ALEX
¿Por qué?

LUCAS
Porque no quiere que aprenda el truco para ser así. Viven en patas, toman agua del río, viene un cura y les trae fideos, son hermosos... Yo quiero vivir así con Lucía, en una casa hecha por mí mismo, con una oveja que de noche nos da lana y de día nos da miel.

ALEX
Antes de tirarte de cabeza en ese modo de vida, consultá con un veterinario, Lucas. Me parece que las ovejas no funcionan así.

LUCAS
¿Vos también te interponés en este amor entre Lucía y yo?

ALEX
¿Quién más se interpuso hasta ahora?

LUCAS
Ayer Lucía, y hoy vos.

ALEX
¡Entonces ya hablaste con ella! ¿Ya le dijiste que estás enamorado...?

LUCAS
Voy de a poco, con elegancia. Ayer me acerqué y le ofrecí mi sánguche de jamón crudo. Pero me lo rechazó. Eso quiere decir que no me ama.

ALEX
¿Jamón crudo, en serio? Sos clase media alta.

LUCAS
Mi vieja me arma los sánguches con jamón crudo solamente los martes, porque es carísimo. Por eso elegí el martes para acercarme a Lucía.

ALEX
Para fingirle poder adquisitivo.

LUCAS
Claro.

ALEX
Le ofreciste el sánguche, ¿y entonces...?

LUCAS
¡No! Le ofrecí un pedazo. Puse los dedos gordos en el sánguche, haciendo de frontera, para que no le pegue un tarascón muy grande.

ALEX
¿Y ella qué hizo?

LUCAS
Pegó media vuelta y se fue... Pero el sánguche me quedó intacto. Una de cal, una de arena.

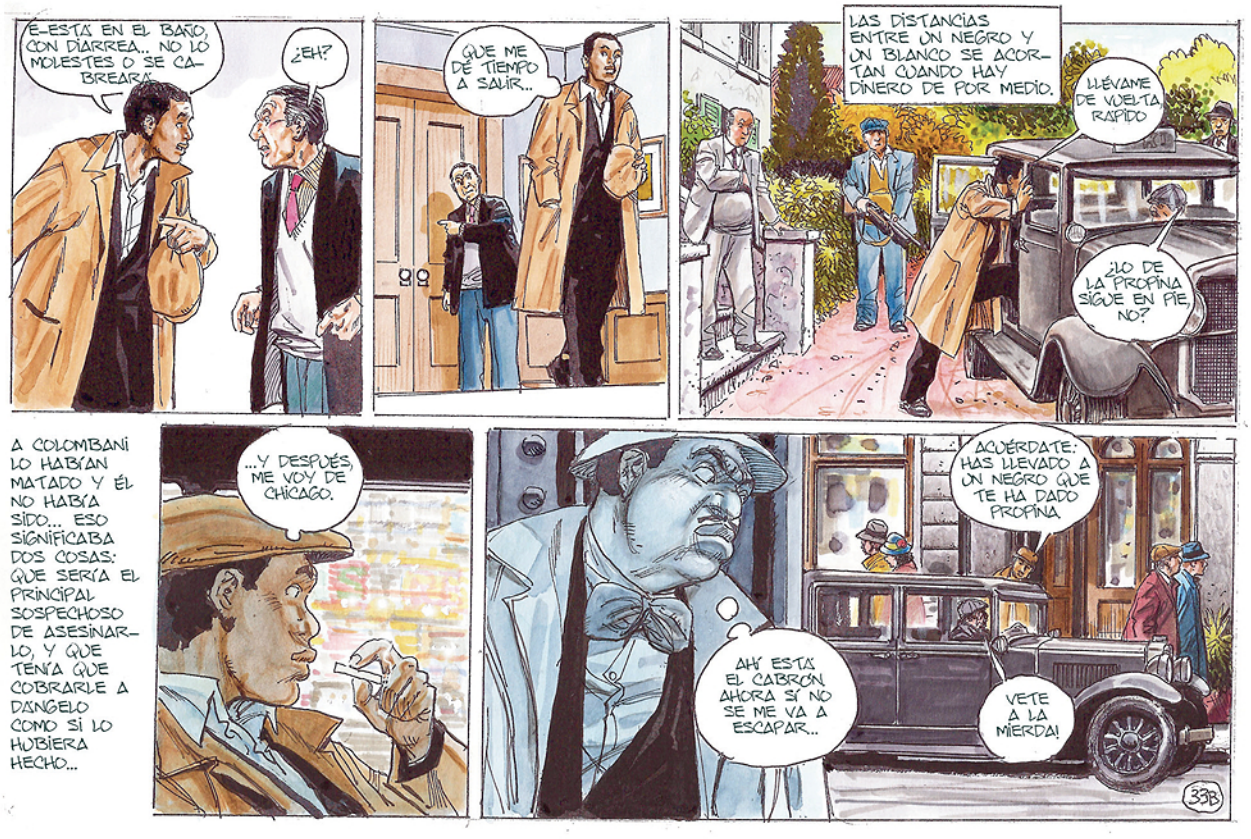
ALEX
Parecés muchísimo más enamorado del jamón crudo que de esta chica, Lucas.

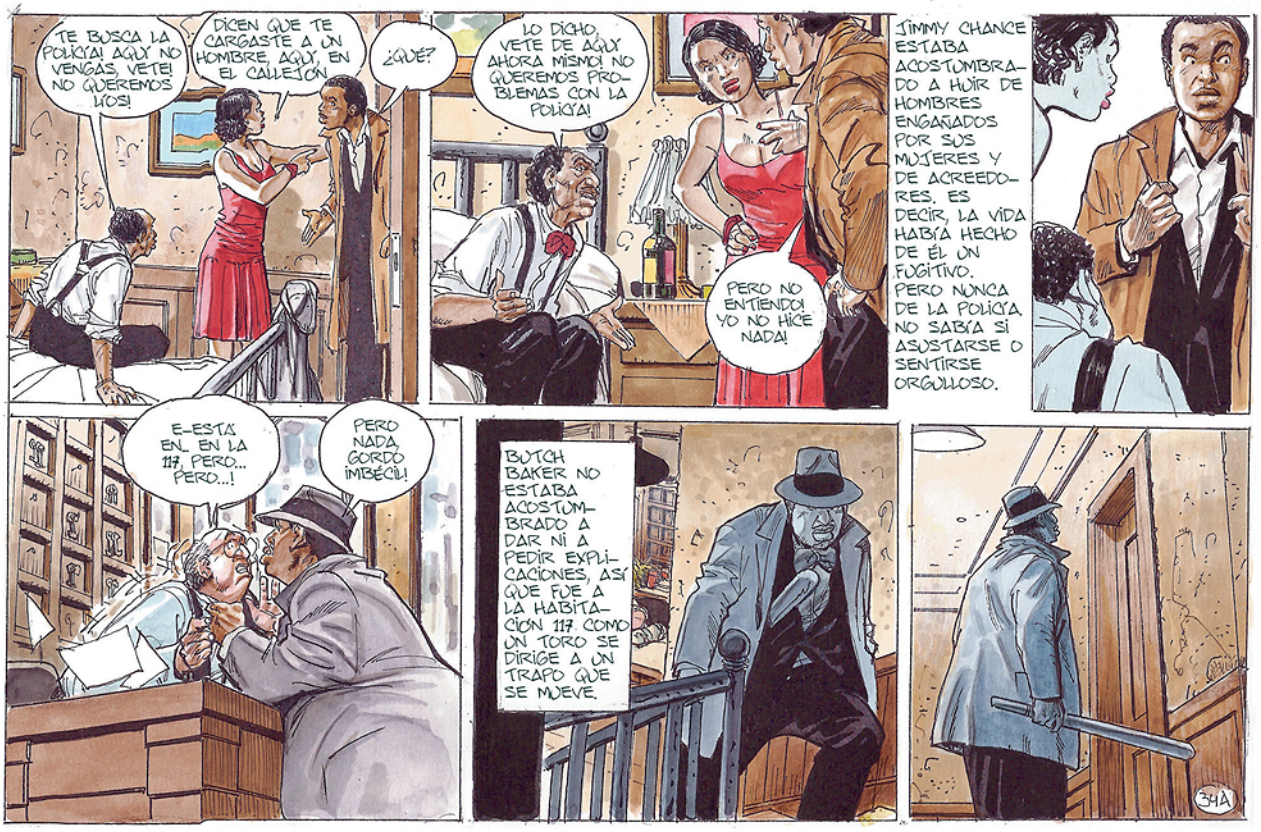
LUCAS
¿Vos decís? No sé...
(PAUSA.)
¿Pero entonces qué es esto tan fuerte que siento en la boca, en el corazón y en la panza?

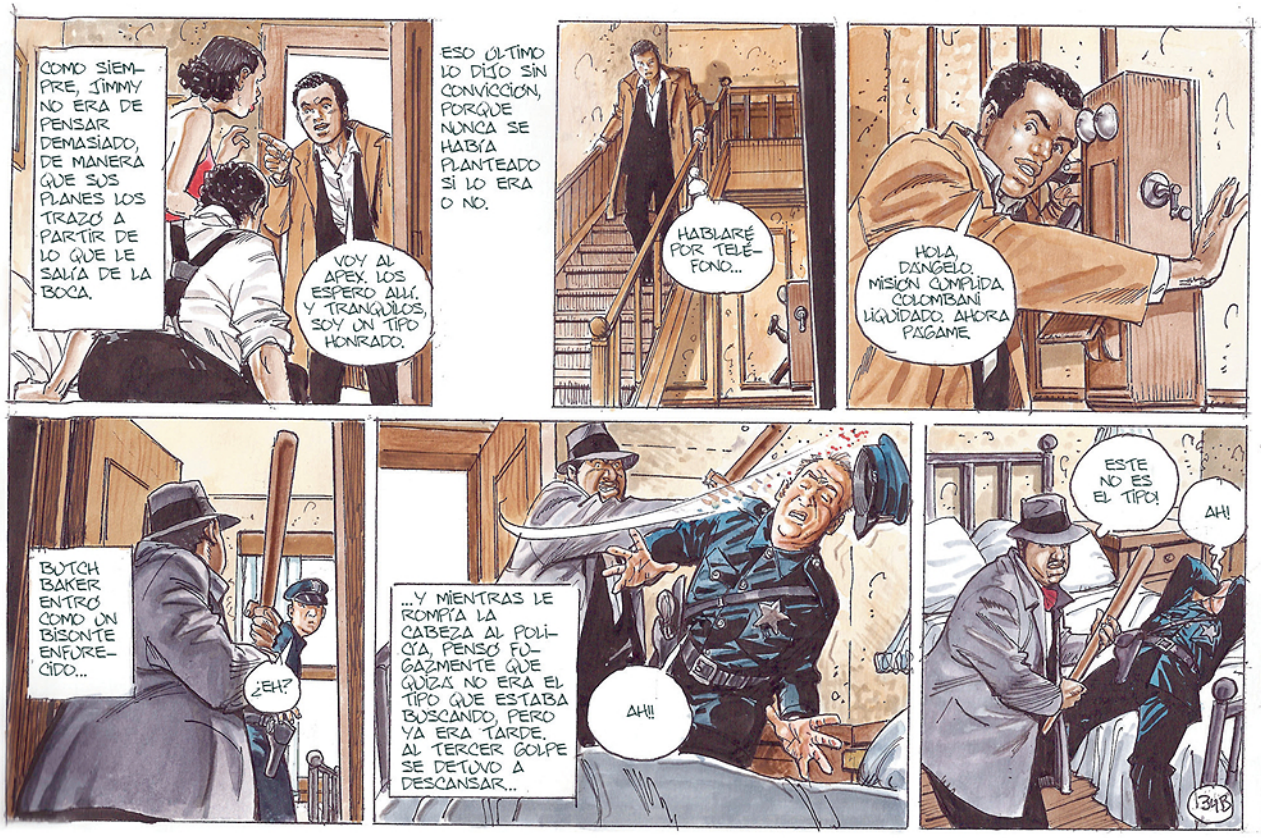
ALEX
Yo creo que es angustia oral, Lucas. ¿Querés que vayamos a comer barro?

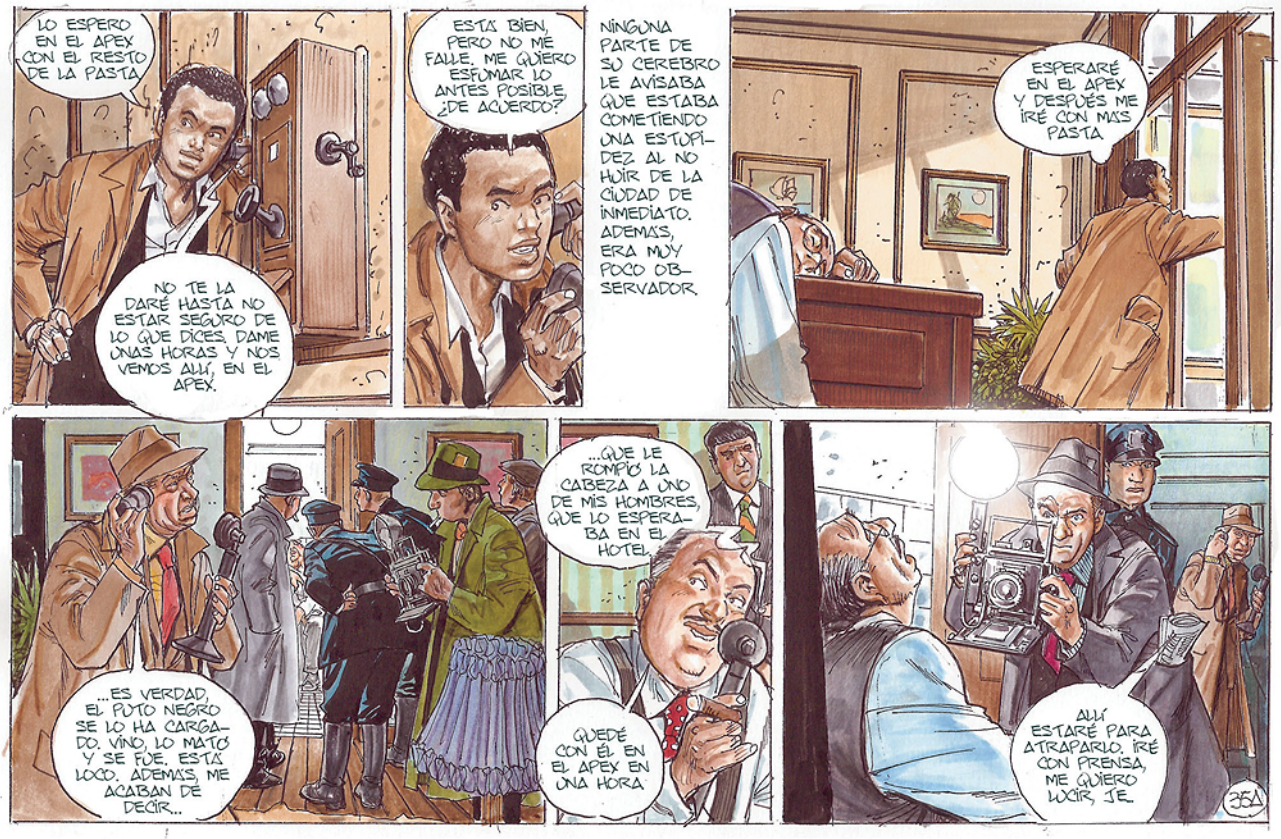
LUCAS
Dale, vamos. Necesito olvidarme de las mujeres para siempre.

LA PENUMBRA EN ESE SITIO LE LLAMÓ LA ATENCIÓN, TAMBIÉN EL FUERTE OLOR A PIS. PERO EL CADÁVER, DEFINITIVAMENTE, LO SORPRENDIÓ.
¡MIERDA! ¿Y ESTE SERÁ COLOMBANI?
...SI ES COLOMBANI, YO... YO...
SR. COLOMBANI...
NO DUDÓ MÁS NI SE HIZO PREGUNTAS. ERA NEGRO Y SABÍA QUE SERÍA EL PRINCIPAL SOSPECHOSO DE CUALQUIER CRIMEN QUE LE QUISIERAN ENDILGAR, ASÍ QUE...
SR. COLOMBANI...
TENGO QUE IRME DE AQUÍ.
LO METERÉ EN, EN EL BAÑO Y... TENGO QUE SALIR DE AQUÍ!
SR COLOMBANI, ¿ESTÁ AHÍ?
UNO SUPONE QUE EL SITIO CORRECTO PARA ALGUIEN ACOSTUMBRADO A CAGAR GENTE ES UN INODORO. AHÍ LO DEJÓ A COLOMBANI, PERO JIMMY LO HIZO SIN PENSAR EN METÁFORAS.
SR. COLOMBANI! SR. COLOMBANI!
¿ESTÁ AHÍ, SR. COLOMBANI?
HASTA LUEGO, SR. COLOMBANI, HAGA SUS NECESIDADES TRANQUILO.
33A

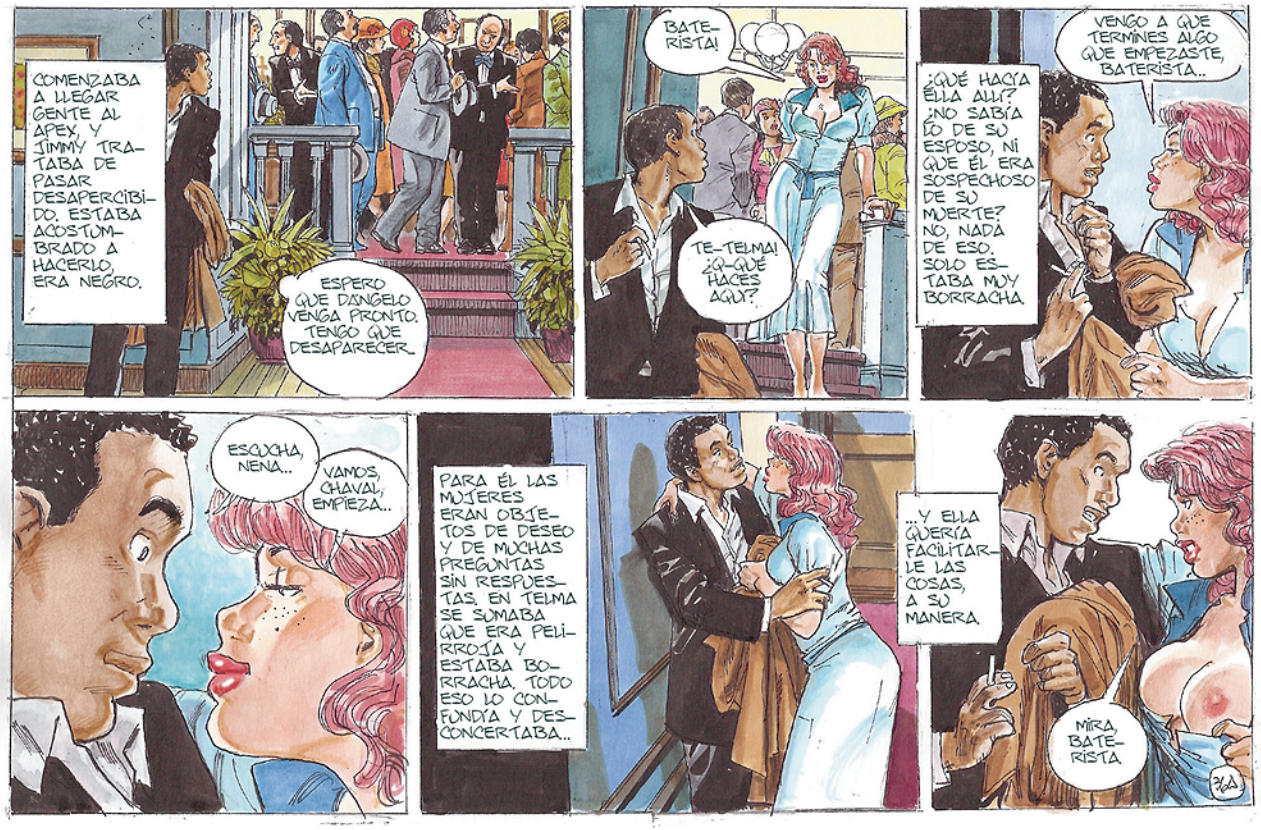

E-ESTÁ EN EL BAÑO, CON DIARREA.. NO LO MOLESTES O SE CABREARÁ
¿EH?
QUE ME DÉ TIEMPO A SALIR..
LAS DISTANCIAS ENTRE UN NEGRO Y UN BLANCO SE ACORTAN CUANDO HAY DINERO DE POR MEDIO.
LLÉVAME DE VUELTA RÁPIDO
¿LO DE LA PROPINA SIGUE EN PIE, NO?
A COLOMBANI LO HABÍAN MATADO Y ÉL NO HABÍA SIDO... ESO SIGNIFICABA DOS COSAS: QUE SERÍA EL PRINCIPAL SOSPECHOSO DE ASESINARLO, Y QUE TENÍA QUE COBRARLE A DANGELO COMO SI LO HUBIERA HECHO...
...Y DESPUÉS, ME VOY DE CHICAGO.
AHÍ ESTÁ EL CABRÓN. AHORA SÍ NO SE ME VA A ESCAPAR...
ACUÉRDATE: HAS LLEVADO A UN NEGRO QUE TE HA DADO PROPINA
VETE A LA MIERDA!
33B


TE BUSCA LA POLICÍA! AQUÍ NO VENGAS, VETE! NO QUEREMOS LÍOS!
DICEN QUE TE CARGASTE A UN HOMBRE, AQUÍ, EN EL CALLEJÓN
¿QUÉ?
LO DICHO, VETE DE AQUÍ AHORA MISMO! NO QUEREMOS PROBLEMAS CON LA POLICÍA!
PERO NO ENTIENDO! YO NO HICE NADA!
JIMMY CHANCE ESTABA ACOSTUMBRADO A HUIR DE HOMBRES ENGAÑADOS POR SUS MUJERES Y DE ACREEDORES. ES DECIR, LA VIDA HABÍA HECHO DE ÉL UN FUGITIVO. PERO NUNCA DE LA POLICÍA. NO SABÍA SI ASUSTARSE O SENTIRSE ORGULLOSO.
E-ESTÁ EN, EN LA 117, PERO... PERO...!
PERO NADA, GORDO IMBÉCIL!
BUTCH BAKER NO ESTABA ACOSTUMBRADO A DAR NI A PEDIR EXPLICACIONES, ASÍ QUE FUE A LA HABITACIÓN 117. COMO UN TORO SE DIRIGE A UN TRAPO QUE SE MUEVE.
34A

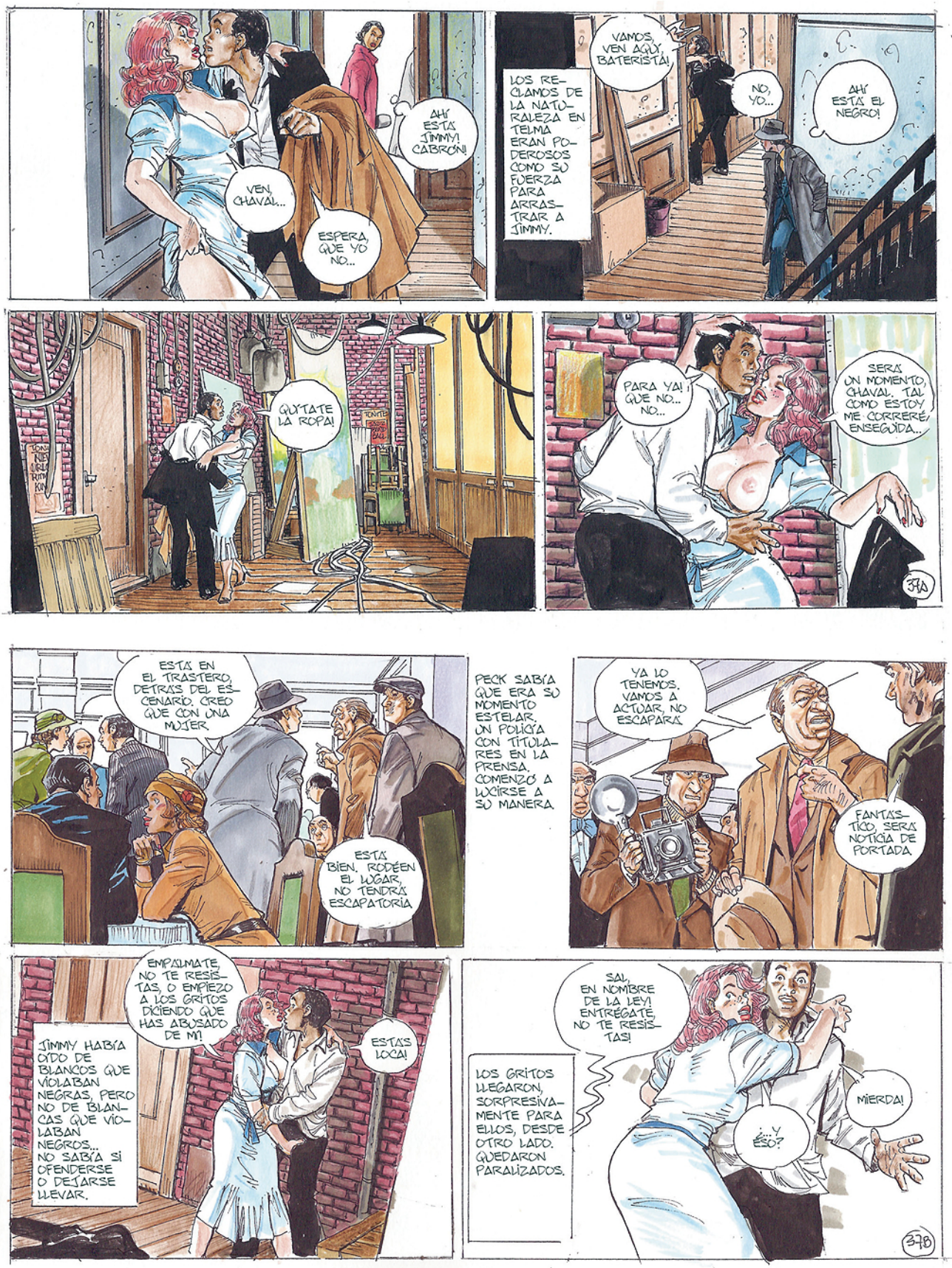

COMO SIEMPRE, JIMMY NO ERA DE PENSAR DEMASIADO, DE MANERA QUE SUS PLANES LOS TRAZÓ A PARTIR DE LO QUE LE SALÍA DE LA BOCA.
VOY AL APEX. LOS ESPERO ALLÍ. Y TRANQUILOS, SOY UN TIPO HONRADO.
ESO ÚLTIMO LO DIJO SIN CONVICCIÓN, PORQUE NUNCA SE HABÍA PLANTEADO SI LO ERA O NO.
HABLARÉ POR TELÉFONO...
HOLA, DÁNGELO. MISIÓN CUMPLIDA. COLOMBANI LIQUIDADO. AHORA PÁGAME.
BUTCH BAKER ENTRÓ COMO UN BISONTE ENFURECIDO...
¿EH?
...Y MIENTRAS LE ROMPÍA LA CABEZA AL POLICÍA, PENSÓ FUGAZMENTE QUE QUIZÁ NO ERA EL TIPO QUE ESTABA BUSCANDO, PERO YA ERA TARDE. AL TERCER GOLPE SE DETUVO A DESCANSAR...
AH!!
ESTE NO ES EL TIPO!
AH!
34B


LO ESPERO EN EL APEX CON EL RESTO DE LA PASTA
NO TE LA DARÉ HASTA NO ESTAR SEGURO DE LO QUE DICES. DAME UNAS HORAS Y NOS VEMOS ALLÍ, EN EL APEX.
ESTÁ BIEN, PERO NO ME FALLE. ME QUIERO ESFUMAR LO ANTES POSIBLE, ¿DE ACUERDO?
NINGUNA PARTE DE SU CEREBRO LE AVISABA QUE ESTABA COMETIENDO UNA ESTUPIDEZ AL NO HUIR DE LA CIUDAD DE INMEDIATO. ADEMÁS, ERA MUY POCO OBSERVADOR.
ESPERARÉ EN EL APEX Y DESPUÉS ME IRÉ CON MÁS PASTA
...ES VERDAD, EL PUTO NEGRO SE LO HA CARGADO. VINO, LO MATÓ Y SE FUE. ESTÁ LOCO. ADEMÁS, ME ACABAN DE DECIR...
...QUE LE ROMPIÓ LA CABEZA A UNO DE MIS HOMBRES, QUE LO ESPERABA EN EL HOTEL.
QUEDÉ CON ÉL EN EL APEX EN UNA HORA
ALLÍ ESTARÉ PARA ATRAPARLO. IRÉ CON PRENSA, ME QUIERO LUCIR, JE.
35A

COMENZÓ A LLOVER OTRA VEZ SOBRE CHICAGO Y SU GENTE, ESO LA HACÍA MENOS AMABLE, POR NO DECIR UNA CIUDAD MÁS DE MIERDA, COMO ERA EN REALIDAD.
LE COBRARÉ Y ME IRÉ DE CHICAGO. LA CIUDAD ME GUSTA, PERO...
...QUERÍA PREGUNTARLE AL CONSERJE SI SABE ALGO DE POR QUÉ LO BUSCAN A JIMMY...
DÉJALO, ¿NO VES QUE ESTÁ DORMIDO?
CUANDO NO ESTABA BORRACHO, BUSTER GREEN ERA CELOSO Y DESCONFIADO. POR SUERTE PARA ÉL, CASI NUNCA ESTABA SOBRIO
SI LA POLICÍA LO BUSCA ES POR ALGO. ANDABA CON PASTA, ALQUILÓ UN CUARTO...
¿Y TÚ CÓMO LO SABES, ZORRA?
MIENTRAS, BUTCH BAKER TAMBIÉN IBA HACIA EL APEX CLUB.
35B


COMENZABA A LLEGAR GENTE AL APEX, Y JIMMY TRATABA DE PASAR DESAPERCIBIDO. ESTABA ACOSTUMBRADO A HACERLO, ERA NEGRO.
ESPERO QUE DANGELO VENGA PRONTO. TENGO QUE DESAPARECER.
BATERISTA!
TE-TELMA! ¿Q-QUÉ HACES AQUÍ?
¿QUÉ HACÍA ELLA ALLÍ? ¿NO SABÍA LO DE SU ESPOSO, NI QUE ÉL ERA SOSPECHOSO DE SU MUERTE? NO, NADA DE ESO. SOLO ESTABA MUY BORRACHA.
VENGO A QUE TERMINES ALGO QUE EMPEZASTE, BATERISTA..
ESCUCHA, NENA..
VAMOS, CHAVAL, EMPIEZA..
PARA ÉL LAS MUJERES ERAN OBJETOS DE DESEO Y DE MUCHAS PREGUNTAS SIN RESPUESTAS. EN TELMA SE SUMABA QUE ERA PELIRROJA Y ESTABA BORRACHA. TODO ESO LO CONFUNDÍA Y DESCONCERTABA..
...Y ELLA QUERÍA FACILITARLE LAS COSAS, A SU MANERA.
MIRA, BATERISTA
36A

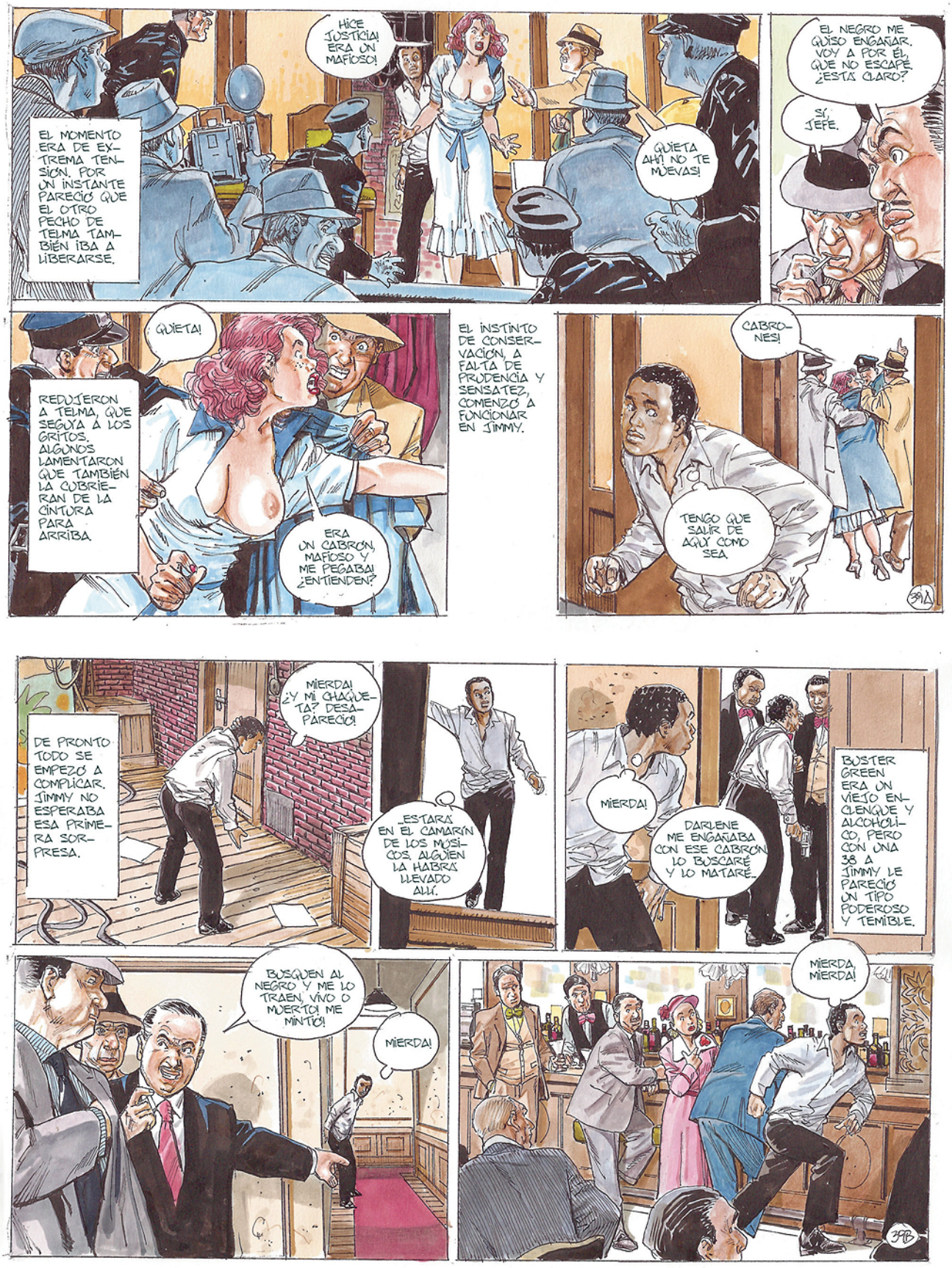
LA DELINCUENCIA Y LA LEY SIEMPRE SE CRUZAN. A VECES PARA ENFRENTARSE, OTRAS PARA PONERSE DE ACUERDO.
TENGO RODEADO EL EDIFICIO Y PUSE HOMBRES DE CIVIL AHÍ DENTRO, BUSCÁNDOLO.
ME PARECE BIEN, PECK.
"CHICAGO TRIBUNE" Y "CHICAGO SUN TIMES". NECESITO PUBLICIDAD.
¿Y QUIÉNES SON ESOS DOS?
EN EL APEX, POLICÍAS Y DELINCUENTES ERAN DIFÍCILES DE DISTINGUIR ENTRE SÍ. COSAS DE LA ÉPOCA.
BUENO... DE AQUELLA ÉPOCA Y DE OTRAS. EL CASO ES QUE UNA MIRADA HABITUADA A DESCUBRIRLOS, COMO LA DE DARLENE, ERA DIFÍCIL DE ENGAÑAR.
ESTÁ LLENO DE POLIS. ¿BUSCARÁN A JIMMY?
¿Y A TI QUÉ TE PREOCUPA? TERMINA YA CON EL TEMA!
36B

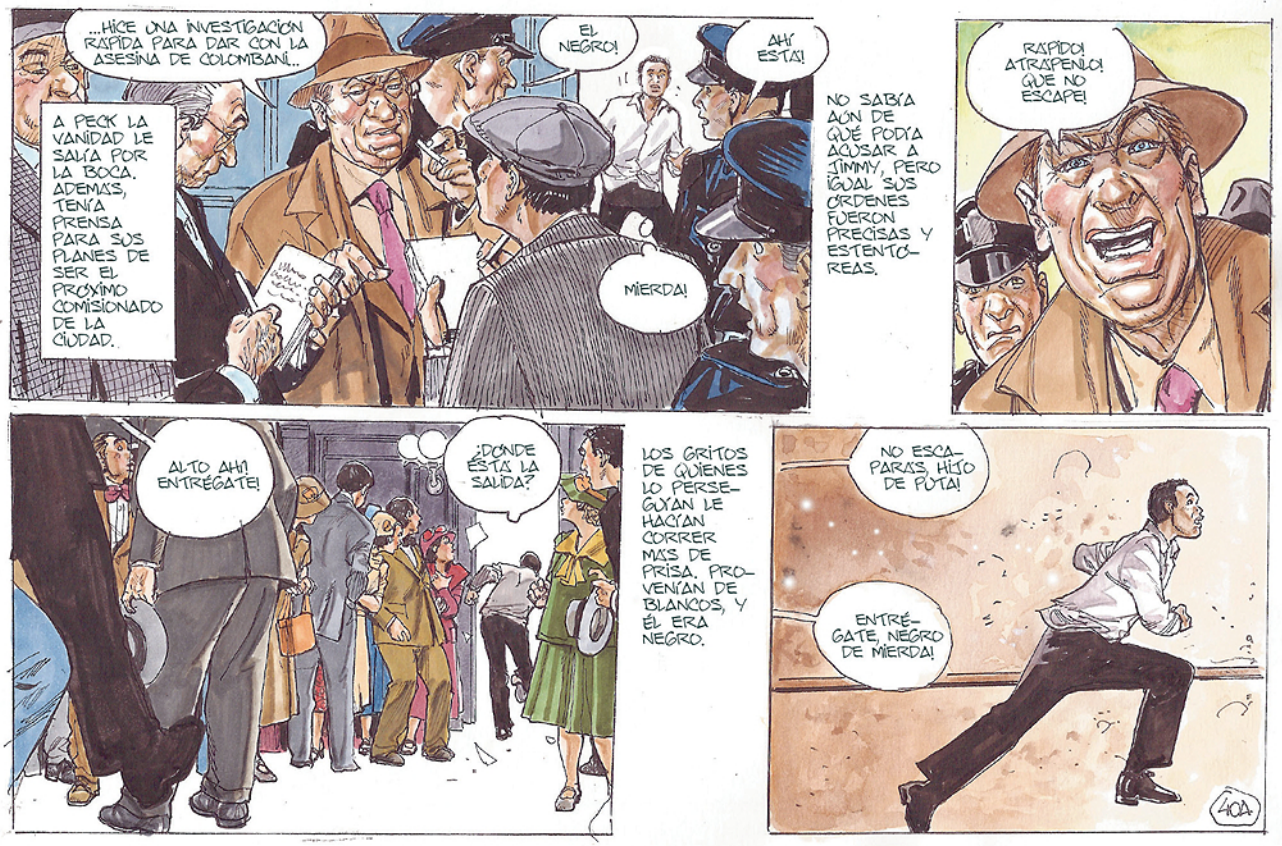

AHÍ ESTÁ JIMMY! CABRÓN!
VEN, CHAVAL...
ESPERA, QUE YO NO...
LOS RECLAMOS DE LA NATURALEZA EN TELMA ERAN PODEROSOS COMO SU FUERZA PARA ARRASTRAR A JIMMY.
VAMOS, VEN AQUÍ, BATERISTA!
NO, YO...
AHÍ ESTÁ EL NEGRO!
¡QUÍTATE LA ROPA!
¡PARA YA! ¡QUE NO... NO...
SERÁ UN MOMENTO, CHAVAL. TAL COMO ESTOY ME CORRERÉ ENSEGUIDA...
37A
ESTÁ EN EL TRASTERO, DETRÁS DEL ESCENARIO. CREO QUE CON UNA MUJER.
ESTÁ BIEN. RODÉEN EL LUGAR, NO TENDRÁ ESCAPATORIA
PECK SABÍA QUE ERA SU MOMENTO ESTELAR. UN POLICÍA CON TITULARES EN LA PRENSA. COMENZÓ A LUCIRSE A SU MANERA.
YA LO TENEMOS. VAMOS A ACTUAR, NO ESCAPARÁ.
FANTÁSTICO, SERÁ NOTICIA DE PORTADA.
JIMMY HABÍA OÍDO DE BLANCOS QUE VIOLABAN NEGRAS, PERO NO DE BLANCAS QUE VIOLABAN NEGROS... NO SABÍA SI OFENDERSE O DEJARSE LLEVAR.
EMPALMATE, NO TE RESISTAS, O EMPIEZO A LOS GRITOS DICIENDO QUE HAS ABUSADO DE MÍ!
ESTÁS LOCA!
LOS GRITOS LLEGARON, SORPRESIVAMENTE PARA ELLOS, DESDE OTRO LADO. QUEDARON PARALIZADOS.
SAL, EN NOMBRE DE LA LEY! ENTRÉGATE, NO TE RESISTAS!
¿Y ESO?
MIERDA!
37B

PECK PODRÍA HABER ENTRADO CON SUS HOMBRES, PERO QUERÍA ESPECTÁCULO Y FOTOS, ASÍ QUE ACTUÓ DE ESA MANERA. LA GENTE SALIÓ ESPANTADA Y ALGUNO HASTA SE CONFUNDIÓ.

FUE UNA CONFESIÓN PÚBLICA Y A LOS GRITOS, CON TESTIGOS Y FOTOS. LA ATENCIÓN, SIN EMBARGO, LA ACAPARÓ EL PECHO IZQUIERDO DE TELMA, QUE SUBÍA, BAJABA Y TEMBLABA CON CADA MOVIMIENTO.

38B


EL MOMENTO ERA DE EXTREMA TENSIÓN. POR UN INSTANTE PARECIÓ QUE EL OTRO PECHO DE TELMA TAMBIÉN IBA A LIBERARSE.
¡HICE JUSTICIA! ERA UN MAFIOSO!
¡QUIETA AHÍ NO TE MUEVAS!
EL NEGRO ME QUISO ENGAÑAR. VOY A POR ÉL, QUE NO ESCAPE. ¿ESTÁ CLARO?
SÍ, JEFE.
¡QUIETA!
REDUJERON A TELMA, QUE SEGUÍA A LOS GRITOS. ALGUNOS LAMENTARON QUE TAMBIÉN LA CUBRIERAN DE LA CINTURA PARA ARRIBA.
ERA UN CABRÓN, MAFIOSO Y ME PEGABA! ¿ENTIENDEN?
EL INSTINTO DE CONSERVACIÓN, A FALTA DE PRUDENCIA Y SENSATEZ, COMENZÓ A FUNCIONAR EN JIMMY.
¡CABRONES!
TENGO QUE SALIR DE AQUÍ COMO SEA.
DE PRONTO TODO SE EMPEZÓ A COMPLICAR. JIMMY NO ESPERABA ESA PRIMERA SORPRESA.
¡MIERDA! ¿Y MI CHAQUETA? DESAPARECIÓ!
...ESTARÁ EN EL CAMARÍN DE LOS MÚSICOS. ALGUIEN LA HABRÁ LLEVADO ALLÍ.
¡MIERDA!
DARLENE ME ENGAÑABA CON ESE CABRÓN. LO BUSCARÉ Y LO MATARÉ.
BUSTER GREEN ERA UN VIEJO ENCLENQUE Y ALCOHÓLICO, PERO CON UNA 38 A JIMMY LE PARECIÓ UN TIPO PODEROSO Y TEMIBLE.
¡BUSQUEN AL NEGRO Y ME LO TRAEN, VIVO O MUERTO! ME MINTIÓ!
¡MIERDA!
¡MIERDA, MIERDA!


...HICE UNA INVESTIGACIÓN RÁPIDA PARA DAR CON LA ASESINA DE COLOMBANI...
A PECK LA VANIDAD LE SALÍA POR LA BOCA. ADEMÁS, TENÍA PRENSA PARA SUS PLANES DE SER EL PRÓXIMO COMISIONADO DE LA CIUDAD.
EL NEGRO!
AHÍ ESTÁ!
MIERDA!
NO SABÍA AÚN DE QUÉ PODÍA ACUSAR A JIMMY, PERO IGUAL SUS ÓRDENES FUERON PRECISAS Y ESTENTÓREAS.
RÁPIDO! ATRAPENLO! QUE NO ESCAPE!
ALTO AHÍ! ENTRÉGATE!
¿DÓNDE ESTÁ LA SALIDA?
LOS GRITOS DE QUIENES LO PERSEGUÍAN LE HACÍAN CORRER MÁS DE PRISA. PROVENÍAN DE BLANCOS, Y ÉL ERA NEGRO.
NO ESCAPARÁS, HIJO DE PUTA!
ENTRÉGATE, NEGRO DE MIERDA!
408

HABÍA ESCAPADO DE MUCHOS SITIOS Y POR MUCHOS MOTIVOS, PERO NUNCA LO HABÍA HECHO DE LA POLICÍA, DE LA MAFIA Y DE UN HOMBRE ENGAÑADO, TODO A LA VEZ...
NO TE ESCAPARÁS, NEGRO!
YA.. YA...!
TE MATAREMOS!
CABRÓN!
NO ESCAPARÁS, NEGRO DE MIERDA!
...YA ESTOY A SALVO!
SE HABÍA OLVIDADO DE BUTCH BAKER, OTRO DE LOS OFENDIDOS POR ÉL. DE TODO LO QUE LE PASABA PENSÓ QUE TENÍA ALGO QUE APRENDER, PERO NO ACERTABA A SABER QUÉ.
MIERDA!
AL FIN, HIJO DE PUTA!
ESTÁS PERDIDO, NEGRO DE MIERDA!
408

LA FOTO DE **MARCOS LÓPEZ**

La fotografía de la periodista Florencia Etcheves, que engalana la página veinte de esta edición, es un trabajo fotográfico de Marcos López y su equipo. La producción fue realizada en la vieja casona donde vivió el célebre y multifacético doctor Enrique Finochietto, un enorme palacete de amplias habitaciones, escaleras interminables y techos altísimos. Para la foto se utilizó uno de los baños de la planta alta; el vapor que se observa de fondo no es efecto del Photoshop, sino producto de las viejas cañerías de agua caliente. Aunque no aparecen en las fotos, el arte y vestuario de la imagen de la página veinte estuvo a cargo de Nadia Kossowski, la producción fue de Chechu Moziman, el asistente de foto es Diego Frangi, el maquillaje y peinado de Florencia Etcheves estuvo a cargo de Ariel Godoy, y el retoque digital de la fotografía es del amigo Luis Gaspardo.

TUITERO **MISTERIOSO**

Hay muchos excelentes narradores breves en Twitter. Nosotros elegimos cada bimestre a uno, para engalanar los pie de página de cada edición de Orsai. Todos aceptan encantados, pero no todos quieren decir públicamente quiénes son, ni aportar fotografía. No sabemos si es porque son humildes, o porque tienen problemas con la justicia. Es el caso de @HugoColetti, que únicamente nos ha dejado publicar sus frases y su avatar. Si quieren más frases de este muchacho misterioso, vayan a buscarlo a la web del pajarito.

Aviso legal. Damos aviso a nuestros lectores que en esta edición ya no utilizamos tintas con pigmentos magenta de la marca Wallapace, ni en la impresión de las portadas ni en el interior de la revista, dado que un grupo de lectores uruguayos notificó efectos alucinógenos al lamer el lomo de la Orsai número catorce, según ellos «por error». Tres lectores de la provincia de Río Negro (Argentina) y otros dos de Caracas, Venezuela, enviaron fotografías de sus penes bajo los efectos de haber lamido la retiración de contratapa de la Orsai número doce. Y más de sesenta lectores de diversas partes del mundo padecieron distorsiones del tiempo o anacronismos varios tras dar vueltas las páginas de la revista utilizando el método universal de chuparse el índice de la mano derecha. Aunque todavía se están investigando las causas de esta intoxicación, y si bien no existen más denuncias que las aquí expuestas, las autoridades sanitarias del Mercosur nos sugieren informar que queda prohibido, bajo pena de tres a cinco años de prisión, pasarle la lengua a las páginas de esta edición con fines psicotrópicos. Por precaución, el lector deberá mantener la revista Orsai número quince fuera del alcance de los niños, los animales domésticos y los amigos melenudos sin empleo. Por nuestra parte, nos hacemos responsables de todo lo que se dice en Orsai a nivel argumental y estético, pero nos lavamos las manos respecto a sus usos táctiles o gustativos, puesto que si nos interesara el negocio de lo chupable, nos dedicaríamos a fabricar bombillas para el mate o accesorios de sex shop. Los ejemplares de la Orsai número quince, correspondientes a los meses de septiembre y octubre de 2013, fueron impresos íntegramente con tintas naturales, en imprenta Mundial, de calle Cortejarena 1862 de Buenos Aires, en el mes de septiembre de 2013. El depósito legal es el L-1382-2010. El ISSN, el 9772014015004-15. La marca «Orsai, Nadie en el Medio» está registrada.

STAFF

Editor responsable
Hernán Casciari

Jefe de redacción
Christian Basilis

Dirección de arte
María Monjardín

Edición
Josefina Licitra
Karina Salguero-Moya

Novela gráfica
Horacio Altuna

Arte y diseño
Ermengol Tolsà
Matías Tolsà

Humor gráfico
Ángel Boligán
Bernardo Erlich
Eduardo Salles
Gustavo Sala
Juan Sáenz Valiente
Liniers
Manel Fontdevila
Miguel Rep
Tute
Alberto Montt

Corrección
Florencia Iglesias

En este número
Javier Travezán
Florencia Etcheves
Marcos López
Enrique García Medina
José Edelstein
Pablo Scioscia
David Pugliese
David Bravo
Stella Maris Santiago
Gonzalo Garcés
Jorge González
Olivier Bras
Hervé Bourhis
Alejandra Laurencich
Xtián Rodríguez
Lorrie Moore

Desarrollo web
Guillermo Harosteguy

Administración
Cristina Badia
Silvia Peralta

DING DONG
SI ES LA TENTACIÓN, DILE QUE NO ESTOY...
LUEGO ÁBRELE LA PUERTA IGUAL.

Índice

1/ Portada
Jaime Travezán

2/ Per saltum
Ángel Boligán

3/ Editorial
Hernán Casciari

4/ Correo
Varios lectores

8/ Postales
Miguel Rep

10/ Post Orsai
Hernán Casciari

16/ Sin afeitar
Gustavo Sala

19/ Cinismo ilustrado
Eduardo Salles

20/ El enigma de María Marta
Florencia Etcheves

37/ Carta abierta
Liniers

38/ Dos horas con Stephen Hawking
José Edelstein/ Jaime Travezán

57/ Planeta Tute
Tute

58/ Cosa de machos
Pablo Scioscia/ David Pugliese

73/ Me is beautiful
Manel Fontdevila

74/ El sexo de los ángeles
David Bravo/ Stella Maris Santiago

83/ Amén
Bernardo Erlich

84/ Todo lo que necesitás saber sobre la vida
Gonzalo Garcés

99/ Allende, el último combate
Olivier Bras/ Jorge González

116/ Las mellizas Bugatti
Alejandra Laurencich/ Matías Tolsà

125/ Perdidos en los papeles
Lorrie Moore/ Matías Tolsà

131/ Lucas y Alex
Hernán Casciari

138/ Hot, Capítulo 5
Horacio Altuna

147/ Dosis bimestrales
Alberto Montt

Varias páginas/ Sobremesas
Basilis, Casciari/ Ermengol

Usted está aquí/ Contrataba
Juan Sáenz Valiente

15

9 772014 015004